



Carta pastoral del obispo de Mallorca
Mons. Sebastià Taltavull Anglada



Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN



Carta pastoral del obispo de Mallorca
Mons. Sebastià Taltavull Anglada

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

Primera edición: Diciembre 2019

Asesoramiento lingüístico y traducción: Santiago M. Amer Pol

Diseño y maquetación: Secretaría de Comunicación del Obispado de Mallorca

ISBN: 978-84-09-16437-0

Depósito legal: PM 1428-2019

Impreso en Serveis Gràfics Eugeni

C. del Temple, 16 - 07001 Palma

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

Estimados amigos y amigas en el Señor Jesús,

Compartiendo con vosotros el gozo de la fe, el consuelo de la esperanza y el ardor de la caridad, os dirijo esta Carta pastoral con el corazón abierto y disponible para el Señor y, junto con vosotros, le pido que nos haga «activos y diligentes en la acción, humildes en el servicio y constantes en la oración». Como Iglesia, estamos en camino, en actitud sinodal –que quiere decir caminar juntos– con la confianza puesta en el Señor que nos envía y acompaña, contando –qué atrevimiento– con nuestras pobres capacidades y buena voluntad. También, acompañados por nuestra Madre, santa María de Lluc, rogándole que en todo momento esté a nuestro lado con su protección maternal. Acción, servicio y oración, tres gestos que debemos tener muy presentes a la hora de llevar a cabo todo lo que el Señor confía a nuestra Iglesia de Mallorca, a su conjunto formando un solo cuerpo, y a cada uno en particular como compromiso que proviene del bautismo, muy conscientes de nuestras limitaciones y posibilidades, y del momento histórico que vivimos.

Esta es una carta abierta, en la que no se habla de todo ni mucho menos, y que entre todos seguiremos escribiendo desde la experiencia que cada uno tiene de su vivir cristiano, consecuencia de haber recibido el don del bautismo que a todos nos introduce en la igualdad de hijos de Dios. Esta es la garantía de sentirnos hermanos unos de los otros por la fe en Dios, que es nuestro Padre, de todos, sin exclusión alguna. Con esta convicción, hacemos el esfuerzo de ser una Iglesia de puertas abiertas y en salida, es decir, con la voluntad de contagiar la alegría del Evangelio haciendo posible el encuentro con Jesucristo, desde la individualidad de cada uno y desde el gozo de la experiencia eclesial, que es comunitaria y nos engloba a todos. Podréis ver que a cada capítulo le sigue un cuestionario para que sea trabajado personalmente o en grupo; son preguntas indicativas que podéis ampliar con muchas otras desde la propia realidad, lo cual favorecerá más la concreción. Y, a continuación, una plegaria, que también podéis seguir ampliando a partir de la reflexión realizada. Es importante que estos dos elementos, reflexión-diálogo y oración, vayan siempre interrelacionados, bien unidos.

Os invito a la lectura personal de esta carta pastoral, a la reflexión de los puntos que se exponen en ella, a ampliarlos con vuestra propia reflexión y, si es posible, también trabajada en pequeños grupos. Es larga y contiene muchos aspectos, pero no hay prisa, tenemos todo el tiempo por

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

delante. Mi intención es que entre todos sigamos escribiéndola juntos. Por ello, querría que completarais el texto con vuestra aportación y me la hicierais llegar a cartapastoral@bisbatdemallorca.com. Será esta una forma de comunicación que puede hacernos mucho bien, siempre que lo hagamos con la intención de ser fieles al Señor, vivir nuestra comunión eclesial y ser para todo el mundo constructores de fraternidad.

Os lo propongo a todos, presbíteros, diáconos, laicos y laicas, y hermanas y hermanas de vida consagrada, como experiencia de enriquecimiento mutuo y de diálogo, para que juntos y con el Evangelio vayamos edificando la Iglesia y seamos buen fermento para nuestra sociedad. Nos tiene que dar mucha confianza saber que vivimos entre dos abrazos, el que Dios nos dio en el bautismo y el que esperamos que nos dé al llegar a la gloria. Este gesto de amor es el que nos hace confiar y caminar llenos de esperanza.

Sentirnos acogidos y amados entre estos dos abrazos me ha traído a la memoria aquella oración de Ramon Llull, del *Llibre del gentil i dels tres savis*, que resalta el amor del Señor que lo inunda todo: «Amable Dios, que tienes sabiduría en ti mismo, infinitamente en tu bondad, grandeza, eternidad, poder, amor, perfección, y en todo lo que has creado, tu sabiduría, Señor, amo, y adoro con todas mis fuerzas corporales y espirituales. A tu amor, que no es cualquier amor, sino que es amor sobre todos los demás amores, amor que es perfección en tu perfecta bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría; aquel amor tuyo, Señor, adoro y amo, con toda mi voluntad, y toda la virtud de mi inteligencia, y todo cuanto tu amor me ha querido dar, todo lo doy, Señor, para servir y honrar y alabar tu amor todos los días de mi vida».

Quiero ser muy realista. Desde que estoy aquí, entre vosotros, he agradecido siempre la acogida y la estima que he recibido de vuestra parte y valoro mucho tantos esfuerzos y entrega para que el Evangelio sea anunciado y tengáis a Jesús como compañero de ruta en todos los aspectos de la misión que se nos ha confiado para realizar desde los distintos estamentos de nuestra Iglesia. Cada día, en la oración, doy gracias a Dios por vuestro testimonio y por los numerosos ejemplos que recibo y que me son un estímulo para estar animado y seguir adelante. Así camina también nuestra comunidad de fe guiada por el Espíritu Santo y protegida por María, la Madre de Jesús y Madre de la Iglesia, a la que veneramos de manera especial bajo la advocación de Lluç. Es ella la que señalando a su Hijo nos dice: «Haced todo lo que él os diga» (Jn 2,5). Es un consejo de madre que debemos escuchar y tener bien

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

en cuenta, ya que ilumina todo nuestro actuar cristiano con la Palabra que nos dice Jesús. Dirijámonos a ella con la plegaria que el papa Francisco pone al final de la *Evangelii gaudium* y hagamos nuestros sus sentimientos:

Virgen y Madre María,
tú que, movida por el Espíritu,
acogiste al Verbo de la vida
en la profundidad de tu humilde fe,
totalmente entregada al Eterno,
ayúdanos a decir nuestro «sí»
ante la urgencia, más imperiosa que nunca,
de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.
Tú, llena de la presencia de Cristo,
llevaste la alegría a Juan el Bautista,
haciéndolo exultar en el seno de su madre.

Tú, estremecida de gozo,
cantaste las maravillas del Señor.
Tú, que estuviste plantada ante la cruz
con una fe inquebrantable
y recibiste el alegre consuelo de la resurrección,
recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu
para que naciera la Iglesia evangelizadora.

Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados
para llevar a todos el Evangelio de la vida
que vence a la muerte.
Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos
para que llegue a todos
el don de la belleza que no se apaga.

Tú, Virgen de la escucha y la contemplación,
madre del amor, esposa de las bodas eternas,
intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo,
para que ella nunca se encierre ni se detenga
en su pasión por instaurar el Reino.

Estrella de la nueva evangelización,
ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión,
del servicio, de la fe ardiente y generosa,
de la justicia y el amor a los pobres,

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

para que la alegría del Evangelio
llegue hasta los confines de la tierra
y ninguna periferia se prive de su luz.

Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros.
Amén. Aleluya.

Hay momentos, sin embargo –también lo digo desde la oración–, **en que en algunas personas percibo un cierto desencanto** que los lleva a que estén afectadas por el desánimo. Percibo que los hay que prefieren dejar las cosas como están y no hacer nada para sobreponerse a los contratiempos; poca ilusión para emprender con ardor nuevos proyectos de evangelización; una enfermiza tendencia a la crítica negativa que debilita el coraje del compromiso; sentimiento de soledad ante un ambiente hostil al hecho religioso y cristiano; síntomas de fatiga apostólica; la sensación de no haber hecho suficiente y que degenera en baja autoestima; el desánimo de pensar –al menos así se dice– que cada vez somos menos y padecemos el vacío que provoca la falta de vocaciones y la poca presencia y participación de los jóvenes, y un largo etcétera. Aunque sea este un fenómeno minoritario, puede favorecer la impresión de una Iglesia en retirada que ya tiene muy poco o nada que decir a las generaciones de hoy que viven una situación de cambio como nunca se había visto. Al tiempo que vivimos, sin embargo, es al que hay que dar respuesta y hacerlo con la confianza puesta en el Señor, Él que nos ha prometido su asistencia cada día (cf. Mt 28,20).

Esta es, queramos o no, con sus luces y sombras, **la realidad eclesial y secular a la que el Señor nos envía** y a ella nos debemos, contando siempre con su asistencia que no nos deja y nos anima diciéndonos «¡No tengáis miedo!» (Mt 28,5.10; Mc 16,9; Lc 24,38) y «Yo estoy con vosotros cada día hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). Lo hace para que pongamos toda nuestra confianza en Él y podamos llevar a cabo la misión que nos confía. El encargo ya no puede ser más claro: «Id por todo el mundo y anunciad el Evangelio a toda la humanidad» (Mc 16,15). Nos hace participar de lo que Él mismo ha recibido y nos da la fuerza que necesitamos: «Como el Padre me ha enviado a mí, también yo os envío a vosotros. Recibid el Espíritu Santo» (Jn 20,21-22).

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

Esta confianza es la que nos tiene que cambiar la mirada y debe ayudarnos a verlo todo con ojos nuevos, como sucedió a los discípulos que habían caminado con Jesús hacia Emaús y recuperaron la fe, el ardor apostólico, el coraje del anuncio, la fuerza del testimonio. Aunque tenían muchos motivos para estar desanimados por todo lo que había pasado, ahora viven el seguimiento de Jesús de una forma apasionante. Eso es lo que tenemos que recuperar nosotros y empezar a dar respuestas a las preguntas que la gente se plantea; y si no lo hace, provoquemos nosotros que lo haga. Querría que os llegase al corazón, hasta contagiarnos el coraje y la firmeza del papa Francisco, quien, a sus años, nos está dando una lección continuada de entrega para edificar una Iglesia misionera, ya que este es el mayor desafío que estamos viviendo. No nos cansaremos de decir, aunque el ambiente nos fuerce a ir por otra dirección o nos tiene con exigir rebajas, ya «no podemos quedarnos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos»^[17] y que hace falta pasar «de una pastoral de mera conservación a una pastoral decididamente misionera»^[18]. Esta tarea sigue siendo la fuente de las mayores alegrías para la Iglesia: «Habrás más gozo en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse» (Lc 15,7)» (EG 15).

Hagámoslo todo con visión positiva y con la convicción de que con poco podemos hacer mucho. Que nadie se sienta extraño ni piense que no puede contarse con él. Una postura excesivamente crítica y negativa no conduce a nada que no sea crear más amargura. Es tan grande la misión recibida que no podemos permitirnos ser de los o las que siempre ponen palos a las ruedas, que viven del oficio de la habladuría, de la descalificación, y que son signo evidente de un corazón seco, incapaz de ternura y de compasión por el otro. Podemos y hemos de recuperar mucha y buena relación humana junto con gestos sinceros y humildes de acercamiento y cooperación, aunque sea con medios muy sencillos e incluso pobres. Tengamos presente que la ofrenda de la viuda pobre del Evangelio es lo que Jesús valora y pone como ejemplo diciendo que «todos han dado de lo que les sobraba; ella, en cambio, ha dado lo que necesitaba, todo lo que poseía, todo lo que tenía para vivir» (cf. Mc 12,42-44).

Los cristianos y cristianas que formamos la Iglesia de Mallorca tenemos que vivir esta oportunidad tan significativa para nuestro tiempo, en la que podemos verter toda nuestra generosidad. Tenemos una palabra por decir y no podemos callar. No esperemos que hoy se tenga que hacer todo por

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

decreto –como algunos lo piden– ni tampoco sin señalar un norte que nos dé confianza y nos atraiga. Más bien, se nos pide ser adultos y responder con las convicciones asumidas por el hecho de habernos encontrado con Jesús y haber asimilado el Evangelio. Eso es tarea propia de cada uno y de cada una de nuestras comunidades, el camino de haber descubierto lo esencial. San Pablo demuestra estar tan convencido de ello que ve que el anuncio del Evangelio es inherente a la fe por el seguimiento de Jesús, por eso dice «yo no puedo gloriarme de anunciar el Evangelio, porque es una misión que he recibido: ¡Ay de mí si no anunciara el Evangelio!...», es un encargo que tengo confiado» (1Co 9,16-17). Estamos «obligados» por la elección que hemos hecho desde el bautismo. Vayamos confiados, pues en este recorrido el Señor no nos deja y su Espíritu nos inspira en cualquier ocasión.

Imaginémoslo, **hagámonos la idea de que somos como molinos de viento**, plantados en esta tierra de misión que Dios ama, molinos, de todos los estilos y maneras: a pleno rendimiento, a media marcha, restaurados, parados, con pocas aspas o sin ellas, medio derruidos, destrozados del todo o casi desaparecidos. Si ponemos manos a la obra, seguro que podemos recuperar incluso lo que parece inservible. Cuando algún aspa se ha deteriorado, no debe tirarse nunca, le irá bien al herrero para que la arregle o a cualquier experto que pueda solucionarlo. Se trata de rehabilitarnos para que el viento del Espíritu encuentre en nosotros unas aspas bien renovadas que puedan acoger su soplo y ponernos en movimiento, y así, producir la energía que necesitamos. Lo escribí en uno de los primeros *fulls dominicals* pues veía necesario ponernos a merced de su acción ya desde el comienzo. Por carretera o desde el avión es fácil contemplar el Pla de Sant Jordi. Daba gozo –años ha– admirar la belleza original de tantos molinos que rodaban sus aspas empujadas por el viento. Pero, ha pasado el tiempo y ahora, con alguna excepción, es una especie de cementerio de molinos casi abandonados y que ya no sirven para nada. ¡Qué lástima! ¿Qué ha pasado? Veo que el problema no es el viento. El viento sigue soplando, seguiría moviendo las aspas si estuvieran allí, seguiría produciendo energía y movimiento, habría vida y se generaría vida... Sin embargo, no todo es así, en otros lugares los he visto rehabilitados y en funcionamiento. El problema no es el viento, el problema es el molino, somos nosotros, bien plantados o medio derruidos, buenos receptores del viento o sin posibilidad de acoger lo que les hace útiles, aquello para lo que han sido creados.

En los molinos de viento de Mallorca veo una especie de pa-

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

rábola que me da que pensar en la necesidad que tenemos de un fuerte soplo de aire fresco que impulse nuestra vida, provocando aquel movimiento que debe ayudarnos a vencer la tibieza y a eliminar la acidia. Lo digo muy en general y no solo pensando en los cristianos: a veces quizás damos la impresión de que somos como molinos medio derruidos, de los que solo queda el esqueleto, sin figura completa, sin la firmeza que mantiene bien colocadas y orientadas las aspas para hacerlas rodar cuando sopla el viento. Qué descripción más oportuna la de nuestro poeta Mn. Llorenç Riber cuando, en su libro *Poesies: A sol ixent*, dice:

«Jo estim la torre tota sola,
del vell molí que està eixalat;
és com un colom que ja no vola,
és un cor gran que ja no bat,
és un gegant que al vent dansava
i amb sos llargs braços menaçava
la minyonia qui jugava
i se menjava tot el blat»¹

El viento está, el Espíritu está, suave o impetuoso, y siempre actúa, y quiere ponernos en movimiento de salida y activar las turbinas de nuestro compromiso bautismal, viento que se transforma en energía, agua que purifica y da vida. Es el aliento del Espíritu que nos empuja a pedirnos si en nuestra actuación como cristianos las preferencias de Jesús son las nuestras y si nuestra manera de amar es como la suya, empezando por lo que es más débil, los enfermos, los más pobres, los más vulnerables, los que sufren marginación, aquellos a quienes no se reconocen sus derechos y son víctimas de cualquier atropello. El aliento del Espíritu oxigena nuestra mente y enciende nuestro corazón para ver claro y actuar en consecuencia, como el buen samaritano que se dejó guiar más por el amor que por los condicionamientos de una ley que ahogaba y no dejaba actuar con la libertad de los hijos de Dios; un corazón que vio quién necesitaba amor y actuó en consecuencia.

Quizá en estos momentos Dios nos está preguntando si somos molinos en pie o caídos, enteros o medio derruidos, si estamos

¹ «Amo la torre solitaria / del viejo molino descalabrado, / es como una paloma que ya no vuela, / como un corazón que no late, / es un gigante que al cielo danzaba / y con sus largos brazos amenazaba / a la infancia que jugaba / y se comía todo el trigo.»

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

preparados para encarar el viento que llega y recibirlo como don o quedamos a merced de aquellos huracanes que nos desorientan, nos dispersan o nos destruyen, porque son la mediocridad que nos domina o la tibieza que nos debilita; todo ello es un conjunto que nos hace vivir más de actividades inconexas infectadas de activismo, que no de acciones llenas del aire suave y fresco del Evangelio. Saber distinguir los vientos y su procedencia –a veces irrumpen de forma imprevista con su fuerza destructiva y mezclada con tormenta debida al cambio climático– hace que nos demos cuenta del vacío espiritual que padecemos y del lastre hacia dónde lo arrastra nuestra indiferencia. Aceptar el viento y plantarle cara. Tratemos de ser molinos bien contruidos que dan gozo, siempre dispuestos a recibir aquel viento favorable que todo lo limpia, airea, pone en movimiento de salida y comunica vida. Es por ello por lo que Jesús nos ha dado su Espíritu –su aliento– «para que tengamos vida y vida en abundancia» (cf. Jn 10,10). Dejémonos rehabilitar y, si es necesario, comenzar de nuevo.

En la fiesta de Pentecostés, el papa Francisco ha definido al Espíritu diciendo que es armonía. Dice que la armonía es lo que faltaba a los discípulos y el Espíritu se la aporta. Necesitaban ser cambiados por dentro, en sus corazones. Por eso les repite una y otra vez: «¡Paz a vosotros!» (Jn 20,19.21). Esta paz no les libera de los problemas, sino «en» los problemas; una paz que nos es ofrecida a cada uno de nosotros; una paz que identifica el corazón con el mar profundo, que siempre está tranquilo, aunque la superficie esté agitada por las olas. El Espíritu es una armonía tan profunda que incluso puede transformar las persecuciones en bienaventuranzas. El punto de inflexión es la paz de Jesús, es la armonía del Espíritu.

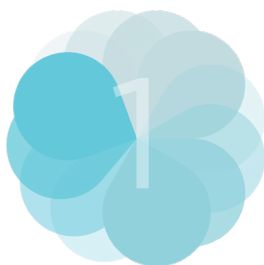
Por todo ello, **necesitamos al Espíritu**: es Él quien pone orden en el frenesí. Él es la paz en la inquietud, la confianza en el desánimo, la alegría en la tristeza, la juventud en la vejez, el valor en la prueba. Él es el Consolador que transmite la ternura de Dios. También trae «armonía» fuera, entre los hombres, nos hace Iglesia, un solo edificio «armónico» en que la unidad se construye desde la diversidad, reúne a los que se han distanciado, une a los alejados y hace retornar a los dispersos. Para ser espirituales –dice–, para gustar la «armonía» del Espíritu, debemos poner su mirada sobre la nuestra. El Espíritu es la primera y última necesidad de la Iglesia.

Acaba pidiéndonos que al Espíritu Santo le oremos cada día y, además, nos ayuda a hacerlo con esta plegaria. ¡Recémosla!

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

Espíritu Santo, armonía de Dios,
tú que transformas el miedo en confianza
y la clausura en don, ven a nosotros.
Danos la alegría de la resurrección,
la juventud perenne del corazón.
Espíritu Santo, armonía nuestra,
tú que nos haces un solo cuerpo,
infunde tu paz en la Iglesia y en el mundo.
Espíritu Santo, haznos artesanos de concordia,
sembradores de bien, apóstoles de esperanza.
Amén.



DESDE EL BAUTISMO Y LA CONFIRMACIÓN somos una misión en medio del pueblo

He aquí la promesa de Jesús:

«Cuando el Espíritu Santo vendrá sobre vosotros,
recibiréis una fuerza que os hará mis testigos en Jerusalén,
en Samaría y hasta el extremo de la tierra»
(Ac 1,8)

Y su cumplimiento. ¡Eso es lo que somos!

«Todos quedaron llenos del Espíritu Santo»
(Ac 2,4)

Esta es la primera predicación de Pedro:

«Convertíos y que cada uno de vosotros
se haga bautizar en el nombre de Jesús,
el Mesías, para obtener el perdón de los pecados,
y así recibiréis el don del Espíritu Santo»
(Ac 2,38)

Así, somos envidios y el Espíritu nos acompaña.

Leamos poco a poco 1Co 12,12-30 y Rm 12,1-18. La vida nueva del cristiano. ¡Comentémoslo!

Todos tenemos una misión. ¡Somos misión!

1. ¿Creéis que podemos decir que Mallorca es «tierra de misión»? Vivimos tiempos no fáciles para llevar a cabo la misión que hemos recibido de Jesús de hacerlo presente en nuestros ambientes más próximos y en la sociedad en general. Que nadie diga «yo no tengo nada que decir ni hacer» por humilde y discreta que sea la conciencia que tenga de la misión recibida. Todos tenemos una misión. ¡Somos misión! –nos dice el papa Francisco–, ya que «la misión en el corazón del pueblo no es una parte de mi vida, o un adorno que me puedo quitar; no es un apéndice o un momento más de la existencia. Es algo que yo no puedo arrancar de mi ser si no quiero destruirme» (EG 273). Sabemos bien que, en el cuerpo, todos los miembros tienen su importancia y se hacen el bien unos a otros. Cuando uno sufre, sufrimos todos, cuando uno se alegra, nos alegramos todos. Contemos con ello y evitemos cualquier tipo de exclusión, la propia o la de los demás. Cada miembro del cuerpo tiene una responsabilidad en la misión que todos compartimos y, a la vez, una función concreta para el bien del conjunto, como el cuerpo en su unidad y cohesión interna tiene una misión de cara al exterior, que es la del testimonio, la misión de unidad que Jesús nos encomendó desde el mandamiento nuevo del amor para que todo el mundo pueda reconocer que somos sus discípulos.

2. Una lectura pausada, meditada y comentada del capítulo 12 de la primera carta a los Corintios puede ayudarnos a entrar en esta dinámica, que es la del Espíritu, ya que Él es quien con sus dones crea unidad, intercambio y solidez entre la diversidad que hay en el cuerpo. Pensemos que la diversidad nos enriquece humanamente y espiritualmente, que «los dones que recibimos son diversos, pero el Espíritu que los distribuye es uno solo; son diversos los servicios, pero uno solo el Señor a quien servimos; son diversos los milagros, pero todos son obra de un solo Dios, que actúa siempre en todos nosotros» (1Co 12,4-6). Aún es más detallado lo que sigue (vv. 7-11) referido a las manifestaciones del Espíritu distribuidas a cada uno en bien de todos; unos dones «que son obra del único Espíritu, que los distribuye en particular a cada uno como le parece bien». Todo ello confirma la interrelación humana y espiritual a la que no podemos renunciar si hemos entrado a formar parte de la Iglesia, Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu. Este don nos ha venido por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación y, de ellos, ha surgido la misión, el envío a anunciar a Jesús, el Evangelio, y vivir el testimonio de la alegría de ser cristiano. Tenemos que pedir mucho al Señor que nos ayude

a aceptar y vivir esta diversidad, que es fruto de la acción del Espíritu Santo en nosotros, al mismo tiempo que ayudamos a construir la unidad. No somos contrincantes ni debe entristecernos que seamos diversos, sino todo lo contrario.

La espiritualidad que hace de la diócesis la casa y la escuela de comunión para la misión

3. En este cambio de época, y más que nunca, hemos de velar por lo que debe ser **la fuerza y la motivación de todo: la espiritualidad** que nos mantenga en la comunión y nos impulse a la misión. El papa Francisco observa que «una tarea movida por la ansiedad, el orgullo, la necesidad de aparecer y de dominar, ciertamente no será santificadora. El desafío es vivir la propia entrega de tal manera que los esfuerzos tengan un sentido evangélico y nos identifiquen más y más con Jesucristo. De ahí que suela hablarse, por ejemplo, de una espiritualidad del catequista, de una espiritualidad del clero diocesano, de una espiritualidad del trabajo. Por la misma razón, en *Evangelii gaudium* quise concluir con una espiritualidad de la misión, en *Laudato si'* con una espiritualidad ecológica y en *Amoris laetitia* con una espiritualidad de la vida familiar» (*Gaudete et exsultate* 28). Tenemos que añadir, todavía, la última exhortación apostólica *Christus vivit* dirigida a todo el Pueblo de Dios y especialmente a los jóvenes. Será bueno que, estos cinco documentos del papa Francisco, los tengamos cerca para leerlos, reflexionarlos y asimilarlos con detenimiento. De su lectura, podemos salir personal y eclesialmente muy reforzados. Son un buen acompañamiento y una buena fuente de espiritualidad para vivir hoy nuestra fe cristiana.

4. ¿De dónde nos viene la fuerza para la misión? Debemos entender la misión a partir de una espiritualidad que la impulse y le dé cuerpo, una espiritualidad radical, de historia de la salvación. Necesitamos espacios de gratuidad, horas de silencio, tiempo de interioridad que, junto con la calidad humana de cada uno, nos capaciten para vivir con serenidad y, así, responder a cualquiera que nos pida explicación de nuestra fe y razón de nuestra esperanza (cf. 1Pe 3,15). Qué bien si cada uno de nosotros, cada cristiano, lo vive según su vocación, donde Dios nos llama a cada uno a hacerse presente. Como consecuencia, debemos procurar que también con sentido de Iglesia lo vivamos así, en nuestra diócesis de Mallorca, donde debe inculturarse el Evangelio para que nos configure en todo lo que somos, decimos y hace-

mos. Hemos sido bautizados y confirmados, y, por ello somos enviados a ser testigos, lo cual significa que debemos estar dispuestos a mantener vivo el espíritu misionero de la Iglesia en el corazón de la sociedad.

La propuesta es la de una espiritualidad de comunión para vivir la misión

5. Creo muy oportuna para el momento que vivimos la valiosa aportación de san Juan Pablo II al inicio del tercer milenio cuando explica cuál debe ser la espiritualidad para el siglo XXI (cf. NMI 43). Nos propone una espiritualidad de comunión para hacer de la Iglesia la casa y la escuela de comunión. Él mismo nos dice que «**hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión**: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo». Y, con toda claridad y casi como condición previa para cualquier actuación, establece que «antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de la comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades». Decidámonos a que sea así y practiquémoslo.

6. ¿Qué es y cómo vivir la espiritualidad de comunión?

- Espiritualidad de comunión significa por encima de todo una mirada del corazón sobre todo hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado.
- Espiritualidad de comunión significa, además, capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico, y, por tanto, como «uno que me pertenece», para saber compartir sus alegrías y sufrimientos, para intuir sus deseos y atender sus necesidades, para ofrecerle una verdadera y profunda amistad.
- Espiritualidad de comunión es también capacidad de ver primordialmente lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios, «don para mí», además de ser un don para

el hermano que lo ha recibido directamente.

- En fin, espiritualidad de comunión es saber «dar espacio» al hermano, llevando «unos las cargas de los otros» (Ga 6,2), y rehusando las tentaciones egoístas que continuamente nos asedian y generan competitividad, carrerismo, desconfianza y envidias. No nos hagamos ilusiones: sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Llegarían a ser medios sin alma, máscaras de comunión, que no sus vías de expresión y de crecimiento.

7. Será bueno que en nuestra Iglesia de Mallorca nos unamos para hacer nuestra esta línea de espiritualidad como motor de toda la acción pastoral, una **espiritualidad eminentemente diocesana**, porque es asumida por toda nuestra Iglesia particular, como una vocación compartida. A veces, por desconfianza, hay quien busca otras espiritualidades —en cierta manera alquiladas o reducidas solo a un método— que más que unirnos a Dios y a los hermanos tienen el peligro de convertir a Dios en un ídolo o en la proyección de uno mismo. O también, son una excusa para encerrarse en una piedad individualista que acaba siendo egoísta y queda separada del resto de la comunidad de los cristianos.

8. La espiritualidad, como vida según el Espíritu de Jesús que es, nos debe ayudar a establecer vínculos y puentes, a construir con solidez, como lo hace aquel hombre prudente del que habla Jesús en el Evangelio y que construye sobre la roca, no sobre terreno inconsistente, como la arena (cf. Mt 7,24-27). El fundamento sólido de la espiritualidad cristiana es Jesucristo, hagamos el esfuerzo de no sustituirlo por nada ni por nadie. El secreto es amar y amarnos «tal como Él nos ama» (Jn 15,12). La fuente para descubrirlo es el Evangelio, ya que Jesucristo es la medida de toda actuación. Qué bien si cada día somos conscientes de este fundamento y en la oración pedimos que nos mueva a amar «tal como Él nos ama» y actuar en consecuencia haciendo de nuestro vivir cristiano un signo vivo de su amor.

9. La espiritualidad cristiana es la vida según el Espíritu de Jesús, vivida en constante atención y referencia a Él. No es de ninguna manera la autocontemplación ni mucho menos la obsesión por la autoreferencialidad, sino el encuentro personal con Jesús que nos salva. Pongamos atención en lo que nos dice el papa Francisco para entenderlo y vivirlo mejor. Primero,

nos advierte sobre el peligro de una falsa espiritualidad y dice que «siempre hace falta cultivar un espacio interior que otorgue sentido cristiano al compromiso y a la actividad. Sin momentos detenidos de adoración, de encuentro orante con la Palabra, de diálogo sincero con el Señor, las tareas fácilmente se vacían de sentido, nos debilitamos por el cansancio y las dificultades, y el fervor se apaga. La Iglesia necesita imperiosamente el pulmón de la oración, y me alegra enormemente que se multipliquen en todas las instituciones eclesiales los grupos de oración, de intercesión, de lectura orante de la Palabra, las adoraciones perpetuas de la Eucaristía. Al mismo tiempo, se debe rechazar la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad y con la lógica de la Encarnación. Existe el riesgo de que algunos momentos de oración se conviertan en excusa para no entregar la vida en la misión, porque la privatización del estilo de vida puede llevar a los cristianos a refugiarse en alguna falsa espiritualidad» (EG 262).

10. Así debemos entender que «**la primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido**, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: «Cuando estabas debajo de la higuera, te vi» (Jn 1,48). ¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, “lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos” (1 Jn 1,3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás» (EG 264). Vayamos integrándolo y asumiéndolo poco a poco. Dedicuemos tiempo a ello y gusto para hacerlo. Quedaremos satisfechos. Una vez más habremos

gustado algo esencial para nuestra vida cristiana.

iPor una Iglesia de todos, Pueblo de Dios!

11. Bastantes veces y por defecto, quizá sin darnos cuenta, pensamos la Iglesia en clave clerical y caemos fácilmente en la tentación de creer que todo depende y se orienta exclusivamente a partir de la figura del sacerdote. Tanto por actitudes personales de nuestra parte, el clero, como por la inercia de las propias estructuras, a menudo se ha mantenido el laicado en un estadio inferior no reconociendo en los bautizados su dignidad e igualdad. Por eso, cada vez más debe contarse con los laicos y laicas para pensar no solo la organización de la Iglesia de cara a sí misma, *ad intra*, sino su vocación y compromiso en medio de la sociedad, *ad extra*, que es el lugar que propiamente les corresponde. Siempre me ha dado mucho que pensar la última frase que los obispos de España escribieron en su documento *Los laicos cristianos, Iglesia en el mundo* (1992) que decía: «**La nueva evangelización, la harán sobre todo los laicos, o no se hará.**» Veamos cuántos años han pasado y pensemos, ¿qué hemos hecho? La Iglesia está convencida de que «en un mundo secular, los laicos –hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos– son nuevos samaritanos, protagonistas de la nueva evangelización, con el Espíritu Santo que les ha sido dado. El Espíritu Santo impulsa a los evangelizadores y hace que se conviertan, comprendan y acepten el Evangelio que les es propuesto» (cf. ChL 46.49; EN 75; RM 21ss).

12. El paso que hemos de dar ha de ser cualitativo si queremos responder con fidelidad al momento que nos corresponde vivir, pensando sobre todo en una Iglesia-Pueblo de Dios donde estamos todos, y no lamentándonos siempre diciendo que somos pocos y que faltan vocaciones. Por otra parte, no está bien que digamos que el laicado no está preparado. ¿Qué quiere decir eso? Quiere decir que tenemos la visión de una Iglesia centrada solo en el culto y no acabamos de dar confianza a un laicado que puede dar muy buena respuesta a los planteamientos pastorales y a los nuevos retos de hoy, sobre todo a los que provienen del corazón de la sociedad, que es el lugar de la presencia laical donde debe hacerse presente el Evangelio. La formación es uno de los retos a los que debemos dar respuesta y cuanto antes mejor. Lo hemos dicho muchas veces, la crisis vocacional proviene de la falta de respuesta generosa a la llamada que Dios sigue haciendo. Qué bien si todos hacemos lo posible para que esta llamada resuene

en nuestros corazones y especialmente en el de los jóvenes. A ellos dirige el papa Francisco estas palabras: «En el discernimiento de una vocación no hay que descartar la posibilidad de consagrarse a Dios en el sacerdocio, en la vida religiosa o en otras formas de consagración. ¿Por qué excluirlo? Ten la certeza de que, si reconoces un llamado de Dios y lo sigues, eso será lo que te hará pleno» (ChV 276).

13. Desde esta perspectiva, es importante la **atención al mundo de los jóvenes**, hoy tan diverso y en el que se repiten esquemas de siempre pronunciados con otras palabras y nuevos lenguajes, especialmente los que provienen de las nuevas tecnologías. Por otra parte, es necesario acoger las nuevas sensibilidades y formas de expresión religiosa y ayudarlas a mantener la fidelidad a las raíces cristianas. Por eso, en el último Sínodo sobre Los jóvenes y el discernimiento vocacional, el papa Francisco ha invitado a valorar la relación con las generaciones anteriores, a que los jóvenes dialoguen con los ancianos, con los abuelos, y, refiriéndose a ellos, les dice: «Ellos son las raíces, las raíces de vuestra concreción, las raíces de vuestro crecimiento, florecimiento y dar fruto. Recordad: si el árbol está solo, no dará fruto. Todo lo que el árbol tiene de florecido viene de lo que está enterrado [...]. Agarraos a las raíces, pero no os quedéis en ellas. Agarrad las raíces y llevadlas adelante para dar fruto, y también vosotros os convertiréis en raíces para los demás. Hablad con los ancianos, con la gente mayor, y eso os hará felices» (Roma, octubre de 2018).

Cambio de época y signos de los tiempos

14. Tenemos que ser conscientes –querámoslo o no– de que **estamos en un cambio de época**. No podemos seguir pensando que hay que hacer las cosas porque toda la vida se han hecho así. Estamos ante un cambio que marca una nueva cultura que demanda nuevas respuestas. La respuesta que podamos dar debe tenerlo muy presente, especialmente en lo que afecta a nuestra respuesta creyente, a nuestra espiritualidad y a nuestra decisión de vivir el Evangelio. Ello nos obliga a estar muy atentos al Espíritu Santo, que –como dice el papa Francisco– «nos ayuda a reconocer comunitariamente los signos de los tiempos» (EG 14). Para cualquier cosa que nos propongamos, será necesario prestarle atención y discernir lo que dice a su Iglesia –a nuestra Iglesia de Mallorca– para responderle generosamente. Puede ser bueno que nos orientemos desde tres ámbitos en el momento de

proponer cómo y a quién hay que llevar el Evangelio. Así nos lo indica el papa Francisco:

- 1) El ámbito de la pastoral ordinaria, con los que regularmente frecuentan la comunidad y celebran el domingo, el día del Señor; también los que conservan una fe católica intensa y sincera. Es una pastoral orientada al crecimiento cristiano de los creyentes.
- 2) El ámbito de las personas bautizadas que no viven las exigencias del bautismo; no tienen pertenencia cordial a la Iglesia ni experimentan el consuelo de la fe. Esta es una pastoral que se esfuerza para que estas personas vivan una conversión que les retorne la alegría de la fe y el deseo de comprometerse con el Evangelio.
- 3) El ámbito de los que no conocen a Jesucristo o siempre lo han rechazado; muchos de ellos buscan a Dios secretamente y tienen el derecho de recibir el Evangelio. A nosotros nos corresponde el deber de hacérselo asequible. La Iglesia no crece por proselitismo, sino por atracción (ibíd.)

15. En este mundo estamos presentes, vivimos, y al mismo tiempo, somos enviados a él. No podemos permanecer indiferentes, sino más bien atraídos a llevarle vida y Evangelio y, como consecuencia, a comunicárselo. El bien siempre tiende a comunicarse y ahora nos corresponde a nosotros esta misión, siendo discípulos misioneros de Jesús. Creyentes, tibios y no practicantes, a todos se dirige la llamada, de forma directa o indirecta. ¡Detectémoslo y actuemos! Todo ello pide —lo dice san Pablo VI en la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*— por parte de cada uno una adhesión vital y comunitaria, lo cual nos hace ver que «el anuncio no adquiere toda su dimensión más que cuando es escuchado, aceptado, asimilado y cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión de corazón. Adhesión a las verdades que en su misericordia el Señor ha revelado, es cierto. Pero, más aún, adhesión al programa de vida —vida en realidad ya transformada— que él propone. En una palabra, adhesión al reino, es decir, al “mundo nuevo”, al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio. Tal adhesión, que no puede quedarse en algo abstracto y desencarnado, se revela concretamente por medio de una **entrada visible, en una comunidad de fieles**» (EN 23).

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. Haber recibido el bautismo y la confirmación ha de darme la doble conciencia de haber recibido un don que me ha hecho cristiano y, al mismo tiempo, una misión que debo realizar cada día, todos los días. ¿Hasta qué punto soy consciente de este don y de esta misión? ¿Cómo los vivo?
2. ¿Qué espiritualidad configura mi vida de cristiano? ¿Qué relación tiene la espiritualidad con la vida de la Iglesia y, en concreto, de la Iglesia que peregrina en Mallorca?
3. Referente a la espiritualidad de comunión –de la que nos habla san Juan Pablo II– y de la explicación del papa Francisco sobre el recentrar la espiritualidad en Jesucristo, ¿qué convicciones saco? ¿Cómo puedo vivirlas?
4. En estos momentos y en el espacio en que vivo, ¿qué misión están ejerciendo los laicos y laicas? ¿En el ámbito de la Iglesia o de presencia en la sociedad? ¿Qué hacer para que cada vez más se dé un mayor y mejor reconocimiento del laicado? ¿En qué debe concretarse la misión que el laicado tiene en la sociedad?
5. Hoy, los bautizados, ¿dónde y a quién somos enviados? Pero, ¿ya estamos ahí o todavía tenemos que ir? ¿Qué dificultades encontramos personales y ambientales? ¿Qué oportunidades se nos presentan? ¿Las aprovechamos?

Oración

Por los sacramentos del bautismo y la confirmación,
sacramentos de la iniciación cristiana,
y con la fuerza gratificante de la Eucaristía,
nos has enviado y confiado la misión de ser tus testigos.

Como los profetas, sentimos el peso de esta misión,
experimentamos las dificultades de la indiferencia,
los contratiempos de la insensibilidad religiosa,
y, en ciertos momentos difíciles, la fatiga del apóstol.

El miedo aparece cuando las divisiones nos paralizan,
cuando ciertas «seguridades» impiden el diálogo,
cuando sentirse juzgado congela el compromiso,
cuando una Iglesia a la defensiva retrocede
y, a toque de retirada, llega a cerrar puertas.

Jesús, el Dios encarnado hasta lo más impensable,
hecho hombre entre los hombres hasta el último momento,
nos has enseñado que el camino es otro: ¡el tuyo!
Y, cogiéndonos de la mano, te has hecho compañero de camino.

No te has echado nunca atrás, ni has tenido miedo,
Nunca has tocado a retirada cuando venían mal dadas,
Nunca has dicho: «aseguraos las puertas bien cerradas».

Al contrario, nos has hecho mirar hacia delante, ilusionados,
fundamentados en una espiritualidad que es de comunión,
plenamente confiados en que nos acompañas, día tras día,
hasta el fin de los tiempos y con el miedo desterrado.

¡No tengáis miedo! –nos dices– ¡Tirad mar adentro! ¡Confiad!
Acompáñanos, por tu Espíritu, en todo momento.
No nos dejes. Mira a nuestra Iglesia, la tuya,
con aquel amor con que siempre la has amado,



DESDE EL BAUTISMO Y LA CONFIRMACIÓN,
somos una misión en medio del pueblo

haz de nuestra misión apostólica un ejercicio constante
de sinodalidad, de fraternidad, de diálogo y de comunión.

Danos el valor creyente de tu Madre, María,
la que magnifica a Dios restableciendo la dignidad humana,
para responder puntuales al hoy de nuestra vida,
sin miedo, sin ningún miedo, solo con la confianza,
con la humildad de la fe y el coraje de la misión.



—29—



—30—



—31—



PONGAMOS EN PRÁCTICA LOS DONES RECIBIDOS saber recibir y querer dar

«Pedid, y Dios os dará; buscad, y hallaréis;
llamad, y Dios os abrirá...
(Mt 7,7)

«Haced a los demás lo que queréis que ellos os hagan»
(Mt 7,12)

«Todos han dado de lo que les sobraba;
ella ha dado de lo que necesitaba»
(Mc 12,41-44)

Leer la parábola de los talentos y orar con ella (Mt 25, 14-30). Comentémosla en grupo.

Hagamos también lo mismo con la parábola de los llamados a trabajar en la viña (Mt 20,1-16).

Vayamos al Evangelio, vayamos a lo que es esencial

16. Hay mucho trabajo por hacer, no perdamos tiempo, ni lo utilicemos con aquellas discusiones frívolas e inútiles que nos impiden aprovecharlo para hacer el bien y construir más hermandad. Todas las horas del día deben ser para bendecir y construir. No dejemos horas perdidas o mal empleadas. **Vayamos a lo que es evangélicamente esencial.** Somos invitados a ser rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autoreferencialidad, tal y como nos lo indica el papa Francisco, a fin de que el reencuentro con Jesús –con el amor de Dios– se convierta en feliz amistad (cf. EG 8). Qué bien cuando esta amistad con Jesús nos ilumina para discernir lo que es esencial de lo que no lo es.

Pensemos que lo esencial es invisible a los ojos, que es una realidad interior que debemos acoger con el corazón. Recordemos la parábola de los talentos, la capacidad receptiva de cada uno, y hagámosla generosa, sin enterrar jamás los dones recibidos, sino trabajar para que den mucho fruto, el fruto esperado.

17. «Una pastoral en clave misionera no se obsesiona por la transmisión desarticulada de una multitud de doctrinas que se intenta imponer a fuerza de insistencia. Cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, **el anuncio se concentra en lo esencial**, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario. La propuesta se simplifica, sin perder por ello profundidad y verdad, y así se vuelve más contundente y radiante» (EG 35). Nosotros hemos de saber tratarlo juntos, hablar de ello con calma y amabilidad, ya que a menudo se pierde mucho tiempo y energías aprovechables si se discute por cosas que no valen la pena.

Por otra parte, «El problema mayor –dice el papa Francisco– se produce cuando el mensaje que anunciamos aparece entonces identificado con esos aspectos secundarios que, sin dejar de ser importantes, por sí solos no manifiestan el corazón del mensaje de Jesucristo» (EG 34). Las conversaciones que mantenemos suelen ser un exponente de ello. También eso debe ser objeto de revisión, de plegaria personal, de diálogo y reflexión en cada grupo y comunidad. Procuremos practicar este ejercicio de forma constante y demos un tono nuevo y positivo a todo lo que hacemos.

Normalmente, ¿de qué hablamos entre nosotros?

18. Para verificar si vamos a lo que es esencial o nos perdemos por caminos secundarios, conviene que nos preguntemos sobre nuestras conversaciones, es decir, de qué hablamos normalmente, con qué tono y con qué intención comentamos los acontecimientos, pensamos y charlamos sobre los demás y con qué expresiones nos referimos a ellos. Es frecuente oír que nos es fácil hablar mal unos de otros, incluso alguien para justificarse dice «qué le vamos a hacer, aquí, a pesar de todo, somos así». Pensemos que quizá se trata de un síntoma de una oculta forma de poder, de envidias o de celos, de poca voluntad de cambio, de resignación o de indiferencia. Va bien que escuchemos a Jesús cuando dice «¡entre vosotros no será así!» (Mt 20,26; Mc 10,43) o también escuchando la severa advertencia de «¿por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo?» (Lc 6,41). Por otra parte, es interesante hacer nuestro lo que ya he mencionado anteriormente sobre la espiritualidad de comunión en cuanto consigue que miremos a las personas con los ojos de amor con que Dios nos mira y, al mismo tiempo, descubrir en ellas todo lo que hay de bueno y positivo. Hagamos de ello oración para detectarlo y un buen ejercicio a lo largo del día. Quedaremos contentos y confortados.

19. Pensar y hablar mal de alguien no está bien y tenemos que eliminarlo en nosotros mismos y, con caridad, ayudar a los demás a superarlo también, ya que daña mucho a la Iglesia, a todo el mundo en general y a personas concretas. Fijémonos en que, en una ocasión, Jesús pregunto a sus discípulos cuál era el tema de sus conversaciones, pues vio que discutían sobre quién era el más importante. Entonces, les dijo con mucha claridad: «El que quiera ser el primero que sea el último y el servidor de todos» (Mc 9,30-37). Los invita a asumir como propia la actitud de servicio humilde. Este es el estilo que nos pide y la propuesta que nos hace. Debemos cambiar el tono y el contenido de las conversaciones y la visión negativa que quizás tenemos de los otros y transformarla en positiva, construyendo puentes de amistad y buen entendimiento, no muros de prejuicios y de crítica destructiva.

20. ¿Quién de nosotros puede pretender vivir estancado en su orgullo, pensando siempre contra quién irá o qué mal le producirá, si somos cristianos, seguidores de Jesús? Contamos con su ejemplo, porque «Él, siendo de condición divina, no quiso guardar celosamente su igualdad con Dios, sino que se anonadó, tomando la condición de esclavo, y hecho semejante a

los hombres, tenido por un hombre cualquiera, se abajó y se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz...» (Fl 2,6-8). Parece incomprensible que entre cristianos que manifiestan serlo, alguien cree división a causa de frustraciones personales, celos y odio. ¿Por qué degradarse personalmente atropellando con actitud cainita? Parece incomprensible, ¡lo repito!

21. Incluso, como dice el papa Francisco, «A los que están heridos por divisiones históricas, les resulta difícil aceptar que los exhortemos al perdón y la reconciliación, ya que interpretan que ignoramos su dolor, o que pretendemos hacerles perder la memoria y los ideales. Pero si ven el testimonio de comunidades auténticamente fraternas y reconciliadas, eso es siempre una luz que atrae. Por ello me duele tanto comprobar cómo en algunas comunidades cristianas, y aun entre personas consagradas, consentimos diversas formas de odio, divisiones, calumnias, difamaciones, venganzas, celos, deseos de imponer las propias ideas a costa de cualquier cosa, y hasta persecuciones que parecen una implacable caza de brujas. ¿A quién vamos a evangelizar con esos comportamientos?» (EG 100).

¿Podemos con la misma lengua bendecir a Dios y maldecir a los hombres?

22. Qué misterio es la persona humana, que es capaz de las reacciones más contradictorias: «con la lengua bendecimos al Señor, nuestro Padre, y con la lengua maldecimos a los hombres, creados a imagen de Dios. De una misma boca salen bendición y maldición. Hermanos míos –dice el apóstol Santiago– que no sea así. ¿Pueden manar del mismo caño de la fuente agua dulce y agua amarga?» (St 3,9-11). Ya en la plegaria de los salmos aparece esta misma constatación que, una vez más, demuestra la fragilidad de la condición humana y la maldición que incluye, cuando dice: «abres tus labios para el mal y tu lengua para la calumnia. Te sientas a hablar mal de tus hermanos, a difamar a tus familiares. ¿Me callaré mientras lo haces? ¿Creías que sería como tú? Te acusaré, te lo tendré en cuenta» (salmo 49, 19-21). Tenemos que dejarnos corregir cuando es para nuestro bien, cuando esta corrección nos viene de Dios que nos ama y de las personas que se esfuerzan por llevarla a cabo con su mismo amor.

23. Como ya se ha dicho, san Juan Pablo II ponía como un elemento clave de la espiritualidad del cristiano de este siglo la que parte de la mirada

de amor que Dios tiene sobre nosotros y sobre la humanidad. **Si Dios nos mira y nos habla con amor, ¿por qué nosotros no podemos hacer lo mismo?** ¿Por qué nuestra mirada no ha de ser como la suya? En una conversación durante la comida de un día de retiro este año, me gustó mucho oír decir a uno de nuestros sacerdotes que «cuando nos reunimos para orar, entonces el tono de nuestras conversaciones es otro». Es así, si nuestra oración es sincera, nuestras conversaciones también tienen que serlo. ¿Por qué no llenar las horas haciendo el bien y teniendo conversaciones edificantes? Las posibilidades, las tenemos todas si hay firmeza de voluntad y ponemos la confianza en la acción del Espíritu que nos mueve a amar, a perdonar, a ser misericordiosos, que es lo que Jesús nos pide.

24. Dejemos de lado las historias que nos separan, quememos los archivos personales que no edifican, no gustemos de enseñar los trapos sucios de nadie. Todo esto vale no solo para las conversaciones, sino también y sobre todo por el abuso que se comete con la relación humana al ensuciarla con la calumnia, con noticias falsas –*fake news*– en directo o desde el anonimato. Ni hacerlo, ni participar en ello, ni favorecerlo, ni erigirse en su portavoz... Recordémoslo: «no será así entre vosotros». ¡Lo dice Jesús! El papa Francisco, en la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* sobre la llamada a la santidad en el mundo actual (GE, 115) lo dice así: «También los cristianos pueden formar parte de redes de violencia verbal a través de internet y de los diversos foros o espacios de intercambio digital. Aun en medios católicos se pueden perder los límites, se suelen naturalizar la difamación y la calumnia, y parece quedar fuera toda ética y respeto por la fama ajena. Así se produce un peligroso dualismo, porque en estas redes se dicen cosas que no serían tolerables en la vida pública, y se busca compensar las propias insatisfacciones descargando con furia los deseos de venganza. Es llamativo que a veces, pretendiendo defender otros mandamientos, se pasa por alto completamente el octavo: «No levantar falso testimonio ni mentir», y se destruye la imagen ajena sin piedad. Allí se manifiesta con descontrol que la lengua “es un mundo de maldad” y “encendida por el mismo infierno, hace arder todo el ciclo de la vida” (St 3,6).»

**Aseguremos este objetivo pastoral:
la amistad con Jesús y el amor fraterno**

25. Repitémoslo: vayamos a lo esencial, ya que solo Jesús es el ca-

mino, la verdad y la vida (Jn 14,6). Incluso, lo cantamos bastantes veces: No miréis a nadie más que a Él, no adoréis a nadie más que a Él, no esperemos a nadie más que a Él... ¿Creéis que podemos contar con algo que sea mejor? Tenemos el mejor mensaje, el mejor contenido –la persona de Jesús y el Evangelio– para darlo a conocer y vivirlo. Dice el papa Francisco que «Cuando se logra expresar adecuadamente y con belleza el contenido esencial del Evangelio, seguramente ese mensaje hablará a las búsquedas más hondas de los corazones». De hecho, «el Evangelio responde a las necesidades más profundas de las personas, porque todos hemos sido creados para lo que el Evangelio nos propone: **la amistad con Jesús y el amor fraterno**» (EG 265). La oración es el medio más adecuado para que ello sea posible. ¿Cómo la hago? «Con el amigo hablamos, compartimos las cosas más secretas. Con Jesús también conversamos. La oración es un desafío y una aventura. ¡Y qué aventura! Permite que lo conozcamos cada vez mejor, entremos en su espesura y crezcamos en una unión siempre más fuerte. La oración nos permite contarle todo lo que nos pasa y quedarnos confiados en sus brazos, y al mismo tiempo nos regala instantes de preciosa intimidad y afecto, donde Jesús derrama en nosotros su propia vida» (ChV 155). ¡Hagamos nuestra esta experiencia tan entrañable!

26. En la amistad con Jesús ya tenemos, por tanto, el objetivo hacia donde deben dirigirse nuestros esfuerzos y valoraciones en todo lo que queremos llevar a cabo. Eso toca de lleno los momentos de diálogo que tenemos en cualquier ocasión y lugar, el contenido de nuestras reuniones, catequesis, encuentros y, para nosotros, presbíteros, diáconos y obispo, nuestra forma de predicar, el tiempo, el estudio y la oración que dedicamos a la homilía y con la responsabilidad de comunicar la Palabra. Escuchar a Dios y escuchar al pueblo, este es el necesario equilibrio. «Un predicador –nos dice el papa Francisco– es **un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo**. De esa manera, descubre «las aspiraciones, las riquezas y los límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida y el mundo, que distinguen a tal o cual conjunto humano», prestando atención al pueblo concreto con sus signos y símbolos, y respondiendo a las cuestiones que plantea... Lo que se procura descubrir es «lo que el Señor desea decir en una determinada circunstancia» (cf. EG 154). El papa Francisco lo dice a todos, pero especialmente a los jóvenes después del Sínodo que les ha dedicado su atención: «Por más que vivas y experimentes no llegarás al fondo de la juventud, no conocerás la verdadera plenitud de ser joven, si no encuentras cada día al gran amigo, si no vives en amistad con Jesús» (ChV

150). Ello pide dedicarle tiempo y voluntad, como en todo proceso relacional.

Leer y meditar la Palabra de Dios, el Evangelio, desde el corazón y la vida diaria

27. Este es un ejercicio que podemos practicar todos: leer la Palabra de Dios, el Evangelio, desde el corazón y desde la vida, desde la realidad que cada uno y todos vivimos cada día, y llevarlo a la oración. Creo muy ilustrativo hacerlo con el método ya conocido y practicado por muchos de la *Lectio divina* o lectura creyente. Son preguntas muy sencillas que intentan ayudarnos a practicar un ejercicio también muy sencillo: ante el texto de la Palabra de Dios, me pregunto: ¿qué dice? (lectura), ¿qué me dice? (meditación), ¿qué me impulsa a decir? (oración), ¿qué me pide hacer? (contemplación). Referente a ello, el papa Francisco dice que «la lectura orante de la Palabra de Dios, más dulce que la miel» (cf. Sal 119,103) y «espada de doble filo» (Hb 4,12), nos permite detenernos a escuchar al Maestro para que sea lámpara para nuestros pasos, luz en nuestro camino (cf. Sal 119,105)» (GE 156). Este camino lleva a un norte bien definido: «El encuentro con Jesús en las Escrituras nos lleva a la Eucaristía, donde esa misma Palabra alcanza su máxima eficacia, porque es presencia real del que es la Palabra viva» (GE 157).

28. Probémoslo, entremos en el corazón de esta forma dialogal de orar que es la *Lectio divina*, seguro que nos irá bien. Es la **experiencia de compartir la Palabra de Dios**. Puede hacerlo cada uno, individualmente, o en pequeños grupos repartidos en los locales parroquiales o en las casas, donde las familias se acogen unas a las otras y hacen del encuentro una ocasión de profundizar en la Palabra de Dios y en la amistad. Es una práctica perenne que tendríamos que llevar a la normalidad de la vida. Para hacerlo, no es necesaria mucha organización, son pequeñas células cristianas que reparten vida a toda la comunidad. En concreto, los presbíteros y los diáconos —con la responsabilidad compartida de organizar pastoralmente nuestro tiempo— tenemos la misión de acompañar estos grupos en torno a la Palabra de Dios dondequiera que se encuentren, y ayudar a su comprensión, profundización y proyección en la vida. ¿Qué tiempo dedicamos a ello y a qué personas o grupos estamos acompañando? Es una opción prioritaria en nuestra misión de pastores. Dice el papa Francisco que «si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad

de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida» (EG 49). ¿Qué hacemos para llegar a tanta gente que nos necesita?

¿Qué hemos hecho de nuestro bautismo y de la confirmación?

29. Somos cristianos desde el momento que recibimos el don bautismal que nos ha configurado a Jesucristo para siempre. Es la puerta a través de la que accedemos a los demás sacramentos y a partir de él se inicia un proceso que llevará a la madurez cristiana, en el que recibir el don del Espíritu Santo en el sacramento de la confirmación es un momento importante. El encuentro personal con Jesucristo es decisivo para llegar a ser cristiano. Lo dijo el papa Benedicto XVI y lo ha repetido el papa Francisco: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (EG 7; cf. DCE 1). ¿Qué ha sucedido desde el bautismo hasta ahora? ¿Cuál es mi momento, el ahora de mi fe? En el ejercicio pastoral del ministerio sacerdotal y episcopal me he encontrado con frecuencia con jóvenes y también adultos que han descubierto a Jesús y el Evangelio y, en este encuentro por la experiencia vivida, han recuperado su sentido de pertenencia a la Iglesia. Se han sentido acogidos, amados y acompañados en su proceso de fe. Ello ha sido posible gracias a los que se han adelantado a apoyarles de forma muy personal y dedicándoles tiempo. Hoy, esta es la manera más eficaz de ayudar a alguien a tomar conciencia de su ser cristiano. A partir de esta vivencia, algunos han pedido el bautismo, otros han solicitado la confirmación y la participación en la Eucaristía, sacramentos que habían quedado aparcados debido a la ignorancia o a la indiferencia causadas por actitudes personales o por la presión social.

30. Ved de qué forma más entrañable el papa Francisco coloca la identidad del cristiano: dice que **entre dos abrazos**. Por eso lo he puesto en el título de esta Carta pastoral. Estas son sus palabras: «La identidad cristiana, que es ese abrazo bautismal que nos dio de pequeños el Padre, nos hace anhelar, como hijos pródigos —y predilectos en María—, el otro abrazo, el del Padre misericordioso que nos espera en la gloria. Hacer que nuestro pueblo se sienta como en medio de estos dos abrazos es la dura pero hermosa tarea del que predica el Evangelio» (EG 144). Toda la vida en manos de Dios,

sostenidos por Él, abrazados por Él, y en Él, abrazándonos unos a los otros. «El bien siempre tiende a comunicarse [...], comunicándolo, el bien se arraiga y se desarrolla» (EG 9). Por eso, el creyente que sabe que Dios le ama vive el gozo de esta convicción de fe y no le cuesta nada contagiarlo a los demás, ya que llega a hacerlo de forma totalmente espontánea. El hecho es que «el amor de Cristo nos obliga» (2Co 5,14) y, como también dice san Pablo, «ay de mí si no anuncio el Evangelio» (1Co 9,16).

31. Veamos el resultado. Debemos tener clara cuál es **la identidad que nos define**, ya que «en virtud del Bautismo recibido, cada miembro del Pueblo de Dios se ha convertido en discípulo misionero (cf. Mt 28,19). Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador [...]. La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados» (EG 120). Recuperemos la conciencia de este don, no despreciemos la gracia que hemos recibido y que es la fuerza que nos mantiene fuertes en la fe, la que nos ayuda a crecer en el seguimiento de Jesús. No podemos quedar parados en el falso confort de una vida mediocre o contaminados por la tibieza y la indiferencia. La comunidad de Laodicea tuvo que encajar que el Espíritu le dijese: «conozco tus obras y sé que no eres frío ni caliente. Ojalá fueses frío o caliente. Pero, ya que eres tibio, y no frío o caliente, estoy a punto de vomitarte» (Ap 3,15-16). En los inicios de la Iglesia —como ha sucedido en muchos tiempos—, los cristianos ya eran invitados a superar estos defectos en los que fácilmente caían. Por ello, eran exhortados a no dejar perder la gracia recibida en el bautismo y a sacar el máximo provecho del momento presente (cf. 2Co 6,1-2), la hora favorable, el día de la salvación.

32. **Por el bautismo hemos entrado a formar parte de la comunidad cristiana y, de forma más plena, por la confirmación**, a ser miembros de pleno derecho de la Iglesia de Jesús; de ahí la importancia del sentido de pertenencia. Somos parte viva del Pueblo de Dios y ninguno de los bautizados es un cristiano aislado; si lo fuese, no tendría sentido su vida, sería como un sarmiento separado de la cepa. ¿Recuerdas el día y el lugar de tu bautismo? Saberlo y recordarlo es un signo de la importancia que le das y una ocasión de acción de gracias, ya que todo empezó aquel día. Con la del nacimiento, la fecha del bautismo es una de las que es bueno recordar, puesto que fue el Señor quien vino a encontrarte en el camino de la vida y comenzó a caminar contigo. ¿Qué conciencia tienes de todo esto? ¿Es solo un recuerdo del pasado o algo de vigente actualidad?

Para cambiar el mundo, empezar por uno mismo y hacer fructificar los dones recibidos

33. Nos es fácil pensar el bien que esperamos de los demás, pero – por aquello de que es mejor dar que recibir– será bueno que pensemos **cuál es el bien que hemos de hacer a los demás** y que seguramente esperan de forma explícita o implícita. Cualquier persona, creyente o no, puede hacer tuyas estas palabras de Jesús «Haced a los demás lo que queréis que ellos os hagan» (Mt 7,12). Dice el papa Francisco que «una auténtica fe —que nunca es cómoda e individualista— siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas y cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades. La tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos» (EG 183). Los dones que cada uno ha recibido, las habilidades y cualidades que nos identifican personal, profesional y espiritualmente, casi podemos decir que están orientadas al bien común y que, en cierta manera, son patrimonio compartido. Hagamos caso de la exhortación que el apóstol Pedro dirige a los primeros cristianos: «Que cada uno ayude a los demás con los dones que ha recibido, ya que debemos ser buenos administradores de la gracia de Dios, que toma formas tan variadas. Si alguien habla, que sepa que transmite palabras de Dios; si alguien presta un servicio, que se valga de la fuerza que recibe de Dios. Así Dios será glorificado en todo por Jesucristo» (1Pe, 4,10-11). También eso es ir a lo esencial del Evangelio.

34. Aunque hemos de tener siempre presente el gran desafío que constituye el doloroso hecho de las desigualdades sociales que se acentúan cada día más en el mundo y entre nosotros, comencemos por lo que está a nuestro alcance desde la disponibilidad que abre muchos caminos de servicio en la comunidad humana. No se trata tanto de hacer muchas cosas, sino de ser útil desde lo que cada uno puede aportar. En primer lugar, ayudar a que todo el mundo goce de las mismas oportunidades y se evite toda discriminación, haciendo lo posible para que lo que le falta a alguno, otro se lo pueda proporcionar y, así, **empezar a abrir caminos de solidaridad**. Desde cada uno, el voluntariado puede ser un camino que lo haga posible y, a la vez, un reclamo para que muchos descubran que es mejor dar que recibir. En segundo lugar, el trabajo de concienciación que debe conducir a conocer más la realidad para poder actuar con un mínimo de eficacia sobre ella. El mundo

de los pobres es inmenso y toma formas muy diversas, desde las pobreza de siempre hasta las nuevas pobreza que han ensanchado las dimensiones de este fenómeno que, en su conjunto, alcanza ya la mayoría de la humanidad.

35. ¿Cómo hacer participar a los demás del don que es uno mismo? Seguramente esta pregunta toca de cerca la fibra vocacional que contempla una entrega radical, como la que escuchó de Jesús aquel joven rico cuando le invitó a seguirle. Jesús, que le miró con afecto, le dijo que aún le faltaba una cosa, y sin rodeos le hizo la propuesta: «si quieres ser perfecto, ves, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después vuelve y ven conmigo» (Mt 19,21). En este joven, faltó la generosidad —dice el Evangelio—, porque era muy rico. Sin embargo, cuando los discípulos vieron la negativa que mostraba la dificultad del seguimiento de Jesús, fue el propio Jesús quien les alentó diciéndoles que «para los hombres es imposible, no para Dios, Dios lo puede todo» (v.26). Tenemos que vivir de esta confianza, la de Jesús haciéndose compañero de ruta y dándonos la mano en cualquier momento y circunstancia.

36. Jesús —caminando a nuestro lado— nos pide que queramos ser perfectos, como lo pide al joven rico (cf. Mt 19,16-29), y nos capacita para llegar a serlo, ya que no exige nunca nada que supere las propias capacidades y, además, da la fuerza para llevarlo a cabo. De parte de cada uno, la fe es la respuesta. Pero esta perfección implica la opción por los pobres que para nosotros debe encontrar el camino que la haga posible. El papa Francisco dice que «el imperativo de escuchar el clamor de los pobres se hace carne en nosotros cuando se nos estremecen las entrañas ante el dolor ajeno» (EG 193). La actitud será la misericordia. Este es «un mensaje tan claro, tan directo, tan simple y elocuente, que ninguna hermenéutica eclesial tiene derecho a relativizarlo [...] ¿Para qué complicar lo que es tan simple? Los aparatos conceptuales están para favorecer el contacto con la realidad que pretenden explicar, y no para alejarnos de ella. Esto vale sobre todo para las exhortaciones bíblicas que invitan con tanta contundencia al amor fraterno, al servicio humilde y generoso, a la justicia, a la misericordia con el pobre. Jesús nos enseñó este camino de reconocimiento del otro con sus palabras y con sus gestos. ¿Para qué oscurecer lo que es tan claro?» (EG 194).

37. Irá bien contemplar **la experiencia de los discípulos camino de Emaús** en el momento en el que descubren a Jesús y la confianza los lleva a rehacer de nuevo el camino recorrido e ir a decírselo a los demás: leá-

moslo y meditámoslo con calma: Lc 24,13-35. Preguntémonos: ¿por qué son capaces de decirle a Jesús «¡quédate con nosotros!» (v.29) hasta el punto de abrir los ojos de la fe y reconocerlo con estas palabras: «¿no es verdad que nuestro corazón se inflamaba en nuestro interior mientras nos hablaba por el camino y nos abría el sentido de las Escrituras?» (v.32). Este relato muestra todo el proceso que un cristiano tiene que hacer, desde dejarse acompañar hasta leer con los ojos de la fe la presencia del Resucitado en la fracción del pan. El evangelio dice que en aquel instante «se les abrieron los ojos y lo reconocieron» (Lc 24,31). Seguro que Jesús les fue preparando durante la conversación, abriéndoles el corazón y limpiándoles los ojos, donde suele haber resistencia para ver claro. ¡Qué acompañamiento tan maravilloso el de Jesús respecto a estos discípulos decepcionados! En las bienaventuranzas lo dice así: «bienaventurados los limpios de corazón, ellos verán a Dios» (Mt 5,8). Limpieza de corazón, transparencia interior, capacidad para ver con los ojos de la fe los signos de una nueva presencia, esta vez en la fracción del pan. Pensemos que en cada Eucaristía tenemos la posibilidad de vivir la misma experiencia, dejando que se nos abran los ojos de la fe, y descubrir la presencia sacramental de Jesús entre nosotros y, después, recibirlo como alimento, que lo es sobre todo para los débiles.

Cuestionario **para reflexionar personalmente y/o en grupo**

1. En estos momentos, ¿qué considero esencial en mi vida cristiana? ¿Es a lo que me dedico? ¿Doy más importancia a cosas secundarias? ¿Cuáles? ¿Soy consciente de que vivo entre dos abrazos, es decir, convencido/a de que Dios me ama?
2. ¿Cómo son habitualmente nuestras conversaciones y los comentarios que hacemos (de palabra y por escrito)? ¿Es frecuente oír hablar mal de los otros? ¿Qué reacción personal me produce? ¿Cuáles son las consecuencias? ¿Qué hacer para dar la vuelta a este problema?
3. ¿Qué aspectos quiero destacar de la espiritualidad que vivo? ¿Qué pienso de la espiritualidad de comunión? ¿Me ayuda a vivir la comunión en la mi relación con Dios, con los demás y en los diferentes ámbitos de nuestra Iglesia?
4. ¿Qué lugar ocupa la Palabra de Dios en mi vida personal? ¿Es un referente importante en mi vida? ¿La leo con frecuencia? ¿Hago de ella meditación y plegaria? ¿Solo o con otros?
5. Haber recibido el bautismo y la confirmación, ¿cómo influye en mi vida y qué me aporta como cristiano? ¿A qué comunidad me siento unido y de qué grupo de cristianos me siento formar parte? ¿Veo importante y necesario para mi vida cristiana no ir solo? ¿Por qué?

Oración

Todos hemos pedido la entrada en la Iglesia,
al menos una gran mayoría hace tiempo que lo hemos hecho.
Nuestra vida bien proyectada y Dios ha intervenido en ella.

El bautismo no se niega a nadie. Todos caben.
Pero, entrar no lo es todo, el camino de la fe está por hacer;
al principio hemos ido a lo esencial y salvado las excusas,
aunque después vengan muchas. ¡Lo sabemos bien!

Jesús, ahora, me miras y me preguntas: ¿qué?
¿Dónde está el vestido de fiesta?, ¿lo sabes?, ¿quieres?, ¿tienes?
Incluso hemos convertido la fiesta eucarística en ceremonia,
el domingo en día de no hacer nada, de no estar o para dormir,
o para las excusas: el huerto, el chalé, la carretera, el deporte.
Todo muy bien, pero nos dices que cada cosa tiene su momento,
que cada cosa debe estar en el lugar que le corresponde.

Nos pides unidad de vida, coherencia con el Evangelio,
que es lo que elegimos en el momento del bautismo.
Pero, Jesús, nos hemos acostumbrado a las caras largas,
Parece que todo se hace porque se tiene que hacer, con rutina,
y no descubrimos la alegría de la novedad que nos comunicas
porque tenemos muchos otros intereses, ¡mucho por hacer!

Haznos reconocer el valor de tu donación,
la gratuidad de tu gesto, los dones que nos has regalado,
la fuerza de la fraternidad cuando nos encontramos juntos.
Quieres una Iglesia llamada a una alegre convivencia,
a una constante celebración de la vida, de tu amor.
Haz que tengamos tiempo para ti, como Tú tienes para todos.

Danos el gozo de encontrarlo, el gozo de darlo,
haznos pasar de la indiferencia a la obligación interior,
donde compartimos el amor, la solidaridad y tus dones,
donde nos dices: «¡Haced esto en memoria mía!».
No podemos dejar de hacerlo: dejaríamos de ser lo que somos.
Como te dijeron los discípulos de Emaús, ahora te decimos:
«¡Quédate con nosotros, que la tarde está cayendo!» (Lc 24,29)



—47—



—48—



—49—



TRABAJEMOS EN EQUIPO, CREEMOS COMUNIÓN no vayamos solos, relacionémonos en red

El fundamento de esta unidad: Jesús ora pidiendo la unidad, la plena comunión entre nosotros:

«Que todos sean uno, como tú, Padre,
estás en mí y yo en ti.
Que también ellos estén en nosotros,
para que el mundo crea que tú me has enviado»
(Jn 17,1-26).

Tenemos que observar cómo lo vivimos. Profundizar en estos dos textos completos:

«Los envió de dos en dos»
(Lc 10,1-9)

«Los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma»
(Ac 2,42-44).

¿Cómo nos implica? ¿Lo hacemos?

Apuntémonos a esta impostergable renovación eclesial

38. A pesar del desánimo que muchas personas manifiestan llevar consigo debido a una infinidad de causas, creo que por otra parte interpreto bien el deseo de muchos cristianos y cristianas cuando dicen que también en nuestra Iglesia de Mallorca tenemos necesidad de una impostergable renovación eclesial y manifiestan ilusión y confianza por apuntarse a ella. Yo también lo pienso y por eso me he lanzado con gusto a promoverla y lo hago poniendo toda la confianza en el Señor. Al mismo tiempo, son numerosos los que piden que sea así y, con el ánimo que nos da constantemente el papa Francisco, soñamos con una «opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación. La reforma de estructuras que exige la conversión pastoral sólo puede entenderse en este sentido: procurar que todas ellas se vuelvan más misioneras, que la pastoral ordinaria en todas sus instancias sea más expansiva y abierta, que coloque a los agentes pastorales en constante actitud de salida y favorezca así la respuesta positiva de todos aquellos a quienes Jesús convoca a su amistad» (EG 27). Tenemos que hacer de este sueño una palpable y atrayente realidad.

39. Os invito a que de cada uno de los puntos expuestos en el párrafo anterior hagamos conversación y plegaria para detectar si nuestra voluntad coincide con ellos, si queremos trabajar así en nuestras parroquias, comunidades, movimientos y grupos y si personalmente –como sacerdote, religioso/a o laico/a– estoy dispuesto/a contribuir a ello. Hacerlo ya es un signo valioso de comunión y la **voluntad firme de sinodalidad**, de querer implicarnos caminando juntos y sentirnos corresponsables de todo lo que traemos entre manos. Cualquier organización debe servir a este estilo, a esta forma de trabajar en red, evitando ir cada uno solo o cada grupo por su cuenta. Evitemos ya de forma definitiva los «reinos de taifas», frase que he oído decir con frecuencia cuando se mira la realidad. Incluso, siguiendo lo que dice san Pablo, que «somos miembros los unos de los otros» (Ef 4,25), hemos de reconocer que las redes sociales nos pueden ayudar, sobre todo si favorecen un clima de proximidad, de información veraz y buen entendimiento. Esto funciona gracias a la coparticipación de todos ejercida con responsabilidad. Red y comunidad encuentran su punto de confluencia cuando se complementan mutuamente para el bien común e individual.

40. San Pablo, dirigiéndose a los cristianos de Filipos, les exhorta a tener los mismos sentimientos de Jesucristo: «tened los mismos sentimientos y el mismo amor los unos por los otros, unánimes y bien avenidos. No hagáis nada por rivalidad ni por arrogancia; con toda humildad, considerad superiores a los demás. Que no mire cada uno para sí, sino que procure sobre todo para los demás» (Fl 2, 2-4). Toda una lección de humildad y de plena identificación con Jesucristo. El resultado es clarísimo y verificable en nuestros grupos, comunidades y parroquias. El referente es la primera comunidad cristiana, ya que en ella «los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma» (Ac 2,42-44).

41. El papa Francisco expresa el **deseo de unidad que nos pone en línea de conversión**: «Espero que todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están» (EG 25). Vivimos siempre una eterna novedad. No vale lo de decir «que siempre se ha hecho así». A veces, esta expresión, que suele ser una justificación para no hacer nada y dejarlo todo como está, oculta nostalgias de cosas que no volverán y nos dejan anclados en el aburrimiento de unas actividades que tienen poco sentido. Demasiado a menudo es más importante lo que yo pienso y me gusta –porque es para mí un entretenimiento personal o quién sabe si una forma de compensar ciertos vacíos que no acabamos de llenar– en lugar de centrar toda mi atención, dedicación y actividad a lo que es esencial para la vida de la Iglesia o para el servicio que debemos a las personas y al pueblo. Por ello es importante ir a las fuentes originales, como el Evangelio, y hacernos presentes donde somos más necesarios para extenderlo. Somos invitados «a ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades» (EG 33).

42. Mirémoslo en positivo –como digo en la presentación de esta carta– y seamos conscientes del momento presente en el que se nos pide una renovación que nos haga creíbles. «"[Cristo], en su venida, ha traído consigo toda novedad" (así lo dice san Ireneo). Él siempre puede, con su novedad, renovar nuestra vida y nuestra comunidad y, aunque atravesase épocas oscuras y debilidades eclesiales, la propuesta cristiana nunca envejece. Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina. Cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura original del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos

más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual. En realidad, toda auténtica acción evangelizadora es siempre “nueva”» (EG 11).

Sintámonos contentos y felices, buscando el bien y la felicidad de los demás

43. Debemos afirmar que «el verdadero misionero, que nunca deja de ser discípulo, sabe que Jesús camina con él, habla con él, respira con él, trabaja con él. Percibe a Jesús vivo con él en medio de la tarea misionera. Si uno no lo descubre a Él presente en el corazón mismo de la entrega misionera, pronto pierde el entusiasmo y deja de estar seguro de lo que transmite, le falta fuerza y pasión. Y una persona que no está convencida, entusiasmada, segura, enamorada, no convence a nadie. Unidos a Jesús, buscamos lo que Él busca, amamos lo que Él ama» (EG 266-267). Dirá aún más, que «sólo puede ser misionero alguien que se sienta bien buscando el bien de los demás, deseando la felicidad de los otros» (EG 272). Ya tenemos bastante trabajo si hemos de ser así y si hemos de ayudar a serlo a los demás: misioneros. Eso es dejarse evangelizar para después comunicar el Evangelio a los otros, de palabra y con los hechos. es el encargo que nos ha dado Jesús. ¡Cumpliéndolo, nos quiere felices!

44. El cristianismo es una propuesta de felicidad. Jesús llama «felices» a los que le han entendido o están dispuestos a entenderlo, y quieren asumir los valores que él propone: son los pobres en el espíritu, los que lloran, los que están de luto, los humildes, los que tienen hambre y sed de ser justos, los compasivos, los limpios de corazón, los que ponen paz, los perseguidos por ser justos (cf. Mt 5, 3-12). Jesús ve a las personas que encarnan en su vida esta felicidad y por ello la eleva a la categoría de presente, donde no dice «tendríais que ser así», sino «¡felices porque ya sois así!». Es el punto al que han llegado los santos, ya que la fuerza de su testimonio proviene de vivir las bienaventuranzas. «Son pocas palabras –dice el papa Francisco–, sencillas, pero prácticas y válidas para todos, porque **el cristianismo es principalmente para ser practicado**, y si es también objeto de reflexión, eso solo es válido cuando nos ayuda a vivir el Evangelio en la vida cotidiana» (GE 109).

45. En la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, el papa Fran-

cisco dice que **las bienaventuranzas son como el carné de identidad del cristiano** (Mt 5,3-12 y Lc 6,20-23) y si alguno de nosotros se plantea la pregunta: ¿cómo llegar a ser un buen cristiano?, la respuesta es sencilla: cada uno, a su manera, tiene que hacer lo que dijo Jesús en el sermón de las bienaventuranzas. En estas se dibuja el rostro del Maestro, rostro que somos invitados a transparentar en nuestra vida diaria. «La palabra “feliz” o “bienaventurado”, pasa a ser sinónimo de “santo”, porque expresa que la persona que es fiel a Dios y vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera dicha» (GE 64). Con todo, la cosa no es fácil porque supone en muchos momentos ir contra corriente. Por ello, dice que «aunque las palabras de Jesús puedan parecernos poéticas, sin embargo, **van muy a contracorriente con respecto a lo que es costumbre**, a lo que se hace en la sociedad; y, si bien este mensaje de Jesús nos atrae, en realidad el mundo nos lleva hacia otro estilo de vida. Las bienaventuranzas de ninguna manera son algo liviano o superficial; al contrario, ya que solo podemos vivirlas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comodidad, del orgullo» (GE 65). Mi sugerencia es que añadáis a esta reflexión lo que el papa Francisco dice de cada bienaventuranza en este documento: GE 67-94, ahí tenemos una maravillosa ocasión para profundizar en lo que es esencial al Evangelio.

Dejémonos acompañar, aconsejar, no es bueno que cada uno vaya por su cuenta

46. Cuando nos quejamos diciendo que cada uno va por su cuenta y que es difícil sentirnos acompañados, nos vendrá bien esforzarnos para eliminar la tendencia individualista que caracteriza a nuestra época y que tantas malas pasadas nos juega. «En una civilización paradójicamente herida de anonimato —dice el papa Francisco— y, a la vez obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario. En este mundo los ministros ordenados y los demás agentes pastorales pueden **hacer presente la fragancia de la presencia cercana de Jesús y su mirada personal**. La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos —sacerdotes, religiosos y laicos— en este “arte del acompañamiento”, para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa

y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (EG 169).

47. Todo ello debe animarnos a contribuir para construir entre todos una Iglesia cercana a la vida de la gente, acogiendo y acompañando a las personas, tejiendo redes de solidaridad en nombre de un Evangelio de verdad y de caridad en un contexto amplio, diverso y plural. Al mismo tiempo, una Iglesia simple y humilde, puerta de acceso al Evangelio para todos, una Iglesia presente en el corazón del pueblo, que se avanza a las situaciones humanas que demandan soluciones urgentes, que acompaña, discierne e integra la fragilidad de las personas y las instituciones. Una Iglesia que deberá encontrar y ofrecer siempre la fuerza y el alimento en la Eucaristía, fuente primera para vivir en comunión interna y testigo de fraternidad que da un nuevo impulso a las relaciones humanas para una convivencia basada en el mandamiento del amor. Todo ello nos llevará a la actitud de dejarnos acompañar. Hacerlo será un gesto de confianza.

El acompañamiento de la familia y de la comunidad cristiana

48. El primer lugar de acompañamiento es la familia. Es el espacio en que se cuece la conciencia de pertenencia, el referente para la educación en el amor. No todo se hace de repente ni se aprende a la vez. Tiene que haber un proceso que demanda unas etapas bien definidas hasta llegar a la madurez. Se aprende de forma progresiva el sentido de la relación humana, la oportunidad de la transmisión de los valores evangélicos junto con la fe, la práctica de la vida cristiana en el caminar de cada día. En distintas ocasiones he compartido unas horas con grupos de padres de catequesis en familia en distintas parroquias. Ha sido maravilloso. ¡Cómo quieren a sus hijos! He podido percibir, charlando con ellos y compartiendo unas mismas inquietudes, la demanda de formación y la necesidad de aprendizaje para acompañar más y mejor a sus hijos en el proceso de crecimiento. Creciendo, sin embargo, ellos ayudan a sus hijos casi sin darse cuenta y estos reciben de los padres el mejor testimonio cristiano. Hoy y después de años de experiencia, creo que **la catequesis en familia debe constituir uno de los objetivos diocesanos permanentes**, ya que es atención primordial a la familia en su responsabilidad educativa y una opción preferencial por los niños para que sean educados y crezcan en un clima favorable de amor. Todas las edades de la in-

fancia son importantes, pero lo son de una manera especial los primeros años de la vida –de los 0 a los 7 años–, cuando la influencia familiar es decisiva: el entorno físico y material, las actitudes humanas y los signos religiosos, las fiestas, la práctica celebrativa y de vida cristiana de los padres, las palabras, los gestos, la vida de cada día.

49. Del acompañamiento de la familia se ha de pasar al acompañamiento de la comunidad cristiana, frecuentemente la comunidad parroquial, que será el nuevo punto de referencia, junto con otros tipos de comunidad. Sentirse miembro vivo de una familia y miembro vivo de la comunidad cristiana, he aquí dos elementos claves necesarios para el crecimiento cristiano. Todo ello nos hace ver que no podemos ir cada uno por su cuenta, que forzosamente nos necesitamos los unos a los otros. Sin embargo, hoy es un fenómeno frecuente abandonar la relación con la Iglesia. Poco a poco, personas que habían recibido el bautismo y una formación cristiana –de catequesis sobre todo– dejan de frecuentar la comunidad cristiana y van desapareciendo en silencio. ¿Qué hacemos por recuperar a los que se han marchado? ¿He ido personalmente alguna vez a encontrar a alguna persona que antes frecuentaba la Iglesia y ahora ya no te la encuentras? Jesús dice «¡id!», no dice «esperad a que vengan». ¿A quién vamos? ¿A quién tendríamos que ir? Hoy, más que nunca, la evangelización se realiza a través de la proximidad de la acogida, del diálogo sincero, del encuentro amable, de la propuesta clara.

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. ¿Voy solo o trabajo en equipo, contando con los demás? ¿Qué resultados da una u otra tendencia? Mirando a la Iglesia como conjunto de los que creemos en Jesucristo, ¿la veo también como propuesta de fraternidad? Si es así, ¿cuál debe ser nuestra manera de actuar?
2. ¿Ha sido habitual decir que, como en muchos otros lugares, en Mallorca padecemos una situación de «reinos de taifas»? ¿Es así? ¿En qué lo vemos? ¿Con quién? Describámoslo y propongamos vías de solución.
3. ¿Tengo conciencia misionera, lo cual quiere decir que estoy decidido/a a ir donde hacer presente el Evangelio? O, por el contrario, ¿vivo de forma individualista y cerrada a transmitir y compartir con otros mi fe?
4. ¿Tengo conciencia de pertenecer a una comunidad concreta o vivo una forma de vida cristiana dispersa? ¿Encuentro sentido a la manera como lo hago? ¿Me dejo acompañar, siento la necesidad de ello? ¿Creo que tengo que acompañar a otros que lo necesitan?
5. ¿Pienso en alguien o en algún grupo a quien pueda dar una mano, como catequesis, voluntariado o cualquier tipo de formación? ¿Tengo en este sentido alguna experiencia que pueda comunicar y compartir?

Oración

Jesús, que has sido el primero en amarnos,
eres quien nos hace apóstoles de nuestros hermanos.
Enviados o dimitidos: no hay postura intermedia,
nos pides que nos definamos: itodo o nada!

Ya nos lo has dicho en el Evangelio muchas veces:
no vale poner la mano en el arado y mirar atrás,
como no vale nadar y guardar la ropa.
Lo sabemos, no valen las excusas, los pretextos,
las componendas, las autojustificaciones, las ficciones,
los simulacros o gritar desde la barrera,
sin implicarnos, sin el riesgo de la fe.

Nos quieres en el sembrado, trabajando en equipo,
nos quieres valerosos, convencidos, decididos,
para que lo que somos sea Buena Noticia,
lo que decimos llame al seguimiento y creemos comunión
y lo que hacemos interroque y aliente a muchos.

Nos quiere «discípulos misioneros», como dice Francisco.
Pero, ¿cómo hacerlo sintiéndonos tan poca cosa?,
¿cómo ponerse a ello siendo tan inconsecuentes?,
¿cómo no defraudar padeciendo de tanta incoherencia?
Nos dices que sí, que amando ya tenemos bastante,
que viviendo con sencillez, ¡ya está!,
que gastándonos por amor y sirviendo no te ocultamos,
sino que te revelamos y así pueden conocerte.

Hazlo posible en nuestras familias,
despierta en los más pequeños el don de la fe,
anima y acompaña el crecimiento de los más jóvenes,
alientanos a todos hacia un verdadero testimonio.
Que lo que hemos visto y oído,
lo que nos han contado y hemos aprendido,



TRABAJEMOS EN EQUIPO, CREEMOS COMUNIÓN
no vayamos solos, relacionémonos en red

no lo ocultemos a nadie,
sino que lo demos con amor a todos.

Gracias, Señor, por los que, movidos por el amor,
un día nos dijeron al oído:
¡con Jesús se puede hablar!
Ábrenos los ojos de la fe,
los que nos hacen ver claro hasta decirte:
¡Creo, Señor! ¡Aumenta nuestra fe!



—61—



—62—



—63—



LAS ESTRUCTURAS Y LOS CARGOS ESTÁN ORIENTADOS al servicio del Evangelio y de las personas

Leer entero este texto del evangelio, meditarlo, orar y, si se hace en grupo, comentarlo:

«No he venido para ser servido,
sino para servir y dar la vida»
(cf. Mc 10,35-45)

La primera comunidad: todo al servicio de todos:

«La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma,
y ninguno de ellos consideraba como propios los bienes que poseía,
sino que todo estaba al servicio de todos»
(Ac 4,32).

La elección de los diáconos para el servicio:

«Después de orar, les impusieron las manos»
(Ac 6.1-7)

Las estructuras sirven cuando hay una vida que las anima

50. La propuesta de nuevas estructuras eclesiales y los nombramientos de agentes pastorales en nuestra diócesis de Mallorca van orientados y quieren dar respuesta a la renovación demandada desde muchos lugares y oída con insistencia. Si **pasamos de once a seis arciprestazgos** es para cohesionar mejor el trabajo pastoral, haciendo más fácil el encuentro y el intercambio de personas y, de esta manera, favorecer que los desplazamientos naturales de población faciliten el trabajo de conjunto, sometido hoy a una movilidad que antes no existía en una población que era más sedentaria. La referencia arciprestal quiere ayudar especialmente a los sacerdotes y a los diáconos, tanto si tienen cargo pastoral como si están en la etapa de jubilación. El buen trato entre unos y otros, la ayuda mutua, la complementariedad en los servicios eclesiales, y tantos otros aspectos que configuran la convivencia humana, deben ser facilitadores del trabajo pastoral y, al mismo tiempo, un testimonio elocuente para el laicado, con el que siempre tendrá que contarse. Desde esta perspectiva, es recomendable que, de cada día más, laicos y laicas y miembros de la vida consagrada asuman responsabilidades importantes en la comunidad cristiana, además de los compromisos seculares ya contraídos en la sociedad.

51. El papa Francisco nos advierte, sin embargo, de que «hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador; igualmente las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga. Sin vida nueva y auténtico espíritu evangélico, sin “fidelidad de la Iglesia a la propia vocación”, cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo» (EG 26). Os pido que estemos atentos a lo que pasa cada día a nuestro alrededor, a los detalles que la vida nos depara, ya que **lo que realmente interesa es la relación con las personas, su estado de ánimo, su salud física, espiritual y moral**. Las estructuras no deben ahogar ni impedir jamás el proceso de crecimiento que todo cristiano tiene derecho a recorrer, aunque sea lentamente. A todos se nos pide confianza, paciencia y perseverancia. Estemos atentos al entorno más próximo y actuemos con prontitud en los casos más urgentes.

52. Vivimos una nueva época, la de la movilidad y las tecnologías de la comunicación. En muchos momentos **tendremos que hacer el esfuerzo de desplazarnos** y poder participar en encuentros, reuniones, celebracio-

nes de los sacramentos o de oración y tendremos que hacerlo contentos, con la alegría del Evangelio, resultado de encontrarnos con Jesús. Lo hemos dicho mucho estos años con las palabras del papa Francisco: «La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús [...]. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (EG 1). Todavía más, nos invita a «a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso [...]. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría» (EG 3).

53. En el ambiente de Iglesia, **todo encuentro entre nosotros es un encuentro con Jesús**, y así debemos vivirlo, ante todo con la ilusión de ir haciendo camino, y también con el gusto de estar ahí. Esto hace que cada uno nos planteemos cuál es nuestra relación con la comunidad cristiana, si es frecuente, intermitente o nula. Ya lo hemos dicho muchas veces, hoy no puede vivirse la vida cristiana en solitario, nos necesitamos, necesitamos a los demás. El papa Francisco nos dice que «lo importante es no caminar solos, contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral» (EG 33). Más, cuando la guía es compartida con los presbíteros y diáconos y, juntos, llevamos a cabo el esfuerzo de comunión que es imprescindible en una Iglesia que quiere ser creíble por la palabra que predica y por el testimonio que da. **Hagamos de la pastoral un espacio y un taller de amistad** y pensemos que –como dice el papa Francisco– «La amistad es un regalo de la vida y un don de Dios. A través de los amigos el Señor nos va puliendo y nos va madurando. Al mismo tiempo, los amigos fieles, que están a nuestro lado en los momentos duros, son un reflejo del cariño del Señor, de su consuelo y de su presencia amable. Tener amigos nos enseña a abrirnos, a comprender, a cuidar a otros, a salir de nuestra comodidad y del aislamiento, a compartir la vida. Por eso “un amigo fiel no tiene precio”» (ChV 151). No podemos separar nuestra experiencia humana de amistad de la experiencia del encuentro de amistad con Jesús.

**Los cargos, orientados siempre al servicio,
pensando que es prioritario el bien de la persona**

54. Debemos entender que los nombramientos y los encargos que contienen están en función del servicio que la diócesis tiene que prestar a

las comunidades parroquiales y a los demás organismos eclesiales, a los hombres y mujeres de nuestra tierra, ya que no son para que cada uno se sirva a sí mismo pensando en categorías humanas y de escalafón, sino para **hacernos servidores los unos de los otros**, con la actitud del buen pastor (cf. Jn 10,1-18), del buen samaritano (cf. Lc 10,25-37), en definitiva, del buen Jesús, cuando es capaz de arrodillarse y lavar los pies a sus discípulos, a pesar de las resistencias que encuentra (cf. Jn 13,1-17). Los nombramientos son para servir al conjunto de nuestra Iglesia diocesana, ya que formamos un solo Cuerpo en el que Jesucristo es la Cabeza y nosotros somos sus miembros. Solo de Él recibimos vida, unidad, cohesión interna y proyección al exterior. No podemos prescindir de la Cabeza ni excluir a nadie, todo el Cuerpo recibe de ella la fuerza para vivir. Como los sarmientos cuando se separan de la cepa dejan de tener vida, se secan, también nos puede pasar lo mismo si nos separamos de Él. Lo dice Jesús, refiriéndose a nuestra relación con Él y a la posibilidad de ruptura que puede darse.

55. Puestos a reconstruir, sabemos que hay **muchos dones espirituales repartidos** que tenemos que reconocer e integrar, diversidad de funciones y de actividades, todo fruto de un mismo Espíritu que lo distribuye como quiere para el bien común (cf. 1Co 12,1-26) Por ello –san Pablo concluye– que «cuando un miembro sufre, todos sufrimos con él, y cuando un miembro se alegra, todos nos alegramos con él» (v.26). Esta es y ha de ser la experiencia de cada día, la que da sentido y gozo a nuestra disponibilidad y entrega las veinticuatro horas de la jornada. Pensemos que la diversidad es riqueza si embellece nuestra comunión y no es causa de envidias y celos. No somos competidores, somos del mismo equipo humano y tejido de la misma red.

Por otra parte, y siendo todo lo contrario, me duele que haya quien se alegre haciendo sufrir a los demás, ya sea con palabras que hieren, con escritos calumniosos, con actitudes de desprecio o de indiferencia. Lo que tenemos que hacer, a pesar de todo, es «aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos. También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad» (cf. EG 91). Esta será también la novedad que esparciremos cuando en un ambiente hostil sabemos mantener la serenidad y ponernos a favor de crear nuevos vínculos de amistad y fortalecer los que ya existen.

Un dinamismo evangelizador que actúa por atracción

56. El papa Francisco advierte que «las diferencias entre las personas y comunidades a veces son incómodas, pero el Espíritu Santo, que suscita esa diversidad, puede sacar de todo algo bueno y convertirlo en un dinamismo evangelizador que actúa por atracción. La diversidad tiene que ser siempre reconciliada con la ayuda del Espíritu Santo; sólo Él puede suscitar la diversidad, la pluralidad, la multiplicidad y, al mismo tiempo, realizar la unidad. En cambio, cuando somos nosotros los que pretendemos la diversidad y nos encerramos en nuestros particularismos, en nuestros exclusivismos, provocamos la división y, por otra parte, cuando somos nosotros quienes queremos construir la unidad con nuestros planes humanos, terminamos por imponer la uniformidad, la homología. Esto no ayuda a la misión de la Iglesia» (EG 131). Esta situación y las actitudes que incluye reclaman urgente «conversión».

57. La dedicación a las parroquias y a los santuarios, la comunión en el arciprestazgo y en el corazón de las unidades pastorales, la dedicación a las vicarías, delegaciones, secretariados y servicios diocesanos, entre ellos la Curia y la Casa de la Iglesia en su conjunto, todo es una manifestación de la caridad pastoral que quiere alcanzar las dimensiones de los pueblos y las ciudades, en la variedad de sus barrios y la complejidad de sus estructuras cívicas, llegando, eso sí y sobre todo, a las personas. Si la Iglesia existe no es para contemplarse a sí misma, sino para **encarnarse en estas realidades eclesiales y ciudadanas**. La sal en el salero no produce efecto alguno, la luz puesta bajo una mesa no ilumina a nadie, la levadura en el frigorífico no transforma nada. Jesús nos ha dejado muy claro cuál es la función de cada uno de estos elementos. ¡No existimos solo como fachada! ¡Existimos para transformar! Lo decía san Pablo VI, la Iglesia «existe para evangelizar».

58. Si de verdad queremos renovarnos, no podemos vivir condicionados por una especie de introversión eclesial, o pensar —como hay quien dice— que nada puede cambiar «porque toda la vida se ha hecho así». El resultado ha sido la inercia y lo que frecuentemente ha provocado ha sido la indiferencia, hasta el punto de verse globalizada. La idolatría se ha girado hacia el dinero, el abuso de consumo y tantas malas hierbas que han hipnotizado al que le rinde culto y le adora. Cediendo a una cultura del bienestar que anestesia, es fácil detectar por qué rendijas se escapa el agua que debería

mantener la alberca llena. **Tratemos de ser lúcidos y seamos capaces de analizarnos** para detectar de qué manera esta situación nos está afectando y crea un estado de ánimo nada favorable. No nos quedemos, sin embargo, con el diagnóstico, planteemos soluciones y no esperemos que se nos dé todo hecho.

59. Me duele ver a personas aferradas a costumbres del pasado por conveniencia propia o por motivos que no son cristianos: estos son un impedimento para un diálogo cordial y han perdido el frescor de la novedad del Evangelio. Incluso, aferrados a sus propias ideas, se convierten en jueces implacables de los demás de una manera descarada o desde la cobardía del anonimato. Esforcémonos para que el ambiente sea totalmente distinto. Tenemos a Jesús y el Evangelio que nos muestran el camino para conseguirlo. Cuando la comunicación quiere hacer presente a la persona de Jesús y hacer que su mensaje llegue al corazón de las personas, entonces se convierte en testimonio creíble, nunca desde una actitud prepotente, sino desde la verdad que es propuesta con humildad. Dejemos que nos ayude la oración, que, cuando se hace con sinceridad y limpieza de corazón, nos da una capacidad nueva para entrar en una dinámica también nueva, la de la tolerancia, la misericordia, el perdón. El esfuerzo de una **comunicación sincera y transparente** nos dará la posibilidad de crear un clima de más humanidad, necesario para gozar de los avances que en cualquier ámbito se están produciendo. Qué bien si nos lo agradecemos mutuamente.

Evitar la mundanidad espiritual: tentación frecuente y oferta disfrazada de éxito

60. Hace tiempo que lo sabemos, pero viene bien recordar de qué mal podemos padecer casi sin darnos cuenta por la sutileza con que se presenta y por el atractivo que contiene. El papa Francisco lo llama mundanidad espiritual. Trata de ella en el marco de la crisis del compromiso comunitario y de las tentaciones de los agentes pastorales y dice que «la mundanidad espiritual, que se esconde detrás de apariencias de religiosidad e incluso de amor a la Iglesia, es **buscar, en lugar de la gloria del Señor, la gloria humana y el bienestar personal**. Es lo que el Señor reprochaba a los fariseos: “¿Cómo es posible que creáis, vosotros que os glorificáis unos a otros y no os preocupáis por la gloria que sólo viene de Dios?” (Jn 5,44). Es un modo sutil de buscar “sus propios intereses y no los de Cristo Jesús” (Flp 2,21).

Toma muchas formas, de acuerdo con el tipo de personas y con los estamentos en los que se enquista» (EG 93). Quien está afectado por la mundanidad espiritual establece que «el principal beneficiario no es el Pueblo de Dios sino la Iglesia como organización. En todos los casos, no lleva el sello de Cristo encarnado, crucificado y resucitado, se encierra en grupos elitistas, no sale realmente a buscar a los perdidos ni a las inmensas multitudes sedientas de Cristo. Ya no hay fervor evangélico, sino el disfrute espurio de una autocomplacencia egocéntrica» (EG 95).

61. Este es el peligro inminente en el ejercicio de cualquier cargo o responsabilidad tanto en la Iglesia como fuera de ella, y pronostica el mal resultado en los que reciben sus consecuencias. La advertencia es para que lo evitemos al máximo **poniendo a la Iglesia en movimiento de salida de sí misma**, de misión centrada en Jesucristo, de entrega a los pobres. En el mismo capítulo dirá que «esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libera de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios» (EG 97). El grito de alerta es «¡no nos dejemos robar el Evangelio!». Si vamos a lo esencial –como ya he dicho desde el principio– y dejamos intereses y tendencias que no casan con el Evangelio, no caeremos en ninguna trampa. Si vamos desde el corazón del Evangelio, evitaremos que el mensaje que anunciamos corra el riesgo de aparecer mutilado y reducido a algunos de sus aspectos secundarios, aspectos que por sí mismos no manifiestan el corazón del mensaje de Jesucristo (cf. EG 34). Aceptando nuestras nuevas pobreza en nuestras propias comunidades parroquiales, no tengamos miedo de posicionarnos en actitud de salida, lo cual quiere decir que no estamos aferrados a nada, sino que confiamos plenamente en el Señor que nos acompaña y, día tras día, no nos deja.

62. Tratemos de cambiar en positivo, pidiendo al Señor que nos haga entender la ley del amor. A cada uno de nosotros se dirige la exhortación de san Pablo: «no te dejes vencer por el mal, antes vence al mal con el bien» (Rm 12,21). «101. Pidamos al Señor que nos haga entender la ley del amor. ¡Qué bueno es tener esta ley! ¡Cuánto bien nos hace amarnos los unos a los otros en contra de todo! Sí, ¡en contra de todo! A cada uno de nosotros se dirige la exhortación paulina: «No te dejes vencer por el mal, antes bien vence al mal con el bien» (Rm 12,21). Y también: «Todos tenemos simpatías y antipatías, y quizás ahora mismo estamos enojados con alguno. Al menos digamos al Señor: “Señor, yo estoy enojado con éste, con aquélla. Yo te

pido por él y por ella”. Rezar por aquel con el que estamos irritados es un hermoso paso en el amor, y es un acto evangelizador. ¡Hagámoslo hoy! ¡No nos dejemos robar el ideal del amor fraterno!» (EG 101). En una dimensión más amplia, Francisco nos dice que «Cristo ha introducido como emblema de sus discípulos sobre todo la ley del amor y del don de sí a los demás (cf. Mt 22,39; Jn 13,34), y lo hizo a través de un principio que un padre o una madre suelen testimoniar en su propia existencia: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13). Fruto del amor son también la misericordia y el perdón. En esta línea, es muy emblemática la escena que muestra a una adúltera en la explanada del templo de Jerusalén, rodeada de sus acusadores, y luego sola con Jesús que no la condena y la invita a una vida más digna (cf. Jn 8,8-11)» (AL 27). Acción contundente de Jesús contra la pena de muerte que da paso a la ternura del abrazo.

Obispo, presbíteros y diáconos: una vocación al amor y al servicio del Pueblo de Dios

63. Cuando el papa Francisco explica el ministerio del obispo, dice de él que «siempre debe fomentar la comunión misionera en su Iglesia diocesana siguiendo el ideal de las primeras comunidades cristianas, donde los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma (cf. Hch 4,32). Para eso, a veces estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos» (EG 31). Participando de la misma misión y como cooperador directo del obispo por la fuerza del sacramento del orden, el presbítero comparte la misma misión pastoral y es llamado a ejercer el ministerio de unidad en el ámbito que se le ha confiado. Se le pide que sea experto en humanidad, signo vivo de Jesucristo pastor que sirve hasta dar la vida, hombre de la Palabra y de los sacramentos, elemento de reconciliación y dispensador del Perdón, pobre con los pobres, ungido para perfumar con el buen olor de Cristo a todo el pueblo. El diácono, ministerio unido a la misión del obispo y acompañante del presbítero también en el ejercicio de su misión, es signo e instrumento del servicio de la Palabra y de la Caridad en la comunidad a la que es enviado. «El presbítero, el obispo y el diácono –dice el papa Francisco– deben **apacentar el rebaño del Señor con amor**». Los tres, elegidos y consagrados para este servicio, prolongan en el tiempo la presen-

LAS ESTRUCTURAS Y LOS CARGOS ESTÁN ORIENTADOS
al servicio del Evangelio y de las personas

cia de Jesús, si lo hacen con la fuerza del Espíritu Santo, en nombre de Dios y con amor. Esta es nuestra vocación por la que hemos entregado del todo nuestra vida para estar al servicio de todo el Pueblo de Dios, con un amor universal, apoyando a todos y especialmente a los más pobres, siguiendo el estilo de Jesús, el buen Pastor. A toda la comunidad y a toda persona de buena voluntad, os pedimos que nos acompañéis con la oración, la corrección fraterna y vuestra amistad sincera, que os agradecemos de todo corazón.

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. A partir de lo que conozco, ¿qué estructuras eclesiales existentes tienen vida y cuáles no? ¿Quién manda más: la estructura o la vida? Revisémoslos.
2. ¿Cómo nos afecta la mundanidad espiritual? Hechos que nos lo hacen ver. Es bueno que los llevemos a la revisión de actitudes personales y cada uno haga un examen sincero de su comportamiento. Por ello, preguntémonos: ¿estoy buscando mi gloria y mis intereses o la gloria de Dios y el bien de la Iglesia?
3. ¿Qué quiere decir y qué nos exige poner la Iglesia en movimiento de salida? Pensemos en todos los signos y gestos necesarios que hoy lo hagan realidad.
4. Si comparamos la vida de los primeros cristianos con nosotros, ¿qué semejanzas y diferencias hay? ¿Qué lugar ocupaban los pobres entre ellos y qué lugar ocupan hoy entre nosotros? ¿Cómo colaboramos con Cáritas y otras instituciones sociales?
5. En estos momentos, ¿hay alguien con quien tendría que hacer las paces, alguien con quien reconciliarme? ¿Qué pasos tendría que dar?

Oración

Jesús, preguntarnos si podemos beber tu copa
es situarnos ante el reto y la voluntad de servicio.
Es mostrarnos el término de la cruz por amor
y es hacernos ver que el camino que lleva a la vida
es estrecho y difícil, malo de encajar, poco atractivo.

Nos has dicho que «quien no lleva su cruz
y me sigue, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,27);
«esforzaos en entrar por la puerta estrecha» (Lc 13,24);
que «si el mundo os odia, tened presente que
antes me ha odiado a mí» (Jn 15,18);
que «si me han perseguido a mí, os perseguirán a vosotros»;
que «el criado no es más importante que su amo» (Jn 15,20);
que «llega un tiempo en que los que os maten
pensarán que dan culto a Dios» (Jn 16,2).

Todo esto nos lo has dicho para que en ti encontremos la paz:
«tened confianza: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).
Gracias a ti, Jesús, se levanta un aliento de confianza
y empieza a abrirse la puerta de la libertad.
Porque, siendo Dios, eres hombre como nosotros,
conoces la aspiración humana de una paz interior,
y nos das el Espíritu que el mundo no puede acoger,
que habitará en nuestra casa y dentro de nosotros.
«No os dejaré huérfanos, volveré a vosotros» (Jn 14,16-18).

Jesús, nos pides atención a la familia humana,
pero sobre todo que nos fijemos en tanta gente y tantos pueblos
que son como la figura misteriosa del siervo sufriente,
humillados y mal tratados, sin nada que atraiga la atención.
Perdón, porque son los que cargan con nuestras cruces,
nuestros sufrimientos y enfermedades, vicios y pecados.

LAS ESTRUCTURAS Y LOS CARGOS ESTÁN ORIENTADOS
al servicio del Evangelio y de las personas

Por eso, por muy pobres que seamos, permanece a nuestro lado,
ayúdanos a no apagar el fuego de amor de tu Espíritu,
que es nuestra paz, nuestra confianza y consuelo.

En ti, Jesús, solo en ti que te entregas,
hay una fuerza incomparable de atracción
que nos mueve a decir «sí», a servir y a no ser servidos,
a estar «dispuestos a beber tu copa»,
el sorbo de la entrega total hasta el extremo, por amor.



-77-



—78—



—79—



ES ESENCIAL ENTRAR DE MANERA PROGRESIVA en el misterio de Cristo, encontrarse con Él

Partimos de la convicción de fe que san Pablo nos comunica:

«El Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad
e intercede por nosotros»
(cf. Rm 8,26-30)

Y el autor de la carta a los Hebreos dice:

«Vosotros, pues, hermanos, pueblo santo,
fijad vuestra mirada en Jesús»
(cf. He 3,1)

Hemos de conocer todos los casos de personas que se encuentran con Jesús y ver qué sucede: Pobres, pecadores, enfermos, discípulos, mujeres, niños, joven rico, no creyentes, de otras religiones...

El gozo inexpressable de vivir el encuentro con Cristo

64. Aunque algo ya se ha dicho antes, **lo que tenemos que conseguir es vivir el encuentro con Jesús.** Estamos ante una de las opciones que más definen al cristiano: conocer a Jesucristo a fondo, identificarse con Él, establecer con Él trato frecuente, vivir según Él. Ya en otra ocasión hemos visto que el papa Francisco dice que «si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida» (EG 49). Sin embargo, ¿Cómo acercarnos a estos hermanos nuestros y llegar hasta ellos? Empezando por exigírmelo a mí el primero, yo también «invito a cada cristiano de esta diócesis, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso» (cf. EG 3). Dejémonos ayudar a hacerlo y hagamos todo lo posible por ayudar a otros a fin de que este encuentro nos configure más y más.

65. En estos momentos tenemos esta seria preocupación y la inquietud que ha de movernos es que llegue a mucha gente, tanto si llama a nuestra puerta como si no, la posibilidad de recorrer un camino creyente, no solo aprendiendo cosas del Evangelio y de la vida cristiana, sino **entrando progresivamente en el misterio de Cristo**, como se entra a conocer a fondo una persona que sabes que te quiere y que tú también la quieres. Es el ofrecimiento de un **ejercicio de la inteligencia y del corazón.** Este es el objetivo de la iniciación cristiana y de toda catequesis, ayudar a realizar este proceso de identificación con Cristo. Por ahí queremos que vaya todo el movimiento catequético y la promoción del catecumenado entre nosotros, ayudando a realizar un descubrimiento y crecimiento de la fe cristiana. No caigamos en la tentación de la improvisación ni en la de un ofrecimiento rebajado del catecumenado, cuando de hecho hoy es más necesario que nunca un proceso de crecimiento en la fe que lleve a la madurez cristiana, junto con una propuesta de integración progresiva en la comunidad de los creyentes mediante la liturgia y la acción caritativa.

66. Por desgracia, a menudo hemos hecho de la experiencia cristiana una serie de compartimentos separados y desconectados entre sí, por eso los hay que establecen diferencias entre evangelización y sacramentalización; entre catequesis, liturgia y vida; entre creyentes y no practicantes. Ninguno



de estos elementos tiene vida por separado, y, si creemos que la tienen, caemos en la incoherencia de la división interna. Pensemos que, en los inicios, la catequesis se hacía durante la liturgia, no había diferencia entre catequesis, liturgia y vida. Todo debe vivirse en una gran unidad, es el don que llamamos mistagogia o la experiencia del encuentro con Jesucristo, entrar en su misterio y conocerlo cada día más. En la liturgia pedimos conocer más profundamente el misterio de Cristo y vivir de acuerdo con sus exigencias. Estas exigencias tienen que ser descubiertas por cada uno desde el trato amistoso con Jesucristo y el conocimiento progresivo que de Él se logre. Pensemos que Él mismo se presenta como amigo y quiere este trato.

La acción catequética debe promover y conducir al encuentro personal con Cristo

67. La catequesis tiene el objetivo de ayudar a que se realice la relación personal con Cristo, a retener su presencia en cada uno y entre nosotros, siempre enraizada en el amor. Ello pide dejar ciertos hábitos y dejarse tomar por la presencia del Resucitado. Dios nos ama y esta convicción debe estar presente en todos los ámbitos de la vida. Cuando lo hemos aprendido, lo vivimos y lo comunicamos, aparece el fenómeno que llamamos evangelización. Por eso, cada uno de los bautizados es un enviado a ser un agente evangelizador y protagonista del anuncio del Evangelio. Y, ¿cuál es este anuncio? Es el primer y principal anuncio: «**Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte**» (EG 164). Aprendámoslo bien. Por eso, debemos hacer que resuene siempre, a cualquier edad, adaptado a cada etapa y teniendo muy en cuenta el proceso de cada uno y la circunstancia que lo rodea. Debemos tener claro, pues, que «en la catequesis tiene un rol fundamental el primer anuncio o kerygma, que debe ocupar el centro de la actividad evangelizadora y de todo intento de renovación eclesial» (ibíd.).

68. El papa Francisco dice que «sería inadecuado pensar en un esquema de evangelización llevado adelante por actores calificados donde el resto del pueblo fiel sea sólo receptivo de sus acciones» (EG 120). Ninguno de nosotros puede postergar su compromiso con la evangelización, «pues si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones» (ibíd.). **Lo esencial**

es haberse encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús. Hemos de dar importancia a los medios que nos ayudan, acentuando la pedagogía de la oración, la experiencia de oratorio, la educación del silencio.

Catequesis y comunidad familiar: inunca una sin la otra!

69. De cara a nuestra acción pastoral y poniéndonos a menudo nerviosos por lo que sucede tantas veces en la catequesis y en las celebraciones litúrgicas de los sacramentos, uno piensa en las familias, los padres y madres, los padrinos y madrinass..., ¿qué hay de esta experiencia de encuentro con el amor de Dios en Cristo Jesús? ¿Qué madurez cristiana hay en ellos para que puedan ser verdaderos acompañantes de la fe de los que todavía están creciendo? En estos momentos y vista la experiencia de largos años, hemos de convenir que **una catequesis que prescinde de la comunidad familiar tiene poca consistencia.** Poco resultado da una catequesis en la que los padres no participan, ni en lo que organiza la parroquia, ni tampoco en casa, es decir, cuando no hay ningún tipo de información y formación religiosa en el marco familiar, sin oración, sin referentes religiosos, sin educación en los valores del Evangelio, sin testimonio por parte del que educa.

- De cara al planteamiento cristiano de los 0-7 años, ¿qué lugar ocupa la persona de Jesús? ¿Qué sucede en nuestras familias durante estos siete primeros años de la vida? ¿Qué ambiente, detalles y signos cristianos hay en casa o creemos que debería haber? ¿Rezamos juntos en algún momento del día: mañana, noche, comidas? Padres y madres: ¿los hijos os ven rezar? Solo cuando lo ven lo aprenden.
- Cada familia, que se considera cristiana, ¿qué valores vive e intenta transmitir?
- ¿Por qué los niños después de los siete años, cuando empiezan el proceso catequético en la parroquia, no tienen ninguna noción sobre la vida cristiana, ni tienen hábitos de plegaria o no conocen los signos religiosos más simples? ¿Qué solución podemos aportar?

70. Refiriéndose a los **padres y madres de familia**, primeros edu-



cadore de la fe de sus hijos, el Directorio general para la Catequesis dice que «el testimonio de vida cristiana, ofrecido por los padres en el seno de la familia, llega a los niños envuelto en el cariño y el respeto materno y paterno. Los hijos perciben y viven gozosamente la cercanía de Dios y de Jesús que los padres manifiestan, hasta tal punto, que esta primera experiencia cristiana deja frecuentemente en ellos una huella decisiva que dura toda la vida. Este despertar religioso infantil en el ambiente familiar tiene, por ello, un carácter insustituible». Esta primera iniciación se consolida cuando, con ocasión de ciertos acontecimientos familiares o en fiestas señaladas, se procura explicitar en familia el contenido cristiano o religioso de esos acontecimientos. Esta iniciación se ahonda aún más si los padres comentan y ayudan a interiorizar la catequesis más sistemática que sus hijos, ya más crecidos, reciben en la comunidad cristiana. En efecto, la catequesis familiar precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis» (n. 226). Por ello, en nuestra diócesis de Mallorca proponemos y privilegiamos esta forma de catequesis, en la que los padres asumen la primera responsabilidad y, mejor todavía, si ellos mismos son los catequistas de sus hijos, contando con la estrecha colaboración de la parroquia.

Comunidad parroquial y familia: familia de familias

71. Queda bastante evidente, como consecuencia, cuál debe ser la prioridad catequética a partir de esta **unidad entre la familia y la comunidad parroquial**. No hay duda de que tenemos que hacer todo lo posible para que los padres sean los primeros que se sientan responsables de la educación cristiana de sus hijos y sean los primeros colaboradores en la acción catequética. Da gusto la presencia de los padres con sus hijos participando cada uno a su nivel en los encuentros de la parroquia y, sobre todo, en la celebración de la Eucaristía. La participación de los padres crea un ambiente muy singular, el de una comunidad viva, joven, alegre, participativa y comprometida, todo lo que necesitamos para ser un atractivo para muchos que lo buscan y lo esperan. En el documento postsinodal orientado especialmente a los jóvenes, el papa Francisco habla de crear «hogar», de crear «familia», lo cual –dice– «es aprender a sentirse unidos a los otros más allá de vínculos utilitarios o funcionales, unidos de tal manera que sintamos la vida un poco más humana [...]». Es tejer lazos que se construyen con gestos sencillos, cotidianos y que todos podemos realizar. Un hogar, y lo sabemos todos muy bien, necesita de

la colaboración de todos [...]. Crear lazos fuertes exige de la confianza que se alimenta todos los días de la paciencia y el perdón» (ChV 217).

72. Trabajemos cada día más para hacer de las familias y comunidades hogares de comunión, ya que por ahí se orienta toda el área del anuncio, de la iniciación cristiana, del catecumenado, de la pastoral bautismal y matrimonial, la formación de los agentes de pastoral. Con arciprestazgos y parroquias debemos crear un frente común y trabajar unidos y bien coordinados, siguiendo las pautas de los rituales para la iniciación cristiana de niños y adultos y uniendo esfuerzos en todas las dimensiones del proceso catequético. Es lo que quiere ayudar a entender el nuevo organigrama diocesano y las orientaciones pastorales que se vayan dando. Hoy sabemos que este trabajo no es fácil, por ello hay que ir unidos y ayudarnos los unos a los otros. Hace falta, sin embargo, tener presente que al evangelizador se le piden unas actitudes que ayuden a acoger mejor el anuncio: «cercanía, apertura al diálogo, paciencia, acogida cordial que no condena» (EG 165). En el fondo, la pregunta por responder de forma práctica y esperando resultados es «¿cómo se hace un cristiano?». De hecho, no nacemos cristianos, nos hacemos cristianos. Por eso, resulta decisivo el proceso de iniciación cristiana que queremos ofrecer y que debe respetar todas las etapas necesarias para llegar a la madurez. No hagamos el ridículo ni nos decidamos por la ignorancia pensando que el proceso de hacerse cristiano depende de unas lecciones aprendidas de memoria o con unas pocas horas de asistencia a unas sesiones para salir del paso. Empezar con buen pie la iniciación cristiana es **asegurar un clima favorable en la familia y en la parroquia**, es caminar conjuntamente padres y catequistas, es hacer del ambiente catequético el ámbito normal educativo en el que la fe irá creciendo y solidificándose de la manera más normal del mundo, poniendo todos los medios humanos y espirituales que lo hagan posible.

Itinerario para el encuentro personal con Jesús

73. En diversas ocasiones se me ha pedido **qué hay que hacer cuando se está en silencio en el tiempo de la oración personal** en cualquier lugar, celebración litúrgica o ante el Santísimo. Recuerdo la anécdota de aquel anciano que estaba ante el sagrario y a quien el Cura de Ars preguntó: ¿qué haces delante del Santísimo? Y él respondió con mucha simplicidad: «yo lo miro y él me mira». Algo parecido había dicho santa Teresa de

Jesús: «hablar de amor con aquel que sabes que te ama». ¿Qué hacer, pues? «Ahora, habla con Jesús, que con él se puede hablar», me dijo mi padre bajito al oído el día de mi primera comunión, en los momentos de silencio después de haber comulgado. Y, por la noche, antes de ir a dormir, todavía me dijo: «¿qué le has dicho a Jesús esta mañana?... y él, ¿qué te ha dicho?». Creedme, iesto es posible! La razón es obvia: todo transcurre en un clima de amor. «Vosotros –dice Jesús– sois mis amigos» (Jn 15,14). También nos lo recordó el Concilio Vaticano II: «en esta revelación, movido por su gran amor, habla a los hombres y mujeres como amigos, y conversa con ellos para invitarles y recibirles en su compañía» (DV 2). Por ello el diálogo es fácil y la fe se transmite por contagio, por atracción, por el testimonio. A orar, aprendemos cada día, incluso con el esfuerzo de tener que ser autodidactas. Lo más importante, no obstante, es la actitud de confianza, de serenidad, de dejarse reposar en los brazos amorosos del Señor; el ambiente de concentración y silencio; la oportunidad de tener la Palabra de Dios muy cerca; la conciencia de pertenecer a un grupo de creyentes y sentirte acompañado, bien interpretado, valorado, amado... Es cierto que la oración también puede hacerse en tiempo de turbulencias, pero la respuesta es la misma porque juega la amistad, y transforma la desolación en felicidad.

74. Me remito a la exhortación apostólica *Christus vivit* del papa Francisco. Toda entera es un **bello itinerario para el encuentro personal con Cristo** y, aunque referida prioritariamente a los jóvenes, vale para cualquier edad. Leedla y medítadla. Pongo el acento especialmente en el párrafo titulado En amistad con Cristo y sobre todo cuando de forma positiva dice que «es posible llegar a experimentar una unidad constante con Él, que supera todo lo que podamos vivir con otras personas: “Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (Ga 2,20). No prives a tu juventud de esta amistad. Podrás sentirlo a tu lado no sólo cuando ores. Reconocerás que camina contigo en todo momento. Intenta descubrirlo y vivirás la bella experiencia de saberlo siempre acompañado» (ChV 156). Resultan muy iluminadoras las palabras del obispo mártir de El Salvador, Óscar A. Romero, cuando dice: «el cristianismo no es un conjunto de verdades que hay que creer, de leyes que hay que cumplir, de prohibiciones. Así resulta muy repugnante. El cristianismo es una Persona que me amó tanto que reclama mi amor. El cristianismo es Cristo».

75. El encuentro personal con Cristo es posible a cualquier hora. Podemos transportar la experiencia de convivencia que tuvieron los discípulos en tiempos largos y cortos. También la proximidad y el aprendizaje

que recibieron en el trato diario con el Maestro, las largas horas de escucharle, de hacerle preguntas, también, paradójicamente, no hacerle caso e incluso olvidarle. Cuando oramos, eso nos pasa con frecuencia y no debe inquietarnos, sino todo lo contrario. Él viene a reforzar nuestra debilidad y curar nuestras incoherencias si tenemos voluntad de conversión. Estamos en la línea de compartir con Él y al máximo el misterio de la encarnación. Por ello, en la oración podemos hacer, hacernos y hacerle muchas preguntas. Si os fijáis, el evangelio está lleno y tenemos muchos ejemplos de relación de personas concretas con Jesús para identificarnos con ellos. ¿Qué encontramos en estos diálogos? Sobre todo, hay acción de gracias, peticiones de perdón, plegarias de ofrenda y de intercesión... «Buscar al Señor, guardar su Palabra, tratar de responderle con la propia vida, crecer en las virtudes, eso hace fuertes los corazones de los jóvenes. Para eso hay que mantener la conexión con Jesús, estar en línea con Él [...]. Así como te preocupa no perder la conexión a Internet, cuida que esté activa tu conexión con el Señor, y eso significa no cortar el diálogo, escucharlo, contarle tus cosas, y cuando no sepas con claridad qué tendrías que hacer, preguntarle: “Jesús, ¿qué harías tú en mi lugar?”» (ChV 158).

76. Esta experiencia única y original que es la oración, y que sirve para medir el encuentro con Jesús, debe orientarnos al crecimiento espiritual y a la madurez cristiana. Los momentos de oración personal y comunitaria, los actos litúrgicos, los mismos momentos de adoración, no han de ser considerados como actos puntuales y aislados que responden a devociones particulares y momentos especialmente emotivos. Forman parte de un proceso que debe ir *in crescendo* y tienen que insertarse en el conjunto de acciones que todo cristiano realiza a lo largo de su vida. Sin embargo, hay que evitar dos extremos, «porque —como dice el papa Francisco—, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se puedan encender y apagar a voluntad» (EG 88). Hay formas de espiritualidad que, en lugar de crear vínculos, aíslan y, aunque manifiesten externamente una relación piadosa con Dios, lo que expresan es una falsa autonomía que le excluye. En esta forma de proceder, el papa Francisco ve una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. Para un auténtico encuentro con Cristo, debemos tener muy presente que «la vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios

ES ESENCIAL ENTRAR DE MANERA PROGRESIVA
en el misterio de Cristo, encontrarse con Él

de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. Si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la **comunidad misionera** y a la **comunidad misionera**, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios» (EG 89).

Fijémonos en el lugar que ocupa la centralidad de Cristo en el descubrimiento de Dios que hace san Agustín y que él mismo cuenta en el libro de las *Confesiones*. Es para tomar nota y compartir la experiencia:

«¡Tardé en amarte, oh belleza tan antigua y tan nueva, tardé en amarte!
Y eso que estabas dentro de mí y no fuera; y te buscaba por fuera,
y yo, deforme, me lanzaba sobre estas cosas bellas que creaste.
Estabas conmigo, pero yo no estaba contigo.
Me retenían lejos de ti aquellas cosas que, si no existiesen en ti,
no existirían. Tú llamaste y clamaste y rompiste mi sordera,
brillaste y resplandeciste y expulsaste mi ceguera;
exhalaste tu perfume y lo aspiré, y anhelo por ti; te he gustado
y tengo hambre y sed; me has tocado y me ha levantado tu paz.»

Cuestionario
para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. Jesucristo, ¿cuenta en mi vida? ¿Le conozco? ¿Le amo? ¿Le sigo? ¿Qué medios pongo para conocerle cada día más?
2. ¿Cómo es mi relación con Él? ¿Qué me aporta? ¿Qué proceso he realizado y estoy realizando? ¿Qué lugar ocupa en mi oración? ¿Qué me dice el texto de san Agustín? ¿Tiene que ver con mi experiencia de Dios?
3. ¿Me preocupa comunicar mi fe a los demás o la vivo de forma individualista? ¿Forma parte de mi planteamiento de vida cristiana? ¿Lo hago? ¿Cómo?
4. ¿Qué valor doy a la catequesis en familia, es decir, a la implicación de los padres y el resto de la familia en la educación cristiana? ¿Cómo hacerla posible hoy?
5. Pensemos en la pregunta formulada en el texto: ¿cómo se hace un cristiano? ¿Cuáles son las principales exigencias y cuál es el camino que se debe recorrer? ¿Estamos actuando en esta línea?

Oración

Qué fácil es hablar y opinar todo el día
cuando no nos compromete a nada.

Qué fácil es pasar el tiempo,
pescando comentarios y repescando conversaciones.

Qué fácil decir lo que uno no hace,
opinar lo que no cree y controlar a los demás.

Qué fácil vivir de anónimos, de frases,
de eslóganes, de títulos, de encuestas sin contraste,
el tiempo invertido entre tanta abundancia...

Qué fácil decir que te seguimos
cuando te hacemos a nuestra imagen.

Pero, Tú, Jesús, eres el hombre libre, el hombre nuevo,
el que no se deja manipular, ni rebajar ni vender.

El hombre del amor sin límites y de la palabra segura,
el hombre del silencio, de la palabra y de la pregunta,
el hombre intrigado por la decisión de los que te admiran.
Sabes bien que, cuando pides, siempre en nombre de Dios,
con la mirada o con la palabra, inspirándonos,
esperas la sinceridad, la espontaneidad, la verdad.

Sabes que lo que dice la gente es insignificante,
se queda en la apariencia, en los comentarios,
se tergiversa, se insinúa, se prejuzga sin el corazón.

En la plegaria sincera, en la conversación amable,
en la iniciativa amorosa, en la mirada que salva,
no dudes de la respuesta porque ayudas a darla:
¡qué misterio! ¡Y nos dejas libres!

Nos llamas, nos eliges, nos pides, nos implicas.

Tu amistad revela un secreto inexplicable:
el don de llegar a conocerte y descubrirte,
el don de responder a tu propuesta,
el don de entenderte para vivir, y vivir en abundancia,
el don del sí con los labios y con el corazón,
el don de la posesión confiada de un tesoro,

ES ESENCIAL ENTRAR DE MANERA PROGRESIVA
en el misterio de Cristo, encontrarse con Él

que sabes muy bien a quien lo confías, a nosotros,
débiles vasos de arcilla, frágiles y pobres,
pero de los que sacas siempre partido.

Estamos con todos los que hoy y siempre,
apóstoles, confesores y mártires, santos y santas,
no han callado tu voz y han pronunciado tu nombre.
Déjanos que te digamos con todos los que creen,
y por boca de los que no creen para que también los salves:
¡Jesús, Tú eres el Cristo, el Mesías, Dios mismo!



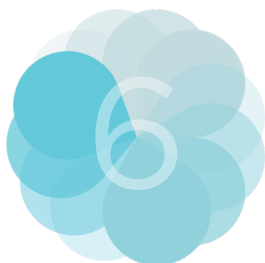
—93—



—94—



—95—



ES URGENTE LEER, CONOCER, ESTUDIAR
la Palabra de Dios y orar con ella

San Pablo exhorta a su discípulo Timoteo, haciéndole ver la importancia de la Palabra de Dios:

«Proclama la Palabra de Dios, insiste cuando es oportuno
y cuando no lo es, reprende, interpela, exhorta,
como quien tiene mucha paciencia y sabe enseñar»
(2Tm 4,2)

La convicción con que tenemos que leer, conocer, estudiar la Palabra de Dios y orar con ella proviene de saber y creer que «la Palabra de Dios es viva y eficaz» (He 4,12).

Fijémonos cómo el profeta Jeremías acoge la Palabra de Dios:

«Siempre que me llegaba tu Palabra, yo la devoraba,
y era un gozo y una delicia para mi corazón»
(Jr 15,16)

Busquemos y dediquemos tiempo para conocer más el Evangelio y aprenderlo bien

77. **E**l Lo que puede dar continuidad a todos los procesos de crecimiento cristiano es el contacto y la referencia a la Palabra de Dios. Es el alimento cotidiano, personal y/o en grupo. En Mallorca hay grupos de presbíteros, de religiosos y religiosas y de laicos y laicas que se encuentran periódicamente para la *Lectio divina* (lectura creyente de la Palabra de Dios) o para el Estudio de Evangelio, o para hacer Revisión de Vida. ¡Enhorabuena! **Esto debe promocionarse y debería hacerlo cada parroquia de Palma y de la Part Forana**, como actividad irrenunciable, animando y reuniendo grupos que hiciesen suya la iniciativa y comenzasen a caminar. El pueblo tiene derecho a conocer la Palabra de Dios, a saborearla, a hacerla vida de la propia vida. No es tan difícil organizar grupos que se encuentren en las casas (o en los locales de la parroquia) para llevarlo a cabo. Es un síntoma de madurez tener iniciativa y hacerlo. Hoy tenemos que saber explicar nuestra fe y no quedar en blanco cuando alguien nos lo pide, incluso –lo que no es muy habitual– hablar a este nivel y de tema religioso debería ser de lo más normal. No creamos que a la gente no le interesa, más bien abunda una fe vergonzante que impide hablar de ella de forma explícita. Aprovechemos todas las ocasiones, que podemos hacer mucho bien a muchos que lo necesitan.

78. Tratándose de formar grupos en torno a la Palabra de Dios, hará falta, de todas las maneras, que pueda contarse con animadores o acompañantes de esta experiencia de **profundizar en la Palabra de Dios** que puede ser tan enriquecedora humanamente y tan fecunda espiritualmente. Qué bien cuando estos grupos se encuentran juntos el fin de semana en la iglesia parroquial para celebrar la Eucaristía dominical. Son comunidades vivas que van creciendo con el alimento de la Palabra y se fortalecen con el de la Eucaristía, en el encuentro sacramental con Jesús y los otros creyentes. Toda la vida toma una dimensión nueva porque el actuar cristiano ha encontrado la fuente que le alimenta y le da vida. Son necesarias para llevarlo a cabo personas expertas y dedicadas al acompañamiento. El último Sínodo «reconoce la necesidad de preparar a consagrados y laicos, hombres y mujeres, que estén cualificados para el acompañamiento de los jóvenes» (ChV 244). Y lo concreta en un listado de cualidades que los mismos jóvenes han descrito en referencia al acompañante: que sea un auténtico cristiano comprometido con la Iglesia y con el mundo; que busque constantemente la santidad; que comprenda sin juzgar; que sepa escuchar activamente las necesidades de los

jóvenes y pueda responder a ellas con gentileza; que sea muy bondadoso, y consciente de sí mismo; que reconozca sus límites y que conozca la alegría y el sufrimiento que todo camino espiritual conlleva; que reconozca su propia humanidad... Ha de plantar la fe en los jóvenes, sin querer ver inmediatamente los frutos del trabajo del Espíritu Santo (cf. ChV 246).

79. En este campo del acompañamiento, será importante **ayudar a una lectura adecuada de la Palabra de Dios**. Hace siglos que la Iglesia lo explica, ya lo he insinuado antes con palabras semejantes, pero prefiero ampliarlo ahora con las del papa Francisco. He aquí el método para hacerlo: «En la presencia de Dios, en una lectura reposada del texto, es bueno preguntar, por ejemplo: "Señor, ¿qué me dice a mí este texto? ¿Qué quieres cambiar de mi vida con este mensaje? ¿Qué me molesta en este texto? ¿Por qué esto no me interesa?", o bien: "¿Qué me agrada? ¿Qué me estimula de esta Palabra? ¿Qué me atrae? ¿Por qué me atrae?"». Lo que Dios «simplemente quiere [es] que miremos con sinceridad la propia existencia y la presentemos sin mentiras ante sus ojos, que estemos dispuestos a seguir creciendo, y que le pidamos a Él lo que todavía no podemos lograr» (EG 153).

80. Este ejercicio resulta siempre nuevo porque **la Palabra de Dios ilumina la vida en su novedad de cada día**, tanto a nivel personal como colectivo. Por eso, su ejercicio es perenne y la parroquia siempre puede ofrecerlo. ¡Qué bien si todo el mundo hiciese esta experiencia! En el ambiente de oración que se crea, la Palabra de Dios nos ilumina, nos pone al día y nos renueva. ¿Qué más queremos? Dios nos habla al corazón, lo cual «implica tenerlo no sólo ardiente, sino iluminado por la integridad de la Revelación y por el camino que esa Palabra ha recorrido en el corazón de la Iglesia y de nuestro pueblo fiel a lo largo de su historia» (EG 144). Por ello, «es indispensable que la Palabra de Dios sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial» (EG 174). Más aún, es misión de la Iglesia esparcir esta Palabra por doquier. El Concilio Vaticano II, en el decreto sobre la libertad religiosa, n.º 14 y n.º 13, dice que «la Iglesia católica, para cumplir el mandato divino: "enseñad a todas las gentes" (Mt., 18, 19-20), debe emplearse denodadamente "para que la palabra de Dios sea difundida y glorificada" (2 Tes., 3, 1)»; «igualmente reivindica la Iglesia para sí la libertad, en cuanto es una sociedad de hombres, que tienen derecho a vivir en la sociedad civil según las normas de la fe cristiana». El método será siempre la propuesta, nunca la imposición.

81. Tenemos que llegar al entusiasmo con que el profeta Jeremías,

entre conflictos internos y contrariedades que le vienen de un entorno hostil, es capaz de decir: «Siempre que me llegaba tu palabra, yo la devoraba, y era un gozo y una delicia para mi corazón. Yo llevo tu nombre, Señor, Dios del universo» (Jr 15,16). O la convicción con que el profeta Isaías defiende que la Palabra de Dios es eficaz y siempre da el fruto esperado: «Tal como la lluvia y la nieve caen del cielo y no vuelven, sino que empapan la tierra y la fecundan, y la hacen germinar hasta que da semilla a los sembradores y pan para comer, así será la palabra que sale de mis labios: no volverá a mí infecunda. Realizará lo que yo quería, cumplirá la misión que yo le había confiado» (Is 55,10-11). A partir de ahí, se nos abre un camino de confianza por el gozo de una comunicación de Dios que somos capaces de interiorizar y por la eficacia de su fecunda acción en cada uno de nosotros, en la comunidad de los creyentes y en la sociedad en la que estamos presentes.

Vayamos a la fuente del agua buena, evitemos las aguas contaminadas

82. El mensaje al Pueblo de Dios del Sínodo sobre la nueva evangelización y la transmisión de la fe nos sitúa «como la samaritana en el pozo de Jacob, en Sicar» (cf. Jn 4,5-42) y nos dice que «no hay hombre o mujer que en su vida, como la mujer de Samaria, no se encuentre al lado de un pozo con una jarra vacía, con la esperanza de **saciar el deseo más profundo del corazón, el que solo puede dar significado a la existencia**. Hoy son muchos los pozos que se ofrecen a la sed del hombre, pero conviene discernir para evitar aguas contaminadas. Es urgente orientar bien la búsqueda, para no caer en desilusiones que pueden ser ruinosas [...]. En la persona de Jesús se revela el misterio del amor de Dios Padre por toda la familia humana. Él no ha querido dejarla a la deriva de su imposible autonomía, sino que la ha unido a sí mismo mediante un renovado pacto de amor».

83. Somos invitados a discernir sobre los muchos «pozos» que se ofrecen a nuestra sed. No hay hombre o mujer que, en su vida, como la mujer samaritana, no se encuentre cerca del pozo con una jarra vacía, con la esperanza de saciar el deseo más profundo del corazón, el que solo puede dar sentido pleno a la existencia. Primero cada uno, personalmente. El encuentro con Jesús es algo decisivo. ¡Probémoslo! En el silencio de la plegaria, en la lectura orante de la Palabra de Dios, en la Eucaristía y los demás sacramentos, en los signos de los tiempos y en los acontecimientos diarios,

en el otro, en quien vemos su rostro de Hijo, su rostro sufriente, su rostro de Resucitado; también en la naturaleza, en la alegría, en la belleza, en el amor, en el perdón, en el abrazo de paz, en el deseo de justicia, en la búsqueda de la verdad, en toda bienaventuranza.

84. La nueva evangelización, **el Evangelio que se encarna en las culturas de hoy y en sus nuevos escenarios nos pide conducir a los hombres y mujeres de nuestro tiempo hacia Jesús**, después de descubrir en el corazón de cada uno de ellos la acción y el calor del Espíritu, y establecer las mediaciones oportunas para que las personas sencillas, y tal vez afligidas, puedan encontrarse con Dios. Como la fuente en medio de la plaza del pueblo –decía san Juan XXIII–, donde todos pueden acercarse y sacar agua limpia, aunque el pozo aparezca sucio y su entorno fangoso. Limpiemos la mirada, hagámosla sacramental, la que sabe ver lo invisible, la que llega al corazón, donde Dios y el ser humano se encuentran con sinceridad, libre de toda contaminación.

La limpieza de corazón nos regala la visión de Dios, que es amor, y nos hace observar todo lo que Él ama. Pensemos en las muchas oportunidades de evangelización, las que cada día se nos presentan: una conversación, una llamada telefónica, compartir una lectura, una tertulia, una sesión de estudio, una palabra de ánimo, un gesto de amistad, una visita, un comentario, una opinión, una información, una invitación a orar, una acción caritativa, todo empapado con el gusto del Evangelio.

La opción pastoral de crear grupos de *Lectio divina*

85. No es una propuesta nueva. Muchos lo han experimentado desde hace siglos y da resultado. Se trata de decidirse y dar el primer paso, que es **ir a buscar a quien pueda interesarle y crear un grupo**. Alguien preparado debe animarlo y dar juego a la intervención de todos los participantes. Cualquier persona que se sienta llamada para ello, lo puede poner en marcha. La Palabra de Dios actúa en nosotros si le somos dóciles y la leemos y comentamos con voluntad de escucha y actitud abierta. Estos grupos pueden dar mucha vida a una parroquia y encontrarse periódicamente –semanal o quincenalmente– para orar y celebrar juntos con otra gente. La confluencia importante será que en la Eucaristía dominical todos los grupos se encuentren para celebrar el Día del Señor, ya que es el momento más importante de la

ES URGENTE LEER, CONOCER, ESTUDIAR
la Palabra de Dios y orar con ella

semana para encontrarse con Jesucristo y vivir la comunión de los que creemos en Él, sintiéndonos comunidad de hermanos que se conocen, celebran juntos y aportan a la comunidad humana los valores evangélicos que van descubriendo.

Cuestionario
para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. ¿Cuál es mi contacto con la Palabra de Dios, la biblia, el evangelio?
2. ¿Estoy interesado/a por conocerla, estudiarla, hacerla oración?
3. ¿La Palabra de Dios es un referente en mi vida? ¿Tiene que ver con mi forma de orar y cómo interviene en ella? ¿Hago *Lectio divina* o Estudio de Evangelio personalmente o en grupo? ¿Algún otro método? ¿Qué me aporta? ¿Lo comunico a otros? ¿Lo comparto?
4. ¿Creo en la eficacia de la Palabra de Dios en mi vida y en la de la gente?
5. ¿Cómo organizar grupos en torno a la Palabra de Dios? ¿*Lectio divina* o Estudio de Evangelio? ¿Otros? ¿Quién se decide a ser su animador y acompañar? Planteémoslo a los responsables de la parroquia para que se pueda recibir formación y se organice.

Oración

En cada acontecimiento que vivimos,
importante o insignificante,
favorable o adverso,
personal o colectivo, religioso o secular...,
está siempre la pregunta:
¿qué quieres decirnos, Señor?

Es la pregunta religiosa y ética
abierta a la escucha de tu Palabra,
atenta a tu Persona
para saber desde la oración
qué discernimiento hay que hacer,
qué actitud adoptar
y qué actuación llevar a cabo.

Conocer más y más tu Palabra
nos abre el corazón a la confianza,
nos capacita para tener un referente,
nos señala un norte en la vida,
nos abre los ojos para ver claro,
nos da motivos para vivir y esperar.

Acudir cada día a tu Palabra
es alegría y delicia del corazón,
es como quien se planta junto al agua,
donde las hojas no se marchitan ni mueren,
donde las ramas se fortalecen,
donde los frutos quedan bien asegurados.

Tienes la iniciativa y nos hablas al corazón,
nos llevas al desierto de la escucha
para establecer un diálogo contigo.
Ayúdanos así a orar y conversar,
a encontrarte próximo y sentirte amigo.

ES URGENTE LEER, CONOCER, ESTUDIAR
la Palabra de Dios y orar con ella

Lo que no podemos desestimar,
lo que nunca dejaremos de agradecerte
es que siempre nos acompañas,
y que nos pides que estemos despiertos,
que permanezcamos no solo atentos y vigilantes,
sino que, habiéndote escuchado, te hagamos caso.
Jesús, amigo, ven, hálbanos y escúchanos.



—106—



—107—



ES ESENCIAL VIVIR EN COMUNIDAD LA EUCARISTÍA y celebrar juntos el Día del Señor

Jesús toma la iniciativa de hacer participar de su propia vida, comulgando el pan y el vino:

«Jesús tomó el pan, dijo la acción de gracias,
lo partió y se lo dio diciendo: Esto es mi cuerpo entregado
por vosotros. Y, después de cenar, hizo igualmente
con la copa diciendo: Esta copa es la nueva alianza,
sellada con mi sangre, derramada por vosotros»
(Lc 22,19.20)

Este es el encargo que nos hace Jesús en la última cena y nos pide que lo cumplamos. ¿Lo hacemos?

«¡Haced esto en conmemoración mía!»
(Lc 22, 14-29; 1Co 11,23-26)

Y este era el resultado, cómo lo vivían los primeros cristianos, habiendo hecho caso de Jesús:

«Todos eran constantes al vivir en comunión fraterna
y en la fracción del pan»
(Ac 2,42)

Participemos juntos en la Eucaristía, es el centro de todo, el alimento imprescindible

86. La Eucaristía es parte esencial de la vida cristiana, no podemos prescindir de ella, ya que viene de Jesús. Desgraciadamente, en ciertos lugares se constata un déficit de práctica eucarística sacramental entre los cristianos, que proviene de la poca valoración que se hace de la Eucaristía y de la celebración cristiana del Domingo, Día del Señor. Con dolor y perplejidad solemos oír la expresión de que «se puede ser cristiano sin ir a misa». ¡Reflexionemos! Puede ser que el que lo dice tenga motivos para decirlo, especialmente si lo dicen los jóvenes, tendría que interrogar-nos el que lo digan. De todas formas, quien dice eso no tiene claro qué es ser cristiano ni tampoco cuál es el sentido de la Eucaristía. Después, en un diálogo directo, aparecen los motivos. Los hay que nos hacen llegar que la misa tiene poco atractivo, que se celebra de manera muy rutinaria, que no hay alegría, que no se participa, ni se canta, ni hay ambiente de fiesta, que las iglesias están vacías, que no hay ambiente, que las homilías son aburridas... No es broma, ¡hagamos un acto de humildad y revisémonos todos! ¡Miremos cómo lo hacemos! ¡Evaluemos cómo participamos! Estudiemos las posibilidades de dignificar las celebraciones, poniendo en ellas acogida, preparación y gusto, homilía sencilla, adecuada, directa y clara, que responda a las preguntas que la gente se formula y que la Palabra de Dios las ilumine, canto que sea oración y que cante toda la asamblea, alternando con la intervención de corales, música ambiental adecuada, animadores del canto y de la celebración, expresión festiva, gestos comprensibles, alegría, referencia al momento que vivimos, ambiente de comunidad.

87. La participación en la Eucaristía debe evaluarse en el conjunto de participación en la liturgia de la Iglesia. Para hacerlo necesitamos la fe. La liturgia no es una actividad más entre tantas, sino original y significativa. El Concilio Vaticano II dice que «en la liturgia de la tierra participamos, pregustándola, de la del cielo» (SC 8). Si lo concretamos en la Eucaristía, el propio Concilio Vaticano II la define como «fuente y cumbre de la vida cristiana» (LG 11). Por ello, tenemos que darle el primer valor en nuestra actividad litúrgica y pastoral. Lo he dicho ya en diversas ocasiones refiriéndome a esta celebración festiva que es la Eucaristía: dada la falta de asistencia y para evitar su devaluación, quizás hemos de reducir «misas» y concentrar más personas en cada Eucaristía, a fin de que menos celebraciones ganen en calidad y sentido eclesial, aglutinen más personas, y así

vivamos el gozo de ser comunidades más cohesionadas. Debemos llegar, sin embargo, a aquel grado de madurez que nos mueve a ir a la celebración de la Eucaristía pensando más en el bien de todos, con el gozo de encontrarnos y celebrar juntos, que solo en la conveniencia de «mi» horario personal, como si de algo privado se tratase, ya que de hecho es la celebración más importante querida por Jesús, cuando nos dice «Haced esto en conmemoración mía» (Lc 22,19), máxima expresión de la comunión en el amor, fuente y resultado de la acción caritativa de la Iglesia.

El sacramento de la caridad, la verdad del amor, la dimensión social de la Eucaristía

88. Recibir a Jesús, comulgar, es el momento más íntimo de encuentro con Él. «¡Quien me come vivirá para siempre!» (Jn 6,51). Procuremos no faltar cada semana, es el único encuentro al que Jesús nos pide que acudamos y que participemos en él; en su nombre la Iglesia nos invita, ya que es el alimento que necesitamos para mantenernos cristianamente en forma y fuertes espiritualmente. Hagámoslo creando un buen ambiente de familia, dispuestos a escuchar, a conversar, a estar en silencio, a orar, a celebrar la fiesta... Para ello, hay razones de fondo. El papa Benedicto XVI describe la Eucaristía como el «sacramento de la caridad» y es el regalo, el don, que Jesucristo nos hace de sí mismo revelándonos así cómo Dios nos ama a cada uno. Es impresionante, a la vez, el entorno de esta revelación: un amor grande que pone de relieve hasta dónde es capaz de llegar, hasta dar la vida por sus amigos (cf. Jn 15,13). Se lo demuestra con la actitud de servicio que deberá distinguir a sus discípulos, por ello realiza el gesto humilde de lavarles los pies (Jn 13,1-17). De esta manera llega a la Eucaristía para enseñarnos la verdad del amor, que es la propia esencia de Dios. «Por eso la Iglesia, cuyo centro vital es la Eucaristía, se compromete constantemente a anunciar a todos [...] que Dios es amor. Precisamente porque Cristo se ha hecho por nosotros alimento de la Verdad, la Iglesia se dirige al hombre, invitándolo a acoger libremente el don de Dios» (SCh 2).

89. Si seguimos a Jesús que se ha entregado cuando ha dado su vida por la salvación del género humano y nos unimos estrechamente a Él en el sacramento de la Eucaristía cuando recibimos su Cuerpo y su Sangre, «nos implicamos en la dinámica de su entrega», ya que «la Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús». Con estas expresiones, Benedicto XVI

quiere que prestemos atención a un aspecto fundamental de la Eucaristía: **«la “mística” del Sacramento tiene un carácter social, porque en la comunión sacramental yo quedo unido al Señor como todos los demás que comulgan:** “El pan es uno, y así nosotros, aunque somos muchos, formamos un solo cuerpo, porque comemos todos del mismo pan”, dice san Pablo (1 Co 10, 17). La unión con Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a los que él se entrega. No puedo tener a Cristo sólo para mí; únicamente puedo pertenecerle en unión con todos los que son suyos o lo serán. La comunión me hace salir de mí mismo para ir hacia Él, y, por tanto, también hacia la unidad con todos los cristianos» (DCE 13-14).

90. El alma de toda esta realidad salvífica es el amor. El Amor que es Dios mismo y el amor compartido hecho realidad en cada persona. Por ello quedan patentes la consecuencia y su resultado: «una Eucaristía que no comporte un ejercicio práctico del amor es fragmentaria en sí misma. Viciversa, el «mandamiento» del amor es posible sólo porque no es una mera exigencia: el amor puede ser «mandado» porque antes es dado» (ibíd.). La novedad que incluye el mandamiento del amor y que se hace promesa es la posibilidad de amar como Jesús ama, ya que Él nos ama como el Padre le ha amado. Este es el misterio de la intimidad de Dios hecho realidad en nuestra vida. En la Eucaristía, Jesús se nos da como máxima manifestación de su amor. De ahí, la claridad de sus palabras: «Yo soy el pan vivo bajado del cielo. Quien come de este pan vivirá para siempre. Más aún: el pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo» (Jn 6,51).

91. La Eucaristía, la participación activa en el acto oblativo de Jesús, nos abre los ojos y el corazón al milagro de la solidaridad, que es la caridad, que es participación del amor de Dios. El interés de Jesús por las personas es más grande que las preocupaciones que tienen los discípulos y que a menudo también manifestamos nosotros. En tiempos de crisis global, ya parece perenne, especialmente por lo que toca a los recursos económicos y su repercusión más que preocupante en los afectados por la pobreza y la enfermedad, por el paro y el desarraigo cultural y social, por los graves problemas en torno a la inmigración y a la acogida de los refugiados..., la búsqueda de respuestas se reduce muy a menudo a una oferta inmediata de solución fácil, cuando de hecho Jesús nos pide que vayamos a las raíces del problema. caigamos en la cuenta de que, en el relato de la multiplicación de los panes y los peces, relato de signo netamente eucarístico, Jesús pide la colaboración responsable de todos, tanto de los que tienen que dar como

de los que han de recibir porque no tienen nada. La Eucaristía, por sentarnos alrededor de una misma mesa, nos hace caer en la cuenta de que **la nueva dimensión de la acción caritativa de la Iglesia abre campos en los que su acción transformadora puede ser decisiva**. Lejos de caer en un paternalismo fácil que da las cosas hechas, somos llamados a ser memoria alegre del Resucitado, agradeciendo su presencia salvadora, pero al mismo tiempo urge que seamos memoria crítica frente a una sociedad que en su organización económica genera más pobres e introduce nuevas pobreza. La unión a Cristo, al recibir hoy y en cada Eucaristía su Cuerpo y su Sangre, nos compromete a trabajar por una Iglesia más creíble, más humilde, más abierta y más servicial, porque vive del mandamiento del amor. La fracción del pan de la Eucaristía nos obliga a hacer lo mismo todo el día; el profundo significado que tiene y que Jesús le da es el camino de solución de las desigualdades existentes y el reconocimiento de la dignidad de cada persona humana, hijo de Dios y hermano nuestro en el Hijo, que es Jesucristo.

Perseguidos por reunirse y celebrar la Eucaristía, una prueba de valor y autenticidad

92. Siempre me ha impresionado **cómo los primeros cristianos lo entendieron y qué significaba para ellos celebrar la Eucaristía**. Son capaces de arriesgar su vida por celebrarla. ¡Qué lección para nosotros! Entre muchos testimonios, uno de los más emotivos que nos han llegado de los primeros siglos es el de los mártires de Abitinia. El día 12 de febrero del año 304 son detenidos 31 hombres y 18 mujeres acusados de haberse reunido para celebrar la Eucaristía. El presbítero Saturnino responde ante el procónsul sobre la acusación presentada y dice: «Nosotros tenemos que celebrar el día del Señor, es nuestra ley». El lector, de nombre Emérito, propietario de la casa donde se habían reunido para la Eucaristía, se une a la respuesta y dice: «Es cierto que hemos celebrado en mi casa el día del Señor: lo hemos hecho porque no podríamos vivir sin el día del Señor». Y Victoria, una de las mujeres presentes en la asamblea y también detenida, añade: «Yo también he participado en la reunión porque soy cristiana». 31 hombres y 18 mujeres mueren ejecutados por haber celebrado la Eucaristía el domingo, porque es el Día del Señor. Hoy, también, reunidos para la Eucaristía, los cristianos son perseguidos y asesinados en sus iglesias. Toda la historia de la Iglesia lo testimonia. Pensemos en los últimos atentados en las iglesias de Sri Lanka, Egipto, Paquistán y otras.

93. Estos hombres y mujeres, como los apóstoles y los mártires de Abitinia del siglo IV, testimonios de coherencia cristiana y valentía, han entendido muy bien el encargo de Jesús, cuando en la última cena, la primera Eucaristía de la historia, dijo que lo hiciésemos en su memoria. Hagamos nuestras sus palabras: «Os lo aseguro: si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros. Quien come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él. A mí me ha enviado el Padre que vive y yo vivo gracias al Padre; igualmente los que me comen vivirán por mí... Yo soy el Pan de vida... Los que comen este pan, vivirán para siempre» (Jn 6,53- 58). Necesitamos este alimento para estar en forma como cristianos y ser fuertes a la hora de dar testimonio. Como nos dice el papa Francisco, pensemos que «la Eucaristía, si bien constituye la plenitud de la vida sacramental, no es un premio para los perfectos, sino un generoso remedio y alimento para los débiles» (EG 47). Y, iestos somos nosotros!

En la mesa de la Eucaristía tenemos un plato preparado y un asiento disponible

94. Las palabras de Jesús explican el porqué y la necesidad de la Eucaristía y, como resultado, el porqué de la alegría cristiana para continuar haciendo lo mismo que Él hizo y que nos dejó como memoria viva de su presencia real y actual. Sin embargo, examinémonos: ¿por qué, entre nosotros, los bautizados, solo un 12% de los cristianos la celebran cada domingo; o en otros lugares, solo un 3 o un 4%? Según las estadísticas, ahí estaríamos nosotros. ¿Por qué la Eucaristía se ha convertido para un amplio sector, especialmente de jóvenes, en una carga pesada de la que quieren liberarse? Nos han hecho llegar que en Mallorca actualmente celebran la Eucaristía cada semana aproximadamente unas 75.000 personas. ¿Qué reflexión sacamos de ahí? ¿Cuáles son las causas y cuáles las consecuencias? ¿Qué estado de ánimo nos provoca? ¿Qué caminos de solución intuimos a corto y a largo plazo? ¿Qué podemos hacer en nuestros ambientes más cercanos?

95. Contemplando la desafección que se ha producido en muchos lugares en relación a la Eucaristía, algo nos ha pasado que merece una revisión profunda, ya que toca de lleno los fundamentos de la vida cristiana. Por ello, con toda humildad debemos preguntarnos: ¿se ha



debilitado la fe? ¿Un ambiente de indiferencia ha penetrado de repente la vida de aquellos y de aquellas que en otros momentos habían manifestado inquietud religiosa y ahora viven huérfanos de sentido, viviendo como si Dios no existiese? ¿Puede vivirse sin este referente fundamental para la vida de un cristiano que es la Eucaristía? ¿Vemos remedio a esta situación? Probablemente existe un déficit de formación, de espiritualidad, de sentido comunitario, de aceptación del misterio y de lo sagrado. ¿Por dónde fallamos más?

96. El Concilio Vaticano II insiste en la necesidad de **promover la formación litúrgica y la participación activa** y dice: «al reformar y fomentar la sagrada Liturgia hay que tener muy en cuenta esta plena y activa participación de todo el pueblo, porque es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano, y por lo mismo, los pastores de almas deben aspirar a ella con diligencia en toda su actuación pastoral, por medio de una educación adecuada» (SC 14).

- En la mesa de cada domingo, en la Eucaristía, tenemos un plato preparado y una silla asignada, ¿permitiremos que no se utilicen? Como en casa, cuando falta alguien a la mesa, notamos el vacío, sufrimos la ausencia. Y en la Eucaristía, ¿lo notamos?
- En lugar de quejarnos diciendo que en las iglesias hay poca gente o solo hay gente mayor, ¿qué hacemos para invitar gente nueva o ir a buscar a los que venían y ya no vienen? ¿Hemos contactado alguna vez con ellos? Tal vez hay que empezar por la propia familia y amigos...
- ¿Cómo seguimos acompañando a los jóvenes después del proceso catequético de la iniciación cristiana cuando ya han participado por primera vez de la Eucaristía y han recibido con tanta alegría el sacramento de la confirmación, haciendo tantas promesas de continuidad y compromisos? ¿Quién se los recuerda?
- ¿Qué adultos están dispuestos hoy a acompañar tanto a los jóvenes como a otros adultos y ayudarles a reconocer la importancia y la necesidad de su presencia en las comunidades cristianas?
- Una sugerencia referida a las celebraciones de la Eucaristía y a otras: necesitamos crear clima de recogimiento, de atención, de

silencio, de oración en el momento en el que nos reunimos. Es una preparación necesaria que nos predispone a una nueva actitud receptiva y celebrativa. Cuando la gente va llegando y entrando en la iglesia es bueno que encuentre un clima de recogimiento, que pueda dejarse atraer por una comunidad orante y que invita a orar, que el clima exterior favorezca la actitud interior.

Por ello, **necesitamos personas que se ofrezcan para cualquier servicio que la comunidad cristiana necesite**, sintiéndonos no solo colaboradores, sino corresponsables de su caminar. Necesitamos personas que quieran formarse a fin de ejercer bien lo que se les encomienda para el bien de todos. Queremos ofrecerles el apoyo y el acompañamiento que necesitáis, ¡estamos para ayudaros! Pero sed también creativos, poned novedad en todo lo que hacéis, aportad las mejores cualidades y habilidades que Dios os ha dado. Hacedlo fructificar todo.

Laicos y laicas disponibles a asumir cargos directivos y de acompañamiento

97. En estos momentos, en Mallorca, como en muchos otros lugares, estamos constatando una innegable disminución de práctica religiosa sacramental y, por otra parte, ha disminuido también la posibilidad de atención pastoral por parte del clero debido a su escaso número y a su edad. Vemos difícil la solución inmediata si no contamos con comunidades vivas en que el laicado asuma responsabilidades directivas y de acompañamiento, tanto a nivel de formación como de celebración de los sacramentos. En la celebración del Día del Señor, el Domingo, ya hay lugares en que la celebración tiene que ser con ausencia del sacerdote, y debe poder sustituirse con una celebración de la Palabra presidida por un diácono o por un laico o una laica debidamente preparados. Esta situación se dará cada vez más, lo cual quiere decir que debemos prepararnos y tomar decisiones. Sin embargo, no hemos de pensar solamente en la Eucaristía, **debemos pensar en la evangelización de personas y ambientes, y en la promoción y el mantenimiento de comunidades vivas** que se edifiquen en torno a la Palabra de Dios y de unas Eucaristías celebradas cada cierto tiempo. Con todo, por la facilidad que tenemos para desplazarnos por tantos motivos en la vida de cada día, también el desplazamiento deberá ser posible para participar en comunidades más amplias. Preferentemente en torno al Día del Señor, el domingo, o en

otro día, será bueno que la comunidad cristiana se haga presente en las casas llevando la comunión a los enfermos e impedidos por cualquier motivo. Como continuación de la Eucaristía, el enfermo y la persona impedida se unen a la celebración y pueden vivir la fuerza de la presencia del Señor y el calor de la comunidad cristiana.

98. La celebración del Domingo, junto con el sentido del descanso del trabajo, quiere ser fuente y expresión de libertad auténtica, para poder vivir cada día según lo que se ha celebrado en el «día del Señor». La exhortación apostólica del papa Benedicto XVI *Sacramentum caritatis* dice que «la vida de fe peligra cuando ya no se siente el deseo de participar en la Celebración eucarística, en que se hace memoria de la victoria pascual. Participar en la asamblea litúrgica dominical, junto con todos los hermanos y hermanas con los que se forma un solo cuerpo en Jesucristo, es algo que la conciencia cristiana reclama y que al mismo tiempo la forma. Perder el sentido del domingo, como día del Señor para santificar, es síntoma de una pérdida del sentido auténtico de la libertad cristiana, la libertad de los hijos de Dios» (SC 73). Ayuda a entenderlo más, cuando a continuación y haciendo referencia a san Juan Pablo II, pone de relieve las diversas dimensiones del domingo para los cristianos: 1) Día del Señor, en referencia a la obra de la creación; 2) Día de Cristo, como día de la nueva creación y del don del Espíritu Santo que nos da el Señor resucitado; 3) Día de la Iglesia, como día en que la comunidad cristiana se congrega para la celebración de la Eucaristía; Día del hombre, como día de alegría, descanso y caridad fraterna. Por tanto, este día se muestra como fiesta primordial en la que cada fiel, en el ambiente en el que vive, puede ser pregonero y custodio del sentido del tiempo. Es preciso recordar que el domingo merece ser santificado en sí mismo, para que no acabe siendo un día «vacío de Dios». Una bella muestra de la valoración del día del Señor la encontramos en el presbítero y poeta mallorquín Josep Calafat i Mesquida (+ 1918), glosando *Diumenge dematí*:

Oh dia del Senyor...!
El cor destil·la amor,
sent repicar llunyà, llunyà,
per les muntanyes i pel pla
i es perd dins la blavor.

Aquí em vull prosternar,
humil, per adorar;

batecs del cor, vital ardor,
tot ho retorn al Creador
com sobre el seu altar.

Cap boira de tardor
pertorba eixa claror
que és molt més dolça que la mel
i té l'encant d'un tros de cel...
Oh dia del Senyor...!²

La celebración de la Eucaristía y la práctica de la adoración

99. Debemos tener ideas claras sobre **la relación entre la celebración de la Eucaristía y la adoración**, a fin de que cada realidad tenga el valor que le corresponde y nos ayuden en la plegaria y en nuestro encuentro con el Señor. Tanto una como la otra no son actos de devoción individual en el sentido de que se vivan como devociones particulares. La Eucaristía es un sacramento que celebra la comunidad cristiana a través del cual el Señor se hace realmente presente en ella. La adoración eucarística es su consecuencia y pone de manifiesto la relación entre celebración y adoración. Me remito a las palabras del papa Benedicto XVI cuando dice que «la adoración eucarística no es sino la continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia. Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos. Precisamente así, y solo así, nos hacemos una sola cosa con Él y, en cierto modo, pregustamos anticipadamente la belleza de la liturgia celestial. La adoración fuera de la santa Misa prolonga e intensifica lo acontecido en la misma celebración litúrgica. En efecto, "sólo en la adoración puede madurar una acogida profunda y verdadera. Y precisamente en este acto personal de encuentro con el Señor madura luego también la misión social contenida en la Eucaristía y que quiere romper las barreras no sólo entre el Señor y nosotros, sino también y sobre todo las barreras que nos separan a los unos de los otros"» (SC 66).

² «¡Oh día del Señor!, / el corazón destila amor / oye el repicar lejano / la montaña como el llano / perdido en el azul del firmamento. / Y me quiero prosternar / humilde, para adorar, / latidos del corazón, ardor vital, / los retorno al Creador / como sobre su altar. / De otoño, niebla alguna / perturba esa claridad / más dulce que la miel / con el encanto de un trozo de cielo. / ¡Oh día del Señor!»

100. En esta misma exhortación apostólica *Sacramentum caritatis*, recomienda la **práctica de la adoración eucarística**, tanto personal como comunitaria, pero pone el acento en la necesidad de una catequesis adecuada en la que se explique a los fieles la importancia de este acto de culto. Dice textualmente que «la relación personal que cada fiel establece con Jesús, presente en la Eucaristía, lo pone siempre en contacto con toda la comunión eclesial, haciendo que tome conciencia de su pertenencia al Cuerpo de Cristo. Por eso, además de invitar a los fieles a encontrar personalmente tiempo para estar en oración ante el Sacramento del altar, pido a las parroquias y a otros grupos eclesiales que promuevan momentos de adoración comunitaria» (SC 68). Todo ello debe quedar en el marco de la comunidad cristiana y no a merced de iniciativas de grupos que quieren vivirlo por su cuenta. Hay que entrar a fondo en el sentido de la presencia eucarística y no reducirla a una «posesión personal» más afectada por la emoción y el sentimiento que por el acto de fe y de caridad, siempre expresión de madurez cristiana y sentido de pertenencia a la Iglesia.

101. Desde mi ordenación presbital tengo la costumbre de salir a la puerta de la Iglesia con la intención de saludar y compartir un rato de conversación. Tengo que decir que es un momento excepcional en el que te acercas a la gente y aprendes mucho. Viví un caso que me llamó enormemente la atención. A un señor de mediana edad, que se confesó agnóstico y que –según me dijo él mismo– no había entrado nunca a una iglesia a misa, le había sorprendido mucho el gesto de la fracción del pan y el comentario que yo había hecho: «ahora partimos el pan para poder repartirlo y compartirlo». Entonces me preguntó «¿y siempre hacéis esto?». Le dije que sí, en cada celebración. Y me dijo: «eso que hacéis, ¿lo sabéis que es la solución del problema del mundo?» ¡El valor de los signos y la capacidad de leerlos! ¡Un no creyente! Y nosotros, ¿qué? ¿Dónde nos lleva este gesto con todo lo que significa y hacia dónde nos conduce? Es la fuerza transformadora de la Eucaristía que derriba muros y levanta puentes de igualdad y de reconciliación, la fuerza de ser un pueblo apasionado por hacer el bien.

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. ¿Es la Eucaristía el centro de mi vida cristiana? Tratemos de analizar qué está pasando en nuestro entorno más cercano y qué soluciones vemos.
2. ¿Cuál es mi grado de presencia y de participación? ¿Cómo lo vivo? ¿Cómo lo vivimos donde normalmente voy? ¿Soy asiduo a un mismo lugar de celebración o, más bien, participo en lugares diferentes según me conviene? ¿Qué sentimiento me provoca: de solidaridad o de dispersión?
3. Entre los seguidores de Jesús, ¿qué podemos hacer para recuperar la Eucaristía donde estamos notando la disminución de participación? ¿Cómo vivimos el sentido de adoración?
4. Si somos de los que habitualmente participan, ¿lo es la Eucaristía el alimento necesario? ¿A qué me comprometo recibir a Jesús como alimento? ¿He descubierto la dimensión social de la Eucaristía, es decir, a qué implicación social me conduce?
5. ¿Por qué muchos cristianos dejan de celebrar la Eucaristía? ¿Qué hacemos por ellos? ¿Qué les decimos? ¿Qué hacer para que nuestras parroquias y comunidades sean acogedoras y en ellas encontremos la formación y el acompañamiento necesarios? Hagamos planes de acción, seamos creativos y trabajémoslo en los consejos parroquiales.

Oración

Jesús, de pequeños nos acostumbraron a arrodillarnos,
gesto de adoración y respeto a tu persona.
Hoy cuesta mucho poner la rodilla en tierra
y nos preguntamos ¿por qué?
¿Ignorancia? ¿Poca austeridad? ¿Orgullo personal?
Seguramente un poco de todo, inos conoces bien!

También a mucha gente la han acostumbrado
a otra genuflexión: humillante, despectiva...
Pueblos enteros, derechos no reconocidos, genocidios,
atropellos, gente obligada a adorar al dictador,
obligados a arrodillarse a los pies del explotador.

A más de cincuenta años de los Derechos Humanos,
¿qué hemos hecho? ¿qué hemos conseguido?
Jesús, nos preguntas si te hemos entendido:
¿por qué eres Tú el que te arrodillas ante nosotros?
¿Por qué tomas la condición de esclavo y eres libre?
¿Por qué lavas los pies, los secas y los besas?
¿Por qué quieres que hagamos lo mismo? ¿para qué provecho?

Haz que entendamos que este es un acto de libertad,
haz que entendamos que es un acto de amor,
haz que entendamos tu solidaridad, la Eucaristía!

Tú no te has agarrado celosamente a tu igualdad con Dios,
has tomado la condición de esclavo,
te has abajado y te has hecho obediente hasta la muerte,
y –¡qué muerte!– la injusta y repelente muerte de cruz.
¿Tenías que llegar a este punto para decirnos
que debíamos tener los mismos sentimientos que Tú?

Pero, esta ha sido la clave de un nuevo estilo, el tuyo,
el que explica qué significa «Reino de Dios»,
el estilo que se hace servicio, entrega, donación total,



ES ESENCIAL VIVIR EN COMUNIDAD LA EUCARISTÍA
y celebrar juntos el Día del Señor

lo que nos hace descubrir que estás presente en todo hermano,
por pequeño que sea, por desfigurado que esté.

Jesús, arrodillado a sus pies nos das a entender
que es la única forma de ser humilde y sincero,
la única visión de lo que es un hermano para amarlo.

Nos das a entender que los pies, solo los pies,
arrastran todo lo que es, vive y padece la persona,
la mejor perspectiva de su dignidad humana,
hecha a imagen y semejanza de Dios, belleza infinita.



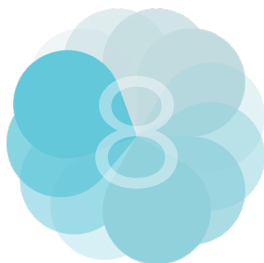
—123—



—124—



—125—



VIVIMOS UNA NUEVA ÉPOCA, UN TIEMPO NUEVO que pide conversión personal y pastoral

«¿Es que no sabéis entender los tiempos que estáis viviendo?»
(cf. Lc 12, 54-56)

Leer completo este relato, en que Jesús nos pide saber discernir el tiempo presente.

«Se ha cumplido el tiempo y el Reino de Dios está cerca.
Convertíos y creed en la buena nueva»
(Mc 1,15)

Palabras de Jesús que encabezan el inicio de su predicación. ¿Cómo nos implica?

«Las cosas de antes han pasado.
Y el que está sentado en el trono afirmó:
Yo lo hago todo nuevo»
(Ap 1,4-5)

La visión de un cielo nuevo y una tierra nueva nos abren la perspectiva de un tiempo nuevo.

Una lección de vida: querer cambiar, una decisión personal e intransferible

102. Lo hemos aprendido, una vez más y con emoción. La celebración del aniversario del Proyecto Hombre nos ha dejado, entre muchos y como otras veces, los testigos que han puesto en evidencia un problema de nuestra sociedad balear, asegurando que es más fácil cambiar que el que te acepten después de hacerlo. Así lo sentíamos y así lo recogía la prensa, poniendo de relieve una noticia de las verdaderas, contando –por boca de estos testigos– como alguien se había sorprendido al decirle que se había rehabilitado en el Proyecto Hombre. «Qué fuerte que alguien acabe así» –le dice–. «Lo fuerte –responde– es que la sociedad considere normal el consumo de drogas o alcohol, pero vea rara a la gente que lo quiere dejar». ¡Una lección de vida, ciertamente! Hemos de confesar que en muchas ocasiones cambiar resulta difícil y nos resulta más fácil esperar a que cambien los demás. Estamos demasiado acostumbrados a juzgar y a evaluar al otro y poco dados a una evaluación personal. En este sentido, me sirvió mucho en mi misión de educador y de sacerdote, cuando en los años 90 y por haberlo llevado a Menorca, hice la experiencia de pasar un día en el Proyecto Hombre: acogida, comunidad, reinserción, compartiendo sus vivencias con momentos de lucha y también de alegría. Pero sobre todo por la noche, ya al final de la jornada, me admiró la reunión con los terapeutas. En ningún momento se habló de los jóvenes drogadictos, sino de los propios acompañantes y educadores..., y pensé: qué poco acostumbrados estamos a trabajar así, con esta voluntad de confrontación personal, también de autoevaluación y de cambio. Si lo experimentamos en la vida y en las deficiencias que encontramos, la vida cristiana debe ser un nítido reflejo de ello y todos los retos educativos a los que debemos responder cada día. Y, ¿si en nuestras reuniones de clero lo hiciésemos así? Y, ¿si lo aplicásemos al nuestro en los centros educativos? Nunca tendrá sentido la exigencia de ayudar a cambiar a los demás si no somos capaces de empezar por nosotros mismos. Lo hemos oído decir bastantes veces: «si quieres cambiar el mundo, empieza por cambiarte a ti mismo».

Decidámonos a corregir algunas inercias y deficiencias

103. Lo que hemos dicho de la celebración eucarística, hay que decirlo también de las celebraciones de los demás sacramentos. Tenemos que

corregir algunas deficiencias que nos hacen ver que algunas celebraciones, más que acciones de la comunidad eclesial, parecen el resultado de muchas ofertas donde cada uno escoge según su gusto o conveniencia. Ni la diócesis, ni el arciprestazgo, ni la parroquia son estaciones de servicio donde cada uno exige lo que quiere, aunque él mismo ponga el precio. Dios nos libre de pensar que con dinero las cosas se arreglan o nos mueven intereses ajenos a la fe y a la celebración cristiana. Habríamos convertido la casa de Dios en una cueva de ladrones, lo que nos llevaría a tener que escuchar las duras palabras de Jesús en el templo (cf. Mc 11,15-18) pidiendo que se le respete como casa de oración. Consecuentemente, en nuestras iglesias, oratorios y templos tendremos que recuperar el sentido de lo sagrado, el respeto al lugar donde está presencialmente el Señor, el ámbito privilegiado de un silencio que habla, el calor de una comunidad que ora, el espacio necesario para vivir y celebrar la experiencia religiosa y cristiana que configura nuestra vida.

104. Aunque ya me he referido a ello, quiero hacer una llamada a vivir el verdadero sentido de lo que es la adoración eucarística, superando alguna forma de actuar que no se aviene con su verdadero significado. Es fácil caer en la moda de separar la adoración de la Eucaristía como si se tratase de un acto de culto aislado. Si así fuese, perdería su sentido y se convertiría en una devoción fácilmente manipulable. No entendamos la adoración eucarística como una acción mágica que degenera en una especie de fetichismo, donde se perdería el auténtico sentido de la plegaria y el valor comunitario que contiene en sí mismo el sacramento. Hoy, por influencias que vienen de fuera, hay ciertos movimientos que ponen más énfasis en la adoración eucarística que en la propia Eucaristía, incluso separándolas y no dando el valor que corresponde a cada una de ellas. Más todavía, la adoración eucarística requiere formación espiritual, fuerte sentido de lo que es la plegaria de adoración, el valor del silencio, la música y el canto adecuados que no ofusquen, sino que ayuden al espíritu contemplativo. **La primera forma de adoración es la Eucaristía en cuanto recibimos a Jesús como alimento**, que es la máxima identificación con Él y con los hermanos que también le reciben. Toma otra dimensión la adoración, consecuencia del sacramento en cuanto visibilizamos su presencia y es ocasión para que reconozcamos desde la fe que está entre nosotros y nos dediquemos a la plegaria. De ahí se desprenden otras formas de esta presencia cuando nos situamos ante Jesús presente en un enfermo, en un pobre, en un hambriento o sediento, un despojado de su dignidad humana, en un preso..., como el mismo Jesús nos lo hace ver en Mt 25, 31-46.

105. Queremos vivir un auténtico ambiente de comunidad

y nos ajustamos a este clima que busca el bien de todos y no intereses o conveniencias particulares. De conseguirlo, lo viviremos de otra manera, con más hermandad, con más transparencia, con más participación, con más conciencia de comunión y de misión. Seremos más los que nos reuniremos y nos sentiremos más animados a hacerlo, porque no irá cada uno por su cuenta ni nos sentiremos condicionados a hacer rebajas. Además, estaremos contentos de encontrarnos, y encontrar-nos en la mesa, como lo hace una familia bien avenida, que se quiere y se encuentra con frecuencia. Estamos favoreciendo así lo que con tanta insistencia nos pide el papa Francisco, que creemos la cultura del encuentro. Está en la mano de cada uno iniciar este camino personal de conversión que nos llevará a una alternativa, contar con el otro (los otros) o no contar con él (con ellos). La respuesta es personal y el resultado de la suma será la multiplicación de la conversión pastoral, es decir, ide todos y todas!

106. Hay una clara razón de fondo, que es la necesidad del cambio personal siempre en función de una transformación más amplia. Debemos convencernos más y más de que hoy **la vida cristiana no puede vivirse de forma individual**, sino en ambiente de comunidad, de familia, donde cada uno aporta lo mejor de sí y hace participar a los demás de lo que tiene para paliar la situación de los que lo pasan mal. Este es un paso importante de conversión personal, la única que puede hacer posible la deseada conversión pastoral. Soy consciente de que todo ello no es fácil debido al clima individualista que domina en nuestra Sociedad, donde cada uno va a lo suyo, sin preocuparse del otro. En este sentido, el papa Francisco constata que «El individualismo posmoderno y globalizado favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas, y que desnaturaliza los vínculos familiares. La acción pastoral debe mostrar mejor todavía que la relación con nuestro Padre exige y alienta una comunión que sane, promueva y afiance los vínculos interpersonales. Mientras en el mundo, especialmente en algunos países, reaparecen diversas formas de guerras y enfrentamientos, los cristianos insistimos en nuestra propuesta de reconocer al otro, de sanar las heridas, de construir puentes, de estrechar lazos y de ayudarnos “mutuamente a llevar las cargas” (Ga 6,2)» (EG 67).

El sacramento del perdón y el necesario coloquio sacramental

107. Para posibilitar el cambio más radical, el medio que la Iglesia pone a nuestro alcance para rehacernos constantemente y comunicarnos el don de la conversión es la celebración del sacramento del Perdón. A los sacerdotes, el papa Francisco nos recuerda de forma especial que «el confesionario no debe ser una sala de torturas sino el lugar de la misericordia del Señor que nos estimula a hacer el bien posible. Un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades. A todos debe llegar el consuelo y el estímulo del amor salvífico de Dios, que obra misteriosamente en cada persona, más allá de sus defectos y caídas» (EG 44). **Demos al sacramento del Perdón la atención personalizada que le corresponde**, no celebrándolo con prisas o de forma superficial y evadiendo la importancia del coloquio sacramental, donde más se nota el tono evangélico de la acogida, el acompañamiento que la persona necesita, el sentido eclesial del encuentro con el Señor y el gozo de la reconciliación y el perdón, que siempre proviene de Dios y se extiende a todos los hermanos. Para que eso sea posible, a los sacerdotes se nos ha de encontrar y, para encontrarnos, hemos de hacernos encontrados. Es una de las misiones más específicas que tenemos y que más definen nuestro ministerio sacerdotal.

108. A los pastores, lo que se nos pide es tener un «corazón misionero que conoce los límites y se hace débil con los débiles..., todo para todos» (1Co 9,22; cf. EG 45). Y, qué bien si todo ello se realiza en el marco de una celebración comunitaria, en el que después de escuchar la Palabra de Dios y orar juntos tiene lugar el coloquio con el sacerdote que conduce a recibir el perdón sacramental. El corazón misionero nunca se recluye, nunca se repliega en sus seguridades, nunca opta por la rigidez autodefensiva. El perdón sacramental debe tener continuidad con todas las palabras y gestos de reconciliación. Forma parte del ejercicio diario de la misericordia, de la actitud caritativa hacia los hermanos, de lo esencialmente cristiano que es la capacidad de perdonar, no siete veces, sino setenta veces siete, es decir, siempre!

**Con actitud sinodal –caminar juntos–
vivir un fervor apostólico contagioso**

109. Lo que viene ahora también pide un cambio de mentalidad. En algunos lugares y como línea que se propuso hace tiempo, han empezado ya a existir las unidades pastorales, siempre en el marco geográfico del arciprestazgo. Debemos tener claro que su principal motivo no es la falta de sacerdotes para atender las parroquias, sino la **necesidad de caminar y trabajar juntos, sinodalmente**. Hoy, un proyecto pastoral, no puede llevarlo a cabo una sola parroquia. En este camino de colaboración y de corresponsabilidad, la comunión entre sacerdotes, diáconos, religiosos/as y laicos/as, y su disponibilidad a trabajar conjuntamente constituyen la condición necesaria de una nueva forma de actuación pastoral.

En este sentido ya hemos hecho muchos experimentos y no nos faltan ideas, planes y proyectos; el más necesario y urgente es que haya personas dispuestas a ponerlos en práctica. Debemos vencer de una vez para siempre el defecto de ir cada uno por su cuenta, sirviendo a lo que me conviene o conviene solo a los que me son más afines. Haciéndolo así, ya no somos la sal que se funde para dar buen gusto, sino grumos enquistados que no se deshacen, dan mal sabor y dan asco al conjunto. Examinémonos bien y cambiemos de actitud, convirtámonos. ¿Qué nos pasa cuando ponemos tanta dificultad para trabajar sinodalmente y ya no nos sentimos miembros vivos, parte de un todo, donde nos necesitamos mucho los unos a los otros? ¿Por qué nos cuesta tanto estar cuando hemos de encontrarnos juntos los que hemos dado palabra de sinodalidad?

110. Estamos invitados a un trabajo más activo en la Iglesia, pero pensemos que su resultado ha de proyectarse hacia el conjunto de la sociedad, que es donde Jesús quiere llegar y el Evangelio modelar las conductas. El papa Francisco, reflexionando sobre la escasez de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada dice que «esto se debe a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, lo cual no entusiasma ni suscita atractivo. Donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas. Aun en parroquias donde los sacerdotes son poco entregados y alegres, es la vida fraterna y fervorosa de la comunidad la que despierta el deseo de consagrarse enteramente a Dios y a la evangelización, sobre todo si esa comunidad viva ora insistentemente por las vocaciones y se atreve a proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración» (EG 107).

Ante la proliferación y crecimiento de nuevas asociaciones, grupos y movimientos

111. En estos momentos, en los que proliferan formas muy variadas especialmente en la pastoral con jóvenes, será necesario un discernimiento para ver lo que más conviene. No hace falta decir que debemos tener **nuevas actitudes hacia los jóvenes**, superando inercias y costumbres que no llevan a parte alguna, y es preciso que demos respuesta a sus inquietudes, necesidades, problemáticas y heridas. Desde el Concilio Vaticano II hasta hoy, son más de cincuenta años de hacer lo posible para estar al lado de los jóvenes, desde los movimientos que la Iglesia siempre ha propuesto y estando muy atentos a toda la novedad que llega. Como diócesis, será bueno privilegiar lo que exprese mejor la comunión en la Iglesia y asegure un proceso de crecimiento cristiano. Y, respecto a todo lo nuevo que aparece, tener una actitud constante de discernimiento para detectar si realmente es apropiado a nuestra realidad de aquí. A nivel de comunión eclesial, tendremos que privilegiar aquellos movimientos de carácter general y que aseguran un proceso de crecimiento en la fe, un camino hacia la fe adulta. De la misma manera también tiene que haber nuevas actitudes hacia los adultos, escuchándolos con paciencia, comprendiendo sus reclamaciones y aprendiendo a hablarles con el lenguaje que ellos entienden. Para encontrar respuesta a lo que ya nos está pasando, nos puede ayudar esta reflexión del papa Francisco: «La proliferación y crecimiento de asociaciones y movimientos predominantemente juveniles pueden interpretarse como una acción del Espíritu que abre caminos nuevos acordes a sus expectativas y búsquedas de espiritualidad profunda y de un sentido de pertenencia más concreto. Se hace necesario, sin embargo, ahondar en la participación de éstos en la pastoral de conjunto de la Iglesia» (EG 105). Para sumar y no dividir, el esfuerzo tiene que ser de todos y con la voluntad de caminar juntos, arraigados donde estamos, haciendo piña, creando comunión, atentos a lo que en cada momento el Espíritu nos inspira.

Cuestionario
para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. ¿Qué tengo que corregir y qué tenemos que corregir de nuestra forma de vivir? ¿Qué hacer para que sea cristiana? ¿Qué esfuerzo hago? ¿Lo comparto con otros con el fin de ir haciendo piña hacia un mismo objetivo? ¿Cuál?
2. ¿Qué experiencia tengo de vida de comunidad? ¿Considero que tengo sentido de pertenencia?
3. ¿Celebro (celebramos) con frecuencia el sacramento del Perdón? ¿Cómo lo hago? Perdonar ¿me resulta fácil o difícil? Y, ser perdonado ¿me cuesta o me resulta fácil?
4. ¿Dónde están los jóvenes? ¿Qué deben aportar los jóvenes a la comunidad? ¿Qué deben aportar los adultos? ¿Qué tenemos que hacer por unos y otros?
5. En estos momentos, ¿qué paso de conversión me pide Dios? ¿Qué es ese fervor apostólico contagioso que el papa Francisco dice que nos falta? ¿Qué puedo hacer personalmente y que podemos hacer juntos para conseguirlo?

Oración

Jesús, si algo original hay en el Evangelio,
es la radicalidad del perdón a los enemigos.
Original y difícil, a veces imposible y costoso.
Nos muestras, sin embargo, el único camino válido de salida
a nuestras reincidentes injusticias cotidianas.

Tiempo y tiempo perdido al hablar de los otros,
horas mal invertidas en reiteradas murmuraciones,
días y más días buscando a uno y otro culpable.
Agarrados a la ley solo cuando nos favorece,
la utilizamos como arma de ataque en beneficio propio.
Pero, ¿qué beneficio es desear el mal a alguien?

Gracias, Jesús, porque amas a las personas:
a la mujer perseguida y al hombre perseguidor.
Gracias porque nos enseñas a amar,
a verlo todo de otra manera.
Gracias porque no dejas a nadie solo
tirado en la cuneta del camino, insultado, medio muerto.

Tu limpieza desenmascara a cualquiera
que intenta sustituir a Dios y su amor
poniendo en su lugar una justicia corrupta.
Solo Dios salva y su perdón es amor sin límite.
Ayúdanos a romper la espiral de la crítica amarga,
de la persecución "religiosa", del insulto organizado.

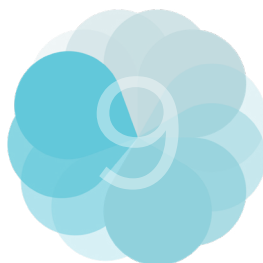
Ábrenos el corazón a la tolerancia evangélica,
a la comunión recuperada, al amor correspondido,
a la reconciliación efectiva, al perdón y al olvido.
Danos la paz de la que te ha podido escuchar,
de la que ha oído un mensaje que libera:
«¡Yo tampoco te condeno!» (Jn 8,11)
Nos dices: déjate amar de otra manera,
que ahora, hoy mismo, quizá has aprendido!
Pero, «¡en adelante no peques más!» (Jn 8,11)



—136—



—137—



LA PARROQUIA ES LA IGLESIA ENTRE LAS CASAS iglesia doméstica, familia de familias

Escuchemos la importancia de vivir, crecer juntos y mantenerse en el amor fraterno:

«Según la capacidad de cada miembro,
todo el cuerpo va creciendo y edificándose en el amor»
(Ef 4,15-16)

«Todos los creyentes vivían unidos
y todo lo tenían al servicio de todos»
(Ac 2,44)

El Espíritu habla a las Iglesias y también nos hace ver nuestras limitaciones comunitarias:

«Conozco tus obras, tu esfuerzo y tu constancia,
pero no amas como antes»
(Ap 2,2.4)

Debemos creer en la validez de la parroquia, trabajemos la pastoral de la proximidad

112. Quiero alentaros a todos, hermanos presbíteros y diáconos, pastores de comunidades parroquiales y a todos los agentes de pastoral, hombres y mujeres, y a los jóvenes, chicos y chicas que se van incorporando progresivamente a la acción evangelizadora de la Iglesia, a caminar en esta línea conjunta y, aunque haya alguien que pueda pensar que la parroquia ha pasado de moda, hagamos caso de las palabras del papa Francisco cuando dice que «la parroquia no es una estructura caduca» (EG 28) y entre todos tenemos que dinamizarla. Tanto si se trata de una parroquia no integrada en una unidad pastoral como si se trata de parroquias que forman parte de una de estas unidades, debemos aplicar el mismo esquema que nos propone Francisco, ya que no es la estructura la que condiciona, sino las personas que han de hacerla suya y servir.

113. La misma práctica pastoral demuestra que donde está una persona o un grupo de personas entregadas todo el día al servicio pastoral de los feligreses, viviendo encarnados entre ellos y compartiendo alegrías y esperanzas, tristezas y angustias, la acción pastoral se lleva felizmente a término. **Será bueno que cada parroquia pueda contar con un grupo estable de laicos y laicas que trabajen en ella con total corresponsabilidad.** Es recomendable y conveniente la existencia de los consejos parroquial y de economía, asumiendo la corresponsabilidad desde los carismas con los que el Señor ha provisto a su Iglesia. Sintámonos trabajadores activos arraigados en cada lugar. Eso es vivir el misterio de la encarnación de Jesús, que era cercano y se hacía presente en todos los ambientes y personas singulares. Os pido de todo corazón que queramos realizar este esfuerzo de presencia en la diversidad que nos toca vivir, tanto si tenemos que acoger a los vienen y llaman a nuestras puertas como si hemos de salir de nuestros círculos acostumbrados e ir –como nos pide Jesús– a los que se han alejado o viven excluidos o en la indiferencia. Este es el talante evangelizador hoy necesario. Practiquemos la pastoral de la «proximidad».

La parroquia es presencia eclesial en el territorio, espacio de celebración y caridad

114. Conviene tener claros estos principios y ver si se dan o no

en la parroquia a la que pertenezco: «La parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para seguir caminando, y centro de constante envío misionero. Pero tenemos que reconocer que el llamado a la revisión y renovación de las parroquias todavía no ha dado suficientes frutos en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión» (EG 28). Esto, ¿es posible en nuestra parroquia?

¿A qué debemos dedicarnos prioritariamente?

115. Cuando la iglesia parroquial está cerrada todo el día y sus responsables físicamente no están —o solo atienden una misa y unas pocas horas de despacho—, está claro que la gente no acude ni siente la comunidad parroquial como su casa. Podemos y debemos ser totalmente innovadores de las estructuras que tenemos, a fin de transformarlas en un servicio eficaz para la evangelización y no reducidas solo al mantenimiento o a unos pocos actos de culto. Por deformación, pensamos que los presbíteros son los únicos que tienen que dar respuesta a esta situación, cuando de hecho somos todos los que debemos sentirnos implicados. Debemos tener claro que «la Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener **templos con las puertas abiertas** en todas partes. De ese modo, si alguien quiere seguir una moción del Espíritu y se acerca buscando a Dios, no se encontrará con la frialdad de unas puertas cerradas. Pero hay otras puertas que tampoco se deben cerrar. Todos pueden participar de alguna manera en la vida eclesial, todos pueden integrar la comunidad, y tampoco las puertas de los sacramentos deberían cerrarse por una razón cualquiera» (EG 47). Todo ello nos ha de llevar a una nueva visión de la pastoral parroquial, ya con respuesta al presente y con perspectiva de futuro inmediato.

116. En este sentido —y es una cuestión prioritaria— hay que ir formando grupos de laicos y laicas que puedan dedicar tiempo a la acogida de las parroquias; en la iglesia, acogiendo y orientando, indicando el lugar de oración; en el despacho o casa parroquial, también para acoger y atender a

los que se acercan; en las casas, para visitar a los enfermos, a sus familias y de forma especial a las que están de luto o pasan por situaciones difíciles; a las residencias de ancianos. Pensemos también en los grupos de jóvenes, de monitores del Esplai, directivos del Escoltisme y otros responsables; en los visitantes de enfermos; en los profesionales y voluntarios de Cáritas, de Manos Unidas, de Misiones, de Medios de Comunicación Social, de otras asociaciones, entidades eclesiales y seculares. Y tantas otras situaciones y personas que cada día se nos presentan y que en nombre de Jesús y el Evangelio tenemos que atender. Seguramente no bastan las horas del día para dedicarlas a tanta necesidad humana y espiritual como nos rodea. ¿A qué tenemos que dedicarnos prioritariamente? Conviene, pues, asegurar nuestra presencia, ¡que nos encuentren! Respondamos partiendo de lo que ya hacemos y valorándolo.

117. El papa Francisco, cuando dice que **la parroquia no es una estructura caduca**, lo dice «precisamente porque tiene una gran plasticidad, puede tomar formas muy diversas que requieren la docilidad y la creatividad misionera del Pastor y de la comunidad. Aunque ciertamente no es la única institución evangelizadora, sí es capaz de reformarse y adaptarse continuamente, seguirá siendo “la misma Iglesia que vive entre las casas de sus hijos y de sus hijas” —como decía san Juan Pablo II—. Esto supone que realmente esté en contacto con los hogares y con la vida del pueblo, y no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos» (cf. EG 28). La prioridad, tenemos que ponerla en la iniciación cristiana y en cómo esta nos ayuda a vivir la experiencia del encuentro personal y comunitario con Jesús.

**La parroquia alienta y forma a sus miembros,
donde cada uno ejerce su propia responsabilidad en bien de todos**

118. Luego, no queramos ir solos y dejemos que la parroquia haga la función que le corresponde. Por ello, conviene tener claro —siguiendo con el pensamiento del papa Francisco— que «la parroquia es presencia eclesial en el territorio, ámbito de la escucha de la Palabra, del crecimiento de la vida cristiana, del diálogo, del anuncio, de la caridad generosa, de la adoración y la celebración. A través de todas sus actividades, **la parroquia alienta y forma a sus miembros para que sean agentes de evangelización**. Es comunidad de comunidades, santuario donde los sedientos van a beber para

seguir caminando, y centro de constante envío misionero. Pero tenemos que reconocer que el llamado a la revisión y renovación de las parroquias todavía no ha dado suficientes frutos en orden a que estén todavía más cerca de la gente, que sean ámbitos de viva comunión y participación, y se orienten completamente a la misión» (EG 28). En este camino de renovación estamos, por eso conviene que todos pongamos en él el esfuerzo compartido de construir juntos.

119. Todo ello pide de nuestra parte, presbíteros, diáconos y obispo, estar ahí, dedicarle las máximas horas posibles del día. La misión que hemos aceptado nos lo exige y el sentido de corresponsabilidad nos lleva a hacer extensiva la misión a los miembros de vida consagrada y a los laicos y laicas. Por eso, cada vez más debemos diversificar los ministerios y atender todo lo que podemos al conjunto de la comunidad cristiana. Existen presencias a las que el presbítero o el diácono no pueden renunciar y que demandan el ejercicio de su propio carisma.

Otras han de ser asumidas por otras personas que pueden ejercerlas con mucho acierto y con la debida preparación. Este es un planteamiento cada vez más necesario y que ninguna parroquia puede obviar. **Hagamos que cada día la iglesia parroquial esté abierta y se celebre la Eucaristía o la Palabra:** es un gran atractivo, un reclamo y un gesto ejemplar que haya un grupo de cristianos que se encuentren, oren y celebren. Además, cualquier persona tiene derecho a encontrar esta oportunidad y nosotros –los pastores– el deber de ofrecerla.

120. Todo ello pide **crear un ambiente de exquisita acogida y calidez familiar**, donde se vea la autenticidad de lo que se pretende. El proceso de iniciación cristiana y el crecimiento hacia la madurez que sigue hemos de recorrerlo todos y nadie puede renunciar a él. Hoy, esto hace mucha falta, ya que hay muchos bautizados pero pocos iniciados en la fe, lo cual nos obliga a hacer todo lo posible para que se asegure el hecho de llegar a ser verdaderamente adultos. Si no se recorre este proceso de madurez en la fe, quedamos reducidos a una minoría de edad que difícilmente podrá enfrentarse a las embestidas del ambiente secularizador que nos rodea. Es muy necesario, pues, que los cristianos lleguemos a realizar todo lo posible para ser, en todos los sentidos, mayores de edad. Si en las orientaciones pastorales ponemos un mínimo de exigencia, es para favorecerlo y hacerlo realidad.

El Consejo parroquial, pluralidad de carismas y unidad de misión

121. Hemos sido bautizados y confirmados y, como resultado, somos enviados a ser servidores de la misión que Jesús nos encomienda para llevarla a cabo en una comunidad humana, en concreto, en esta isla que, desde el comienzo, vemos como tierra de misión, donde hemos de anunciar y testimoniar el Evangelio. La parroquia no es solo la presencia de la Iglesia en un territorio, sino una comunidad de fieles, comunión de personas conscientes que deben vivir y comunicar la fe en aquel lugar. La responsabilidad es individual y colectiva al mismo tiempo, ya que cada uno lo hace por el don que ha recibido en el bautismo y por la misión que la Iglesia le ha confiado. Todo ello constituye el núcleo de lo que somos y hacemos como cristianos, seguidores de Jesús y miembros vivos de una comunidad de fe. En estos momentos, en nuestra diócesis de Mallorca y después de observar y escuchar, me parece necesario que, para servir mejor la pluralidad de carismas y la conciencia unitaria de misión, entre otras opciones, una es prioritaria, la de **que cada parroquia cuente con su Consejo parroquial**, amplio o reducido, pero en el que esté un grupo estable del Pueblo de Dios que sea corresponsable en el caminar de aquella comunidad parroquial. Dos son los motivos importantes, el primero, evitar que el sacerdote asuma la responsabilidad y las acciones pastorales solo y el segundo, la importancia de la participación de todos, cada uno al nivel que le corresponde. Hoy —y así lo prevé la Iglesia desde la renovación conciliar— es importante introducir todo el carácter democrático posible a nuestras instituciones eclesiales, que dé opción no solo a la colaboración, sino a la corresponsabilidad.

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. ¿Qué experiencia tengo de parroquia o de comunidad parroquial? ¿Creo en la validez actual de la parroquia? ¿Qué me está aportando en estos momentos?
2. ¿Qué puedo hacer —o qué podemos hacer— para su revitalización y apertura a la gente? ¿Existe Consejo parroquial? ¿Sé quién lo forma? ¿Hay participación del laicado o el sacerdote lo hace y lleva todo él solo?
3. ¿A qué debemos dedicarnos prioritariamente? ¿Cuáles son las urgencias pastorales? ¿A qué personas o ambientes tendríamos que llegar para hacernos presentes? ¿Cómo podemos hacerlo? ¿Con qué personas y medios?
4. ¿En qué ya no sirve la estructura parroquial y en qué creo que la parroquia es imprescindible?
5. Hablando de Iglesia de puertas abiertas y de Iglesia en salida, ¿dónde nos lleva la reflexión? ¿Qué actitudes son necesarias y qué hechos renovadores nos pide, que sean realistas y evaluables?

Oración

Jesús, que nos llamas a vivir en comunidad.
¡Cómo nos cuesta encontrar-nos en ella como en familia!

A pesar de todo, somos tu familia, tu grupo.

Cuanto más te conocemos, cuanto más te seguimos,
más lo aprendemos, más lo sabemos, más lo anunciamos.
Así, las sombras de la vida van desapareciendo poco a poco.

Más importante que la salud física es dejarse perdonar,
porque es dejarse abrazar, dejarse amar.

Entonces apunta una nueva luz que es la confianza,
tu don, no siempre conocido, no siempre agradecido.

Escuchamos con atención y respeto estas palabras:

«Os daré un corazón nuevo e infundiré
un espíritu nuevo en vosotros;
os quitaré el corazón de piedra
y os daré otro de carne.

Pondré mi Espíritu en vuestro interior
y haré que sigáis mis preceptos,
que cumpláis y observéis mis mandatos.

Entonces habitaréis el país
que di a vuestros padres.

Vosotros seréis mi pueblo,
y yo seré vuestro Dios» (Ez 36,22-28)

¡Jesús, ayúdanos a levantarnos!

Nos dices, con todo el afecto, ¿lo creéis posible?
He aquí toda nuestra confianza. Cuenta con ella.

Ayúdanos a levantarnos y a caminar,
haznos capaces y libres, iglesia doméstica,
toda una parroquia en camino, alegre,
iglesia entre las casas, familia de familias,
de puertas abiertas al diálogo y a la comprensión,
icono del Dios trinitario, Amor encarnado,

LA PARROQUIA ES LA IGLESIA ENTRE LAS CASAS
iglesia doméstica, familia de familias

Iglesia pobre, buscada porque escucha,
amada porque se da y sirve,
pueblo de pecadores y al mismo tiempo Pueblo de Dios,
ipueblo de perdonados, pueblo de salvados!

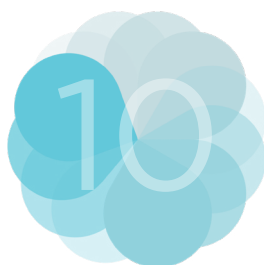
Ayúdanos a pensar como Tú, Jesús.
Ayúdanos a pensar como Dios,
de quien nos has hablado y lo hemos conocido.
Sea Él, contigo y el Espíritu de Amor
el máximo impulso de la confianza,
la que nos mueve al gozo de esperar y de amar.



—148—



—149—



ORIENTACIONES PASTORALES
para una Iglesia en salida y samaritana

Nos lo dice directamente Jesús:

«¡Id, anunciad el Evangelio!»
(Mt 28,19-20)

La samaritana, la mujer «misionera», después de un largo diálogo,
lo ha entendido (Jn 4,5-42)

**Ni actitudes prepotentes que crean distancia,
ni exigencias de rebajas que nos hacen poco serios**

122. El camino que nos proponemos, lo recorreremos poco a poco, hace tiempo que lo preparamos. Con la propuesta de unas orientaciones pastorales —es lo que de forma generalizada se me ha pedido que hagamos operativas—, queremos ofrecer el contenido a realizar de forma consensuada precisamente en el corazón de cada parroquia y de las unidades pastorales integradas en los dos arciprestazgos de Palma y en los cuatro de la Part Forana. Que haya unas orientaciones no quiere decir poner rigidez a la vida ni mucho menos que se imponga una estricta uniformidad. Sin embargo, los responsables de la pastoral, especialmente en lo que se refiere a la administración de los sacramentos, debemos someternos a aquel consenso que evita comparaciones, diferencias y competitividad, siempre pensando en el bien de todos, y no sirviendo intereses personales o familiares. Conviene educar y dejarse educar en el valor del sentido comunitario de la Iglesia y tratar de vivirlo con gozo en nuestra cotidianidad.

123. Puede suceder que determinadas decisiones y formas de actuación de algunos causen mal al conjunto porque conducen a favoritismos, a intereses alejados de la Iglesia, o porque ofrecen rebajas en la dinámica sacramental. Las excepciones tienen que ser por unas razones pastorales extraordinarias después de un diálogo sereno y profundización de la cuestión. Lo que no podemos hacer es ceder a chantajes. Por ello, con cierta tristeza y dolor a veces oímos decir: «vamos a aquella parroquia porque allí no exigen tanto y lo hacen más “barato”», o también «mira, aquel sacerdote que es amigo nuestro nos hará el favor». Entonces, la catequesis queda desprestigiada, se rechaza cualquier oportunidad de formación y la propia celebración queda muy lejos de ser «cristiana». No podemos jugar con los sacramentos celebrándolos a la ligera, rebajando su sentido y la forma de vivirlos. Pensemos que **los sacramentos son acciones de la comunidad cristiana en las que Dios interviene, se hace presente y nos da su gracia**. No son estaciones de servicio donde cada uno toma o exige lo que egoístamente le conviene.

124. Aunque nos cueste entenderlo, debemos hacer el esfuerzo de pensar que los sacramentos no son acciones cualesquiera, que solo lo entienden desde la fe los que aceptan que Dios interviene en la vida de cada cristiano, que nos gozamos de ello, que lo compartimos con alegría y por

ello lo celebramos juntos. Hagamos que las celebraciones de los sacramentos —especialmente las del bautismo, primera comunión y matrimonio— no desmerezcan de su significado auténticamente cristiano y consigan su pleno sentido. ¡Hagamos que dé gusto celebrar juntos! Con referencia a las **orientaciones para la celebración de los sacramentos**, querría que las acogieseis con el interés de colaborar en hacer las cosas bien y con sentido de Iglesia y con todo el buen trato pastoral que las personas se merecen.

125. ¿Qué hay que tener claro a la hora de pedir un sacramento? Que es una acción de Jesucristo que nos llega por medio de la Iglesia. No vamos a pedir un favor ni una acción mágica. No vamos a celebrar un rito separado de la vida, desconectado de un pasado y de un futuro. Estamos entre los dos abrazos que Dios nos da al principio y al fin de esta vida que inicia el destino definitivo en Dios, que es Amor. Nos disponemos a dejar que Dios intervenga en nuestra vida por la presencia del Espíritu Santo. Como dice san Pablo, se trata de dejarse transformar en Cristo por una progresiva vida «según el Espíritu» (Rm 8,5). Para admitirlo y entenderlo, se precisa la fe, el don recibido en el bautismo y que crece a lo largo de la vida si se tiene en cuenta y se alimenta. Dice el Concilio Vaticano II que «los sacramentos están ordenados a la santificación de los hombres, a la edificación del Cuerpo de Cristo y, en definitiva, a dar culto a Dios; pero, en cuanto signos, también tienen un fin pedagógico. No sólo suponen la fe, sino que, a la vez, la alimentan, la robustecen y la expresan por medio de palabras y de cosas; por esto se llaman sacramentos de la “fe”. Confieren ciertamente la gracia, pero también su celebración prepara perfectamente a los fieles para recibir fructuosamente la misma gracia, rendir el culto a Dios y practicar la caridad» (SC 59).

126. ¿Cómo hacerlo? Pongamos atención y fijémonos en cómo nos lo explica el papa Francisco: «El envío misionero del Señor incluye el llamado al crecimiento de la fe cuando indica: “enseñándoles a observar todo lo que os he mandado” (Mt 28,20). Así queda claro que el primer anuncio debe provocar también un camino de formación y de maduración. La evangelización también busca el crecimiento, que implica tomarse muy en serio a cada persona y el proyecto que Dios tiene sobre ella. Cada ser humano necesita más y más de Cristo, y la evangelización no debería consentir que alguien se conforme con poco, sino que pueda decir plenamente: “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Ga 2,20) (Ga 2,20)» (EG 160). Por ello, constituye un paso de madurez cristiana cuando experimento la proximidad de Jesús y, sirviendo a los demás, hago que les sea cercano y que hablar de Él sea lo

más normal. Hay que ser valientes y aprovechar cualquier ocasión para darle a conocer, ya que en Él todos pueden encontrar un referente importante para su vida, aunque sea a nivel puramente humano.

**Lancémonos a la calle, cercanos a la gente,
donde el Evangelio tiene que ser descubierto y anunciado**

127. Llevar a cabo las orientaciones pastorales –muchas son las de siempre, otras renovadas y otras nuevas–no podrá ser nunca obra de una parroquia aislada, ni tampoco encarnará el espíritu de la Iglesia el pastor o agente de pastoral que quiere ir solo por su cuenta y no vive ni practica la comunión. El trabajo del pastor ha de nacer de la caridad, la que hará posible la proximidad, la atención personal, el conocimiento personal, la sensibilidad social, la solicitud constante para que el rebaño goce de lo bueno y mejor a partir de buenos pastos y mejores alimentos. Las orientaciones pastorales no exigen que todos hagamos lo mismo. Son caminos que deben ser asumidos con prudencia pastoral y deben responder realmente a las necesidades reales de la gente, al mismo tiempo que tenemos claro hacia dónde vamos y qué pedagogía empleamos para llegar allí. Tenemos que formar cristianos, no reducir la acción pastoral a una competición. No programamos acontecimientos ni actos puntuales, ni prestamos servicios que solo contemplan momentos de emoción, sino que acompañamos procesos de crecimiento cristiano hasta la madurez. Y ello, no lo dudemos, exige tiempo y dedicación.

128. El trabajo pastoral, que favorece tanto el arciprestazgo en un marco geográficamente más amplio como el sentido de comunión fraterna más próximo que ofrece **la unidad pastoral, es el camino para llegar a ser la Iglesia misionera que Jesús quiere.** Ninguno de nosotros es amo de la porción de rebaño que le ha sido confiada ni puede atribuirse como valor la autoreferencialidad, que es contraria al Evangelio. Aquí debemos aplicarnos una vez más el estilo humilde de Juan Bautista, el precursor de Jesús, y adoptarlo en la práctica. Estas son sus palabras: «desde ahora él tiene que crecer y yo disminuir» (Jn 3,30). Esta ha de ser nuestra credencial, disminuir el propio yo, superando la autoreferencialidad y predicando a Jesús. De esta manera entenderemos y daremos a entender mejor el sentido de nuestra elección y unción, ya que nuestra identidad está orientada a ser pastores del pueblo, siempre guiados por el ejemplo de Jesús, el buen Pastor, e identificándonos con su misión de pastorear, de hacer «pastoral» (cf. Jn 10,1-18),

hasta el servicio que culmina dando la vida.

129. El papa Francisco lo dijo muy claro, dirigiéndose al clero, en la homilía de la primera Misa Crismal que presidió en Roma. Nosotros, en nuestra Misa Crismal, citábamos sus consecuencias: **la unción que consagra nuestra vocación no es para quedar reducidos al culto ni para perfumarnos a nosotros mismos**, sino para lanzarnos a la calle, donde el Evangelio tiene que ser anunciado, donde los que pasan por cualquier pobreza, cautividad, ceguera y opresión tengan la confiada certeza de que alguien se pone a su lado y se dedica a ellos para sacarles de la situación angustiosa que padecen. Y lo he dicho recientemente, en la última Misa Crismal que hemos celebrado en nuestra catedral de Mallorca: «Viéndonos y mirándonos, podemos percibir cómo la bondad del Señor ha llenado nuestras vidas, con qué amor nos ha elegido y con qué voto de confianza nos ha encomendado una misión maravillosa a realizar en medio de un pueblo que, aunque no lo diga ni siempre lo reconozca públicamente, tiene sed de Dios, tiene sed de felicidad, de amor, de ser acogido y reconfortado.»

130. Este servicio humilde y solidario nos identifica, nos unifica, nos hace creíbles y forma parte esencial de la dedicación a Dios y a los demás. Como dice el papa Francisco, «el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura» (EG 88). Contribuyamos a construir una pastoral integradora, no disgregadora.

Arraigados en nuestra tierra y en comunión diocesana, ¡por eso queremos ser una Iglesia misionera!

131. No quiero que olvidemos, sino más bien que integremos todas aquellas otras realidades, congregaciones religiosas, movimientos apostólicos y otras que están presentes en nuestra diócesis, unos están desde siempre y nacieron aquí, otros han venido de fuera, de carácter nacional e internacional. Sería muy triste que los mirásemos con recelo o con aquella desconfianza que proviene del desconocimiento o del rechazo. Será importante, sin embargo,

que piensen que están aquí y son de aquí, y que no pueden vivir perennemente de las consignas que les llegan de fuera o que tienen que pensar solo en los beneficios que el estar aquí les reporta a sus respectivas instituciones. Pienso concretamente en el aspecto vocacional y en los referentes pastorales en el vasto campo de la educación cuando se prescinde de lo que se vive en la diócesis. Querría, por ejemplo, que **las vocaciones que aquí nacen** puedan crecer también aquí y se arraiguen en nuestra tierra para servir a esta Iglesia diocesana nuestra que tiene tanta falta de ellas. Y si el Señor nos da a entender que estas vocaciones deben salir de la isla, les ayudaremos a que sean «misioneras» en países más necesitados, donde hacen más falta que aquí.

132. Desde este arraigo en nuestra tierra, queremos entender y promover la **vocación misionera**, por el motivo de que pide hacerse presente en otros lugares que pasan más necesidad. Eso sí que lo promoveremos siempre. Con todo, tanto en un aspecto como en otro, tenemos que hacer lo posible para no poner límite a la generosidad. Sería una lástima que no enriqueciesen la comunión con los dones recibidos y que, a la vez, no se hiciesen beneficiarios de los dones que constituyen lo que nos identifica cultural y religiosamente como pueblo y como creyentes, los valores culturales, étnicos y lingüísticos. «Lo importante es no caminar solos —dice el papa Francisco— contar siempre con los hermanos y especialmente con la guía de los obispos, en un sabio y realista discernimiento pastoral» (EG 33). Veo muy importante este arraigo en nuestra tierra. Cuando oí por primera vez aquí el canto de *La Balanguera*, después de decir «com una parca bé cavil·la, / teixint la tela per a demà...», vi que «girant la ullada cap enrere, / guaita les ombres de l'avior, i de la nova primavera / sap on s'amaga la llavor; sap que la soca més s'enfila / com més endins pot arrelar...». Aparece así toda una vida cuando describe que «de tradicions i esperances tix la senyera pel jovent, com qui fa un vel de nuviances amb cabelleres d'or i argent. De la infantesa qui s'enfila, de la vellura qui se'n va... La Balanguera fila, fila... La Balanguera filarà».³ Es cierto, tenemos una responsabilidad histórica, de compromiso colectivo.

³ «Como una parca bien cavila / tejiendo la tela para mañana... / Volviendo atrás la mirada, / se asoma al antiguo abolengo / y descubre la semilla de la nueva primavera; / sabe que el tronco se eleva cuanto más profundas son sus raíces... / De tradiciones y esperanzas / teje la bandera para la juventud / como un velo nupcial con cabelleras de oro y plata, / de la infancia que crece, / de la vejez que ya se va...»

133. Mallorca Misionera, en el corazón de la delegación de Misiones y que tanto hace por nuestros misioneros y misioneras, quiere ser un signo vivo de la vocación misionera de nuestra Iglesia particular, que tanto bien ha hecho a lo largo de muchos años y sigue haciendo. Aunque hoy nuestra presencia en los países del Tercer Mundo toma otras formas y motivaciones, nunca podremos dejar de trabajar para que esta presencia se mantenga. Serán importantes los programas de sensibilización que se están preparando y llevando a cabo. Concretamente, lo hacemos impulsando la experiencia de voluntariado entre los escolares y educadores de nuestros Colegios diocesanos durante los meses de verano. La vocación misionera de la Iglesia es de todos, y qué bien cuando son los más jóvenes los que se implican haciéndose presentes en los países más pobres. Tendremos que aprender de lo que habrán aprendido.

¿Cómo ser una Iglesia en movimiento de salida, comprometida y presente entre la gente?

134. A lo largo de estos casi dos años que camino con vosotros, he vivido ratos entrañables y densos de contenido familiar, evangélico y eclesial entre los diversos **movimientos apostólicos** presentes en nuestra isla. Un momento significativo ha sido la vigilia del Corpus Christi, primero en la Porciúncula y este año en el Seminario Nuevo, donde se han dado cita representantes de cerca de treinta movimientos. Lo he encontrado admirable y os felicito, pienso que no basta con un encuentro anual al que solo acude una representación. Pero, sobre todo, lo que no podemos hacer es vida aparte. Se tienen que dar más pasos de integración y estar presentes en las comunidades parroquiales y animarlas. ¡Muchas lo necesitan mucho! Esta presencia cuenta con la diversidad de carismas, pero siempre en función de la unidad y viviendo juntos el don de ser «Pueblo de Dios», donde la centralidad está en Jesucristo. A lo largo del año hay momentos en los que esta presencia ha de hacerse especialmente visible, como **la Misa Crismal y determinadas fiestas que son de todo el pueblo y en las que tendríamos que estar presentes**. Al mismo tiempo, es necesario vigilar con atención para que la presencia de los movimientos en las parroquias no provoque la discriminación de nadie, sino todo lo contrario, la integración de todos, especialmente de aquellas personas sencillas y pobres que deben encontrar en las comunidades parroquiales la mejor acogida de nuestra parte.

135. Sin embargo, entre nosotros debemos evitar totalmente lo que tantas veces pasa y que ya sucedió entre los primeros cristianos. **Hacer grupos de selectos es una tentación constante que hay que evitar.** San Pablo ya tuvo que salir al paso y corregir un defecto que iba en aumento. Por eso les advirtió: «en nombre de Jesucristo os pido que andéis de acuerdo y que no haya divisiones entre vosotros: que estéis bien unidos en una sola manera de pensar y en un solo parecer... Quiero decir que unos afirman: "Yo soy partidario de Pablo"; otros, "pues yo, de Apolo"; o "yo, de Cefas", o "yo, de Cristo". ¿Cómo es eso? ¿Acaso Cristo está dividido? ¿Es que Pablo ha sido crucificado por vosotros o habéis sido bautizados en el nombre de Pablo? (1Co,10-13)». A veces, tenemos el peligro de estar unidos más afectivamente a una persona que ha fundado una congregación o un movimiento que al propio Jesucristo, a quien nadie debería sustituir. Reconozcamos a cada uno el lugar que le corresponde y demos el valor de mediación a quien nos conduce al Señor. Como Iglesia apostólica, debemos procurar que la Iglesia particular presidida por el obispo –la diócesis– sea el punto de confluencia y la expresión visible de la unidad que ya existe sacramentalmente, para que lo sea también existencialmente.

136. El tono evangelizador que ha de caracterizar a nuestras comunidades parroquiales debe hacerse notar entre todas las realidades seculares de la vida –como presencia de los cristianos en medio del mundo para transformarlo– y tiene que beber de la fuente del encuentro de la comunidad cristiana en torno a la Eucaristía, de la celebración de los demás sacramentos, de la adoración y de la plegaria comunitaria, con el Señor resucitado siempre en el centro. En este sentido y siguiendo la línea que nos marca el papa Francisco, «las demás instituciones eclesiales, comunidades de base y pequeñas comunidades, movimientos y otras formas de asociación, son una riqueza de la Iglesia que el Espíritu suscita para evangelizar todos los ambientes y sectores» (EG 29). Como he dicho antes, en Mallorca contamos con más de treinta realidades que en estos momentos están presentes. Es muy de agradecer el trabajo que se ha ido realizando de cara a su coordinación y favoreciendo el encuentro y conocimiento mutuos. Seguiremos así, pero todavía más unidos y coordinados, ya que la diversidad tiene que enriquecernos.

137. Es importante y también necesario que nos entendamos. La razón es que tenemos que convivir pacíficamente y nadie debe poder decir «somos los mejores». En la tentación del orgullo y de poner diferencias o eti-

quetas, sabemos que está implicado el dudoso comportamiento de muchos. Somos llamados a vivir cada uno el propio carisma en cuanto le identifica más con Jesucristo y le incorpora cada día más a la Iglesia. Este es el correctivo. «Muchas veces –dice Francisco– aportan un nuevo fervor evangelizador y una capacidad de diálogo con el mundo que renuevan a la Iglesia. Pero **es muy sano que no pierdan el contacto con esa realidad tan rica de la parroquia del lugar, y que se integren gustosamente en la pastoral orgánica de la Iglesia particular**. Esta integración evitará que se queden sólo con una parte del Evangelio y de la Iglesia, o que se conviertan en nómaditas sin raíces» (EG 29). Tratemos, pues, de erradicar de entre nosotros los signos de sectarismo que aún nos aíslan y nos hacen sufrir por los brotes de soledad que esparcen. Tenemos que actuar provocando el efecto contrario, estableciendo nuevos vínculos, posibilitando la amistad, saliendo de los propios círculos y abriéndose a otros que también caminan en la misma parroquia o fuera de ella. Los cristianos debemos tender a hacernos presentes, a encarnarnos, como lo hacía Jesús.

138. Soy consciente de que el momento que vivimos de **renovación eclesial** demanda el esfuerzo de todos, empezando por uno mismo. Que, como se nos pide, «cada Iglesia particular, porción de la Iglesia católica bajo la guía de su obispo, también está llamada a la conversión misionera. Ella es el sujeto primario de la evangelización, ya que es la manifestación concreta de la única Iglesia en un lugar del mundo, y en ella “verdaderamente está y obra la Iglesia de Cristo, que es Una, Santa, Católica y Apostólica” (cf. ChD, 11). Es la Iglesia encarnada en un espacio determinado, provista de todos los medios de salvación dados por Cristo, pero con un rostro local» (EG 30). Hoy hacen falta signos que no podemos esquivar o eludir, como la progresiva participación del laicado en cargos de responsabilidad y que preferentemente sean ocupados por mujeres. No hay duda de que este es un signo de madurez eclesial.

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. Las nuevas orientaciones pastorales –preparadas y reflexionadas entre los diferentes colectivos pastorales durante meses– piden de parte de cada uno y de todos los miembros de una comunidad nuevas actitudes. Pensemos cuáles.
2. ¿Cómo podemos asegurar unas celebraciones de los sacramentos vividos con autenticidad cristiana, fieles al querer de Jesús y al pensamiento actual de la Iglesia? Revisemos cómo lo vivimos en nuestra parroquia o en cualquier otro ámbito comunitario.
3. ¿Cómo encajamos las palabras del papa Francisco cuando nos habla de cómo lo vivimos cuando «el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro»?
4. Los movimientos apostólicos, por el hecho de ser movimientos de Iglesia, ¿de qué forma aseguran su presencia en las comunidades parroquiales? ¿Qué están aportando a la evangelización de nuestros ambientes? ¿Qué arraigo en nuestra realidad de Mallorca?
5. Fijándonos en la dimensión misionera de nuestra vida cristiana y la de nuestras parroquias, comunidades, movimientos, cofradías, asociaciones, delegaciones, etc., ¿qué actitudes y actuaciones son un signo vivo de ello?

Oración

Jesús, sabemos que buscarte ya es elegirte,
porque el que ha elegido primero has sido Tú.
No has tenido una doble vía, dos o más caminos.
El camino que nos abres también es único;
si no fuese así, seguiríamos nuestra propia sombra,
el engaño de un proyecto de vida encerrado en uno mismo,
buscando tan solo el juego del beneficio personal.

La elección no es impuesta ni puede ser manipulada,
la quieres totalmente libre, como Tú mismo.
Sabemos que no obligas, propones y estás a nuestro lado.
Te ofrecemos nuestra búsqueda, la renovación que esperas,
haz que sea sincera, libre, humilde y esforzada;
haz que supere todos los obstáculos interiores y exteriores,
que nos impedirían el nuevo recorrido que quieres.

Danos el gozo de estar contigo, de hablar juntos.
Danos la audacia de dedicarle tiempo,
suficiente espacio para discernir lo que Dios nos dice.

Decimos «no» a grupos de selectos que solo se miran a sí mismos,
que seamos una Iglesia en movimiento de salida,
abiertos a transformar nuestros ambientes,
fieles a nuestra tierra, al servicio de nuestra gente,
para que lo que hacemos sea para el bien de todos.

Como los apóstoles aquella tarde, a las cuatro,
como los discípulos que marchaban a Emaús,
déjanos llegar a experimentar en la vida
lo que sus palabras nos han transmitido:
«¿No es verdad que nuestro corazón se inflamaba
mientras nos hablaba por el camino
y nos abría el sentido de las Escrituras?» (Lc 24,32)

Sabemos, así, que nos acompañas siempre
en la búsqueda sincera de Dios y obrando el bien.



—162—



—163—



LA MISIÓN ENCOMENDADA AL LAICADO TIENE LUGAR en el corazón de nuestra sociedad, entre la gente

«Que brille vuestra luz ante la gente;
así verán vuestras buenas obras y glorificarán a vuestro Padre del cielo»
(Mt 5,16)

La invitación viene de Jesús. ¿Somos luz que ilumina o deslumbra? ¿Qué significa para nosotros?

«Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo»
(Mt 5,13-14)

«El Reino de los cielos es como la levadura que una mujer puso en tres medidas de harina, hasta que toda la pasta fermentó»
(Mt 13,33)

¿Somos levadura congelada, caducada..., o buena?

**Jesús dijo a sus colaboradores «¡id!»,
no dijo nunca «esperad a que vengan»**

139. Con estas convicciones, quiero **llamar a vivir la identidad laical con todas sus consecuencias**, es decir, que nos tomemos seriamente la vocación laical que proviene del bautismo y de él toma fuerza. Tenemos que evitar caer en nuevos clericalismos que deshacen la auténtica fisonomía de la Iglesia en su manifestación como Pueblo de Dios, donde todos participamos con la misma dignidad, fiel cada uno a su propia vocación y siempre para bien del conjunto, donde –como dice el Concilio Vaticano II– «A los laicos corresponde, por propia vocación, tratar de obtener el reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretrejida. Allí están llamados por Dios, para que, desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyan a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento. Y así hagan manifiesto a Cristo ante los demás» (Concilio Vaticano II, LG 31).

140. La misión del laicado recibida en el bautismo está en medio de la sociedad, aunque, además, será necesario asumir determinadas responsabilidades en la organización de la Iglesia, orientadas a ejercerlas en medio del mundo secular, que es donde se realiza la misión encomendada por el Señor cuando dice «sois la sal de la tierra», «sois la luz del mundo», «sois la levadura en la pasta». Sin embargo, la sal tiene que salir del salero, dentro, no tiene efecto alguno, la luz oculta no ilumina, la levadura en el frigorífico no transforma nada, está petrificada y fría. Tenemos que salir e ir donde somos enviados. Jesús dijo «id...», no dijo «esperad a que vengan». Además, añadió que no nos dejaría nunca (cf. Mt 28,20). Tener confianza en Él es la actitud renovada de una Iglesia en salida, presente entre todas las realidades humanas, encarnada, como Jesús.

El estilo evangélico de los agentes de pastoral y de los organismos diocesanos

141. Un aspecto importante para subrayar es la **dimensión evangelizadora de todo lo que nos proponemos en nuestra casa** como Iglesia particular que somos, esta Iglesia amada que peregrina en Mallorca y

que es la «familia» de la que gozosamente hemos de sentirnos miembros vivos, con aquel sentido de unidad y estima en el que siempre he insistido. Es el tono y estilo evangélico que, además de las parroquias, tendremos que dar a los otros organismos de la diócesis, como las vicarías, consejos, delegaciones, secretariados, comisiones y servicios que deberán poner en práctica todo lo que nos proponemos, cada uno desde su propio ámbito y carisma, trabajando en equipo y conectados en red. El tono y el estilo han de venir marcados por la alegría de comunicar a Jesucristo, «tanto en su preocupación por anunciarlo en otros lugares más necesitados como en una salida constante hacia las periferias de su propio territorio o hacia los nuevos ámbitos socioculturales. Procura estar siempre allí donde hace más falta la luz y la vida del Resucitado» (cf. EG 30). No podemos quedar parados. El tiempo vuela rápido y no podemos permitirnos el lujo de no hacer nada o esperar que lo hagan otros. **Cualquier agente de pastoral o que trabaja en un organismo de la diócesis es representante de toda ella en aquel campo específico que tiene encomendado.** De ahí la corresponsabilidad y la singularidad que ejercer en un sano equilibrio de pensamiento, palabra y acción. El trabajo es de cada uno, pero hemos de saber que Jesús nos acompaña y lo ejercemos en comunión, con la convicción de que, unidos a Él que es la Cabeza, nosotros formamos su Cuerpo y así nos damos a conocer y vivimos.

La doctrina social de la Iglesia, marco necesario de la formación laical

142. En el proceso de formación que todo cristiano tiene que realizar es necesaria e imprescindible la dimensión social de su compromiso. El manual más idóneo es el *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, publicado por el Pontificio Consejo de la Justicia y la Paz, añadiendo el pensamiento social de los últimos papas, especialmente todo lo que en estos momentos nos está ofreciendo el papa Francisco, cuyo magisterio tiene la cuestión social como eje transversal. Este material se ofrece a los creyentes y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad, como alimento para el crecimiento humano y espiritual, personal y comunitario. Junto con el Evangelio, el Compendio es un buen acompañante de calidad. Dice en su presentación que **«transformar la realidad social con la fuerza del Evangelio**, testimoniada por mujeres y hombres fieles a Jesucristo, **ha sido siempre un desafío y lo es aún**, al inicio del tercer milenio de la era cristiana. El anuncio de Jesucristo, “buena nueva” de salvación, de amor, de justicia y de paz, no encuentra fácil acogida

en el mundo de hoy, todavía devastado por guerras, miseria e injusticias; es precisamente por esto que el hombre de nuestro tiempo tiene más que nunca necesidad del Evangelio: de la fe que salva, de la esperanza que ilumina, de la caridad que ama».

143. Un hecho que me preocupa es que el conocimiento de la doctrina social de la Iglesia sea aún para una gran mayoría de cristianos una asignatura pendiente, ya que es patente su desconocimiento, lo cual dificulta tener ideas claras sobre el compromiso social de los seguidores de Jesús. Una Iglesia en salida es la que no se mira tanto a sí misma, sino al mundo, a la sociedad, a todos los escenarios seculares de la vida de cada día; por ello, necesita profundizar en todas las dimensiones de la vida humana situada en el corazón de la Creación. La Doctrina Social debe ser la base de una intensa y constante obra de formación, sobre todo la que va dirigida a los cristianos laicos. Esta formación ha de tener en cuenta su **compromiso en la vida civil**. El primer nivel de la obra formativa tiene que capacitarles para canalizar eficazmente las tareas cotidianas en los ámbitos culturales, sociales, económicos y políticos, y desarrollar el sentido del deber practicado al servicio del bien común. Un segundo nivel se refiere a la formación de la conciencia política para preparar a los cristianos laicos al ejercicio del poder político (CDSI 531; cf. GS 75).

144. Con el texto que sigue, el *Compendio de Doctrina Social de la Iglesia* expresa su urgente necesidad: «Existen muchos hermanos necesitados que esperan ayuda, muchos oprimidos que esperan justicia, muchos desocupados que esperan trabajo, muchos pueblos que esperan respeto [...]. El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobreza, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación social... ¿Podemos quedar al margen ante las perspectivas de un desequilibrio ecológico, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los problemas de la paz, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al vilipendio de los derechos humanos fundamentales de tantas personas, especialmente de los niños?» (CDSE 5). Como ya he dicho, al Compendio habrá que añadir todo el pensamiento social de los últimos papas, en concreto la última etapa de san Juan Pablo II, de Benedicto XVI y del papa Francisco, especialmente por el aterrizaje en este siglo.

145. No puedo dejar de mencionar el **fundamento de esta necesidad de formación social**. El fundamento es el propio amor cristiano que «impulsa a la denuncia, a la propuesta y al compromiso con proyección cultural y social, a una laboriosidad eficaz, que apremia a cuantos sienten en su corazón una sincera preocupación por la suerte del hombre a ofrecer su propia contribución. La humanidad comprende cada vez con mayor claridad que se halla ligada por un destino único que exige asumir la responsabilidad en común, inspirada por un humanismo integral y solidario» (CDSE 6). En definitiva, el mismo documento dirá que «difundir esta doctrina constituye, por tanto, una verdadera prioridad pastoral, para que las personas, iluminadas por ella, sean capaces de interpretar la realidad de hoy y de buscar caminos apropiados para la acción. La enseñanza y la difusión de esta doctrina social forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia» (CDSE 7).

146. El papa Francisco nos advierte sobre los que «tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio [...]». El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo» (EG 88). Y, al mismo tiempo, nos anima a ejercer el «derecho a emitir opiniones sobre todo aquello que afecte a la vida de las personas, ya que la tarea evangelizadora implica y exige una promoción integral de cada ser humano. Ya no se puede decir que la religión debe recluirse en el ámbito privado y que está sólo para preparar las almas para el cielo. Sabemos que Dios quiere la felicidad de sus hijos también en esta tierra, aunque estén llamados a la plenitud eterna, porque Él creó todas las cosas “para que las disfrutemos” (1 Tm 6,17), para que todos puedan disfrutarlas. De ahí que la conversión cristiana exija revisar especialmente todo lo que pertenece al orden social y a la obtención del bien común» (EG 182).

Los laicos y laicas viven la misión de la Iglesia en medio del mundo, inmersos en los asuntos seculares

147. Quiero citar unas palabras del Concilio Vaticano II, en la introducción que encontramos en el decreto sobre el apostolado de los laicos (AA), porque creo que pueden iluminar mucho esta reflexión y la que sigue realizándose entre nosotros. Dice textualmente que «**el apostolado de los**

laicos, que surge de su misma vocación cristiana nunca puede faltar en la Iglesia». Además, «cuán espontánea y cuán fructuosa fuera esta actividad en los orígenes de la Iglesia lo demuestran abundantemente las mismas Sagradas Escrituras (cf. Act, 11,19-21; 18,26; Rom, 16,1-16; Fil, 4,3). Y este apostolado se hace más urgente porque ha crecido muchísimo, como es justo, la autonomía de muchos sectores de la vida humana, y a veces con cierta separación del orden ético y religioso y con gran peligro de la vida cristiana. Además, en muchas regiones, en que los sacerdotes son muy escasos, o, como sucede con frecuencia, se ven privados de libertad en su ministerio, sin la ayuda de los laicos, la Iglesia a duras penas podría estar presente y trabajar. Prueba de esta múltiple y urgente necesidad, y respuesta feliz al mismo tiempo, es la acción del Espíritu Santo, que impele hoy a los laicos más y más conscientes de su responsabilidad, y los inclina en todas partes al servicio de Cristo y de la Iglesia».

148. Sigue el Concilio Vaticano II: «En la Iglesia hay **variedad de ministerios, pero unidad de misión** [...]. También los laicos hechos partícipes del ministerio sacerdotal, profético y real de Cristo, cumplen su cometido en la misión de todo el pueblo de Dios en la Iglesia y en el mundo. En realidad, ejercen el apostolado con su trabajo para la evangelización y santificación de los hombres, y para la función y el desempeño de los negocios temporales, llevado a cabo con espíritu evangélico de forma que su laboriosidad en este aspecto sea un claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres. Pero **siendo propio del estado de los laicos el vivir en medio del mundo y de los negocios temporales**, ellos son llamados por Dios para que, fervientes en el espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento» (AA 2). Será bueno que en nuestra diócesis de Mallorca vayamos introduciendo un normal intercambio entre los diferentes movimientos y asociaciones de apostolado laical, con encuentros frecuentes a nivel de diócesis, para conocernos cada día más y caminar juntos haciéndonos presentes en la realidad concreta del entorno humano y geográfico que configuran las parroquias esparcidas por la isla. Muchos esperan esta presencia que, sin duda, podrá ayudar a un resurgir y rejuvenecer de nuestras comunidades.

149. Saquemos conclusiones. Así nos lo describe el papa Francisco: «Los laicos son simplemente la inmensa mayoría del Pueblo de Dios. A su servicio está la minoría de los ministros ordenados. **Ha crecido la conciencia de la identidad y la misión del laico en la Iglesia.** Se cuenta con un

LA MISIÓN ENCOMENDADA AL LAICADO TIENE LUGAR
en el corazón de nuestra sociedad, entre la gente

numeroso laicado, aunque no suficiente, con arraigado sentido de comunidad y una gran fidelidad en el compromiso de la caridad, la catequesis, la celebración de la fe. Pero la toma de conciencia de esta responsabilidad laical que nace del Bautismo y de la Confirmación no se manifiesta de la misma manera en todas partes. En algunos casos porque no se formaron para asumir responsabilidades importantes, en otros por no encontrar espacio en sus Iglesias particulares para poder expresarse y actuar, a raíz de un excesivo clericalismo que los mantiene al margen de las decisiones. Si bien se percibe una mayor participación de muchos en los ministerios laicales, **este compromiso no se refleja en la penetración de los valores cristianos en el mundo social, político y económico.** Se limita muchas veces a las tareas intraeclesiales sin un compromiso real por la aplicación del Evangelio a la transformación de la sociedad. La formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante» (EG 102). ¿Cuál es nuestra respuesta?

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. ¿Qué conciencia tenemos de «misión» y de ser una Iglesia en salida? ¿Dónde estamos realmente presentes y con actitud personal y compartida de transformar según el Evangelio?
2. ¿Qué actitudes debemos eliminar porque nos cierran y no vamos donde Jesús quiere? ¿Dónde deberíamos ir y hacernos presentes y quedamos sin hacerlo?
3. Dado que es propio del estado seglar vivir en medio del mundo y de los asuntos seculares, ¿en qué campos o sectores de nuestra sociedad Jesús nos quiere presentes y actuantes? Y, ¿con qué actitudes y qué compromisos?
4. ¿La dimensión social del Evangelio es tomada en cuenta entre nosotros? Detectemos y analicemos hechos de si es tomada en cuenta o no. Preguntémonos también sobre nuestra sensibilidad social, nuestra capacidad de observación y de actuación.
5. ¿Qué podemos hacer en la práctica para que la doctrina social sea conocida y vivida y en qué niveles hay que poner en marcha alguna actuación de formación o mentalización?

Oración

Cuando somos invitados a representar lo que no somos,
en el inmenso teatro de nuestra sociedad plural,
Tú, Jesús, desenmascaras toda posible hipocresía.

Nos quieres libres ante el poder, como Tú,
nos quieres libres ante los bienes, como Tú,
nos quieres libres ante la fama, como Tú,
nos quieres libres de nosotros mismos...
libres, muy libres de toda vieja y nueva esclavitud.

La provocación de las mentiras sociales,
el soborno de los más refinados intereses políticos,
que prefieren sobrevivir a servir al pueblo,
asegurando con corrupción su propia hacienda,
o aprovechándose incluso de los sentimientos religiosos,
han originado la sociedad de la desconfianza.

No hay pensamiento propio, coherente, sincero;
solo hay repetición de fórmulas hechas,
de eslóganes conocidos, de discursos aburridos.
Una sociedad de bienestar que se convierte en malestar.

Y tú, Jesús, libre como nadie,
situado ante este espectáculo,
lo desafías todo, te enfrentas a él, nos dejas al descubierto,
enfrentados con tu verdad, la única,
la que nos hace descubrir la nuestra.
Así, amando, esperas nuestra sinceridad.

Quieres que los laicos y laicas demos la talla, la tuya,
la que aún no damos y quizás estamos lejos,
la que hace entrar en diálogo amistoso a Dios y al hombre,
la que nos muestra una justicia imperada por el amor,
la que nos hace buscadores apasionados de la verdad
y nos trae el don de la obediencia de la fe.



LA MISIÓN ENCOMENDADA AL LAICADO TIENE LUGAR
en el corazón de nuestra sociedad, entre la gente

Haz que podamos y queramos ofrecer trascendencia,
razones para vivir, creer, esperar y amar
hasta que reluzcan en nuestra vida, hecha testimonio,
los dones de tu Espíritu, nueva presencia de Dios.



—175—



—176—



—177—



TIEMPO FAVORABLE PARA EL DISCERNIMIENTO, la purificación y la reforma que necesitamos

«... para que sepáis discernir lo que más conviene»
(Fil 1,9-11)

y pedir que
«cree en cada uno de nosotros un corazón puro,
un espíritu firme
(cf. salmo 50,12)

«Como colaboradores de Dios,
os exhortamos a no dejar perder la gracia que habéis recibido...
Ahora es el momento favorable, ahora es el día de la salvación»
(2Co 6,1-2).

Llamados a la reconciliación.

El Espíritu nos pide avanzar en el camino de una conversión personal y misionera

150. Reproduzco, como signo de plena comunión con el papa Francisco y por el momento que vive nuestra diócesis de Mallorca, sus palabras que señalan **el camino personal y comunitario que os invito a recorrer:** «En orden a que este impulso misionero sea cada vez más intenso, generoso y fecundo, exhorto también a cada Iglesia particular a entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma» (EG 30). Por otra parte, tenemos que ser capaces de autocritica y discernir, con el fin de purificar y reformar. Por eso, conviene estar atento a lo que el Espíritu dice a nuestra Iglesia. Pongámonos en actitud de escucha, que es la base necesaria para la plegaria, el diálogo y la fuerza interior que prepara una actuación renovada. Ni podemos dejar las cosas como están cuando estas no significan nada para el momento que vivimos ni responden a las preguntas que la gente se formula. La llamada que se nos dirige es que «todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están» (EG 25). Estamos a tiempo para que cada uno pueda dar con generosidad lo que Dios le pide.

151. Por ello y para llevarlo a cabo, conviene contar cada vez más con todos los que formamos el Pueblo de Dios, hermanos y hermanas de vida consagrada, laicos y laicas, haciendo piña con los diáconos y los presbíteros y, todos juntos con el obispo como signo de unidad, en plena comunión de corazón y de hechos. También con los **presbíteros dispensados** del ejercicio ministerial. Este es un momento en el que Dios nos pide que nos acojamos unos a otros, que nos valoremos positivamente y pongamos en práctica todas las posibilidades de ayuda fraternal, que nos complementemos en todo lo que tienen que hacer bien al conjunto de la Iglesia y que, al mismo tiempo, será un beneficio para toda la sociedad. Dejemos de una vez para siempre los juicios condenatorios de personas por parte de los que se convierten en jueces implacables de sus hermanos y hermanas y que les mueven a pasar el día chafardeando y envenenando el tiempo, hablando mal de los demás. Esta forma de ser corrompe cualquier relación humana y hace imposible una convivencia en paz vivida en el gozo de la estima y la confianza. Somos llamados a metas más altas conseguidas paso a paso, con esfuerzo y renunciaciones, pero elaboradas con el amor con que Jesús dice que nos mantengamos en él (cf. Jn 15,9).



152. No olvidemos el encargo de Jesús que es el de amarnos los unos a los otros tal como Él nos ama y así todo el mundo conocerá que somos sus discípulos (cf. Jn 13,35). Esta es la única fuerza del testimonio y lo que realmente da sentido al vivir y al convivir. No utilicemos el pensamiento, ni la lengua, ni la mirada, ni la acción, ni las tecnologías de la comunicación para obrar el mal, ni tampoco caigamos en la cobardía de hacerlo desde el anonimato, sembrando la mentira, la calumnia y el odio hacia los demás. En cualquier persona, pero sobre todo entre nosotros, seguidores de Jesús, nuestra práctica tiene que ser la que descubrimos en lo que es esencial en el Evangelio, que es el amor, la misericordia y el perdón sin límite, tal como nos lo pide Jesús. Pensemos que el que perdona siempre tiene razón, deshace los círculos de la intolerancia, del rencor y de la mentira.

153. Tenemos que aceptar la diversidad de carismas con los que el Espíritu está enriqueciendo nuestra Iglesia y entender que el otro es un don para mí, tanto como yo he de ser un don para él. La intensificación del trabajo vocacional de cara al diaconado y al presbiterado tiene que surgir de una profunda estima por estos ministerios ordenados, haciendo todo lo posible para ayudar a discernir personalmente y acompañar a aquellos candidatos en los que veamos indicios de vocación. Al mismo tiempo, es recomendable **no tener reparo en indicar el posible camino vocacional** a aquellos y aquellas en que veamos posibilidad de emprenderlo. Dios tiene muchos caminos para llegar a cada uno y una palabra de ánimo dicha en un momento oportuno puede provenir de Él. Es cuestión de fidelidad y, al propio tiempo, exigencia de anunciarlo. Todos deberíamos quedar tranquilos y contentos de haber actuado bien, porque en un momento u otro hemos hecho lo posible por desvelar una vocación. Somos instrumentos en manos de Dios, pero Él también se fía de nuestra oportuna actuación.

154. No es nada nuevo que os diga que **necesitamos diáconos y presbíteros como nunca**, personas entregadas del todo al servicio de la Caridad y de la Palabra, auténticos referentes de vida cristiana y promotores de fraternidad. Podemos hacer que cambie la fisonomía de nuestras parroquias si somos capaces de ponernos en ello y si dedicamos el tiempo –vuelvo a decirlo– a lo que es esencial, pensando en el bien de todos y no sirviendo intereses o proyectos personales, que pueden ser muy legítimos, pero que no edifican el conjunto del Pueblo de Dios. **Una opción radical por el Evangelio supone también unas ciertas renunciaciones.** Quiero completar esta llamada a la participación pidiendo a todos –especialmente a los laicos y

laicas y a los miembros de vida consagrada— aquella implicación que ayude a encontrar el propio lugar de servicio en la comunidad cristiana y sobre todo como presencia en medio de la sociedad.

Acoger a los presbíteros dispensados del ejercicio del ministerio y contar con ellos

155. Todos somos enviados por Jesús con encargo misionero, sabiendo que el deber de la evangelización es para todos. Dejad ahora que me refiera de forma especial a los que en un momento determinado de su vida de consagrados pidieron ser dispensados del ejercicio del ministerio sacerdotal y hoy pueden seguir aportando su sabiduría y dedicación desde su testimonio laical y familiar, desde su nuevo estado de vida. Su presencia y actuación puede ser muy beneficiosa en nuestras parroquias y grupos cristianos y, desde nuestra acogida y colaboración, tenemos que hacer lo posible para que así sea. Desde que fui enviado a esta diócesis he tenido interés por encontrarme con ellos, escucharnos, comunicarnos, conocernos y profundizar en la propia situación. Es, creo, interesante y provechosos el camino que vamos recorriendo juntos de encuentro y reflexión. Además de las reuniones habituales que tenemos en pequeño grupo, nos estamos encontrando invitando a todo el colectivo, y haciendo camino. En esta línea, me han impresionado las palabras que el obispo y mártir salvadoreño, San Óscar A. Romero dedica a los presbíteros «dispensados» después de una reunión que califica de «fraternidad» y en la que ha compartido con ellos su situación y preocupaciones. Él mismo dice que estuvieron muy contentos de que estuviera con ellos y de que le propusieran la idea de crear una comunidad de base, a lo cual —dijo— los animó, «ya que por el hecho de haberse retirado del ministerio no dejan de ser miembros selectos de la Iglesia. Que el carácter sacerdotal que llevan les capacita para una obra eclesial, desde la que han de vivir la característica misionera y santificadora de la Iglesia. He visto en ellos —añade— mucha sinceridad, mucha cordialidad y un gran sentido de adhesión a la jerarquía» (9-IX-1979).

156. Quisiera que vieseis con buenos ojos lo que estamos haciendo con los presbíteros que han sido dispensados del ejercicio del ministerio y que apoyaseis este gesto de parte de todos, que es la voluntad de entrega y participación que pueden tener en el seno de la comunidad cristiana y de presencia en el mundo, aportando lo que son y lo que viven en su propia



realidad de compromiso en la Iglesia y en la sociedad. El papa Francisco nos anima a hacerlo. Después de los encuentros que hemos tenido, si hubiese de decir unas palabras que sintetizasen lo que podemos hacer, diría **acogida, reconocimiento, diálogo, encuentro e integración**, siempre que eso no se haya dado en parte o del todo. No partimos de cero y puede que ya haya estado presente en el proceso de cada uno (personal, familiar, profesional, creyente...). Aun así, siempre tendremos que plantearnos el trabajo que podamos realizar: como individuos, como familia, como colectivo de dispensados. Tendríamos que pensar si debemos hacer algo juntos, qué nos cohesionan o unifica, a nivel de reflexión, de plegaria, de acción social y otras... Tendría sentido hacerlo desde la realidad ministerial, aunque no se ejerza. Después del último encuentro, y creo que, con mucho acierto, alguien me dijo que la opción ha de ser la evangelización. Lo veo un camino para profundizar. No pienso solo en qué tipo de responsabilidad puede ejercerse en el ámbito eclesial o de comunidad cristiana y para la que muchos están preparados, sino sobre todo desde el compromiso de presencia en la sociedad a través del mundo laical en todos sus ámbitos: familiar, profesional, educativo, cultural, político, sindical, económico...

157. Todo ello es posible en personas que han recibido una formación completa y que, en estos momentos, quizá es necesario que ayude a proyectarse sobre la realidad que vivimos en toda su complejidad. El ejercicio del ministerio vivido a lo largo de unos años tiene que favorecer un trabajo actual y posterior. No se puede renunciar a él y seguramente muchos no lo han hecho. Cuando se ha vivido con toda honradez y fidelidad a la propia conciencia, hay cosas que no pueden quedar aparcadas, hay vivencias que no se olvidan y permanecen siempre actuales. Con ellos hemos comentado bastantes veces **cómo vivir el don sacerdotal sin ejercerlo ministerialmente**. ¡El sacramento está! Y la gracia sacramental está presente, la unción no ha quedado anulada. Ahí es necesaria una respuesta personal, una forma personal e intransferible de vivirlo. Contando con la disponibilidad y las necesidades que van surgiendo, la formación adquirida y las propias capacidades, tiene que ser posible asumir determinadas responsabilidades para el bien de la comunidad cristiana, de la que forman parte activa por los compromisos contraídos.

Veo que es una buena idea la asociación de Amics del Seminari, como espacio de encuentro de diferentes procedencias y compartir inquietudes, memoria, cultura y vida cristiana. Espero que, con la buena voluntad de

todos, la acogida mutua, la reflexión y la plegaria constante, llevemos a buen puerto todo lo que juntos vamos descubriendo y comprometiéndonos a ello. Procuremos integrar siempre, nunca excluir.

**Somos una Iglesia que existe para el mundo,
para encarnarnos del todo en él, como lo hace Jesús**

158. Una Iglesia «en salida» no es una Iglesia en retirada, es una Iglesia con las «puertas abiertas» para que puedan «salir» a anunciar el Evangelio los que se han encontrado con Jesús y quieren hacerlo con la palabra y el testimonio. Lo dice el papa Francisco: «La Iglesia está llamada a ser siempre la casa abierta del Padre. Uno de los signos concretos de esa apertura es tener templos con las puertas abiertas en todas partes. De ese modo, si alguien quiere seguir una moción del Espíritu y se acerca buscando a Dios, no se encontrará con la frialdad de unas puertas cerradas» (EG 47). Siempre me ha producido una sensación extraña pasar por la calle o por una plaza y ver que todo está abierto, tiendas, bares, casas, con gente que está o entra y sale y, precisamente la iglesia en el centro, pero cerrada. Siempre que sea posible, tengamos las iglesias abiertas, es todo un signo de acogida y un reclamo. Seamos creativos y pongamos las condiciones necesarias de unas instalaciones y de unas personas que acojan e integren. Más aún, cuando para alguien el hecho de salir quiere decir huir, como el caso del hijo pródigo, dejemos siempre las puertas abiertas para que, cuando regrese, pueda entrar de nuevo sin dificultad y reciba el abrazo que tanto espera y necesita.

159. Pienso que, por todo lo que he expuesto hasta ahora y que pide una voluntad de renovación y puesta al día de nuestra Iglesia particular de Mallorca, por fidelidad al momento que vivimos y a los hombres y mujeres que constituimos nuestra sociedad isleña, debemos plantearnos **cuál y cómo tiene que ser nuestra presencia en ella.** Cuando Jesús nos dice que somos sal de la tierra y luz del mundo, ¿qué espera y cómo nos implica prácticamente a nosotros? Hemos de tener claro que somos una Iglesia «en salida», que esta Iglesia no es un fin en sí misma, sino que existe para el mundo, para llevarle a Jesús y el Evangelio, para que el mundo conozca cómo Dios le ama y reciba la noticia y la calidez de este amor a través de nosotros. Para llevarlo a cabo es necesario un cambio interior que nos ayude a entender que «la Iglesia evangeliza –lo dice san Pablo VI– cuando, con la sola fuerza divina del mensaje que proclama, trata de convertir al mismo tiempo

la conciencia personal y colectiva de los hombres, la actividad en la que están comprometidos, su vida y ambientes concretos» (EN 18).

160. Somos discípulos misioneros, ya que «todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús» (EG 120). Esta ha de ser nuestra experiencia diaria descubierta en la oración y en el ejercicio de la caridad hacia nuestros hermanos más necesitados y que más sufren. Tiene que haber un equilibrio necesario. El papa Francisco nos dice que «no es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio. Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y se incorpora en el camino de santificación. Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión» (GE 26). De ahí, la importancia primordial del **testimonio de vida**, que comienza siendo proclamación silenciosa y eficaz, sin palabras, provocando interrogantes irresistibles, hasta hacerse explícito anunciando el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret, Hijo de Dios (cf. EN 21-22).

Como hace la levadura, seamos presencia transformadora en la cultura y la enseñanza, la política y la economía

161. Hace más de cincuenta años, san Pablo VI ya decía que «la **ruptura entre Evangelio y cultura** es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada» (EN 20). Como la fuerza de transformación que tiene la levadura, la presencia de los cristianos en el corazón de la sociedad aportando el Evangelio –también dice san Pablo VI– es un paso complejo, con elementos variados: renovación de la humanidad, anuncio explícito, adhesión del corazón, entrada en la comunidad, acogida de los signos, iniciativas de apostolado (cf. EN 24). Estos elementos son complementarios y mutuamente enriquecedores, a fin de recomponerlos y no oponerlos entre sí. De ello, tenemos que hacer ejercicio constante. Hace más de cincuenta años, el Concilio Vaticano II lo dejó muy claro, y desde san Juan XXIII, san Pablo VI, Juan Pa-

blo I, san Juan Pablo II, Benedicto XVI y ahora el papa Francisco, la Iglesia no ha parado de repetirlo. Por este camino ha ido también el Sínodo diocesano de Mallorca, tal como lo intuyó el obispo Teodor Úbeda y lo consignaron las propuestas a llevar a cabo, muchas de ellas de vigente actualidad. Es importante, también en la Iglesia, no perder el sentido de su memoria histórica, cuando esta es enormemente positiva y es una invitación a serle fieles, a hacer de ella una «tradición viva».

162. «El anuncio a la cultura –dice el papa Francisco– implica también un **anuncio a las culturas profesionales, científicas y académicas**. Se trata del encuentro entre la fe, la razón y las ciencias, que procura desarrollar un nuevo discurso de la credibilidad, una original apologética que ayude a crear las disposiciones para que el Evangelio sea escuchado por todos. Cuando algunas categorías de la razón y de las ciencias son acogidas en el anuncio del mensaje, esas mismas categorías se convierten en instrumentos de evangelización; es el agua convertida en vino. Es aquello que, asumido, no sólo es redimido, sino que se vuelve instrumento del Espíritu para iluminar y renovar el mundo» (EG 132). Desde aquí quiero animar y apoyar todas las iniciativas de los que estáis comprometidos en trabajar la relación fe-cultura desde cualquier ámbito en el que estáis presentes, desde la universidad hasta los institutos y colegios, como toda otra forma de diálogo intercultural en que la religión tiene algo que decir y los creyentes un testimonio de vida a dar. También lo describe así el papa Francisco: «Las Universidades son un ámbito privilegiado para pensar y desarrollar este empeño evangelizador de un modo interdisciplinario e integrador. Las escuelas católicas, que intentan siempre conjugar la tarea educativa con el anuncio explícito del Evangelio, constituyen un aporte muy valioso a la evangelización de la cultura, aun en los países y ciudades donde una situación adversa nos estimule a usar nuestra creatividad para encontrar los caminos adecuados» (EG 134). Es un reto constante para nuestros colegios diocesanos y para las **escuelas de inspiración cristiana** tener que ser configuradores de cultura desde el Evangelio y al mismo tiempo buenos interlocutores con la diversidad cultural en la que estamos inmersos. El diálogo tiene que estar y tenemos que ser los primeros en dar buen ejemplo.

163. Siempre he valorado y admirado a los **cristianos que han optado por un compromiso en el mundo de la política**, asumiendo responsabilidades de gobierno en los diversos organismos públicos al servicio de nuestra sociedad. Me uno a la plegaria del papa Francisco, que hago mía y os



ofrezco para compartirla, cuando pide a Dios «ique crezca el número de políticos capaces de entrar en un auténtico diálogo que se oriente eficazmente a sanar las raíces profundas y no la apariencia de los males de nuestro mundo! [...]. ¡Ruego al Señor que nos regale más políticos a quienes les duela de verdad la sociedad, el pueblo, la vida de los pobres!» (EG 205). No dejemos de orar por ellos, la Palabra de Dios también nos lo pide. Son los que tienen una responsabilidad directa en los caminos de solución de muchas cuestiones que hoy se plantean, algunas de ellas muy urgentes porque afectan a personas, familias y colectivos vulnerables, a los que no se les reconoce su dignidad.

164. Compartimos la visión de **contemplar la política como una altísima vocación, una de las formas más preciosas de la caridad**, porque busca el bien común. Al mismo tiempo y siguiendo la misma reflexión, «es imperioso que los gobernantes y los poderes financieros levanten la mirada y amplíen sus perspectivas, que procuren que haya trabajo digno, educación y cuidado de la salud para todos los ciudadanos». «¿Y por qué no acudir a Dios para que inspire sus planes?». **Respecto a los que se han comprometido en estos campos tenemos el deber de acompañarlos en su opción de fe.** En este sentido y desde nuestra diócesis, he querido hacerles participar de aquellas cuestiones que nos afectan a todos y en las que hemos de colaborar conjuntamente, y la intención es seguir haciéndolo. Por ello es importante compartir documentos y acciones que muestran la implicación mutua en todo lo que es para el bien de toda la comunidad humana.

165. De hecho, pensando en los cristianos entregados a la política será bueno que entiendan **cómo la fe debe inspirar e iluminar las decisiones** que tienen que tomar, siempre pensando en el bien de todos, y que sientan el apoyo de la comunidad cristiana, compartiendo momentos de reflexión y plegaria. Con el papa Francisco compartimos el convencimiento de que «a partir de una apertura a la trascendencia podría formarse **una nueva mentalidad política y económica** que ayudaría a superar la dicotomía absoluta entre la economía y el bien social». En concreto y siguiendo el indicador de Jesús que ««quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos» (Mc 9,35)» (Mc 9,35), san Pablo VI decía que «tomar en serio la política en sus diversos niveles —local, regional, nacional y mundial— es afirmar el deber de cada persona, de toda persona, de conocer cuál es el contenido y el valor de la opción que se le presenta y según la cual se busca realizar colectivamente el bien de la ciudad, de la nación, de la humanidad» (OA, 46. Citado por el papa Francisco en el Mensaje para la Jornada Mundial



de la Paz del 1 de enero de este año). Con los políticos hemos compartido los diferentes puntos de reflexión que ofrece, enviándoles personalmente el documento  el desafío de una buena política para profundizar: caridad y virtudes humanas  para una política al servicio de los derechos humanos y de la paz; los vicios de la política; la buena política promueve la participación de los jóvenes y la confianza en el otro; no a la guerra ni a la estrategia del miedo; un gran proyecto de paz.

Entre las cosas que no podemos callar por el clamor que nos llega, desde Cáritas Mallorca presentamos seis propuestas políticas o medidas para proteger los Derechos de las personas, para conseguir una sociedad más justa y solidaria. Como agente de transformación de la sociedad, Cáritas Mallorca reclama a las fuerzas políticas un marco legislativo que garantice los Derechos Humanos y proteja la dignidad de todas las personas, especialmente de las personas en situación de pobreza. Las propuestas son las siguientes:

1. Más políticas sociales con actuaciones hacia los colectivos más desfavorecidos
2. Derecho a una vivienda digna, priorizando las peticiones de familias necesitadas
3. Promoción del trabajo decente, con condiciones laborales justas y de igualdad salarial
4. Acciones de acogida hacia las personas migrantes y apoyo humanitario
5. Igualdad de derechos entre hombres y mujeres, denunciando cualquier violencia
6. Apoyo al tercer sector para una educación del bien común y de la participación ciudadana

166. También dice el papa Francisco que **vivimos en un pueblo con muchos rostros**, lo cual nos hace caer en la cuenta de que «cada pueblo, en su devenir histórico, desarrolla su propia cultura con legítima autonomía. Esto se debe a que la persona humana “por su misma naturaleza, tiene

TIEMPO FAVORABLE PARA EL DISCERNIMIENTO.,
la purificación y la reforma que necesitamos

absoluta necesidad de la vida social”, y está siempre referida a la sociedad, donde vive un modo concreto de relacionarse con la realidad. El ser humano está siempre culturalmente situado: “naturaleza y cultura se hallan unidas estrechísimamente”. La gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe» (EG 115, citando el Concilio Vaticano II en su constitución GS 36, 25 y 53). Por ello y en nombre del derecho humano de la libertad religiosa, queremos que los políticos valoren el mensaje de la Iglesia fundamentado en Jesús y el Evangelio, un mensaje que es un bien para toda la sociedad humana. Es el objetivo que queremos compartir para vivir una **auténtica laicidad positiva** que integra todo lo que está a favor de la dignidad de la persona humana, viviendo una antropología que la coloca en el centro de todo, en nombre de Dios. Desde esta perspectiva, queremos caminar unidos para trabajar juntos y encontrarnos en aquellos momentos en los que se ha asumido la representatividad del pueblo, independientemente de ideologías y opiniones personales. Muy por encima de las diferencias que pueda haber, tenemos que crear espacios comunes de cooperación para el bien común. La Iglesia no existe para sí misma, sino para el mundo, para ser fermento de Evangelio y elemento de renovación.

Cuestionario

para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. ¿Qué ámbitos –lugares, instituciones y grupos– de nuestra vida eclesial necesitan ser reformados porque ya no responden a las exigencias del momento que vivimos y piden una conversión personal y comunitaria? Pongamos prioridades o urgencias. ¿Qué nuevas actitudes tienen que hacerlo posible?
2. ¿Qué significa para nosotros la expresión «Iglesia en salida y de puertas abiertas» y qué exigencias conlleva?
3. En concreto, ¿qué nos dice (y qué me dice) el término «evangelizar»? ¿Cómo lo aplicamos a los campos de la cultura en general y de la enseñanza, de la política y de la economía? ¿Qué tiene que aportar nuestra Iglesia de Mallorca a estos campos? ¿Quién tiene que llevarlo a cabo?
4. Hablando de memoria histórica y de tradición viva, hace veinte años que se celebró el Sínodo Diocesano de Mallorca, ¿qué queda de aquella experiencia para que también hoy podamos recuperarlo, valorarlo y asumirlo nuevamente como algo perenne que no podemos olvidar?
5. En relación a todos los temas tratados en este capítulo, ¿qué gestos de conversión nos pide el Espíritu ahora y aquí?

Oración

¿Qué hay en nuestro desierto? ¿Qué descubrimos en él?
¿Por qué nos solicitas, Jesús, ¿qué hemos salido a ver?
¿Quizá nos pides que nos miremos a nosotros mismos?
¿Quieres hacernos decir si somos o no cañas sacudidas por el viento?
Pero, ¿por qué viento?, ¿por qué vientos?

Vemos la mediocridad de nuestras palabras
y la tibieza de nuestros hechos..., itanta mediocridad!
Programamos más actividades que acciones transformadoras...
Conocemos el vacío espiritual que padece nuestro pueblo
y también el lastre de los momentos de indiferencia.

Sabemos que en el bautismo nos has hecho profetas.
¡No lo entendemos! Parece incluso que no lo sabemos.
¡No entendemos que te fíes tanto de nosotros!
Tenemos la impresión de no saber más,
somos espiritualmente demasiado jóvenes, o niños,
y aunque pasen los años decimos ¿cómo sabré hablar?

Pero Tú, impasible, me tocas los labios
y pones tu mano en mi boca y me dices:
«Ves donde yo te envíe, di lo que yo te ordenaré.
No tengas miedo de nadie.

Yo estaré a tu lado para liberarte.
¡Te lo digo yo el Señor!»
Siento el desconcierto que me da tanta confianza.
Cierto que no lo merezco, pero Tú hasta me dices:
«Antes de formarte en las entrañas de tu madre,
yo te conocía;
antes de que salieras de su vientre,
te consagré profeta, destinado a las naciones.»

Jesús, empiezo a comprender que un profeta
no es una caña sacudida por el viento,
ni es un hombre que vive y viste delicadamente.

TIEMPO FAVORABLE PARA EL DISCERNIMIENTO,
la purificación y la reforma que necesitamos

Difícil lo tendría para aceptar la misión encomendada:

«Desde hoy te doy poder sobre naciones y reinos,
para arrancar y derrocar;
para destruir y derribar,
para construir y plantar.»

Acompáñanos siempre y que seamos voz de tu Palabra.



—193—



—194—



—195—



ESCENARIOS DE SIEMPRE Y TAMBIÉN NUEVOS CAMPOS que deben ser atendidos de manera urgente

«... Vayamos a otros lugares, a los pueblos vecinos,
a predicar, que para eso he venido»
(Mc 1,38)

«La promesa es también para los que están lejos,
todos los que llamará el Señor»
(Ac 2,39)

Hay una llamada para ir donde quizá no hemos estado nunca.
Pensemos lugares y personas.

iNuevos tiempos piden nuevas respuestas!

167. Pensar una Iglesia que, como dice Diogneto (s. II), es como el alma en el cuerpo social, y sobre todo como la quiere Jesús cuando nos envía a vivir la fe comprometidos en el corazón del mundo, es lo que me ha llevado, con el Consejo episcopal y otros círculos de reflexión, a reorganizar el trabajo de las vicarías, delegaciones y secretariados diocesanos, así como algunos servicios que, en estos momentos, hemos creído necesarios. Hemos partido de lo que ya está en marcha, para potenciarlo, y hemos querido abrir algunos nuevos caminos para responder a nuevos retos. Eso quiere decir que, según lo pidan las circunstancias y los signos de los tiempos, podemos crear nuevos espacios de trabajo pastoral que respondan a las necesidades que se presenten.

168. Entre ellos, la renovación de cargos en nuestra Catedral, tanto en lo que afecta a nuevos canónigos como cargos internos, el diálogo Fe-cultura, la pastoral de la Ecología y el cuidado de la Creación, la recuperación de Justicia y Paz, el diálogo con las otras religiones y culturas, la pastoral del turismo, la atención a las nuevas pobrezas por parte de Cáritas y de forma específica a los inmigrantes y refugiados, la acogida de parejas y familias en conflicto, el acompañamiento de personas y situaciones en luto, la atención y acompañamiento del clero, de los profesores cristianos, de los colegios diocesanos y en concreto de su pastoral y de la atención a los profesores de religión y un nuevo perfil de la pastoral de la comunicación. Unido todo ello a una renovación de los demás organismos de la diócesis con el trabajo y la misión de siempre a la que no podemos renunciar, pero con la presencia de los vicarios, delegados, responsables de secretariados y directores de servicio.

169. Queremos que adquieran una nueva fisonomía las opciones por la Iniciación cristiana y la formación a todo nivel por la necesidad que se palpa, la pastoral de la salud en cuanto a presencia y acompañamiento de los enfermos y sus familias en los hospitales, residencias de mayores y domicilios. Valoramos mucho y hay que ir potenciando siempre la educación de los niños, adolescentes y jóvenes desde la pastoral de juventud y vocacional y el enorme y valioso trabajo que se realiza en los colegios diocesanos y otros colegios religiosos y públicos. Quizás también sería bueno pensar en una pastoral del deporte y en una cierta presencia cristiana en

las grandes áreas comerciales, ofreciendo un espacio religioso que invite al silencio y a la plegaria. Viviendo los desafíos de las culturas urbanas, en la ciudad, sobre todo, «lo religioso está mediado por diferentes estilos de vida, por costumbres asociadas a un sentido de lo temporal, de lo territorial y de las relaciones, que difiere del estilo de los habitantes rurales. En sus vidas cotidianas los ciudadanos muchas veces luchan por sobrevivir, y en esas luchas se esconde un sentido profundo de la existencia que suele entrañar también un hondo sentido religioso. Necesitamos contemplarlo para **lograr un diálogo como el que el Señor desarrolló con la samaritana**, junto al pozo, donde ella buscaba saciar su sed (cf. Jn 4,7-26)» (EG 72).

170. En este ambiente de acción evangelizadora adquiere fuerza y sentido cualquier celebración cristiana, especialmente la Eucaristía; por eso la liturgia en sus diferentes modalidades (desde el bautismo hasta las exequias) tiene una importancia fundamental para la vida cristiana y tiene que celebrarse con toda su dignidad y sentido. Tiene que ver con este aspecto celebrativo la piedad popular como expresión de la fe sencilla del pueblo, arraigada en innumerables costumbres y tradiciones propias de las fiestas populares, junto con las peregrinaciones, romerías y encuentros que se organizan en torno a santuarios y ermitas. Entre nosotros, en Mallorca, el **santuario de la Virgen de Lluc, centro espiritual de devoción a la Virgen** y espacio privilegiado de descubrimiento y acompañamiento cristiano, lugar de nuestra identidad cultural y de estima a la lengua propia, donde incluso el turista puede convertirse en peregrino; con los demás santuarios y su propio talante; con las **casas de espiritualidad** existentes; queremos que sean respuesta a la demanda religiosa y cristiana que hay en el corazón de nuestro pueblo, ámbitos de acompañamiento espiritual y de escucha, espacios de identidad cultural y centros de irradiación de los valores humanos y cristianos que pueden ser elemento de transformación social según el modelo evangélico propuesto por Jesús.

En ciertos lugares, tendremos que aplicar el contexto de lo que llamamos atrio de los gentiles para que toda persona se encuentre como en casa. Fundamentalmente –quiero repetirlo una vez más– tenemos que esforzarnos para que sean un espacio de acogida, de plegaria, de misericordia, de reconocimiento de la multiculturalidad y de enriquecimiento humano y espiritual mutuo, siempre manteniendo la identidad cristiana para que no quede ensombrecido el anuncio de la persona de Jesucristo.

Nuestro compromiso ecológico y el cuidado de los bienes de la Creación

171. No podemos bajar la guardia en nuestro **compromiso con la ecología y el cuidado de la Creación**. A inicios de los años 90 las Iglesias de las Islas Baleares y Pitiusas fuimos pioneras al ofrecer unas pautas de actuación cristiana en relación a la Ecología y el Turismo, interrelación que ya planteaba sus problemas ecológicos, sociales, económicos y laborales en nuestras Islas. Ahora, ha sido el papa Francisco quien ha querido abrir los ojos a la humanidad ante este fenómeno ecológico y la urgencia de responder al deterioro de nuestro planeta, nuestra casa común. Es de obligada lectura la carta encíclica *Laudato si'* –Alabado seas– sobre el cuidado de la casa de todos. Y no solo la lectura, será importante hacer de ella un objeto de diálogo que ayude a la mentalización y sobre todo a un nuevo comportamiento que sea expresión de nuevas actitudes ecológicas. Todo ello ha motivado que hayamos creado una nueva delegación diocesana bajo el nombre de pastoral de la Ecología y Cuidado de la Creación. Es muy loable el trabajo que se está realizando y que presenta propuestas innovadoras para ofrecer a nuestras comunidades y a otros grupos sociales que quieran acogerlas. No las desestimemos cuando nos las presenten.

172. Esta es la llamada que nos dirige el papa Francisco: «El desafío urgente de **proteger nuestra casa común** incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral, pues sabemos que las cosas pueden cambiar. El Creador no nos abandona, nunca hizo marcha atrás en su proyecto de amor, no se arrepiente de habernos creado. La humanidad aún posee la capacidad de colaborar para construir nuestra casa común. Deseo reconocer, alentar y dar las gracias a todos los que, en los más variados sectores de la actividad humana, están trabajando para garantizar la protección de la casa que compartimos. Merecen una gratitud especial quienes luchan con vigor para resolver las consecuencias dramáticas de la degradación ambiental en las vidas de los más pobres del mundo. Los jóvenes nos reclaman un cambio. Ellos se preguntan cómo es posible que se pretenda construir un futuro mejor sin pensar en la crisis del ambiente y en los sufrimientos de los excluidos» (LS 13).

173. «Hago una invitación urgente –dice el papa Francisco– a un **nuevo diálogo sobre el modo como estamos construyendo el futuro del planeta**. Necesitamos una conversación que nos una a todos, porque



el desafío ambiental que vivimos, y sus raíces humanas, nos interesan y nos impactan a todos. El movimiento ecológico mundial ya ha recorrido un largo y rico camino, y ha generado numerosas agrupaciones ciudadanas que ayudaron a la concientización. Lamentablemente, muchos esfuerzos para buscar soluciones concretas a la crisis ambiental suelen ser frustrados no sólo por el rechazo de los poderosos, sino también por la falta de interés de los demás. Las actitudes que obstruyen los caminos de solución, aun entre los creyentes, van de la negación del problema a la indiferencia, la resignación cómoda o la confianza ciega en las soluciones técnicas. Necesitamos una solidaridad universal nueva. Como dijeron los Obispos de Sudáfrica, “se necesitan los talentos y la implicación de todos para reparar el daño causado por el abuso humano a la creación de Dios”. Todos podemos colaborar como instrumentos de Dios para el cuidado de la creación, cada uno desde su cultura, su experiencia, sus iniciativas y sus capacidades» (LS 14). ¡Trabajo hay para todos! Comencemos, empero, por las actitudes de fondo que iluminan esta **plegaria por nuestra tierra** del papa Francisco en su encíclica *Laudato si’*.

Dios omnipotente,
que estás presente en todo el universo
y en la más pequeña de tus criaturas,
Tú, que rodeas con tu ternura todo lo que existe,
derrama en nosotros la fuerza de tu amor
para que cuidemos la vida y la belleza.
Inúndanos de paz, para que vivamos como hermanos y hermanas
sin dañar a nadie.
Dios de los pobres,
ayúdanos a rescatar
a los abandonados y olvidados de esta tierra
que tanto valen a tus ojos.
Sana nuestras vidas,
para que seamos protectores del mundo
y no depredadores,
para que sembremos hermosura
y no contaminación y destrucción.
Toca los corazones
de los que buscan sólo beneficios
a costa de los pobres y de la tierra.
Enséñanos a descubrir el valor de cada cosa,
a contemplar admirados,
a reconocer que estamos profundamente unidos

con todas las criaturas
en nuestro camino hacia tu luz infinita.
Gracias porque estás con nosotros todos los días.
Aliéntanos, por favor, en nuestra lucha
por la justicia, el amor y la paz.

174. Un nuevo escenario, por las nuevas circunstancias que hoy lo rodean, es el que se refiere a la **muerte del cristiano y la pastoral del duelo** como acompañante necesario en un momento tan especial para todas las familias y personas afectadas. Son miles y miles los que a lo largo del año se hacen presentes en los tanatorios y los cementerios y tienen el derecho de ser atendidos y acompañados por parte de la comunidad cristiana, tanto desde el punto de vista humano como espiritual, unido también a lo que se habrá trabajado preventivamente en las casas, los hospitales y residencias, desde la pastoral de la salud durante la enfermedad. Esta es una pastoral prioritaria que debe plantearse cada comunidad parroquial, con atención pastoral y de voluntariado, haciéndose presente donde haga falta para atenderla. Pensemos que en el Evangelio es una de las claves importantes de la actuación de Jesús. Procuremos organizarnos para hacerlo lo mejor posible.

Recuperar la verdad y la belleza de la lengua, de las fiestas populares y tradiciones religiosas

175. Nuestro pueblo mallorquín vive a lo largo del año muchas tradiciones en el decurso de las fiestas populares, la mayoría de ellas arraigadas en un acontecimiento de significado religioso o en la devoción al Señor, a la Virgen María o a algún santo. Normalmente, la celebración festiva incluye la Eucaristía. No podemos negar, sin embargo, que, en ciertos momentos y lugares, esta tradición religiosa va perdiendo identidad, se van secando las raíces que le dan vida y lo que tendría que ser una expresión de laicidad positiva se transforma en un laicismo que, incluso, puede llegar a degenerar en una negación de su origen y convertirse en la ridiculización de aquel acontecimiento religioso inicial que le había dado sentido. Algunas, utilizando indebidamente elementos religiosos, han tomado este rumbo. Creo que sería interesante, en estos momentos, un estudio serio de la fenomenología religiosa que invade nuestros pueblos y ciudades para no perder su sabor original y vivir la autenticidad de una fe que quiere ser coherente. Debemos vigilar para que no se pierda el sentido de lo sagrado ni el respeto por unas

tradiciones que quieren mantener vivas sus raíces, al mismo tiempo que deben poder ser una manifestación sincera de fe. Lo que hemos de intentar es **hacer de la piedad popular una nueva forma de evangelización.**

176. El papa Francisco dice que «no conviene ignorar la tremenda importancia que tiene una cultura marcada por la fe, porque esa cultura evangelizada, más allá de sus límites, tiene muchos más recursos que una mera suma de creyentes frente a los embates del secularismo actual. Una cultura popular evangelizada contiene valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente, y posee una sabiduría peculiar que hay que saber reconocer con una mirada agradecida» (EG 68). Porque amamos a nuestro pueblo y la cultura que nos es propia, y en ella nuestra lengua como vehículo de comunicación desde tiempo inmemorial en el hogar familiar, de arte y de belleza, el reconocimiento de todo lo que nos ha edificado y es patrimonio valioso de todos y nos define, necesitamos saber de dónde venimos y quiénes somos, sin renunciar a nada de lo que nos ha dado identidad y es carta de presentación ante todo el mundo. También la inmensidad de inmigrantes y turistas que llega a nuestra isla tiene que poder gozar de todos los elementos de nuestra cultura que le ayude a abrirse a las dimensiones del mundo, como, por supuesto, a los valores del Evangelio y a los de una comunidad de fe que los acoge, y a la oferta de un patrimonio que da a conocer nuestra identidad histórica, tanto secular como religiosa.

177. La voluntad de ir a lo esencial —como lo estamos intentando— debe movernos a la imperiosa necesidad de **evangelizar las culturas para inculturar el Evangelio.** Por eso, «en los países de tradición católica se tratará de acompañar, cuidar y fortalecer la riqueza que ya existe, y en los países de otras tradiciones religiosas o profundamente secularizados se tratará de procurar nuevos procesos de evangelización de la cultura, aunque supongan proyectos a muy largo plazo. No podemos, sin embargo, desconocer que siempre hay un llamado al crecimiento. **Toda cultura y todo grupo social necesitan purificación y maduración.** En el caso de las culturas populares de pueblos católicos, podemos reconocer algunas debilidades que todavía deben ser sanadas por el Evangelio: el machismo, el alcoholismo, la violencia doméstica, una escasa participación en la Eucaristía, creencias fatalistas o supersticiosas que hacen recurrir a la brujería, etc. Pero es precisamente la piedad popular el mejor punto de partida para sanarlas y liberarlas» (EG 69). Más aún, debemos trabajar para mantener vivas las fiestas con tradición religiosa por su origen, a fin de evitar que se reconviertan en neofiestas

eliminando su contenido original y despreciando o ridiculizando los signos religiosos que las definían.

Piedad popular, manifestaciones religiosas, obrerías, cofradías y hermandades

178. Seguimos teniendo en cuenta las constataciones y orientaciones que el papa Francisco nos ofrece: «También es cierto –dice– que a veces el acento, más que en el impulso de la piedad cristiana, se coloca en formas exteriores de tradiciones de ciertos grupos, o en supuestas revelaciones privadas que se absolutizan. Hay cierto cristianismo de devociones, propio de una vivencia individual y sentimental de la fe, que en realidad no responde a una auténtica “piedad popular”. Algunos promueven estas expresiones sin preocuparse por la promoción social y la formación de los fieles, y en ciertos casos lo hacen para obtener beneficios económicos o algún poder sobre los demás...» (EG 70). El realismo con que todo eso está expuesto nos da pie a **revisarnos profundamente** en todo lo que afecta a las tradiciones y a las motivaciones que llevan a la escenificación de muchas expresiones de religiosidad en ciertos actos de piedad de nuestras fiestas y sus correspondientes celebraciones.

179. El papa Francisco habla del **desafío de las culturas urbanas** y al mismo tiempo constata un hecho, «la presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas. El vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. Esa presencia no debe ser fabricada sino descubierta, develada. Dios no se oculta a aquellos que lo buscan con un corazón sincero, aunque lo hagan a tientas, de manera imprecisa y difusa» (EG 71). Nos invita a observar la ciudad con mirada contemplativa, es decir, con una mirada de fe que descubra al Dios que habita en nuestras casas, calles y plazas. En la ciudad, tenemos muchas oportunidades para realizar el mismo diálogo que tenía Jesús cuando la recorría. Se trata de ponerse a ello y no desaprovechar cualquier ocasión de encuentro que se nos presente. «La Iglesia –sigue diciendo Francisco– está llamada a ser servidora de un difícil diálogo» (EG 74) y «no podemos ignorar que en las ciudades fácilmente se desarrollan el tráfico de drogas y de personas, el abuso y la explotación de menores, el abandono de ancianos y enfermos, varias formas de corrupción y de crimen» (EG 75). Este es el desafío y nuestra realidad a

transformar desde una firme actitud de conversión.

180. El fenómeno social de las **cofradías y hermandades** merece también una atención especial. Hemos convenido en la necesidad de formación y de ayudar a que su manifestación religiosa sea sincera, cristiana y permanente. Por ello, llamamos a unos encuentros de formación en la línea de la iniciación cristiana, convocando a todos los miembros de las cofradías y hermandades a encontrarnos y pensar juntos cómo podemos hacerlo mejor cada día. **Queremos que toda manifestación religiosa sea expresión sincera de una fe más arraigada en la vida.** Tenemos que saber bien quiénes somos y por qué hacemos las cosas. Por ello, será bueno tener en cuenta qué es una cofradía y si la dedicación y participación como cofrades contribuye a promocionar una cultura religiosa impregnada de Evangelio, tanto porque aceptemos ser evangelizados como si la misión que asumimos es la de evangelizar, convirtiéndonos en seguidores de Jesús que lo dan a conocer y, así, contagian a otros su fe. En ello, con el papa Francisco, vemos «valores de fe y de solidaridad que pueden provocar el desarrollo de una sociedad más justa y creyente» (EG 68), ya que –como dijo Benedicto XVI– «la cofradía es un conjunto de hermanos que, queriendo vivir el Evangelio con la certeza de ser parte viva de la Iglesia, se proponen poner en práctica el mandamiento del amor, que impulsa a abrir el corazón a los demás, de manera especial a los que se encuentran en más dificultad». En este sentido estamos decididos a caminar y son muchos los que se han implicado. Los últimos encuentros que hemos tenido nos lo han hecho ver y estamos ilusionados por la buena respuesta recibida. Queda aún mucho camino por recorrer, pero nos hemos comprometido a hacerlo juntos. El papa Francisco –refiriéndose a la identidad de las cofradías– ha destacado estas tres notas que tienen que definir las y ayudarles a poner en acción: **autenticidad evangélica, sentido de Iglesia y ardor misionero.** Mostrando que las cofradías deben caminar con decisión hacia la santidad, dice que el sentido de pertenencia a la Iglesia es un estímulo para amar más a Jesucristo. Hagamos caso de estas palabras suyas: «Sed auténticos evangelizadores. Que vuestras iniciativas sean puentes que lleven a Cristo, siempre atentos a la caridad, misioneros del amor y la ternura de Dios.»

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. En estos momentos de proyección pastoral, ¿dónde me veo implicado/a en trabajar? ¿Hacia dónde he de orientar mi compromiso? ¿Qué espero del conjunto de nuestra Iglesia en relación a la transformación social? ¿Es posible?
2. ¿Cómo puede ayudarnos el nuevo organigrama a estar más presentes en nuestra sociedad de aquí y en el mundo? Estudiemos respuestas concretas, pasos que tenemos que dar sin esperar mucho y sugiramos nuevas iniciativas que podamos llevar a cabo.
3. La invitación del papa Francisco en relación al cuidado de la Creación, ¿a qué nos compromete personalmente, como miembros de la Iglesia y de la sociedad?
4. Por lo que nos pueda afectar, ¿cómo orientar bien la misión de las cofradías y hermandades en el momento actual. ¿Qué respuesta hay que dar?
5. ¿Qué nuevos escenarios sociales necesitan más presencia de los cristianos? Pongamos prioridades en la actuación que tiene que llevar adelante cada uno y cada comunidad parroquial, movimiento, grupo, asociación, a los que pertenecemos.

Oración

Te alabamos, Padre, con todas tus criaturas,
que salieron de tu mano poderosa.
Son tuyas,
y están llenas de tu presencia y de tu ternura.
Alabado seas.

Hijo de Dios, Jesús,
por ti fueron creadas todas las cosas.
Te formaste en el seno materno de María,
te hiciste parte de esta tierra,
y miraste este mundo con ojos humanos.
Hoy estás vivo en cada criatura
con tu gloria de resucitado.

Alabado seas.
Espíritu Santo, que con tu luz
orientas este mundo hacia el amor del Padre
y acompañas el gemido de la creación,
tú vives también en nuestros corazones
para impulsarnos al bien.

Alabado seas.
Señor Uno y Trino,
comunidad preciosa de amor infinito,
enséñanos a contemplarte
en la belleza del universo,
donde todo nos habla de ti.
Despierta nuestra alabanza y nuestra gratitud
por cada ser que has creado.
Danos la gracia de sentirnos íntimamente unidos
con todo lo que existe.

Dios de amor,
muéstranos nuestro lugar en este mundo
como instrumentos de tu cariño
por todos los seres de esta tierra,
porque ninguno de ellos está olvidado ante ti.
Ilumina a los dueños del poder y del dinero



ESCENARIOS DE SIEMPRE Y TAMBIÉN CAMPOS NUEVOS
que tienen que ser atendidos de forma urgente

para que se guarden del pecado de la indiferencia,
amen el bien común, promuevan a los débiles,
y cuiden este mundo que habitamos.

Los pobres y la tierra están clamando:

Señor, tómanos a nosotros con tu poder y tu luz,
para proteger toda vida,
para preparar un futuro mejor,
para que venga tu Reino
de justicia, de paz, de amor y de hermosura.

Alabado seas.

Amén.

Oración cristiana con la creación (papa Francisco en la *Laudato si'*)



—209—



—210—



—211—



EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS
delante, en medio y detrás del rebaño
¡siempre al servicio de todos,
atentos y velando!

Esta es la promesa al pueblo, y Dios no falla:

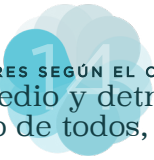
«Os daré pastores según mi corazón»
(Jr 3,15)

El estilo, nos lo da Jesús:

«Yo soy el buen pastor y doy la vida por mis ovejas»
(Jn 10,1-18)

A nosotros, nos corresponde profundizar, meditar y orar estos textos, fundamento de nuestro ministerio. La recomendación de san Pablo a los presbíteros de Éfeso, en el momento de su despedida:

«Velad por vosotros mismos y por todo el rebaño,
del que el Espíritu Santo os ha encargado para que pastoreéis la Iglesia
de Dios, que él adquirió con la sangre de su propio Hijo»
(Ac 20,28)

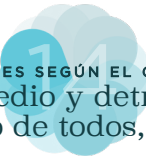


EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

**Bautizados, confirmados, elegidos y llamados, ungidos y enviados
para ser buenos pastores y buenos sembradores del Evangelio**

181. Qué misterio de amor es el que Dios ha obrado en nuestra vida para ser lo que somos y hasta llegar a ser lo que Dios quiere que seamos: ser existencialmente lo que ya somos sacramentalmente. Todo un reto constante, pero tratado y vivido con gozo y agradecimiento al Señor. «Pastores según el corazón de Dios», este es el don que Dios ha querido dar a su pueblo a través de nuestras humildes y débiles personas, don siempre inmerecido pero lleno del Espíritu para que no nos gloriemos de nosotros mismos, sino del tesoro que llevamos en frágiles vasos de arcilla. Enviados a sembrar y a sembrar bien, enfrentándonos a las malas hierbas que quieren que no haya buena cosecha. Sembrar bien quiere decir hacerlo con generosidad, como aquel campesino que había sido generoso con la tierra y esta le retornaba el fruto con creces. Ya lo dijo claramente Pablo a los cristianos de Corinto: «el sembrador mezquino tiene una cosecha mezquina, y el generoso, la tiene generosa. Que cada uno dé lo que el corazón le dicte, no de mala gana ni por fuerza, porque Dios ama a los que dan con alegría» (2Co 9,6-7). Esta misión nos implica a todo el presbiterio y, en él, a mí el primero como servidor de servidores. Una misión que se convierte en testimonio por la entrega personal y la dedicación exclusiva, lleno del amor que pide Jesús, oblación total al servicio de todos, concreto y universal a un tiempo.

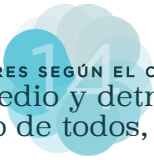
182. Durante el verano, a principios del mes de agosto, el papa Francisco nos ha hecho un valioso regalo. Con sus palabras quiero acercarme a vosotros, queridos hermanos presbíteros de esta diócesis de Mallorca, y compartir la calidad de la vocación y ministerio al que hemos sido llamados. Francisco lo hace con el realismo de una carta que nos ha de llegar al corazón. Seguramente la habéis leído ya, pero volved a ella las veces que hagan falta, así como a las homilías de la misa crismal de cada año. Son de sabor evangélico y eclesial indescriptible para vivir con entusiasmo y a cualquier edad nuestro sacerdocio. En esta carta dirigida a los presbíteros en ocasión del 160 aniversario de la muerte de san Juan María Vianney, patrón de los párrocos, encontramos bien descritos cuatro momentos que pueden ser seguidos y constantes en nuestra vida: 1) momentos de dolor (he visto la aflicción de mi pueblo: Ex 3,7), 2) momentos de gratitud (doy gracias constantemente por vosotros: Ef 1,16); 3) momentos de ánimo (mi deseo es que os sintáis animados: Col 2,2); momentos de alabanza (proclama mi alma la grandeza del Señor: Lc 1,46). ¡Es lo que vivimos!



EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

183. Con esta descripción **quiero unirme a los sentimientos de padre y pastor** que manifiesta el papa Francisco junto con la preocupación —dice— de que «nuestros sacerdotes se sienten ridiculizados y “culpabilizados” por crímenes que no cometieron y necesitan encontrar en su obispo la figura del hermano mayor y el padre que los aliente en estos tiempos difíciles, los estimule y sostenga en el camino». Por eso y en comunión con él, hago más palabras y también os digo que «como hermano mayor y padre también **quiero estar cerca**, en primer lugar para agradecerles en nombre del santo Pueblo fiel de Dios todo lo que recibe de Ustedes y, a su vez, animarlos a renovar esas palabras que el Señor pronunció con tanta ternura el día de nuestra ordenación y constituyen la fuente de nuestra alegría: “Ya no los llamo siervos..., yo los llamo amigos” (Jn 15,15)». La carta va dirigida a todos los presbíteros, los cuales, —nos dice— «sin hacer ruido “lo dejan todo” para estar empeñados en el día a día de vuestras comunidades. A Ustedes que, como el Cura de Ars, trabajan en la “trinchera”, llevan sobre sus espaldas el peso del día y del calor (cf. Mt 20,12) y, expuestos a un sinnúmero de situaciones, “dan la cara” cotidianamente y sin darse tanta importancia, a fin de que el Pueblo de Dios esté cuidado y acompañado. Me dirijo a cada uno de Ustedes que, tantas veces, de manera desapercibida y sacrificada, en el cansancio o la fatiga, la enfermedad o la desolación, asumen la misión como servicio a Dios y a su gente e, incluso con todas las dificultades del camino, escriben las páginas más hermosas de la vida sacerdotal.»:

184. El tono y el contenido de esta carta del papa Francisco me remite a muchos aspectos del decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros del Concilio Vaticano II (PO) cuando, refiriéndose al ejercicio de la triple función sacerdotal, dice que «rigiendo y apacentando el Pueblo de Dios, **se ven impulsados por la caridad del Buen Pastor a entregar su vida por sus ovejas**, preparados también para el sacrificio supremo, siguiendo el ejemplo de los sacerdote que incluso en nuestros días no han rehusado entregar su vida; siendo educadores en la fe, y teniendo ellos mismos “firme esperanza de entrar en el santuario en virtud de la sangre de Cristo” (Hb., 10, 19), se acercan a Dios “con sincero corazón en la plenitud de la fe” (Hb, 10, 22); y robustecen la esperanza firme respecto de sus fieles, para poder consolar a los que se hallan atribulados, con el mismo consuelo con que Dios los consuela a ellos mismos; como rectores de la comunidad, cultivan la ascesis propia del pastor de las almas, dando de mano a las ventajas propias, no buscando sus conveniencias, sino la de muchos, para que se salven, progresando siempre hacia el cumplimiento más perfecto del deber pastoral, y cuando es



EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
¡delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

necesario, están dispuestos a emprender nuevos caminos pastorales, guiados por el Espíritu del amor, que sopla donde quiere» (PO 13). También nosotros, como decía al principio de esta carta, hemos de preguntarnos –como debe hacerlo todo cristiano– **qué tipo de molino somos** y cómo están reparadas y renovadas las aspas de nuestra vida para recoger el «viento del Espíritu» que siempre está en acción para refrescarnos y ponernos en movimiento.

El presbiterio, espacio de fraternidad, lugar de la comunión eclesial para la revolución de la ternura

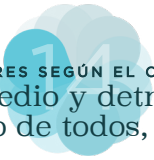
185. También en el clero padecemos la **crisis del compromiso comunitario**. La tendencia individualista tan propia de nuestro tiempo nos afecta de tal manera que mientras hablamos tanto de comunidad a menudo nos dejamos arrastrar por actuaciones que tienen como único referente el bien individual. El papa Francisco, consciente de que esta tendencia nos afecta, advierte que «el individualismo posmoderno y globalizado favorece un estilo de vida que debilita el desarrollo y la estabilidad de los vínculos entre las personas, y que desnaturaliza los vínculos familiares. La acción pastoral debe mostrar mejor todavía que la relación con nuestro Padre exige y alienta una comunión que sane, promueva y afiance los vínculos interpersonales. Mientras en el mundo, especialmente en algunos países, reaparecen diversas formas de guerras y enfrentamientos, los cristianos insistimos en nuestra propuesta de reconocer al otro, de sanar las heridas, de construir puentes, de estrechar lazos y de ayudarnos “mutuamente a llevar las cargas” (Ga 6,2). Por otra parte, hoy surgen muchas formas de asociación para la defensa de derechos y para la consecución de nobles objetivos. Así se manifiesta una sed de participación de numerosos ciudadanos que quieren ser constructores del desarrollo social y cultural» (EG 67). Muy a menudo, lo que estamos exigiendo a los demás a nivel secular nos cuesta hacerlo realidad en nuestras relaciones en la comunidad cristiana. Por eso, **la conversión pastoral llega cuando se ha dado el paso a nivel personal**. No creamos fraternidad entre nosotros ni damos testimonio de comunión eclesial si cedemos al aislamiento y nos encerramos en la autoreferencialidad, síntomas de una inmadurez humana que no nos permite ser referentes adultos para los que esperan mucho de nosotros. «El aislamiento –dice el papa Francisco–, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo» (EG 89).

EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
¡delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

A la pregunta ¿qué tienen que esperar de nosotros?, la respuesta es «una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera».

186. Por el hecho de que el individualismo aísla, el resultado frecuente suele ser la soledad, pero no una soledad querida o deseada como espacio de recuperación interior, sino padecida. Con la conciencia de cuerpo presbiteral y por la convicción de fe de que formamos una unidad espiritual que nos condiciona positivamente, **tenemos la responsabilidad —comenzando por mí mismo— de acercarnos los unos a los otros y preocuparnos de cómo vive cada uno.** Entre los presbíteros he podido ver muchos gestos de esta proximidad, que se van multiplicando en la medida en que la gente se encuentra y lo hace con un corazón sencillo. No podemos tolerar que un sacerdote se encuentre solo. También vale para nosotros aquello de que «el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura» (EG 88).

187. Como en toda familia, **nuestro presbiterio necesita de la mutua aceptación cordial** entre los que lo formamos y pertenecemos a diversas generaciones. Nos debe guiar un único sentimiento hecho de respeto, de valoración positiva, de intercambio constructivo, de diálogo frecuente, de comunicación de experiencias, de voluntad de aprendizaje, de comunión en la plegaria y refuerzo de los vínculos de amistad. Todos hemos de aprender de todos, pero lo digo especialmente para los más jóvenes, ya que es bueno crecer humildemente al lado de alguien de mayor edad que con su experiencia pastoral puede ser un buen consejero y un sabio acompañante. No podemos vivir de la sospecha, de la desconfianza, reducidos a encerrarnos en actitudes defensivas o creer que somos los únicos que lo hacemos bien. Refiriéndose a las nuevas relaciones que genera Jesucristo, el papa Francisco nos ayuda a descubrir un mar de posibilidades para poner en práctica y dice que «hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una



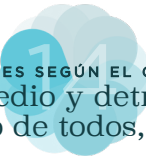
EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

santa peregrinación. De este modo, las mayores posibilidades de comunicación se traducirán en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos. Si pudiéramos seguir ese camino, ¡sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos» (EG 87). Por ello, que nadie diga que no necesita de los demás, ya que nos necesitamos mutuamente.

El ejercicio del ministerio, fuente de espiritualidad sacerdotal

188. Hay una relación directa entre espiritualidad y ministerio, tanto es así que tenemos que hacer todo lo posible para que la actividad pastoral no desgaste, sino que santifique. La razón de fondo de esta relación positiva es la necesaria **unidad de vida** en el que ha recibido el sacramento del orden y teniendo muy presentes las prioridades de Jesús: los enfermos y los pobres, la predicación, el encuentro personal con Jesús y la actitud de constante conversión, la oración y el cultivo de la amistad. Es importante encontrar en Jesús la referencia al uso del tiempo en la organización de la propia vida y de la pastoral. Preguntémonos con frecuencia, ¿qué uso hacía Jesús de su tiempo?, ¿cómo se lo distribuía?, ¿cuál era su relación con el Padre?, ¿con María y sus familiares?, ¿con la gente? Y, de esta, ¿con quién concretamente? En las respuestas que podamos dar se juega mucho nuestra disponibilidad y la capacidad de comprensión de lo que cada día vivimos, con las preocupaciones propias y de la gente, con las aspiraciones y deseos, también con la realidad hostil que en determinadas situaciones y lugares nos toca vivir. ¿Cómo integrarlo todo en una unidad de vida, que es la que ha de dar curso a la consecución de la santidad?

189. Una observación amplia sobre la manera de ejercer nuestro ministerio nos hace caer en la cuenta de que aún no hemos conseguido descubrirlo del todo como fuente de santificación personal. **Somos hábiles al revisar las actividades pastorales, pero no lo somos tanto en relación a las actitudes personales y la propia vida.** Ya hace años que, en el Congreso de espiritualidad sacerdotal, en uno de los escritos conclusivos, se decía que «continuamente pasa por nuestras manos la gracia del ministerio, sin que a veces nos paremos a beberla y por ello, caemos en la rutina y la



EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
¡delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

superficialidad y corremos el peligro de convertirnos en simples funcionarios de lo sagrado». En el mismo análisis, se constata que «aún no hemos conseguido del todo un equilibrio entre el hacer y el ser, ya que falla en nosotros la escala de prioridades con la consiguiente dispersión interior». También se reconoce –como ya he apuntado antes– no haberse conseguido tampoco una adecuada distribución de nuestro tiempo, ya que en muchos casos hay demasiados nervios y un excesivo activismo. En unos, faltan momentos de serenidad y de paz interior, mientras que en otros la falta de trabajo y de actividad les produce desencanto y soledad. Me ha parecido importante aconsejar un cambio de actitud, especialmente en edades más jóvenes, cuando «no acabamos de aprovechar debidamente los modelos de ejemplaridad sacerdotal que se han dado y se están dando entre nosotros». Se trata de rescatar la memoria ejemplar de los mayores y dejarnos fortalecer aprendiendo de su experiencia.

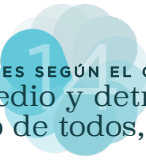
Aprovechemos todas las ocasiones de encuentro de plegaria, de formación, de organización y de compartir mesa

190. Hay momentos durante el año que deberían ser sagrados y que no podemos desestimar en manera alguna. Conviene fomentar entre nosotros –para nuestro bien y el del pueblo de Dios– experiencias positivas de vida en común, equipos de trabajo y de revisión de vida, mayor unidad entre acción y celebración, entre vida interior y ejercicio de ministerio, momentos de celebración y de convivencia, formación permanente que ayude no solo a un saber sino también a un saber hacer, tiempo de retiro de oración y de ejercicios espirituales, tanto a nivel diocesano como por arciprestazgos, unidades pastorales o grupos afines que ya tienen la buena costumbre de encontrarse y compartir excursiones y ocio. Cuidar la salud y el buen humor nos proporciona una vida sana, que necesitamos para desempeñar nuestro ministerio sacerdotal. Quiero referirme a dos aspectos fundamentales que el papa Francisco pone de relieve en relación a la santidad en el mundo actual. Son **la alegría y el buen humor**. El santo es capaz de vivirlo y dice que «sin perder el realismo, ilumina a los demás con un espíritu positivo y esperanzado. Ser cristianos es “gozo en el Espíritu Santo” (Rm 14,17), porque “al amor de caridad le sigue necesariamente el gozo, pues todo amante se goza en la unión con el amado [...] De ahí que la consecuencia de la caridad sea el gozo”. Hemos recibido la hermosura de su Palabra y la abrazamos “en medio de una gran tribulación, con la alegría del Espíritu Santo” (1Ts 1,6). Si

EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
adelante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

dejamos que el Señor nos saque de nuestro caparazón y nos cambie la vida, entonces podremos hacer realidad lo que pedía san Pablo: “Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos” (Flp 4,4)» (GE 122). Llega a decirlo así de claro: «El mal humor no es un signo de santidad» (GE 126). Por eso, añadimos **la audacia y el fervor**, fruto de no tener miedo porque contamos con la asistencia del Espíritu que nos empuja a anunciar el Evangelio, ya que «La parresía es sello del Espíritu, testimonio de la autenticidad del anuncio» (GE 132), audacia, entusiasmo, hablar con libertad, fervor apostólico... Cuando lo hacemos, los lugares en que estamos tiemblan, como sucedió a los Apóstoles cuando oraban juntos.

191. Contemplémonos con la misma mirada de amor de Dios. **Jesucristo ha hecho de nosotros unos sacerdotes dedicados a Dios.** La carta a los hebreos dice que somos elegidos para dedicarnos a estar presentes entre los hombres, que cada uno de nosotros está tomado de entre ellos y «destinado a oficiar a favor de los hombres ante Dios, ofreciendo dones y sacrificios por los pecados, los propios y los del pueblo, capaces de ser indulgentes con ellos, ya que ellos mismos experimentan constantemente la debilidad» (cf. He 5,1-3). Como podemos ver, se trata de un **servicio humilde**, prestado por personas que experimentan constantemente la debilidad y que no pueden apropiarse de ningún modo el honor de ser sacerdote, como Cristo, que nunca se atribuyó a sí mismo la gloria de serlo (cf. He 5,4-5). El ejemplo de Cristo acentúa todavía más el tono humilde de nuestro ministerio, dedicado totalmente a Dios. Vivimos unos momentos en los que se nos reclama insistentemente esta dedicación a Dios y al pueblo cristiano, que también habla en su nombre. Se nos pide dedicarnos de lleno a hacer realidad la misión recibida en el día de nuestra ordenación cuando –con las manos unidas a las del obispo– respondíamos afirmativamente: ¡Sí, quiero hacerlo, con la ayuda de Dios! Estamos, pues, ante una palabra que hemos dado, que nos compromete para toda la vida. Es una promesa de comunión, de fidelidad, de sinodalidad, de corresponsabilidad, de plena disponibilidad al ejercicio del ministerio sacerdotal dedicado a Dios y al servicio de los hermanos, de todo el pueblo y sin excepción de personas. Es la promesa de una **dedicación plena, total, a Jesucristo**, único sacerdote, y del que adquiere sentido el nuestro. Una dedicación que no tiene otra respuesta que el amor, a partir del que llevamos a la práctica la exhortación que el obispo nos hizo durante la ordenación diaconal al entregarnos el libro de la Palabra de Dios: Recibe el Evangelio de Cristo, del que has sido constituido mensajero; cree lo que lees, enseña lo que crees y practica lo que enseñes. Toda una propuesta para vivir

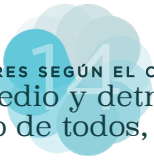


EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
¡delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

con gozo la coherencia testimonial y la dedicación total.

192. Entre tantas cosas que se podrían sugerir y que será importante que nos comuniquemos incluso en un ambiente distendido de conversación normal (lo que tendría que ser muy habitual entre nosotros), quiero subrayar una de las más importantes, que es el ejercicio de la predicación y, en concreto, la homilía. Ya he hablado de ello en otros momentos, pero quiero concretarlo en aquellos puntos básicos de los que el papa Francisco trata en *Evangelii Gaudium* ns.135-159. Como parte fundamental del ministerio de la Palabra, dice que «la predicación dentro de la liturgia requiere una seria evaluación de parte de los Pastores [...]. La **homilía** es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo. De hecho, sabemos que los fieles le dan mucha importancia; y ellos, como los mismos ministros ordenados, muchas veces sufren, unos al escuchar y otros al predicar. Es triste que así sea. La homilía puede ser realmente una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, una fuente constante de renovación y de crecimiento» (EG 135). Frases como las que siguen expresan su pensamiento y pueden ayudarnos mucho: con la palabra, nuestro Señor se ganó el corazón de la gente; se quedaban maravillados bebiendo sus enseñanzas; sentían que les hablaba como quien tiene autoridad; el que predica debe reconocer el corazón de su comunidad para buscar dónde está vivo y ardiente el deseo de Dios; la homilía no responde a la lógica de los recursos mediáticos, pero debe dar fervor y sentido a la celebración; importante la proximidad del predicador, la calidez de su tono de voz, la mansedumbre del estilo de sus frases, la alegría de sus gestos; el Señor se complace de verdad en dialogar con su pueblo y al predicador le corresponde hacer sentir este gusto del Señor a su gente; el predicador tiene la buenísima y difícil misión de unir los corazones que se aman, el del Señor y los de su pueblo; «no nos predicamos a nosotros mismos –dice san Pablo–, sino que predicamos a Cristo Jesús como el Señor, y a nosotros como vuestros servidores por Jesús» (2Co 4,5).

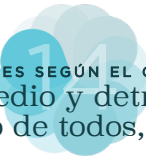
193. El papa Francisco pone mucho el acento en la **preparación de la predicación**. Quiero subrayarlo especialmente porque estamos ante una acción pastoral de la que no podemos prescindir de ninguna manera. Muchas veces me he preguntado ¿qué colectivo existe en nuestra sociedad que pueda dirigirse a miles de personas que cada semana acuden a la celebración de la Eucaristía? No solo me lo he preguntado, sino que en ciertas ocasiones diversas personas representantes de instituciones ciudadanas me han hecho ver la



EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

responsabilidad que tenemos contando con la posibilidad de dirigirnos a tanta gente. Francisco nos dice que «la preparación de la predicación es una tarea tan importante que conviene dedicarle un tiempo prolongado de estudio, oración, reflexión y creatividad pastoral [...]». Llega a afirmar que «un predicador que no se prepara no es “espiritual”; es deshonesto e irresponsable con los dones que ha recibido» (EG 145). Sigamos escuchándolo: «La preparación de la predicación requiere amor. Uno sólo le dedica un tiempo gratuito y sin prisa a las cosas o a las personas que ama; y aquí se trata de amar a Dios que ha querido hablar. A partir de ese amor, uno puede detenerse todo el tiempo que sea necesario, con una actitud de discípulo: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (EG 146). Será bueno tener presentes estas indicaciones: «Después de invocar al Espíritu, el primer paso, desde una actitud humilde, es prestar toda la atención al texto bíblico, tratar de comprender adecuadamente las palabras que leemos y descubrir cuál es su mensaje principal» (cf. EG 147). De ahí, la familiaridad con la Palabra de Dios. Fijémonos bien: «el predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo [...], prestando atención al pueblo concreto con sus signos y símbolos, y respondiendo a las cuestiones que plantea» (EG 154). «Recordemos –dice– que nunca hay que responder preguntas que nadie se hace; tampoco conviene ofrecer crónicas de la actualidad para despertar interés: para eso ya están los programas televisivos» (EG 155). San Pablo VI decía que «esperan mucho de esta predicación y sacan fruto de ella con tal que sea sencilla, clara, directa, acomodada» (EG 158, cf. EN 43). Todo ello pide adaptación al lenguaje de la gente, escuchando mucho y compartiendo su vida, prestándole una gustosa atención y procurando, al mismo tiempo, que el lenguaje sea positivo, ya que una predicación positiva siempre da esperanza, orienta hacia el futuro y no nos deja encerrados en la negatividad (cf. EG 158-159).

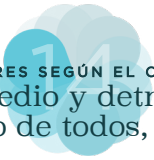
194. Termino este apartado sobre nosotros, el clero, refiriéndome de nuevo a la carta que el papa Francisco nos ha dirigido durante el verano. Lo hago para subrayar aún más cómo se acerca y se identifica con nuestros gozos y esperanzas, con nuestras tristezas y angustias. «En la medida –dice– en que seamos fieles a la voluntad de Dios, **los tiempos de purificación eclesial que vivimos nos harán más alegres y sencillos y serán, en un futuro no lejano, muy fecundos. ¡No nos desanimemos!** El señor está purificando a su Esposa y nos está convirtiendo a todos a Sí». Añade que «en momentos de tribulación, fragilidad, así como en los de debilidad y manifestación de nuestros límites, cuando la peor de todas las tentaciones es quedarse rumiando la desolación fragmentando la mirada, el juicio y el



EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
¡delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

corazón, en esos momentos es importante —hasta me animaría a decir crucial— no sólo no perder la memoria agradecida del paso del Señor por nuestra vida, la memoria de su mirada misericordiosa que nos invitó a jugárnosla por Él y por su Pueblo, sino también animarse a ponerla en práctica y con el salmista poder armar nuestro propio canto de alabanza porque “eterna es su misericordia” (Sal 135)».

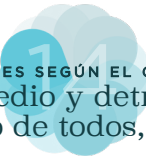
195. Y añade una larga lista de «¡gracias!» que es el reconocimiento y la valoración del ejercicio del ministerio: «Gracias por la alegría con la que han sabido entregar sus vidas. Gracias por buscar fortalecer los vínculos de fraternidad y amistad en el presbiterio y con vuestro obispo. Gracias por el testimonio de perseverancia y “aguante”. Gracias por celebrar diariamente la Eucaristía y apacentar con misericordia en el sacramento de la reconciliación. Gracias por ungir y anunciar a todos, con ardor, “a tiempo y a destiempo” el Evangelio de Jesucristo (cf. 2Tm 4,2). Gracias por las veces en que, dejándose conmover en las entrañas, han acogido a los caídos, curado sus heridas, dando calor a sus corazones, mostrando ternura y compasión como el samaritano de la parábola (cf. Lc 10,25-37). Gracias demos, también por la santidad del Pueblo fiel de Dios que somos invitados a apacentar y, a través del cual, el Señor también nos apacienta y cuida». Ser merecedores de tanto agradecimiento me mueve a la evaluación para preguntarme a mí mismo si soy suficientemente digno de ello, al mismo tiempo que quiero hacer extensivas estas «¡gracias!» a todos los que el Señor mediante la Iglesia me ha confiado.



EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
¡delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. Es esta una buena ocasión para dar un repaso a mi vida (obispo presbítero, diácono) e ir descubriendo cómo Dios me ha ido acompañando y guiando. Hagámoslo para darle gracias y entonar, como María, un canto de alabanza.
2. ¿Cómo me encuentro de ánimos en estos momentos de mi vida y, en concreto, en el ejercicio del ministerio episcopal, presbiteral y diaconal?
3. ¿Cómo me está ayudando la comunidad cristiana en este ejercicio? ¿Me siento solo o acompañado? ¿Me dejo acompañar?
4. ¿Participo con facilidad en todo aquello a que somos llamados: ejercicios espirituales, retiros de oración, encuentros de arciprestazgo o de unidades pastorales, otros encuentros con compañeros, de movimientos, etc.?
5. ¿Cuál o cuáles son las prioridades pastorales en mi vida? ¿A qué dedico prioritariamente la jornada, un día entero? ¿Cómo distribuyo el tiempo? En esta distribución, ¿pienso sobre todo en mí mismo o en los demás?



EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
¡delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

Oración

¿De qué forma podemos ser icono de tu presencia?

«Quien me ve a mí, ve al Padre» -nos dices-

y, quien me ve a mí, pastor elegido, ¿a quién ve?

Te has puesto en nuestro lugar para que lo aprendamos,

te has dirigido a Dios con gritos y lágrimas,

has aprendido en los sufrimientos lo que es obedecer,

has llegado a la plenitud de la manifestación de Dios

y te has convertido en fuente de salvación eterna para todos.

Y, respecto a nosotros, ¿qué?

Te has arrodillado para lavarnos los pies

iy nos has preguntado con todo el amor del mundo

si hemos entendido tu gesto!

Has obedecido a Dios para hacer su voluntad

y te has arrodillado para obedecernos a nosotros.

Los frutos de tu entrega generosa

han madurado y siguen madurando en el silencio,

tu Espíritu sigue llenando el universo

y lo carga de la fuerza de tu amor,

don de vida y de confianza a toda la humanidad.

Haznos servidores abnegados de este amor,

en nuestra vocación de seguidores tuyos

en el hoy y en el ahora de nuestro tiempo,

en cada misión que tenemos en el Pueblo de Dios.

Configúranos a tu imagen, Jesús sacerdote eterno,

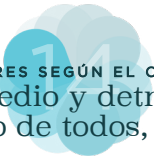
para que seamos discípulos misioneros activos,

pastores y buenos acompañantes de tu pueblo,

profetas de la Palabra y de tu Reino de amor,

transmisores de la reconciliación, el gozo y la paz,

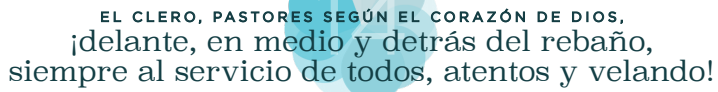
llenos de tu Espíritu, atentos a los más pobres.



EL CLERO, PASTORES SEGÚN EL CORAZÓN DE DIOS,
¡delante, en medio y detrás del rebaño,
siempre al servicio de todos, atentos y velando!

Haznos trabajadores incansables de tu Reino
con las familias, icono del amor trinitario,
con los presbíteros, tu icono, Cristo Cabeza y Pastor,
con los diáconos, artesanos de la Palabra y la Caridad,
con los religiosos y religiosas, icono del Reino que viene,
con los laicos y laicas, icono pluriforme en medio del mundo,
semilla evangélica, sal y luz, levadura y tesoro escondido,
Servidores de esta Iglesia somos,
Iglesia al servicio de todos, universal, fruto maduro.

This image shows a single page of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.



—228—

This image shows a single sheet of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.



MIRADA DE AFECTO A NUESTRO SEMINARIO Y A LA VIDA CONSAGRADA y con la implicación que quiere Jesús

El «plus» que Jesús nos pide para salir de la mediocridad y llegar a ser libres:

«Le miró con afecto y le dijo: solo te falta una cosa:
ves, vende lo que tienes y dáselo a los pobres,
y tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme»
(Mc 10,17-22)

Ante el desconcierto, dice Jesús:

«Os lo aseguro: todo el que por mí y por el Evangelio haya dejado casa,
hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o tierras,
recibirá ya en el tiempo presente cien veces más en casas, hermanos,
hermanas, madres, hijos, tierras, y también persecuciones,
y en el mundo futuro, la vida eterna. Muchos pasarán
de últimos a primeros, y de primeros a últimos»
(Mc 10,29-31)

Leer, meditar y orar el texto completo para conocer a fondo a qué nos llama Jesús.



Amemos el Seminario, es el corazón de la diócesis

196. No podemos silenciar la preocupación que genera la falta de vocaciones al ministerio sacerdotal. Por ello y valorando al máximo la realidad presente de los que integran el grupo de los que se preparan, **proyectemos una mirada de afecto y gestos de participación corresponsable en la marcha del Seminario.** Os lo pido de todo corazón. Es lo que hemos de conseguir de parte de cada cristiano, de cada comunidad parroquial y de cada movimiento evangelizador, así como de las personas concretas, presbíteros y diáconos, consagrados y consagradas, laicos y laicas de nuestra Iglesia de Mallorca. A todos nos interesa que haya vocaciones, es decir, respuestas valientes a la llamada que Dios dirige a cada uno. No tan solo nos interesa, sino que tenemos que hacer lo posible para que estas respuestas se den, después de ayudar a discernir cuando alguien se lo plantea o cuando le ayudamos a que se lo plantee.

197. El papa Francisco hace esta constatación que es bueno tener en cuenta, tanto a la hora del diagnóstico como del discernimiento vocacional: «En muchos lugares escasean las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Frecuentemente esto se debe a la ausencia en las comunidades de un fervor apostólico contagioso, lo cual no entusiasma ni suscita atractivo. **Donde hay vida, fervor, ganas de llevar a Cristo a los demás, surgen vocaciones genuinas.** Aun en parroquias donde los sacerdotes son poco entregados y alegres, es la vida fraterna y fervorosa de la comunidad la que despierta el deseo de consagrarse enteramente a Dios y a la evangelización, sobre todo si esa comunidad viva ora insistentemente por las vocaciones y se atreve a proponer a sus jóvenes un camino de especial consagración. Por otra parte, a pesar de la escasez vocacional, hoy se tiene más clara conciencia de la necesidad de una mejor selección de los candidatos al sacerdocio. No se pueden llenar los seminarios con cualquier tipo de motivaciones, y menos si éstas se relacionan con inseguridades afectivas, búsquedas de formas de poder, glorias humanas o bienestar económico» (EG 107).

198. Está claro que **la crisis de vocaciones es una crisis de vida cristiana,** y en esta dirección también tenemos que hacer lo posible para poner remedio con un compromiso formativo serio desde cualquier instancia educativa, sea en el ámbito de la Iglesia o –por la presencia de laicos y laicas cristianos– en otros espacios seculares. La llamada –que siempre viene de Dios– puede hacerse sentir en cualquier lugar, lo que importa es **crear el**



clima más favorable para que la llamada sea detectada, escuchada, meditada y respondida. «Una expresión del discernimiento –dice el papa Francisco– es el empeño por reconocer la propia vocación. Es una tarea que requiere espacios de soledad y silencio, porque se trata de una decisión muy personal que otros no pueden tomar por uno» (ChV 283). Como en todo, ello pide por parte de los adultos el acompañamiento que dedica tiempo, escucha atenta y paciente, intervenciones oportunas, como lo hace Jesús con los discípulos camino de Emaús (Lc 24, 13-35). «Esta escucha atenta y desinteresada –sigue diciendo Francisco– indica el valor que tiene la otra persona para nosotros, más allá de sus ideas y de sus elecciones de vida [...]. Esta escucha se orienta a discernir las palabras salvadoras del buen Espíritu, que nos propone la verdad del Señor, pero también las trampas del mal espíritu –sus falacias y sus seducciones–. Hay que tener la valentía, el cariño y la delicadeza necesarios para ayudar al otro a reconocer la verdad y los engaños o excusas» (cf. ChV 292-293).

199. Pido especialmente a los presbíteros que vuelvan al Seminario una mirada de afecto y de corresponsabilidad, lo cual quiere decir sentirse implicados personalmente con su marcha, tanto a la hora de detectar y hacer surgir nuevas vocaciones, como en el caminar diario de la institución, colaborando de forma efectiva con los formadores, haciendo piña a partir de las directrices dadas y ayudando a los seminaristas –en la medida que cada uno pueda por horarios y dedicación– a que tengan un buen ambiente y puedan madurar en su amor a la Iglesia diocesana, lugar donde deberán ejercer en el futuro su ministerio. Sería nefasto e impropio de un presbítero –y de cualquier miembro de la comunidad cristiana– que crease un mal ambiente contra la comunidad del Seminario, sembrando desconfianza entre las personas y enfrentamientos de mentalidades. En este sentido –como lo pediría para cualquier organismo de la diócesis–, **os pido una exquisita y leal colaboración como signo de corresponsabilidad**, a fin de arropar juntos el proyecto formativo y las personas que lo encarnan y si hay algo que decir o sugerir, que se vaya a quien corresponda. Lo piden mínimamente las normas básicas del diálogo y es lo que Jesús nos pide en relación a la corrección fraterna.

200. Por eso, tanto si el momento del planteamiento sucede en la época adolescente como si lo hace en la edad adulta, hay que hacer lo posible para tomarlo con la máxima atención, dedicación y acompañamiento. La Iglesia pide al obispo que si lo considera oportuno provea la diócesis de un Se-



minario menor o una institución semejante que acoja y acompañe los brotes vocacionales más tiernos. En nuestro caso, se trata del Seminario en familia, el cual combina la experiencia de un grupo de adolescentes que se plantean la vocación, cursan sus estudios normales, viven en casa con la familia y tienen momentos puntuales de encuentro y formación. Desde ahí se prepara la futura posible entrada al Seminario mayor. A la vez, y porque ya existe, el Seminario mayor debe constituir un espacio privilegiado de formación y vida cristiana que prepare de forma inmediata a los futuros presbíteros. No podemos perder mucho tiempo. La necesidad de presbíteros y diáconos es cada día más grande y proveer el Seminario de candidatos es urgente. Que cada cual se pregunte qué hace por las vocaciones y haga todo lo posible para que su testimonio cristiano sea contagioso y, en la medida prudente, su invitación explícita.

Las vocaciones, un diamante en bruto

201. Siguiendo las directrices actuales de la Iglesia, tenemos que decir que la atención pastoral de los fieles exige **que el presbítero tenga una sólida formación y una madurez interior**. Se espera de él que interiorice, día tras día, el espíritu evangélico por medio de una continua y personal relación de amistad con Cristo, hasta llegar a compartir sus sentimientos y su comportamiento. Se espera del futuro presbítero que, creciendo en la caridad, desarrolle una equilibrada y madura capacidad para relacionarse con el prójimo. Así de bien y de forma atractiva nos lo explica el papa Francisco: «Con el amigo hablamos, compartimos las cosas más secretas. Con Jesús también conversamos. La oración es un desafío y una aventura. ¡Y qué aventura! Permite que lo conozcamos cada vez mejor, entremos en su espesura y crezcamos en una unión siempre más fuerte. La oración nos permite contarle todo lo que nos pasa y quedarnos confiados en sus brazos, y al mismo tiempo nos regala instantes de preciosa intimidad y afecto, donde Jesús derrama en nosotros su propia vida» (ChV 155).

202. Se trata, pues, de **custodiar y cultivar las vocaciones**, para que den frutos maduros. Son un «diamante en bruto», que conviene trabajar con atención, paciencia y respeto a la conciencia de las personas, para que brillen en medio del pueblo de Dios. La formación de los sacerdotes es la continuación de un único «camino discipular», que comienza con el bautismo, se perfecciona con los demás sacramentos de la iniciación cristiana, es recorrido

como centro de la vida, en el momento del ingreso en el Seminario, y continúa durante toda la vida. Se trata de que el Seminario pueda formar discípulos y misioneros «enamorados» de Jesús, pastores «con olor de oveja», que vivan en medio del rebaño para servirlo y llevarle la misericordia de Dios. Por ello es preciso que cada sacerdote se sienta como un discípulo en camino, constantemente necesitado de una formación integral, entendida como una continua configuración con Cristo.

203. Debemos entender que **el tiempo de Seminario es un período de discernimiento** y entre todos ayudar a que lo sea (familia, obispo, formadores, profesores, compañeros, sacerdotes, parroquia...). La formación sacerdotal es un camino de transformación que renueva el corazón y la mente de la persona, para que pueda «discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, agradable a Dios y perfecto» (Rm 12,2). Por otra parte, el gradual crecimiento interior en el proceso formativo tiene que tender a hacer del futuro presbítero el «hombre del discernimiento», capaz de interpretar la realidad de la vida humana a la luz del Espíritu, y así escoger, decidir y actuar a la luz de la voluntad divina. El primer ámbito del discernimiento es la vida personal. Discernir evangélicamente la propia vida significa cultivar diariamente un profundo estilo espiritual, que permita acogerla e interpretarla con plena responsabilidad y creciente confianza en Dios, orientando el corazón cada día hacia Él. Hay que añadir, aún, que este camino de autenticidad en sí mismo exige una cuidada atención a la propia interioridad mediante la oración personal, la dirección espiritual, el contacto cotidiano con la Palabra de Dios, la lectura creyente de la vida sacerdotal, en unión con los demás presbíteros y con el obispo, y los instrumentos que sirven para crecer en las virtudes de la prudencia y del juicio. Es un «mirar hacia dentro» y una percepción espiritual de conjunto que impregna la vida y el ministerio en su totalidad.

204. Esta reflexión es solo una cata para que todo el mundo pueda conocer lo que se hace en el Seminario y podamos contribuir con nuestra plegaria, con sugerencias y cooperación generosa, a que haya vocaciones. Recuerdo muy bien las palabras del obispo Miquel Moncadas en el día de nuestra ordenación sacerdotal cuando en la homilía hizo referencia al poema del ilustre hijo de Pollença y siervo de Dios Mn. Miquel Costa i Llobera *El pi de Formentor*, un mensaje lleno de humanidad y de propuesta espiritual que nos aplicaba a nosotros y nos decía que teníamos que ser como aquel árbol:

«Mon cor estima un arbre! Més vell que l'olivera,



més poderós que el roure, més verd que el taronger;
conserva de ses fulles l'eterna primavera
i lluita amb les ventades que tupen la ribera,
que cruixen lo terror.

No guaita per ses fulles la flor enamorada;
no va la fontanella ses ombres a besar;
mes Déu ungi d'aroma sa testa consagrada,
i li donà per terra l'esquerpa serralada,
per font la immensa mar.

Quan lluny, damunt les ones, reneix la llum divina,
no canta per ses branques l'aucell que encaptivam;
el crit sublim escolta de l'àguila marina
o del voltor que puja sent l'ala gegantina
remoure son fullam.

Del llim d'aquesta terra sa vida no sustenta;
revincla per ses soques sa poderosa rel;
té pluges i rosades i vents i llum ardenta
i, com un vell profeta, rep vida i s'alimenta
de les amors del cel.

Arbre sublim! Del geni n'és ell la viva imatge,
domina les muntanyes i aguaita l'infinit;
per ell la terra és dura, mes besa son ramatge
el cel que l'enamora, i té el llamp i l'oratge
per gloria i per delit.

Oh sí! Que quan a lloure bramulen les ventades
i sembla entre l'escuma que tombi el seu penyal,
llavors ell riu i canta més fort que les onades
i, vencedor, espolsa damunt les nuvolades
sa cabellera reial.

Arbre mon cor t'enveja. Sobre la terra impura,
com a penyora santa duré jo el teu record.
Lluitar constant i vèncer, regnar sobre l'altura
i alimentar-se i viure de cel i de llum pura...
Oh vida! Oh noble sort!

Amunt ànima forta! Traspassa la boirada
i arrela dins l'altura com l'arbre dels penyals.
Veuràs caure a tes plantes la mar del món irada
i tes cançons tranquil·les aniran per la ventada
com l'au dels temporals».⁴

El obispo Miquel Moncadas nos pedía que nos viésemos reflejados en este árbol, que fuésemos sacerdotes a todo terreno y para toda la vida, dispuestos a cualquier tarea, sencillos y fuertes a la vez, viviendo nuestro sacerdocio las veinticuatro horas del día, entre la gente y ante el Santísimo, enamorados de Jesús y de nuestro pueblo, amplio, desconcertante y diverso, pero pueblo al que teníamos que amar hasta dar la vida por él, como Jesús. Yo me pregunto: ¿a cuántos jóvenes hacemos participar de este gozo?, ¿a cuántos jóvenes, nosotros, sacerdotes y diáconos, ayudamos a despertar una vocación que tal vez está adormecida?, ¿a cuántos podemos ayudar a suscitara? Hago una **llamada a la participación en todo lo que se organiza en el Seminario**, inicio de curso y clausura, fiesta patronal, institución de ministerios, ordenaciones, etc. Es la casa de todos, la casa de formación de los que han de servir a la comunidad cristiana, la Iglesia. Apoyémosla con presencia, empatía, colaboración y plegaria.

«Cuando Dios llama a una vocación para toda la vida,

⁴ «Hay en mi tierra un árbol que el corazón venera: / de cedro es su ramaje, de césped su verdor; / anida entre sus hojas perenne primavera, / y arrostra los turbiones que azotan la ribera, / añoso luchador. / No asoma por sus ramas la flor enamorada, / no va la fuentecilla sus plantas a besar; / mas bñase en aromas su frente consagrada, / y tiene por terreno la costa acantilada, / por fuente el hondo mar. / Al ver sobre las olas rayar la luz divina, / no escucha débil trino que al hombre da placer; / el grito oye salvaje del águila marina, o siente el ala enorme que el vendaval domina / su copa estremecer. / Del limo de la tierra no toma vil sustento; / retuerce sus raíces en duro peñascal. / Bebe rocío y lluvias, radiosa luz y viento; y cual viejo profeta recibe el alimento / de efluvio celestial. / ¡Árbol sublime! Enseña de vida que adivino, / la inmensidad augusta domina por doquier. / Si dura le es la tierra, celeste su destino / le encanta, y aún le sirven el trueno y torbellino / de gloria y de placer. / ¡Oh sí!, que cuando libres asaltan la ribera / los vientos y las olas con hórrido fragor, / entonces ríe y canta con la borrasca fiera, / y sobre rotas nubes la augusta cabellera / sacude triunfador. / ¡Árbol, tu suerte envidio! Sobre la tierra impura / de un ideal sagrado la cifra en ti he de ver. / Luchar, vencer constante, mirar desde la altura / vivir y alimentarse de cielo y de luz pura... / ¡Oh vida, oh noble ser! / ¡Arriba, oh alma fuerte! Desdeña el lodo inmundo, / y en las austeras cumbres arraiga con afán. / Verás al pie estrellarse las olas de este mundo, / y libres como alciones sobre ese mar profundo / tus cantos volarán» (Versión del propio autor).

invita a entrar en ella para siempre.

Si surgen obstáculos, nos sorprenderemos rezando:

“Espíritu Santo, tú eres el guardián de una vocación para toda la vida,
haz que no me pare en el camino”.

¿Surgirá una duda? El deseo de Dios no se desvanece por ello.

Cuatro siglos después de Cristo, un creyente escribía con certeza:

“Si tú deseas ver a Dios, ya tienes fe...”.

Si tenemos el deseo de acoger la presencia de Dios,
en lo más profundo del ser se enciende una llama.

¿Será esta llama de amor solo un pálido resplandor?

Lo sorprendente es que resplandece siempre.

Muy interior, esta llama permite atravesar
las largas noches poco iluminadas.

Y se realiza en nosotros como un cambio profundo...

El Evangelio transforma nuestra vida y nuestro corazón»

(de la Carta de Taizé 1997)

El don de la vida consagrada: una profecía de radicalidad evangélica

205. La vida consagrada es un don para la Iglesia, y lo es en la Iglesia particular, —en nuestro caso la Iglesia que peregrina en Mallorca— donde todavía se percibe más la riqueza espiritual de su presencia evangélica. Siempre tendremos que agradecer este don que Dios nos regala a través de personas que han entregado toda su vida a servir a los hermanos desde los diversos carismas de los que la historia es testimonio y da constante noticia. Vuestra presencia mediante la vida contemplativa, activos y activas en los campos de la educación y la sanidad, especialmente con la atención a los más pobres, entre ellos los enfermos, los niños y los ancianos, es presencia del Señor encarnada en tantas realidades humanas que necesitan acogida, compasión, remedio y acompañamiento.

206. «Las personas consagradas, quienes por la consagración «siguen al Señor de manera especial, de modo profético»,^[4] son llamadas a descubrir los signos de la presencia de Dios en la vida cotidiana, a ser sapientes interlocutores capaces de reconocer los interrogantes que Dios y la humanidad nos plantean. Para cada consagrado y consagrada el gran desafío consiste en la **capacidad de seguir buscando a Dios con los ojos de la**

fe en un mundo que ignora su presencia, volviendo a proponer al hombre y a la mujer de hoy la vida casta, pobre y obediente de Jesús como signo creíble y fiable, llegando a ser de esta forma, «exégesis viva de la Palabra de Dios. Desde el nacimiento de la vida de especial consagración en la Iglesia, hombres y mujeres, llamados por Dios y enamorados de él, han vivido su existencia totalmente orientados hacia la búsqueda de su rostro, deseosos de encontrar y contemplar a Dios en el corazón del mundo» (papa Francisco, *Vultum Dei quaerere*, 2).

207. Ya hemos tenido ocasión de vernos en algunos **encuentros específicos de vida consagrada** y en la participación en las celebraciones de cariz diocesano, así como en las visitas que he podido realizar a cada comunidad compartiendo Eucaristía, oración y mesa, además de la visita canónica a las comunidades de vida contemplativa. Debemos pedir al Señor que nos mantenga siempre así, unidos y compartiendo con gozo una misma misión que hoy tenemos que ejercer desde **la especificidad del propio carisma fundacional, pero atentos a la realidad que cada día más nos pide nuevas respuestas** a los retos que se nos presentan. Por razón de la edad, sois un número muy elevado los religiosos y religiosas –tanto de vida contemplativa como de vida activa– que ya no podéis dedicaros de lleno a lo que habíais hecho toda la vida, pero tened presente que necesitamos mucho de vosotros, de vuestra experiencia, de vuestra plegaria, de vuestra alegría, y sobre todo de vuestro testimonio de radicalidad evangélica. Son de una gran ternura aquellas palabras del papa Francisco cuando dice que le gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente y cita expresamente a «las religiosas ancianas que siguen sonriendo» (GE 7) y lo coloca en el contexto de la santidad de la Iglesia militante, que muchas veces –dice– es la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad».

208. Tengo muy presentes, tanto individualmente como en comunidad, **a los religiosos y religiosas que habéis salido de nuestra tierra**, de vuestra y nuestra Mallorca, haciéndoos misioneros y misioneras, para ir a lugares lejanos a servir a los más pobres y llevarles la buena nueva del Evangelio. Sois los que habéis llevado a cabo, entregando toda la vida, el encargo de Jesús del «¡Id!», dejándolo todo para ser la Iglesia en salida que el papa Francisco nos está pidiendo que hagamos realidad, la Mallorca misionera que se hace presente en tierras lejanas. Nos sentimos muy unidos e identificados

MIRADA DE AFECTO A NUESTRO SEMINARIO Y A LA VIDA CONSAGRADA,
y con la implicación que quiere Jesús

con vuestra tarea misionera, porque sois un ejemplo para los que —en circunstancias no fáciles— hemos de seguir anunciando aquí el Evangelio y sobre todo ayudando a construir Iglesia y a vivirlo. Os pedimos que nos acompañéis con vuestra oración, como nosotros hacemos también por vosotros, al mismo tiempo que no queremos desfallecer en el esfuerzo de suscitar nuevas vocaciones misioneras. Las palabras del papa Francisco «la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad» nos mueven a crecer siempre.

Cuestionario
para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. ¿Qué hago personalmente o con otros para suscitar vocaciones al sacerdocio y al diaconado? Preguntémonos, aún, ¿qué tendríamos que hacer y no hacemos?
2. ¿Qué espero o qué esperamos del sacerdote, hoy? ¿En qué creemos que los sacerdotes tienen que estar bien preparados?
3. ¿Qué hacer para favorecer las vocaciones al ministerio sacerdotal, al diaconado, a la vida consagrada y las vocaciones laicales? Preguntémonos también ¿qué tendríamos que hacer y no hacemos?
4. ¿Qué valoración hacemos de la vida consagrada y qué apoyo le damos? ¿Conocemos las congregaciones que hay en nuestra diócesis?
5. ¿Qué pensamos de la vida contemplativa y cómo la valoramos? ¿Qué comunidades hay en Mallorca y cuántas conocemos? ¿Hemos participado alguna vez en su oración?



Oración

Es importante estar disponible a lo que el Señor disponga, al hágase tu voluntad. Son muchas las ocasiones en que se me pone delante la plegaria confiada del beato Charles de Foucauld. ¡Recémosla!

«Padre, me pongo en tus manos,
Haz de mí lo que te plazca.
Por todo lo que harás de mí,
te doy gracias.

Estoy dispuesto a todo, lo acepto todo,
mientras se haga tu voluntad
en mí y en todas las criaturas.

Pongo mi alma en tus manos,
te la doy, Dios mío,
con todo el amor de mi corazón,
porque te amo.

Es una exigencia de mi amor el darme,
ponerme sin medida en tus manos,
con infinita confianza,
porque Tú eres mi Padre».



—243—



—244—



—245—



LA ALEGRÍA DEL AMOR: el matrimonio cristiano

Estas son las palabras de Jesús en el Evangelio mostrando el objetivo y el valor de la fidelidad:

«¿No habéis leído que los creó,
desde el principio los hizo hombre y mujer, y dijo:
por eso el esposo dejará a su padre y a su madre
y se unirá a su esposa, y serán los dos una sola carne?
Por tanto, lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre»
(Mt 19,4-6)

Jesús ha introducido como emblema de sus discípulos la ley del amor y de la donación de sí mismo:

«Nadie tiene más amor que el que da la vida por sus amigos»
(Mt 22,39 y Jn 13,34)

Leer, meditar y orar estos textos para conocer a fondo a qué llama Jesús.

Celebrar y vivir el matrimonio cristiano: una vocación a recuperar y promocionar

209. Hace más de cincuenta años que el Concilio Vaticano II realizaba una llamada a **fomentar la dignidad del matrimonio y la familia** con estas palabras: «El bienestar de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligado a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar. Por eso los cristianos, junto con todos lo que tienen en gran estima a esta comunidad, se alegran sinceramente de los varios medios que permiten hoy a los hombres avanzar en el fomento de esta comunidad de amor y en el respeto a la vida y que ayudan a los esposos y padres en el cumplimiento de su excelsa misión; de ellos esperan, además, los mejores resultados y se afanan por promoverlos» (GS 47). ¿Qué ha sucedido en muchas familias durante estos últimos cincuenta años? ¿Progreso o retroceso? ¿Avance en la fidelidad o ruptura? Seguramente son muchas las causas de unas situaciones y otras, pero no podemos pasar de largo ante esta realidad que afecta a muchas de nuestras familias. El papa Francisco y con él toda la Iglesia a través del sínodo de la familia y su constante magisterio está manifestando una gran sensibilidad para que la familia sea realmente lo que debe ser: una comunidad de vida y de amor.

210. «Recuerdo –dice el papa Francisco– que de ninguna manera la Iglesia debe renunciar a **proponer el ideal pleno del matrimonio**, el proyecto de Dios en toda su grandeza: Es preciso alentar a los jóvenes bautizados a no dudar ante la riqueza que el sacramento del matrimonio procura a sus proyectos de amor, con la fuerza del sostén que reciben de la gracia de Cristo y de la posibilidad de participar plenamente en la vida de la Iglesia. La tibieza, cualquier forma de relativismo, o un excesivo respeto a la hora de proponerlo, serían una falta de fidelidad al Evangelio y también una falta de amor de la Iglesia hacia los mismos jóvenes. Comprender las situaciones excepcionales nunca implica ocultar la luz del ideal más pleno ni proponer menos que lo que Jesús ofrece al ser humano. Hoy, más importante que una pastoral de los fracasos es el esfuerzo pastoral para consolidar los matrimonios y así prevenir las rupturas» (AL 307).

211. Recuperar y promocionar el matrimonio como vocación cristiana nos ha de llevar a un serio planteamiento y a una delicada comprensión del conjunto de la vida familiar, de forma especial debido a todo lo que se vive de destrucción de los vínculos, de diversidad de formas de

convivencia, de fragilidad en los compromisos contraídos. Cuando el Sínodo con gran realismo se ha referido a distintas situaciones de fragilidad o imperfección, el papa Francisco dice al respecto: «quiero recordar aquí algo que he querido plantear con claridad a toda la Iglesia para que no equivoquemos el camino: “Dos lógicas recorren toda la historia de la Iglesia: marginar y reintegrar [...] El camino de la Iglesia, desde el concilio de Jerusalén en adelante, es siempre el camino de Jesús, el de la misericordia y de la integración [...] El camino de la Iglesia es el de no condenar a nadie para siempre y difundir la misericordia de Dios a todas las personas que la piden con corazón sincero [...] Porque la caridad verdadera siempre es inmerecida, incondicional y gratuita”. Entonces, “hay que evitar los juicios que no toman en cuenta la complejidad de las diversas situaciones, y hay que estar atentos al modo en que las personas viven y sufren a causa de su condición”» (AL 296).

Después del amor que nos une a Dios, el amor conyugal es la máxima amistad

212. La constatación del descenso del número de celebraciones del sacramento del matrimonio en nuestras parroquias, además de preocuparnos, nos hace pensar en la gravedad de esta crisis de vida cristiana. Ciertamente que el fenómeno se enmarca en el conjunto de una crisis más amplia que vive toda la sociedad debido al crecimiento del secularismo, la indiferencia religiosa, la pérdida del sentido de lo sagrado y la dificultad de asumir compromisos a largo plazo o para toda la vida. No obstante, la pregunta es obligada: ¿Qué hemos hecho? ¿Qué proceso de educación cristiana se ha dado? ¿Cómo se ha ayudado a madurar en la fe? ¿Qué continuidad ha quedado asegurada en los diferentes momentos de crecimiento cristiano? ¿Qué preparación para ayudar a entender el matrimonio como vocación al amor, como signo visible del amor de Dios?

213. «Después del amor que nos une a Dios, el amor conyugal es la “máxima amistad”. Es una unión que tiene todas las características de una buena amistad: búsqueda del bien del otro, reciprocidad, intimidad, ternura, estabilidad, y una semejanza entre los amigos que se va construyendo con la vida compartida. Pero el matrimonio agrega a todo ello una exclusividad indisoluble, que se expresa en el proyecto estable de compartir y construir juntos toda la existencia. Seamos sinceros y reconozcamos las señales de la realidad: quien está enamorado no se plantea que esa relación pueda

ser sólo por un tiempo; quien vive intensamente la alegría de casarse no está pensando en algo pasajero; quienes acompañan la celebración de una unión llena de amor, aunque frágil, esperan que pueda perdurar en el tiempo; los hijos no sólo quieren que sus padres se amen, sino también que sean fieles y sigan siempre juntos. Estos y otros signos muestran que en la naturaleza misma del amor conyugal está la apertura a lo definitivo. La unión que cristaliza en la promesa matrimonial para siempre, es más que una formalidad social o una tradición, porque arraiga en las inclinaciones espontáneas de la persona humana. Y, para los creyentes, es una alianza ante Dios que reclama fidelidad» (AL 123). El matrimonio cristiano, pues, es **una vocación a recuperar y promocionar**.

**En la prosperidad y en la adversidad,
en la salud y en la enfermedad, ¡todos los días de la vida!**

214. Cuando con un cierto tono ligero, a veces incluso despectivo, se habla de la familia que llaman tradicional, muchos cristianos se han echado atrás cediendo a las premisas de una vida familiar que no tiene consistencia y luego el resultado es evidente. Optar por un compromiso para toda la vida no se ha entendido ni vivido como un acto de plena libertad, sino más bien como un riesgo que no se quiere correr, también –se dice– como un tiempo de prueba. Hay miedo, cobardía, indecisión, aspectos propios de una personalidad inmadura que jamás hará nada en la vida. No se trata de la familia tradicional en los términos en que de ella se habla, sino de la familia cristiana, que tiene su referente en Dios que es Amor y quiere ser su signo visible, su sacramento, al mismo tiempo que se propone ser en medio del mundo una comunidad familiar estable, donde aprendemos a vivir, a amar, a trabajar, a relacionarnos socialmente, a servir, a darse; en definitiva, a ser la célula fundamental que hace posible que la sociedad exista y, en cristiano, sea la Iglesia doméstica en la que todo el dinamismo eclesial se haga presente.

215. En el nuevo organigrama diocesano aparecen distintos servicios dirigidos a la familia y, en concreto, a los matrimonios cristianos, desde la iniciación cristiana hasta los movimientos de espiritualidad matrimonial y todo lo que en este sentido podamos hacer y ayude a los esposos a vivir el sentido cristiano de su matrimonio y de la familia. En este sentido, tendremos que pensar cómo dar más respuesta a esta espiritualidad proponiendo

nuevas realidades de atención. Aprovechémoslo todo. Los presbíteros y diáconos optemos por acompañar como consiliarios a las familias, haciéndonos presentes y promocionando todo tipo de encuentro, animados por una voluntad de formación y constante espíritu de plegaria. **Tenemos que hacer que la familia sea realmente el motor de un nuevo tipo de sociedad**, donde la relación humana y la estima, el diálogo, la comprensión y el perdón sean su fundamento. También este es camino de santidad. También ahí el papa Francisco dice que le gusta ver la santidad «en los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa...» (GE 7).

216. Refiriéndonos a la **preparación al matrimonio**, «tanto la preparación próxima como el acompañamiento más prolongado, deben asegurar que los novios no vean el casamiento como el final del camino, sino que asuman el matrimonio como una vocación que los lanza hacia adelante, con la firme y realista decisión de atravesar juntos todas las pruebas y momentos difíciles. La pastoral prematrimonial y la pastoral matrimonial deben ser ante todo una pastoral del vínculo, donde se aporten elementos que ayuden tanto a madurar el amor como a superar los momentos duros [...]. Todo esto configura una **pedagogía del amor** que no puede ignorar la sensibilidad actual de los jóvenes, en orden a movilizarlos interiormente. A su vez, en la preparación de los novios, debe ser posible indicarles lugares y personas, consultorías o familias disponibles, donde puedan acudir en busca de ayuda cuando surjan dificultades. Pero nunca hay que olvidar la propuesta de la Reconciliación sacramental, que permite colocar los pecados y los errores de la vida pasada, y de la misma relación, bajo el influjo del perdón misericordioso de Dios y de su fuerza sanadora» (AL 211). En nuestra diócesis de Mallorca, ya están constituidos estos grupos de preparación, seguimiento y ayuda. Conviene contactar con el Secretariado de Pastoral familiar donde está toda la información. Os aconsejo profundizar todo el capítulo VI de la exhortación *Amoris laetitia*, donde encontraréis la profundización sobre «algunas perspectivas pastorales» que pueden ayudar a un buen vademécum de actuación en el momento actual.

Acompañar, discernir e integrar la fragilidad humana

217. Merece un tratamiento especial, para la buena ayuda a la familia que debe llevar a cabo la comunidad cristiana, todo lo que se refiere a la acción pastoral de **acompañar, discernir e integrar la fragilidad**. La referencia es

todo el capítulo VIII de la citada exhortación apostólica 'La alegría del amor'. Hay que tener presente que «aunque siempre propone la perfección e invita a una respuesta más plena a Dios, la Iglesia debe acompañar con atención y cuidado a sus hijos más frágiles, marcados por el amor herido y extraviado, dándoles de nuevo confianza y esperanza, como la luz del faro de un puerto o de una antorcha llevada en medio de la gente para iluminar a quienes han perdido el rumbo o se encuentran en medio de la tempestad. No olvidemos que, a menudo, la tarea de la Iglesia se asemeja a la de un hospital de campaña» (AL 291). El papa Francisco habla de la ley de gradualidad, a la que ya se refería san Juan Pablo II, con la conciencia de que el ser humano «conoce, ama y realiza el bien moral según diversas etapas de crecimiento». Se trata de «una gradualidad en el ejercicio prudencial de los actos libres en sujetos que no están en condiciones sea de comprender, de valorar o de practicar plenamente las exigencias objetivas de la ley. Porque la ley es también don de Dios que indica el camino, don para todos sin excepción que se puede vivir con la fuerza de la gracia, aunque cada ser humano avanza gradualmente con la progresiva integración de los dones de Dios y de las exigencias de su amor definitivo y absoluto en toda la vida personal y social» (AL 295).

218. En plena comunión con la Iglesia, quiero manifestar el profundo deseo de que nuestras comunidades parroquiales y cualquier organismo eclesial tengan una **exquisita actitud de acogida y buen trato de todo lo que es el ámbito familiar**, esposos y familias. Más aún, lo digo de forma especial para los que pasan por más dificultades debido a problemas de todo tipo y debido a cualquier tipo de ruptura. Este es un reto pastoral importante y que pide respuestas constantes, lo cual exige que se nos encuentre, que procuremos el tratamiento adecuado y que sepamos orientar hacia dónde pueden encontrarse caminos de solución. Muchos viven situaciones muy delicadas que han de tratarse con el máximo respeto y discreción.

219. Si nos referimos a la **participación en la vida de la comunidad**, nos dice el papa Francisco que «se debe ayudar a cada uno a encontrar su propia manera de participar en la comunidad eclesial, para que se sienta objeto de una misericordia "inmerecida, incondicional y gratuita". Nadie puede ser condenado para siempre, porque esa no es la lógica del Evangelio. No me refiero sólo a los divorciados en nueva unión sino a todos, en cualquier situación en que se encuentren. Obviamente, si alguien ostenta un pecado objetivo como si fuese parte del ideal cristiano, o quiere imponer algo diferente a lo que enseña la Iglesia, no puede pretender dar catequesis

o predicar, y en ese sentido hay algo que lo separa de la comunidad (cf. Mt 18,17). Necesita volver a escuchar el anuncio del Evangelio y la invitación a la conversión. Pero aun para él puede haber alguna manera de participar en la vida de la comunidad, sea en tareas sociales, en reuniones de oración o de la manera que sugiera su propia iniciativa, junto con el discernimiento del pastor. Acerca del modo de tratar las diversas situaciones llamadas “irregulares”, los Padres sinodales alcanzaron un consenso general, que sostengo: “Respecto a un enfoque pastoral dirigido a las personas que han contraído matrimonio civil, que son divorciados y vueltos a casar, o que simplemente conviven, compete a la Iglesia revelarles la divina pedagogía de la gracia en sus vidas y ayudarles a alcanzar la plenitud del designio que Dios tiene para ellos”, siempre posible con la fuerza del Espíritu Santo» (AL 297). Por la complejidad del tema y para que se pueda reflexionar y comentar de forma completa, me remito nuevamente —como ya lo he hecho antes— a la lectura detallada de todo el capítulo VIII de la exhortación *Amoris laetitia* y sacar de ahí consecuencias muy concretas para una correcta actuación pastoral y ayudando a crear una corriente de opinión que beneficie a todos de cara a una auténtica integración eclesial, ya que nadie debe sentirse excluido.

1Co 13,1-8: El camino incomparable del amor

«Si yo hablase las lenguas de los hombres y de los ángeles, pero no amase, sería como las campanas que tañen o los címbalos que tintinean. Si tuviese el don de profecía y penetrase todos los designios ocultos de Dios y todo el conocimiento, si tuviese tanta fe que pudiese mover montañas, pero no amase, no sería nada.

Si repartiese todos mis bienes a los pobres, incluso si me vendiese a mí mismo como esclavo y tuviese un motivo de gloria, pero no amase, no me serviría de nada.

El que ama es paciente, es bondadoso; el que ama no tiene envidia, no es presumido ni orgulloso, no es grosero ni egoísta, no se irrita ni se venga; no se alegra de la mentira, sino que se goza en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. ¡El amor no pasará jamás!»

Cuestionario
para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. Como cristianos, ¿qué ambiente percibimos en nuestro entorno sobre la valoración de la familia? ¿Goza de buena salud? Comentémoslo y describámoslo.
2. ¿Qué problemas más graves estamos constatando que no tienen solución y cuáles vemos que la tienen? ¿Qué está en nuestra mano para ayudar? ¿Qué papel es el de la Iglesia?
3. La familia es la institución más valorada, ¿por qué? ¿Cuáles son los principales valores que vemos en ella y tenemos que defender?
4. En estos momentos, el matrimonio cristiano está a la baja en cuanto a su dimensión sacramental. Son pocas las parejas que celebran el matrimonio cristiano. Vemos las consecuencias, pero, ¿cuáles son las causas? ¿Qué hacer —a nivel personal y comunitario— para su recuperación y promoción?
5. ¿Creemos en la fuerza de la gracia de Dios que se recibe en el sacramento del matrimonio? ¿Cómo ayudar a los esposos a entender que casarse por la Iglesia es querer ser signos visibles del amor de Dios en nuestra sociedad, confiando plenamente en la ayuda que proviene del sacramento?

Oración

Nos unimos a toda la Iglesia en la plegaria con la que el papa Francisco concluye su exhortación apostólica *Amoris laetitia* o 'La alegría del amor' y que nos pone en consonancia con el modelo de familia para los cristianos, la Familia de Nazaret.

Jesús, María y José
en vosotros contemplamos
el esplendor del verdadero amor,
a vosotros, confiados, nos dirigimos.

Santa Familia de Nazaret,
haz también de nuestras familias
lugar de comunión y cenáculo de oración,
auténticas escuelas del Evangelio
y pequeñas iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret,
que nunca más haya en las familias episodios
de violencia, de cerrazón y división;
que quien haya sido herido o escandalizado
sea pronto consolado y curado.

Santa Familia de Nazaret,
haz tomar conciencia a todos
del carácter sagrado e inviolable de la familia,
de su belleza en el proyecto de Dios.

Jesús, María y José,
escuchad, acoged nuestra súplica.
Amén.



—256—



—257—



EVANGELIZADORES CON ESPÍRITU, que oran y trabajan llenos de confianza

«Anímate y ven, que Jesús te llama»
(Jn 1,35-51)

Leer, meditar y orar con todo el texto. ¿A quién hemos de animar y decirle «Jesús te llama»?

«¡Paz a vosotros! Como el Padre me ha enviado a mí,
también yo os envío a vosotros.
Después exhaló su aliento sobre ellos y les dijo:
¡Recibid el Espíritu Santo!»
(Jn 20,21-22)

El envío que nosotros, los bautizados, hemos recibido es la consecuencia del suyo, recibido del Padre.

«Los Doce se fueron y predicaban a la gente que se convirtiesen.
Sacaban muchos demonios y curaban muchos enfermos,
ungiendo los con aceite»
(Mc 6,12-13)

¿Dónde nos dirigimos nosotros? ¿De qué manera podemos organizarnos?

La Iglesia nos pide que seamos evangelizadores con Espíritu

220. Eso quiere decir «evangelizadores que se abren sin temor a la acción del Espíritu» (EG 259), **«evangelizadores que oran y trabajan»** (EG 262). Esta propuesta demanda plena confianza en la fortaleza interior que –junto con los demás dones– el Espíritu nos regala, con ellos nos fortalece y acompaña. «El Espíritu Santo, además, infunde la fuerza para anunciar la novedad del Evangelio con audacia, en voz alta y en todo tiempo y lugar, incluso a contracorriente» (EG 259). El Espíritu Santo nos ayuda en todo: desde hacer posible nuestra relación con Dios hasta capacitarnos para tratarlos entre nosotros de una manera totalmente nueva. Son los signos de vida que pone a nuestro alcance y nos abre el corazón a una transparencia que hará posible el testimonio cristiano tantas veces anunciado como fundamental en la Iglesia. Es importante profundizar en el sentido de los siete dones del Espíritu Santo, que son la manifestación de su acción evangélicamente transformadora entre nosotros: sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad y temor o reverencia por el Señor.

221. La sugerencia todavía es más concreta cuando nos dice que le invoquemos hoy, «bien apoyados en la oración, sin la cual toda acción corre el riesgo de quedarse vacía y el anuncio finalmente carece de alma. Jesús quiere evangelizadores que anuncien la Buena Noticia no sólo con palabras sino sobre todo con una vida que se ha transfigurado en la presencia de Dios». Este es el **presupuesto necesario para lanzarnos con confianza e ilusión al trabajo pastoral**. Hay mucho por hacer. Las dificultades, las conocemos, las que nos vienen de dentro y las que nos llegan de fuera. También las personales que cada uno tiene que vencer y reconvertir en virtudes. Jesús llama a cualquier hora y nos quiere disponibles e ilusionados porque cuenta con nosotros y espera una respuesta generosa. Nos llama como a aquellos jornaleros de la parábola, llamados a trabajar a la viña, y a los que pide que le reconozcan como justo y generoso a la vez, evitando cualquier tipo de competitividad y celos por haber sido llamados en tiempos diferentes y no haber trabajado las mismas horas (cf. Mt 20,1-16). Trabajo, hay para todos y mucho. El problema viene cuando no queremos trabajar y buscamos todas las excusas del mundo. Esta reacción, a veces también frecuente, Jesús la prevé en otra parábola, la que se refiere a la **exigencia del seguimiento** (cf. Mt 9,57-62), en que lo pide de forma radical, sin excusas ni condiciones. Por eso, Jesús, al final dice: «Nadie que mira atrás cuando ya tiene la mano

en el arado es bueno para el Reino de Dios». No quiere adhesiones a medias y lo espera todo de aquel y de aquella a quienes llama a trabajar.

222. Por ello, pongamos **espíritu, audacia, gozo y perseverancia**. Tenemos delante un campo inmenso para dedicarnos a él. Cada uno tiene que saber cuál es su lugar, su responsabilidad y no ha de hacer falta esperar a que alguien le diga lo que tiene que hacer. Con el Evangelio en la mano y en el corazón podemos arriesgarnos del todo porque Jesús nos ha prometido que «estará con nosotros cada día hasta el fin del mundo» (cf. Mt 28,20) y lo que promete lo cumple. Este es también momento de sentirnos alentados por los que nos han precedido, tantos testigos, personas sencillas, hombres y mujeres de casa, que han inundado nuestra tierra mallorquina con su santidad, hechos testimonios de amor. «Es sano —recuerda el papa Francisco— acordarse de los primeros cristianos y de tantos hermanos a lo largo de la historia que estuvieron cargados de alegría, llenos de coraje, incansables en el anuncio y capaces de una gran resistencia activa» (EG 263).

223. No digamos que nuestra época es más difícil que otras, sencillamente es distinta y a nosotros nos corresponde la respuesta. «Urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás» (EG 264). No podemos vivir nostálgicos ni con añoranza de otros tiempos y costumbres. El papa Francisco insiste en que «la pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del “siempre se ha hecho así”». Por eso nos invita a «ser audaces y creativos en esta tarea de repensar los objetivos, las estructuras, el estilo y los métodos evangelizadores de las propias comunidades» (EG 33).

224. El trabajo es de todos y para todos. Llevémoslo a la reflexión, al intercambio entre personas y en los grupos, a la oración personal y compartida. Tantos son los grupos que hay de Revisión de vida, de Estudio de Evangelio, de Lectio divina, de catequesis de adultos y variedad de grupos de jóvenes de parroquias y movimientos, grupos de sacerdotes y laicos de Palma y Part Forana, comunidades de vida consagrada... Sintámonos integrados en la única Iglesia de Jesús, donde el bautismo nos confiere la misma dignidad de hijos e hijas de Dios, abiertos a acoger a cualquier persona venga de donde venga, ya que, según el Evangelio, nadie es forastero entre nosotros.

225. No nos pongamos etiquetas ni nos encerremos en grupos selectos, pensando que somos los buenos y que los demás no lo hacen bien, eliminemos prejuicios y desterremos actitudes sectarias. Hablemos bien los unos de los otros, edifiquémonos mutuamente. No digamos «yo soy de aquel o del otro», si lo hiciéramos, dividiríamos el Cuerpo y separaríamos de él a Jesucristo, que es la Cabeza que le da vida, unidad y consistencia, Él, que también ha dicho «Yo soy la Cepa y vosotros los sarmientos» (cf. Jn 15,5). Busquémonos para compartir el gozo que da la fe y tantas actividades cristianas de anuncio, celebración y caridad que organizamos. Debemos velar para que nuestro cristianismo sea «cristiano», es decir, que tenga a Jesucristo en el centro de todo y que sea solo Él el que señale el norte de todo pensamiento y actuación. Todo lo que son mediaciones tratémoslo como mediaciones, es decir, como medios que han de llevar a Jesucristo y no sustituirle. Él tiene que crecer, todo lo demás tiene que disminuir (cf. Jo 3,30).

Edifiquemos entre todos una Iglesia encarnada y, por ello, creíble

226. En estos momentos, se nos pide que no quedemos tranquilos en espera pasiva en nuestros templos, que hagamos el esfuerzo de **pasar de una pastoral de mantenimiento a una pastoral decididamente misionera**, que es para la Iglesia la fuente de las mayores alegrías. La total sintonía con el papa Francisco me hace decir con él que «prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos. Si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida. Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos, mientras afuera hay una multitud hambrienta y Jesús nos repite sin cansarse: “¡Dadles vosotros de comer!” (Mc 6,37)» (EG 49).

Esta manera de ver las cosas tiene que desinstalarnos y debe ayudarnos a ir a lo esencial, dejando las inercias y comodidades que nos impiden

acercarnos a quien realmente nos necesita y decidiéndonos a vivir el gozo discreto de ser Iglesia samaritana.

227. Querer ser una Iglesia así, samaritana, debe marcar-nos profundamente y proyectar todo nuestro trabajo en cualquier espacio y situación de la diócesis. El último informe sobre «Exclusión y desarrollo social en nuestras Islas Baleares 2018», a raíz de la encuesta sobre Integración y Necesidades sociales Einsfoessa, revela una situación que no podemos dejar pasar por alto porque **se observan tasas de desigualdad elevadas**, debidas sobre todo al crecimiento de las personas más ricas y al estancamiento de los ingresos de la población más pobre. Al propio tiempo, crece el porcentaje de población en situación de integración plena y se reducen tanto la integración precaria como la exclusión moderada y severa. Pensemos, como dice el mencionado informe, que la vivienda, el trabajo, la política y la salud son las dimensiones que en mayor medida generan situaciones de exclusión social. El perfil mayoritario de la exclusión en nuestras Islas es: hogares no pobres, sostenidos por personas que trabajan, de mediana edad y de nacionalidad española. Podríamos alargar mucho más estos datos de situación, por ello me remito al estudio publicado, que es bueno que nuestras comunidades y grupos cristianos conozcan. Eso quiere decir que, fieles al mandato de Jesús sobre el amor fraterno, tendremos que responder con valor a estos retos y a tantos otros del momento actual, a los que ya menciona la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, cuando dice de forma contundente:

- No a una economía de la exclusión (EG 53-54)
- No a la nueva idolatría del dinero (EG 55-56)
- No a un dinero que gobierna en lugar de servir (EG 57-58)
- No a la desigualdad que genera violencia (EG 59-60)
- No a una cultura de la apariencia y espiritualidades sin Dios (EG 62-63)
- No a una reducción de la fe al ámbito privado e íntimo (EG 64)
- No a un secularismo que destruye el sentido religioso y sagrado de la vida (EG 65)
- No a la acidia ni al pesimismo estéril (EG 81-86)
- No al individualismo egoísta y a la globalización de la indiferencia (EG 67)
- No a la mundanidad espiritual, una manera sutil de buscar los propios intereses y no los de Jesucristo (EG 93-97)
- No a la guerra entre nosotros (EG 98-101).

228. Diciendo «¡no!» a todo eso y a todo lo que se le parezca, queremos decir que nos definimos por un «¡sí!» bien claro y firme a «las relaciones nuevas que genera Jesucristo» (cf. EG 87-92), al propio tiempo que **«el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro**, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura» (EG 88). Ensanchemos las dimensiones del «¡sí!» y seamos creativos, iluminados por la Palabra de Dios y atentos a los acontecimientos de cada día y a los signos de los tiempos, a través de los que Dios también nos habla constantemente.

Con la conciencia creciente de ser discípulos misioneros

229. La raíz de esta conciencia la tenemos en el bautismo como entrada en la Iglesia, en la confirmación que nos da el don del Espíritu, en la Eucaristía que es el alimento que de forma constante nos mantiene espiritualmente vivos. Estos sacramentos de la iniciación cristiana son el punto de partida y a ellos debemos referirnos siempre, ya que estamos ante la fuente de la vida del cristiano. Cada hombre y mujer bautizados somos protagonistas de esta aventura desde el inicio, a la que Jesús nos llama con una invitación bien personalizada a cada cristiano. Hay una cosa cierta que el papa Francisco nos dice: «Si uno de verdad ha hecho una experiencia del amor de Dios que lo salva, no necesita mucho tiempo de preparación para salir a anunciarlo, no puede esperar que le den muchos cursos o largas instrucciones» (EG 120).

230. **«Todo cristiano es misionero en la medida en que se ha encontrado con el amor de Dios en Cristo Jesús;** ya no decimos que somos «discípulos» y «misioneros», sino que somos siempre «discípulos misioneros». Si no nos convencemos, miremos a los primeros discípulos, quienes inmediatamente después de conocer la mirada de Jesús, salían a proclamarlo gozosos: «¡Hemos encontrado al Mesías!» (Jn 1,41). La samaritana, apenas salió de su diálogo con Jesús, se convirtió en misionera, y muchos samaritanos creyeron en Jesús “por la palabra de la mujer” (Jn 4,39). También san

Pablo, a partir de su encuentro con Jesucristo, “enseguida se puso a predicar que Jesús era el Hijo de Dios” (Hch 9,20). ¿A qué esperamos nosotros?» (EG 120). Hay tanto por hacer que las veinticuatro horas del día no tendrían que ser suficientes. Nuestra tierra, nuestra isla, es tierra de misión. Hoy ya no lo podemos negar y a ella todos los bautizados somos enviados, empezando por el ámbito reducido y sencillo en el que vivimos y nos relacionamos. Nuestros conciudadanos necesitan respirar el aire puro del Espíritu y dejarse rociar por el frescor del Evangelio mediante nuestro trato y la oferta que debe realizar la comunidad cristiana de cada lugar.

La Catedral –la Seu– y el Santuario de Lluc: dos «pozos» diocesanos a la vera del camino

231. Por su propia identidad y vocación, la Catedral –nuestra Seu mallorquina– y el Santuario de la Virgen de Lluc, son dos espacios diocesanos de referencia no solo para la comunidad cristiana y sus peregrinaciones, sino también para muchos de nuestros conciudadanos, visitantes y turistas. Lugares privilegiados de acogida y de evangelización que tienen un atractivo especial para convocar a la plegaria, a la celebración de la fe, especialmente de la Eucaristía, el Perdón y los demás sacramentos, maravillosos espacios para acoger y acompañar, donde todos hemos de poder encontrarnos como en casa, uno porque es la Madre de las otras iglesias de Mallorca por ser la sede de la sucesión apostólica, y el otro porque es la casa familiar de la Madre, santa María de Lluc. Son dos «pozos» diocesanos a los que se acude para saciar aquella sed que necesita encontrar agua viva, aunque en un primer momento sea difusa la búsqueda y otra la sed. Hay que pasar por un proceso. En el fondo, puede suceder lo mismo que en el encuentro de Jesús con la mujer samaritana en el pozo de Jacob, en Sicar. El largo diálogo con Jesús, la superación de los prejuicios personales, étnicos y religiosos, y la progresiva actitud receptiva marcada por una nueva sed que va apareciendo, hicieron posible el entusiasmo y la valentía para el anuncio. También entre nosotros puede suceder lo mismo. Entre muchos otros lugares posibles a través de los que Dios actúa, hagamos de estos dos «santuarios», **espacios sagrados y de santificación, lugares de acogida, de oración y de misericordia.** En ellos –nos lo dice el papa Francisco– cuando las personas son acogidas, se vuelven más disponibles a abrir el corazón y a dejárselo modelar por la Gracia.

232. La belleza arquitectónica de la Seu, en que la visita de sus

naves interiores y terrazas es tan valorada y merece los mayores elogios, testimonio indiscutible, con su historia de más de setecientos años, con su dimensión evangelizadora y litúrgica, es un reclamo que hace que muchos se interesen por lo que significa y transmite. Siempre estamos convocados todos a ella, ya que es la iglesia de todos y de forma especial en los momentos en que toda la diócesis –pastores y fieles con el obispo– se hace presente, como es el caso de la Misa Crismal el miércoles santo por la tarde. Por otra parte, la devoción a la Virgen, patrimonio ancestral del pueblo mallorquín, hace que todos –incluso personas que no forman parte de la comunidad cristiana– se sientan atraídas e invitadas a participar de la vida y de los espacios del Santuario de Lluc, de los valores de la mallorquinidad, de los que goza la convivencia entre personas y pueblos, y de la belleza ecológica del entorno natural que canta la gloria de Dios, ámbito que es fuente de salud, de ocio, de deporte y oportunidad de intercambio cultural y espiritual, abierto a promocionar siempre la «cultura del encuentro». Esta **cultura del encuentro** puede ayudar a muchas y nuevas iniciativas en relación a nuestras iglesias y templos, sobre todo en lo que tienen de específico, original y peculiar. Iniciativas como «La noche de las iglesias» o «La noche de la luz» pueden ayudar al descubrimiento del sentido de la noche en la liturgia cristiana, el valor del silencio, de la plegaria, de la entrada en el propio interior, la apertura al corazón del Evangelio. Este es un ambiente que se extiende también a las calles, plazas y espacios urbanos y rurales en torno a los espacios religiosos, estén entre la naturaleza o en pueblos y ciudades. Demasiado «deslumbrados» por numerosas ofertas diarias del consumo y la apariencia, nos puede ir bien encontrar, vivir y ofrecer espacios de gratuidad, donde nos sintamos «iluminados» tanto por la luz exterior como interior, y nos abrimos al lenguaje del corazón.

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. ¿Qué conciencia tengo de ser «discípulo misionero»? ¿Qué hechos pueden demostrar que tengo esta conciencia?
2. ¿Cuál es mi experiencia de encarnación en el ambiente donde soy enviado o, sencillamente, donde vivo? ¿Cómo estoy presente? ¿Qué hago? ¿Tiene sentido de anuncio? ¿Cuál?
3. ¿Qué hago para que la Iglesia sea creíble, una comunidad que comunica «confianza»? Examinemos las relaciones que hay entre unos y otros. ¿Establecemos vínculos? ¿Cuáles?
4. Iluminados por las palabras del papa Francisco, ¿a qué tenemos que decir «¡no!» con más contundencia y convicción? Y, ¿a qué tenemos que decir «¡sí!» con firmeza?
5. La experiencia cristiana, ¿es alguna vez motivo de conversación entre nosotros? Si la ha habido, ¿qué nos aporta? Si no la ha habido, ¿a qué se debe? ¿Por qué cuesta tanto hacer de estas cuestiones conversación normal? ¿Qué puedo y qué podemos proponernos?

Oración

¿Quién se lo cree, Jesús, Sabiduría de Dios,
que la sabiduría de este mundo no puede salvarle?
Según el Evangelio, ¡eres el Camino!
Pero, ¿cómo encontrarte para ir contigo?
La salida es encontrar en nosotros la sabiduría,
El brío de no vivir según este mundo.

Nos lo dice así de claro la Palabra de Dios:
«La sabiduría tiene un espíritu inteligente, santo,
único y vario, sutil, ágil, penetrante,
inmaculado, claro, inofensivo, benévolo,
agudo y sin trabas, bienhechor y humanitario,
seguro, incommovible, tranquilo,
capaz de todo, atento a todo.
Impregna todos los espíritus,
sobre todo a los más sutiles, inteligentes y puros.»
¿Dónde está nuestro espíritu?

Deja, Jesús, que asimile la sabiduría del corazón,
que quiera encontrarme contigo en mi interior,
donde eres fuego que quema, amor que salva,
para que tu Espíritu inflame mi espíritu.

Semejantes a ti, ya no hay distancias,
la vida «espiritual» es un don, una conquista,
fuego que pone en marcha el camino del Evangelio,
palabra que acoge, que propone y acompaña,
compañía que nunca deja solo a nadie,
secuencia que a lo largo de nuestra vida
es la proyección del Dios-con-nosotros,
el Emmanuel. ¡Ven, Señor Jesús!



—269—



—270—



—271—



DERECHOS HUMANOS Y DEBERES, LIBERTAD RELIGIOSA
cultura del encuentro, migrantes y refugiados

Seremos evaluados según las preguntas que ya conocemos:
Mt 25,31-46.

Trabajemos la inclusión social de los pobres: existen entre nosotros nuevas pobreza

233. Problemas de siempre y situaciones nuevas piden también nuevas actitudes y nuevas actuaciones. También nuevas pobreza. La **po-breza severa e invisible** que existe entre nosotros, en nuestra tierra, nos está interpelando sobre la manera en que planteamos y vivimos prácticamente toda la gestión económica y la distribución de los bienes. Los últimos informes preocupan mucho y nos desinstalan de una situación que quisiéramos más cómoda y que augurase la superación de una crisis que se está extendiendo a nuevos escenarios y parece que irá a más. Existen nuevos afectados, personas y familias enteras que sufren carestía en el presente y prevén un futuro nada esperanzador. «De nuestra fe en Cristo hecho pobre –dice el papa Francisco–, y siempre cercano a los pobres y excluidos, brota la preocupación por el desarrollo integral de los más abandonados de la sociedad» (EG 186). Unidos a Dios escuchamos un clamor que no podemos desoír, por ello «cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad» (EG 187). Con Cáritas nos estamos preguntando «¿qué retos tiene que abordar Cáritas Mallorca en los próximos cuatro años?», lo que quiere decir voluntad y capacidad de observación como la del buen samaritano, que ve, se acerca, se compadece, ofrece los primeros auxilios, se carga al hombre herido y se hace cargo de sus gastos... Este es el estilo evangélico que conviene que apliquemos a cualquier situación de debilidad con la que nos encontremos. Aquí no hay teoría, es la práctica del amor con quien necesita ser amado.

Las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final

234. El papa Francisco nos invita a la reflexión y a la plegaria que habrán de acompañar siempre nuestra acción, expresión del camino de santidad que vamos recorriendo juntos, y dice: «La fuerza del testimonio de los santos está en vivir las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final. Son pocas palabras, sencillas, pero prácticas y válidas para todos, porque **el cristianismo es principalmente para ser practicado**, y si es también objeto de reflexión, eso solo es válido cuando nos ayuda a vivir el Evangelio en la vida cotidiana. Recomendando vivamente releer con frecuencia estos grandes textos bíblicos, recordarlos, orar con ellos, intentar hacerlos carne. Nos ha-

rán bien, nos harán genuinamente felices» (GE 109). Entremos en la buena intención de esta recomendación y –como signo de comunión de Iglesia– hagámosla realidad personalmente y compartida con quien lo desee y pueda hacerle bien. Depende de nosotros poner manos a la obra y confiar, siempre confiar.

235. Desde esta perspectiva, el resto del documento *Gaudete et exsultate* comentado en un capítulo anterior nos muestra aspectos concretos que tendremos que ir profundizando, sobre todo el capítulo III que, bajo el título «A la luz del Maestro», **define la santidad desde el concepto de felicidad que contienen las bienaventuranzas**, ya que «feliz» o «bienaventurado» equivale a «santo» (cf. GE 63-94). Lo completará con lo que llama «el gran protocolo» sobre el que seremos juzgados, la evaluación final, refiriéndose a Mateo 25, 31-46 y aplicado especialmente a los «misericordiosos», «porque tenía hambre, y me disteis de comer; tenía sed, y me disteis de beber; era forastero, y me acogisteis; estaba desnudo, y me vestisteis; estaba enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a verme». La santidad va unida a esta forma de actuar evangélica propuesta por Jesús, ya que Él se identifica con cada uno de estos afectados, los más pobres.

A la defensa de unos derechos humanos corresponde el cumplimiento de unos deberes

236. A finales del año 2018, concretamente día 10 de diciembre, celebramos el **70º aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos**. Una fecha significativa, sin duda, pero muy interpeladora por lo que respecta a su cumplimiento en los Estados que la firmaron. De los Derechos Humanos, todo el mundo se llena la boca, todo el mundo se refiere a ellos, pero el paso de la inclusión de los «Derechos» al «derecho» de cada país ya es más difícil, empezando por el primer derecho que los configura a todos, que es el derecho a la vida y todos los que directamente se derivan de él. Al mismo tiempo eso conlleva un listado de «deberes» de los que con mucha facilidad se escapa o no se tienen en cuenta.

237. Quiero mencionar de forma especial la referencia que el papa Francisco realiza a la situación de los que son objeto de diversas formas de **tráfico de personas**, de las mujeres que sufren exclusión, maltrato y violencia, porque a menudo se encuentran con menores posibilidades de defender

sus derechos... (cf. EG 212). Entre estos débiles, que la Iglesia quiere cuidar con predilección, están también los **niños por nacer**, que son los más indefensos e inocentes de todos, a los que hoy quiere negarse la dignidad humana para hacer de ellos lo que se quiera, quitándoles la vida y promoviendo legislaciones para que nadie pueda impedirlo [...]. Sin embargo, esta defensa de la vida por nacer está íntimamente ligada a la defensa de cualquier derecho humano y supone la convicción de que un ser humano es siempre sagrado e inviolable... Si esta convicción se derrumba, no quedan fundamentos sólidos y permanentes para defender los Derechos Humanos, que siempre estarían sometidos a conveniencias circunstanciales de los poderosos de turno (cf. EG 213). Siempre tendremos que agradecer y apoyar a las personas y congregaciones religiosas que aquí, en nuestra tierra, se dedican –como santa Teresa de Calcuta– a acompañar la situación tan delicada que viven muchas mujeres y familias ante la difícil decisión de optar por el aborto o por el alumbramiento de una nueva vida. Estaremos siempre a favor del Derecho a la vida, del que se derivan todos los demás Derechos Humanos. Cuando estuve en África, al norte de uno de los países más pobres y con un índice de mortalidad infantil de un 25%, lo cual te rompe el corazón cuando contemplas la precariedad con que viven, me atreví a preguntarles «¿por qué tenían tantos hijos?», la respuesta no se hizo esperar y fue precisamente una mujer la que respondió: «¿ni eso queréis que tengamos?». La interpelación a los países ricos es perenne y toca la fibra de nuestra generosidad, sobre los fundamentos de nuestra convivencia y los valores que promovemos.

238. Por la **relación directa que los Derechos Humanos tienen con la Palabra de Dios** consignada en la Biblia y, de forma definitiva, en el Evangelio, los cristianos tenemos una especial responsabilidad en su cumplimiento. San Juan XXIII es quien pone los Derechos Humanos en la base de su carta encíclica *Pacem in Terris* –Paz en la Tierra– y los desarrolla con detalle. El mismo Concilio Vaticano II dedica también al tema buena parte en sus documentos, especialmente el que trata del derecho a la libertad religiosa. ¿Cómo podemos hacerlo para que este derecho sea reconocido incluso entre nosotros? Las faltas de respeto al hecho religioso, ciertas marginaciones a la enseñanza religiosa negando el derecho que tienen los padres respecto a la educación de sus hijos, el dominio del laicismo sobre la laicidad cuando no reconoce el derecho de manifestación pública de la fe y confunde –especialmente entre ciertas autoridades civiles– lo que es la creencia individual con el derecho que tiene el pueblo –todo el pueblo– de ser representado en los actos públicos. No se acaba de entender que, por parte de algunos



políticos, la no asistencia a ciertos actos religiosos sea fruto de su no creencia, cuando el poder que tienen se lo ha concedido el pueblo y es a este pueblo a quien tienen que representar. No están ahí a título personal, es un derecho que tiene el pueblo de sentirse representado con el gesto solidario de hacerse presentes. En cierta manera, no estar ahí es un cierto menosprecio que el pueblo no se merece, ya que este es mayoritariamente cristiano. La auténtica laicidad es la que respeta y promociona todo lo que sirve al bien común y es asumida democráticamente.

Contra todo abuso y discriminación: máxima prevención, protección y educación

239. Actuando contra los Derechos Humanos, los abusos de poder, abusos a menores, abusos a los más vulnerables, violencia de género, abusos de información, discriminación y descarte, etc., debemos decir que han sido, son noticia constante y muestran la **realidad de una sociedad enferma**. La prensa, telediaris y redes sociales cada día aparecen repletos y crean un estado de situación que en ciertos momentos se hace agobiante. Ante todo esto y en los casos que nos han afectado, una vez más, nuestra contundente respuesta es «tolerancia cero». Nuestra Iglesia también se ha visto afectada en un porcentaje mínimo e inferior a otros colectivos, pero insistentemente presente en los medios informativos hasta el punto que le ha afectado en su credibilidad. Aunque en nuestra realidad se ha actuado inmediatamente y con contundencia, ello no nos exime de sentir el peso de la vergüenza ni de la obligación moral de tener que pedir perdón, como ya hemos hecho públicamente en diversas ocasiones y reiteramos una vez más. Además, esta exigencia de actuación ha sido cada vez más severa y, en todo lo que nos afecta, se están llevando a cabo todos los protocolos que la Iglesia nos marca, como la atención y el acompañamiento de las víctimas. Por eso, pensando en las familias, centros educativos, escolares y catequéticos, contra todo abuso y discriminación, la respuesta es **asegurar la prevención, la máxima protección y una cuidada y firme educación** que ponga a la persona y su dignidad en el centro de todo.

240. El fundamento lo tenemos en Jesús y en el Evangelio. Los niños, cuando son víctimas de exclusión, son puestos por Jesús en un lugar privilegiado y les da acogida, en un momento en que no eran nada considerados, más bien descartados. Jesús los valora y los pone como ejemplo: «Dejad

que los niños vengan a mí. No se lo impidáis, porque el Reino de Dios es de los que son como ellos. Os lo aseguro: quien no acoge el Reino de Dios como lo acoge un niño, no entrará en él» (Mc 10,14-16). Jesús vela tanto por la dignidad de los niños que se pone durísimo cuando alguien atenta contra alguno de ellos. Fijémonos con qué radicalidad llega a decir que «al que hace caer en pecado a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le atasen al cuello una piedra de molino y lo tirasen al mar» (Mc 9,42). Así Jesús pone de relieve la gravedad del abuso y pone la dignidad de la persona humana por encima de todo. La llamada va dirigida siempre a los adultos y a purificar aquellas actitudes que son la causa del mal. Cuando Jesús pregunta a sus discípulos «¿De qué discutíais por el camino?» y callan, intuye que por el camino habían discutido cuál de ellos era el más importante. Dice el Evangelio que «entonces se sentó, llamó a los Doce y les dijo: Si alguien quiere ser el primero, que se haga el último de todos y el servidor de todos. Después cogió un niño, lo puso en medio de ellos, lo tomó en brazos y les dijo: Quien acoge a uno de estos niños en mi nombre, me acoge a mí, y quien me acoge a mí, no me acoge a mí, sino al que me ha enviado» (Mc 9,33-37). El papa Francisco ha agradecido recientemente «el apostolado de la prevención» para cuidar a los menores con el fin de que nadie abuse de ellos ni les impida llegar a Jesús, una iniciativa loable y transportable a nuestros ambientes.

Abiertos a la acogida y al diálogo para hacer realidad la cultura del encuentro

241. El camino de curación de tantas situaciones que constatamos y padecemos, queremos recorrerlo en **comunidad con todas las personas de buena voluntad**, sabiendo que es tanto y tan valioso lo que nos une y todo lo que podemos aprender unos de otros. Intentaremos hacerlo abriendo caminos a través del diálogo en el seno de nuestras comunidades y con otras confesiones cristianas, con las que a lo largo del año nos encontramos para orar. De la misma manera, estamos abiertos para profundizar en el **diálogo con otras religiones**, especialmente con las que compartimos la fe en el Dios único, como los hermanos del pueblo judío y del islam. Creo que es la hora de encontrarnos en un mismo camino, cuando de hecho convivimos en una misma sociedad, compartimos unos mismos barrios y los más pequeños y jóvenes participan de los mismos centros educativos. Podemos y debemos limar todavía muchas diferencias y superar muchas barreras e ir favoreciendo caminos a favor de la igualdad, especialmente con los migrantes y los que



acuden a nuestra tierra y piden refugio. Ya lo he dicho en muchas ocasiones, nuestra Iglesia de Mallorca a través de sus miembros debe ser exquisitamente acogedora siguiendo la indicación de Jesús «era forastero y me acogisteis» (Mt 25,35) o la práctica de los primeros cristianos, fruto de la apertura universal de Pentecostés, que se distinguían por abrir todas las puertas y eliminar cualquier diferencia entre las personas. Una acogida que pide, al mismo tiempo, respeto e integración en nuestra cultura con el fin de dejarse enriquecer con todo lo que podemos ofrecerles, así como recibir todo lo que viene de ellos y nos dignifica a todos. Estamos inmersos en una nueva época que pide **nuevas actitudes y nuevos gestos**, pero contamos con un Evangelio que nos ayuda a entrar en ella con sintonía y normalidad.

242. El papa Francisco nos invita a aceptar que «la belleza misma del Evangelio no siempre puede ser adecuadamente manifestada por nosotros, pero **hay un signo que no debe faltar jamás: la opción por los últimos**, por aquellos que la sociedad descarta y desecha» (EG 195). El referente inequívoco lo tenemos en Jesús, tanto que hasta Él mismo «se hizo pobre» (2Co 8,9). Por ello, «estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos» (EG 198). La mejor manera de acompañarlos será nuestra **proximidad real y cordial** hacia ellos, lo cual hará posible superar la peor discriminación que sufren: la falta de atención espiritual. «La inmensa mayoría de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y **no podemos dejar de ofrecerles su amistad**, su bendición, su Palabra, la celebración de los Sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe» (EG 200).

243. «La opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria» (EG 200). La pregunta dirigida a Caín después de matar a su hermano Abel «¿Dónde está tu hermano?» (Gn 4,9) siempre hará saltar la alarma que no deja tranquilas las conciencias. Por su parte, el papa Francisco, en Lampedusa, ya dijo que «En este mundo de la globalización hemos caído en la globalización de la indiferencia. ¡Nos hemos acostumbrado al sufrimiento del otro, no tiene que ver con nosotros, no nos importa, no nos concierne!». Lo ha ido repitiendo una y otra vez dirigiendo una llamada a todos los países para que tengan el valor de acoger a aquellos que buscan una vida mejor y huyen de la violencia, de la injusticia y del hambre. Entre nosotros, en nuestra isla, también hemos

manifestado la voluntad de acogerlos ofreciéndoles nuestras dependencias de la diócesis, pero todavía no se nos ha dado la oportunidad, aunque la gente está dispuesta y la actitud receptiva es muy buena. La experiencia de recibir a Josefa, una chica camerunesa rescatada con otros en medio del mar y que pude visitar en Son Espases, nos ayudó a entender más el drama de los refugiados y la urgencia de ser solidarios con su integración. Muy por encima de las diferencias ideológicas, políticas y los intereses de los países divididos en partidos que no se ponen de acuerdo, **está la cuestión de la dignidad de las personas y el deber humanitario** de atender a los que pasan por situaciones tan dramáticas como la de los migrantes y refugiados. No podemos quedar pasivos ni dejarnos infectar por el virus de la indiferencia. Hay que actuar y ofrecer lo que tenemos y, poniéndolo a su disposición, podremos paliar el sufrimiento que los deja deshechos y sin motivos de esperanza.

Tengamos presentes los ejes estratégicos
que propone Cáritas de Mallorca

Eje 1. Atención y acompañamiento integral a las personas en situación de exclusión o de vulnerabilidad. La persona humana es el centro de nuestra acción. Queremos seguir mejorando la calidad del acompañamiento, entendiendo que la promoción de la persona va más allá de respuestas meramente asistenciales. Nuestra intervención debe ser integral y desde la mirada de Derechos, fomentando la participación de las personas para que sean protagonistas de su proceso y sin rehuir la denuncia de las situaciones de injusticia.

Eje 2. Dinamización de la Iglesia de Mallorca en su compromiso socio-caritativo. Queremos acompañar la acción de la caridad y la justicia social de la comunidad cristiana, y fortalecer los vínculos de las Cáritas parroquiales, participar del trabajo conjunto de la Diócesis y promover la renovación del voluntariado.

Eje 3. Resituarnos como organización ante las nuevas realidades sociales: analizar, aprender, innovar y adaptar la entidad, potenciando la colaboración entre sus miembros. La evaluación continua, la mejora de nuestros programas y la sistematización del trabajo realizado es un reto que puede verse fa-

cilitado por los procedimientos de autorización y acreditación de servicios, para cumplir las normativas actuales; junto con los de mejora de la calidad y transparencia, que revertirán en una mejora de la atención de las personas más vulnerables.

Eje 4. Mejorar la eficacia de la comunicación, la sensibilización e incidencia como herramienta para la transformación social. Consideramos importante sensibilizar en torno a la movilidad humana y la cooperación fraterna, reivindicando el derecho a la vivienda y al trabajo decente, y proponer un consumo responsable y la opción por una economía social y solidaria.

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. ¿Qué pobreza detectamos en el entorno humano en el que vivimos o nos movemos? ¿Hacemos algo para remediarlas? ¿Cuál es nuestra opción de voluntariado donde haga más falta?
2. Las bienaventuranzas y el protocolo expuesto por Jesús en la parábola del juicio final, ¿tienen vigencia entre nosotros? ¿Cuál?
3. ¿Cómo vivimos la defensa y la práctica de los Derechos Humanos? ¿Qué derechos son los que más defendemos y los que menos? ¿Hay conciencia respecto al cumplimiento de los deberes correspondientes?
4. Respecto a los abusos de menores y de las personas más vulnerables, ¿qué medios –especialmente educativos– pueden asegurar su prevención y protección? ¿Cómo asegurar una auténtica educación en el amor y en los valores cristianos que ayude a vencer cualquier tipo de abuso y violencia? ¿Cuál es el papel de la familia y el de los centros educativos? ¿Qué valores tenemos que proponer e introducir con urgencia?
5. Pensando en los pobres en general y concretando en las diferentes situaciones y formas de pobreza concreta y real, ¿qué acciones y gestos son los más necesarios y urgentes, hoy, para dar una respuesta eficaz? ¿Cómo colaborar con el Plan estratégico de Cáritas para estos próximos años y otras propuestas provenientes de Manos Unidas, Misiones y Pastoral de la Salud? ¿En qué campos puedo participar como voluntario/a?

Orar con los Derechos Humanos

Señor, que por tu bondad has sembrado en nuestros corazones el deseo de ser felices, vivir en libertad y defender la vida, y nos llamas a trabajar a favor de la dignidad humana; ayúdanos a reconocer los derechos y los deberes de toda persona, a trabajar por la unidad, la justicia, el amor y la paz, danos un corazón que vea tu imagen en cada ser humano.

Señor, que en Cristo resucitado has renovado la humanidad acompañándonos en nuestro esfuerzo para ser libres e iguales; que por la luz de nuestra razón nos comportemos como hermanos, que superemos toda discriminación de raza, sexo, color, lengua, opinión política o de cualquier otra clase, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición.

Haz, Señor, que todos nos unamos para trabajar a favor de la vida, que nadie esté sometido a esclavitud, servidumbre ni torturas, ni arbitrariamente detenido, encarcelado o desterrado. Que la justicia sea ejercida con imparcialidad e independencia, reconocidos todos los derechos y resguardadas todas las libertades, que nadie sea objeto de injerencias arbitrarias en su vida.

Que sean reconocidos, Señor, los derechos a una nacionalidad, a fundar una familia, a la propiedad individual y colectiva, a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión, así como la libertad de manifestarla individual y colectivamente, tanto en público como en privado, por la enseñanza y la práctica, el culto y la observancia, abiertos a Ti, que nos hablas y nos guías.

Que el ejercicio de la caridad política, Señor, sea una realidad, para que toda persona pueda participar en el gobierno de su país y se garantice en todo momento y lugar la libertad del voto. También el derecho a la seguridad social y a obtener la satisfacción de los derechos económicos, sociales y culturales indispensables a su dignidad y al libre desarrollo de su personalidad.



Tanto en los momentos difíciles como favorables, ayúdanos, Señor, a ejercer el derecho al trabajo y a la protección contra el paro, que toda remuneración sea justa y conforme a la dignidad humana. De la misma manera, el derecho al descanso y a gozar de tiempo libre, a un nivel de vida adecuado que asegure a cada uno y a su familia salud y bienestar, alimentación, vestido, vivienda y atención médica.

Ayúdanos, Señor, a acertar en la defensa del derecho a la educación, promoviendo el desarrollo de la persona humana y sus derechos, favoreciendo la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todos, y desarrollando todo lo que ayude al mantenimiento de la paz. Que a los padres se les reconozca el derecho preferente de elegir el tipo de educación que ha de darse a sus hijos.

Señor, haz que la vida cultural, artística y el progreso científico, expresión del don de la inteligencia humana y de tu belleza infinita, promueva la dignidad de los hombres y mujeres y de su entorno. Que sepamos corresponder con el ejercicio de nuestros deberes, a la realización de todos los derechos y libertades proclamados, acompañados de tu Hijo, Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. Amén.



—285—



—286—



—287—



EL DESEO ES LLEGAR A LA SANTIDAD
¡participación de Dios-Amor, que es santo!

Estamos ante el objetivo de todos: «¡ser santos!». Es la propuesta de Jesús, nuestra vocación. La invitación.

«¡Sed santos, como vuestro Padre celestial es santo!»
(Lv 11,45; 1Pe 1,16).

Además, la convicción:

«¡Dios nos eligió antes de crear el mundo
para que fuésemos santos!»
(Ef 1,3-4)

Santos de la puerta de al lado, o la clase media de la santidad

244. «¡Alegraos y regocijaos!». Es el título con el que el papa Francisco nos invita al camino de la santidad en la última exhortación apostólica que conviene leer, meditar y hacer propia. Tenemos que saber que a cada uno de nosotros Dios «nos eligió para que fuésemos santos» (Ef 1,4). Así lo dice la Palabra de Dios señalando el origen, el camino y la meta de nuestra vida de seguidores de Jesús. Esta expresión «¡Alegraos y regocijaos!» la dice como resumen final de las bienaventuranzas, inmediatamente después de que ha dicho «bienaventurados los perseguidos por ser justos...» (Mt 5,12). El Señor lo pide todo y lo que ofrece es la vida verdadera, la felicidad para la que hemos sido creados. Él nos quiere santos y espera que no nos conformemos con una existencia mediocre, aguada, licuada. A lo largo de toda la Biblia resuena siempre la llamada a la santidad (cf. GE 1). **La opción por la santidad quizás sea el mejor compromiso.**

245. El papa Francisco dice que le gusta **ver la santidad de la Iglesia en el pueblo de Dios paciente**: en los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. Ve la santidad de la Iglesia en la constancia para seguir adelante cada día. Esta es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de los que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para emplear otra expresión, «la clase media de la santidad». De hecho, «la santidad no es sino la caridad plenamente vívida [...]. Así, cada santo es un mensaje que el Espíritu Santo toma de la riqueza de Jesucristo y regala a su pueblo» (GE, 21).

246. Dejémonos estimular por los **signos de santidad** que el Señor nos presenta a través de los miembros más humildes de este pueblo que participa también de la función profética de Cristo, difundiendo su testimonio sobre todo con la vida de fe y caridad. Seguramente los acontecimientos decisivos de la historia del mundo han sido influidos por almas sobre las que los libros de historia nada dicen. Por ello, podemos decir que «la santidad es el rostro más bello de la Iglesia». El encargo nos viene de Dios mismo cuando nos dice «sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11,45: 1Pe 1,16). La santidad es participación de su misma vida (cf. GE 7-9). Sin embargo, cada uno tiene que descubrir y vivir su propia manera de ser santo. **«Llegar a ser santo** —nos dice el papa Francisco— **es llegar a ser más plenamente tú mismo,**

a ser ese que Dios quiso soñar y crear, no una fotocopia. Tu vida debe ser un estímulo profético, que impulse a otros, que deje una marca en este mundo, esa marca única que sólo tú podrás dejar. En cambio, si copias, privarás a esta tierra, y también al cielo, de eso que nadie más que tú podrá ofrecer» (ChV 162). Esto debe ayudarnos a descubrir en las personas su originalidad, lo que les caracteriza en bien, lo que muestra con autenticidad el rostro de Dios.

Estilos femeninos de santidad

247. Entre las formas más variadas, destaca que el «**genio femenino**» también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en el mundo. Precisamente en épocas en que las mujeres estuvieron más relegadas, el Espíritu Santo suscitó santas que, con su fascinación, provocaron nuevos dinamismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia. Veámoslo a nivel de la Iglesia universal con santa Teresa de Ávila, santa Catalina de Siena, santa Edith Stein o santa Teresa de Lisieux, santa Josefina Bakita, santa Teresa de Calcuta, pero hagámonos cargo de que también ha sido así en nuestra Iglesia de Mallorca con santa Catalina Tomàs y las mujeres nacidas en nuestra isla que han sido beatificadas como la beata Francisca Ana Cirer o las que están en proceso de serlo. Vayamos, empero, más allá y hagámoslo con una visión de fe y una actitud de amor: madres y familiares, personas que hemos conocido, conocemos y amamos, ejemplos de amor y servicio, con una entrega generosa a la familia y a tantas instituciones solidarias. Al papa Francisco le interesa sobre todo recordar a tantas mujeres desconocidas y olvidadas, cada una a su manera, que han sostenido y transformado familias y comunidades con la fuerza de su testimonio (cf. GE 12).

248. Será bueno que dirijamos la mirada a la realidad familiar y social que nos rodea y hagamos el gratificante esfuerzo de descubrir esta cualidad en tantas personas sencillas que sobresalen ya por su santidad. Y, ¿por qué no pedir a Dios que esos mismos ojos vean que también nos puede suceder a nosotros si hacemos lo posible por parecernos a Jesucristo? Quiero añadir aquí, también para que lo tengamos presente tanto en la reflexión como en la práctica pastoral, el pensamiento del papa Francisco respecto al papel de la mujer en la Iglesia: «La Iglesia reconoce el indispensable aporte de la mujer en la sociedad, con una sensibilidad, una intuición y unas capacidades peculiares que suelen ser más propias de las mujeres que de los



varones. Por ejemplo, la especial atención femenina hacia los otros, que se expresa de un modo particular, aunque no exclusivo, en la maternidad» (EG 103).

249. Más aún, sigue diciendo, «reconozco con gusto cómo muchas mujeres comparten responsabilidades pastorales junto con los sacerdotes, contribuyen al acompañamiento de personas, de familias o de grupos y brindan nuevos aportes a la reflexión teológica. Pero todavía **es necesario ampliar los espacios para una presencia femenina más incisiva en la Iglesia.** Porque “el genio femenino es necesario en todas las expresiones de la vida social; por ello, se ha de garantizar la presencia de las mujeres también en el ámbito laboral” (DSE 295) y en los diversos lugares donde se toman las decisiones importantes, tanto en la Iglesia como en las estructuras sociales» (EG 103). La decisión tomada por nuestra diócesis de Mallorca es hacer posible cada vez más –como ya se está haciendo– el encargo pastoral confiado a mujeres hasta el máximo posible. En ciertos sectores siempre ha habido mucha presencia y participación, pero todavía debe extenderse a cargos de máxima responsabilidad.

Vivir el momento presente, llenándolo de amor

250. Os invito a que dediquéis algún rato a la lectura de este precioso documento, *Gaudete et exsultate*, y, si os es posible, lo comentéis en grupo. Haced un plan y que sea tema habitual de conversación. **Procuremos dar pasos concretos.** La santidad –como dice el papa Francisco– puede ir creciendo a través de pequeños gestos, por ejemplo, «mira, ¡no hablaré mal de nadie!». Este es un paso en la santidad. Escuchar a los hijos con paciencia y afecto, esta es otra ofrenda que santifica. En momentos de angustia, coger el rosario y orar con fe, he aquí otro camino de santidad. Ir por la calle y encontrar a un pobre, pararse a conversar con él con afecto, este es otro paso importante... (cf. GE 16).

251. Incluso, **en los momentos más difíciles se van forjando actitudes propias de santos.** Cuenta el cardenal Francisco Javier Nguyễn van Thuân que, cuando estaba en la cárcel, renunció a desgastarse esperando su liberación. Su opción fue «vivir el momento presente llenándolo de amor» y lo concretaba así: «aprovecho las ocasiones que se me presentan cada día para realizar acciones ordinarias de manera extraordinaria». Pode-

mos comprobarlo cada día, cada hora de nuestra actuación: en qué y cómo invertimos el tiempo, con qué dedicación, con qué calidad humana repleta de valores evangélicos.

La voluntad de Dios es nuestra santificación

252. La exhortación del papa Francisco toma un tono muy directo que conviene que cojamos a nivel personal, un tú a tú, cuando dice que **«cada santo es una misión; es un proyecto del Padre para reflejar y encarnar, en un momento determinado de la historia, un aspecto del Evangelio»** (GE 19). Cada uno debe sentirse «enviado», «misionero» y entenderlo como un camino de santidad, porque, como dice san Pablo, «esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1Te 4,3). Dice Francisco que «esto es un fuerte llamado de atención para todos nosotros. Tú también necesitas concebir la totalidad de tu vida como una misión. Inténtalo escuchando a Dios en la oración y reconociendo los signos que él te da. Pregúntale siempre al Espíritu qué espera Jesús de ti en cada momento de tu existencia y en cada opción que debas tomar, para discernir el lugar que eso ocupa en tu propia misión. Y permítele que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy» (GE 23).

El aire puro de la comunión y el aliento del bueno en la misión

253. En la primera oración, justo al inicio de esta carta pastoral, hemos pedido ser diligentes en la acción y constantes en la oración y, al mismo tiempo, ser humildes en el servicio. Eso quiere decir **ser personas equilibradas, que viven y promueven una unidad de vida, que evitan el activismo y la dispersión que provoca**. El papa Francisco dice que «no es sano amar el silencio y rehuir el encuentro con el otro, desear el descanso y rechazar la actividad, buscar la oración y menospreciar el servicio. Todo puede ser aceptado e integrado como parte de la propia existencia en este mundo, y se incorpora en el camino de santificación. Somos llamados a vivir la contemplación también en medio de la acción, y nos santificamos en el ejercicio responsable y generoso de la propia misión» (GE 26). El hecho es que la actividad también santifica, siempre que no decaiga en activismo. Encontrar el equilibrio entre los extremos será una tarea siempre necesaria. Las vicarías, delegaciones, secretariados y servicios diocesanos habrán de trabajar en esta

EL DESEO ES LLEGAR A LA SANTIDAD,
¡participación de Dios-Amor, que es santo!

línea tan definida y animar a las parroquias y tantas otras instituciones de nuestra diócesis de Mallorca para que, viviendo el Evangelio, vayan señalando caminos de santidad por donde pasan. No terminaríamos nunca. Abramos puertas y ventanas para que entre un nuevo soplo del Espíritu que lo airee todo y nos ayude a respirar el aire puro de la comunión y aliente con fuerza a la misión. Si tenemos que vivir el momento presente llenándolo de amor, dejémonos impregnar del pensamiento de nuestro conciudadano Ramón Llull, síntoma de santidad, haciendo de ello poesía y plegaria:

«Señor,
ya que habéis puesto en mi corazón tanta alegría,
os plazca exténdermela en todo el cuerpo:
en mi cara, mis ojos, mis manos.
¡Noble Señor!,
cuando recuerdo la vida eterna y la contemplo,
me encuentro lleno y cubierto de alegría.
Tan lleno estoy de ella que el mar no está más lleno de agua.
¡Ah Señor!,
es tanta la alegría que Vos habéis puesto en mí
que mi fuerza se siente más fuerte y grande
que la de las montañas.
Ni el hierro ni el acero son más fuertes que yo.
¡Ah Señor!,
mi gozo de alegría y fuerza,
cuanto menos a mí me lo atribuyo,
más lo atribuyo a Vos:
pues poco valdría si me lo atribuía a mí.
Por ello, plazcaos, Señor,
que todo el bien lo entienda de Vos,
que sois mi Creador y mi Dios.»

Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. Preguntémonos si eso de ser santos tiene atractivo para la gente que nos rodea y para nosotros mismos. ¿Quizás tenemos un concepto equivocado de la santidad? ¿Qué tenemos que hacer para vivir el sentido de la santidad en las condiciones normales en que vivimos?
2. ¿Nos atrae la vida de los santos? Santos de siempre, santos recientes, ¿los tenemos como modelos o referentes para nuestra vida cristiana? Y, ¿los que son de nuestra tierra? ¿Qué devoción les tenemos? ¿Es nuestro deseo llegar a ser santos?
3. Hagamos el esfuerzo de leer personalmente y comentar en grupo –puede ayudarnos mucho hacerlo– la exhortación apostólica *Gaudete et exsultate* –Alegraos y regocijaos– sobre la llamada a la santidad en el mundo actual. Dejemos claro lo que en estos momentos nos anima a vivir en cristiano.
4. ¿A qué gestos sencillos de cada día tenemos que dar valor y categoría de camino de santidad?
5. ¿Qué tenemos que corregir para que no nos desviemos del camino de santidad que el Señor nos propone y en el que la Iglesia nos acompaña?



EL DESEO ES LLEGAR A LA SANTIDAD,
¡participación de Dios-Amor, que es santo!

Oración

Jesús, ábrenos a la esperanza de tu Reino,
donde la muerte y el pecado son vencidos
y tu resurrección es la garantía de Vida,
donde viviremos el gozo de la santidad para siempre.

Enséñanos a vivir para aprender a morir,
enséñanos a amar para no desfallecer jamás,
enséñanos a esperar para actuar siempre.
También la profesión de fe es de cada día,
en los momentos del gozo que nos sobrepasa
y en la grisura de la angustia que nos invade.

Danos la fuerza del que sabe responder
cuando se nos pide razón de lo que esperamos,
cuando se nos acaban los argumentos,
cuando lo vemos todo oscuro, sin salida,
cuando en medio del dolor no brilla la confianza.

Danos la entereza de afirmar la esperanza
con las razones que cada día descubrimos,
con los sentimientos que provienen de ti,
con la estima y el gozo que extendemos.

Acompáñanos en el itinerario espiritual
que quiere sentirte al lado siempre vivo,
dispuestos a dar razón de tu persona
a los que nos interrogan esperando respuesta.

Nos das razones profundas para vivir
y con tu muerte, absurda como ella misma,
abres un camino de sentido a la nuestra,
y nos haces participar de tu santidad.



EL DESEO ES LLEGAR A LA SANTIDAD,
¡participación de Dios-Amor, que es santo!

Quieres que el absurdo, la inutilidad, la perplejidad,
den paso a un grito sincero de esperanza:
precisamente donde nos dices que has venido
para que tengamos Vida y esta sea en plenitud.

Trabaja con nosotros por tu Espíritu de Amor
el proyecto del Padre: la felicidad de tu Reino,
la que nunca se acaba, ¡Tú en todos para siempre!



—298—



—299—



LA PREGUNTA que cada día espera respuesta

En el fondo, siempre está presente la pregunta de Jesús a Pedro y a cada uno de nosotros:

«¿Me amas?»
(Jn 21,13-19)

Una pregunta que también proviene de aquellos con quienes Jesús se identifica: ilos más pobres!

«Todo lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos,
a mí me lo hicisteis»
(Mt 25,31-46)

Leamos y profundizemos estos textos del Evangelio. Hagamos con ellos *Lectio divina* solos o en grupo.

**¡A trabajar con constancia, alegres,
entusiastas, y no dejar de orar!**

254. Empezaba esta carta diciendo que lo hacía con el corazón abierto y disponible al Señor y con una plegaria que quiere mostrar la confianza en Dios y en todos vosotros, siempre pidiendo –es la tercera vez que lo digo– que seamos «activos y diligentes en la acción, humildes en el servicio y constantes en la oración», un *pack* bien necesario que nos acompañe en todo el camino que estamos emprendiendo juntos y que muchos ya hace tiempo que recorren. Agradeciendo la ayuda del Señor y su testimonio, nos disponemos a caminar juntos, con actitud de sinodalidad, que nos hace solidarios y nos anima a apoyarnos los unos a los otros, siempre con la voluntad de comenzar por lo que es prioritario en el Evangelio. **Vayamos a lo que es esencial** y que siempre constituirá el principal y primer anuncio, tanto si es desde el testimonio silencioso, provocando interrogantes irresistibles, como si es desde la palabra explícita amablemente dicha con toda claridad: «Jesucristo te ama, dio su vida para salvarte, y ahora está vivo a tu lado cada día, para iluminarte, para fortalecerte, para liberarte» (EG 164).

**La pregunta de Jesús que siempre resuena,
va dirigida a cada uno: «¿me amas?»**

255. El día en que inicié mi servicio episcopal entre vosotros y en el marco incomparable de la Catedral mallorquina, durante la lectura del Evangelio resonó con fuerza la pregunta que Jesús dirige al apóstol san Pedro cuando le dijo «¿Me amas?», pregunta que hacíamos nuestra dispuestos a darle respuesta. Dije que no me atrevía a responder solo, sino que tenía que hacerlo con todos vosotros. ¡Y respondimos juntos! Me sentí muy acompañado y comprometido a la vez en la misión que se me encomendaba. Ahora **os invito a hacer memoria de aquel momento entrañable** para que no olvidemos el inicio de un camino que emprendimos juntos y nos sintamos gozosamente comprometidos a seguirle así, en plena comunión, estrechamente unidos al Señor y entre nosotros, con quien formamos un solo Cuerpo.

256. Os decía en aquel momento y lo repito ahora: «Hoy, al inicio de esta nueva etapa de mi servicio pastoral entre vosotros, quiero escuchar a Jesús, que me hace una pregunta muy directa y personal. Me ha dicho «¿me amas?» Responder me da respeto cuando sé muy bien, por una parte,

la distancia que hay entre la exigencia radical y oblativa de su pregunta, que pide un amor total e incondicional, y, por otra, la debilidad de mi respuesta.

257. »Pero a Jesús no le he escuchado yo solo, le he escuchado con vosotros y para vosotros. Intuyo que quiere transformar esta debilidad en confianza firme y quiere convertir la respuesta en una correspondencia en el amor. Y, a partir de ahí, como a Pedro y los demás apóstoles, oír cómo encomienda la misión de pastor: «Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos», es decir, «¡Haz de pastor!». El pastor es el que está atento a la pregunta y tiene que ser humildemente fiel en la respuesta. Sin embargo, queridos amigos y amigas, permitidme que os diga que hoy no quiero ni puedo responder solo y que, por ello, me veo en la obligación de tener que responder contando con todo el rebaño, que sois vosotros, ya que la pregunta, la hemos escuchado juntos y va dirigida a todos. No tendría sentido una respuesta limitada al pastor y que el rebaño se inhibiera y no se sintiera implicado. Por eso, **para responder os necesito a todos vosotros** y me atrevo a deciros que hemos de responder juntos, de corazón, al unísono, porque será juntos que tendremos que recorrer el mismo camino en esta Iglesia de Mallorca preparando y organizando todo lo que el Espíritu nos pida llevar a cabo.

258. Como en el momento de la ordenación sacerdotal, cuando el obispo estrecha entre sus manos las del ordenando, yo ahora, haciéndome presente ante cada uno de vosotros, quiero cogerlos de las manos y estrechar las vuestras con las mías, pues por el hecho de que estáis aquí, veo que estáis bien dispuestos a responder como comunidad y comprometiendo vuestras vidas. Por eso, os pido: ¿queréis responder conmigo a la pregunta de Jesús que nos dice a cada uno «me amas?». Os lo repito, ¿queréis responder conmigo a esta pregunta de Jesús? Si lo hago con vosotros, os lo digo de corazón, me veo con coraje de responder afirmativamente, solo me costaría mucho y como lo hace Pedro, aunque lo haga desde la debilidad de una forma de amar que no llega a la altura de la de Jesús. **Os pido de forma amical y entrañable, que, movidos por la fe y el amor, respondáis conmigo en vuestro interior**, en unos momentos de silencio, donde Dios sigue hablando, preguntando, animando y proponiendo deberes. Será el deber de amar a Jesús y de amarnos los unos a los otros, y haciéndolo de la misma manera como Él nos ama.

259. La respuesta nos implica a todos y me implica a mí personalmente en la relación entre pastor y rebaño. Ya lo he dicho en

algunas ocasiones, pero creo que vale la pena repetir lo que el papa Francisco dice al respecto, reforzando la estrecha comunión que siempre tiene que haber entre el obispo y la Iglesia que se le encomienda servir: «El obispo siempre debe fomentar la comunión misionera en su Iglesia diocesana siguiendo el ideal de las primeras comunidades cristianas, donde los creyentes tenían un solo corazón y una sola alma (cf. Hch 4,32). Para eso, a veces estará delante para indicar el camino y cuidar la esperanza del pueblo, otras veces estará simplemente en medio de todos con su cercanía sencilla y misericordiosa, y en ocasiones deberá caminar detrás del pueblo para ayudar a los rezagados y, sobre todo, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos» (EG 31).

260. En ello estamos, buscar y encontrar nuevos caminos, los que hoy tenemos que recorrer en nuestra tierra para que Jesús y el Evangelio sean conocidos, vividos, celebrados y testimoniados por nosotros, los cristianos, siempre en bien de todo el pueblo, que tanto lo necesita, aunque muchos no lo esperen ni lo manifiesten. Nuestro servicio pastoral va dirigido a todos y a todas sin ninguna clase de exclusión, y ello ha de mantenernos siempre en ritmo de trabajo. Por eso, ¿creéis que puede haber comunión más consistente que la que proviene de responder juntos a la pregunta de Jesús “me amas?” y decirle como Pedro “Señor, ¡tú lo sabes todo, tú sabes que te amo!”? Fuera de eso, ¿qué hay en el cristianismo que nos obligue más? Sabemos, empero, sobre todo, que el amor a Jesús, no puede separarse del amor a los hermanos, del amor al otro, sea quien sea. Lo sabemos desde siempre, dos mandamientos fundidos en uno solo y que no es posible uno sin el otro. Seríamos unos mentirosos, dice san Juan, si lo separásemos. Por eso no queremos vivir de la mentira, del engaño, ni decir una cosa delante para quedar bien y decir otra detrás, y seguir manteniendo la fachada de la hipocresía, cediendo a la tentación de la mundanidad espiritual o dejarse infectar por la post-verdad. La pregunta de Jesús nos provoca y espera nuestra complicidad positiva, porque quiere que con la respuesta afirmativa lleguemos a deshacer este muro que tanto da que padecer a la gente sencilla, aquellos que hablan el lenguaje del Reino y con los que Jesús se alegra y da gracias al Padre, porque son, como he dicho, los que le entienden y le siguen.

261. La respuesta afirmativa a la pregunta de Jesús, manifestándole amor a Él y a los demás, veo que solo es posible si tenemos un corazón sencillo y limpio, lleno del espíritu de las bienaventuranzas, empapado de aquella humildad que cree en la verdad, la de Dios y la del hombre, lleno de aquella

voluntad de entrega que entiende que en la pregunta de Jesús hay mucho más que una simple amistad o el acuerdo de una buena inteligencia que no quiere problemas y no pasa de ahí. La pregunta de Jesús –la pregunta por el amor– contiene la radicalidad de un amor oblativo, consecuencia del servicio “hasta dar la vida como precio de rescate de muchos”, como dice Jesús de sí mismo, aceptando en Él esta forma original de amar hasta el extremo. Hablar del amor en general es peligroso y ambiguo, puede quedarse en pura demagogia o en frases para las revistas del corazón, pero hablar del amor de Jesús, tal como Él lo vivió, nos obliga y nos compromete porque no hay edulcorantes que lo hagan fingir o, peor aún, rebajar o anular.

262. Por otra parte, Jesús sabe bien que la respuesta de Pedro, como la nuestra, no es del todo completa, no corresponde al amor incondicional y total que le pide. Sabe que tendrá que recorrer un camino que no se imagina. Por eso Jesús le dice que llegará un día en que dará gloria a Dios porque será testigo, es decir, mártir, porque habrá aprendido a amar como Jesús. **Hoy tenemos que aprender la lección revisando cómo es nuestro amor.** No nos debe dar ningún miedo este recorrido, que es el de la madurez cristiana y que hoy es tan ausente, pero al mismo tiempo tan urgente y necesario. Por ello, en todo lo que nos espera de deberes por hacer, no debe preocuparnos tanto lo que haremos (algo fácil de organizar), sino el amor de donación con que lo haremos, que en eso conocerán que somos discípulos de Jesús, si nos amamos los unos a los otros tal como Él nos ha amado.

263. Aunque en ciertos momentos se nos niegue la actuación pública, se nos relegue al silencio o nos afecte la indiferencia, **sabemos que existimos para evangelizar**, y eso no lo podemos hacer si no salimos a la calle y si no decimos una palabra clara y valiente en el corazón de las comunidades parroquiales, de las familias y las instituciones ciudadanas, especialmente las educativas y les que atienden a las capas más pobres. **No estamos hechos para callar**, si callásemos, iríamos contra nuestra identidad marcada por el encargo de Jesús que nos dice: “¡Id y hablad!”. Porque nos encomienda esta misión, hacerlo es decirle a Jesús, como lo hizo Pedro en el momento en el que le encomienda la primera misión de la Iglesia: “¡Tú lo sabes todo, sabes que te amo!” Es el amor el que nos hace salir y hablar, es el amor el que nos hace valientes, es el amor el que nos hace felices.» Pero un amor como lo quiere Jesús, total, sin condiciones y para siempre.

264. Me impresiona –hablando del amor– aquel precioso diálogo

entre el amigo y el Amado de nuestro paisano, a quien queríamos ver canonizado muy pronto, el beato Ramón Llull, y que puede ser transportado a nuestra vivencia más profunda de fe, siempre empapada por el amor. Recitémoslo las veces que hagan falta para darnos cuenta de que somos objeto de un Amor que nos sobrepasa y abrasa, un amor que es siempre referente y fuerza interior para vivir según Dios:

«Preguntaron al amigo de quién era. Respondió: -Del amor

-¿Y de qué eres? -De amor.

-¿Quién te ha engendrado? -El amor.

-¿Dónde naciste? -En el amor.

-¿Quién te ha criado? -El amor.

-¿Y de qué vives? -De amor.

-¿Y cómo te llamas? -Amor.

-¿Y de dónde vienes? -Del amor.

-¿Y a dónde vas? -Al amor.

-¿Y dónde estás? -En el amor.

-¿Tienes algo además de amor?

Respondió: -Sí, culpas y faltas contra mi Amado.

-¿Y tu Amado te perdona?

Dijo el amigo que su Amado estaba repleto de misericordia y de justicia, y que por ese mismo motivo vivía entre el temor y la esperanza.»



Cuestionario para reflexionar personalmente y/o en grupo

1. ¿Qué me dice este fragmento de la plegaria con la que he iniciado esta carta pensando en todos los agentes de pastoral: «activos y diligentes en la acción, humildes en el servicio y constantes en la oración»? ¿Vivimos este equilibrio de acción, servicio y plegaria? ¿Con qué gesto de los tres nos identificamos mejor?
2. A lo largo de toda la carta, ¿he podido ir descubriendo lo que es más esencial para la vida de un cristiano? ¿Qué es? ¿Cómo lo explicaría?
3. El amor que Jesús me pide, ¿es correspondido de la misma manera con el que yo le doy? Pensemos con quién se identifica Jesús a la hora de sentirse amado.
4. ¿Puedo explicarme a mí mismo y también explicarlo a los demás qué significa amar como Jesús ama? ¿Qué aspectos puedo destacar como originales o peculiares?
5. ¿Cuál es el testimonio más urgente que como colectivo de Iglesia, aquí, en Mallorca, tenemos que dar? ¿Qué pasos personales tenemos que dar para llegar a aquel hasta hacer que sean compartidos por toda la comunidad de los cristianos?

Oración
Jesús, Señor, ¡aquí nos tienes! ¡te amamos!

Nos has hecho una pregunta que en todo momento espera respuesta.
Vas al corazón, a lo esencial, donde solo el amor puede responder.
Tú nos conoces, sabes muy bien de qué pie cojeamos y cómo somos,
Hoy y aquí, vuelves a preguntar a cada uno: «¿me amas?»
Quiero decírtelo bien claro: «Tú, Jesús, sabes muy bien que te amo».
Sin embargo, ahora te lo decimos juntos: «aquí nos tienes! ¡Te amamos!»

Habiendo escuchado tu Palabra y habiéndote recibido en la Eucaristía
sentimos el gozo de tu presencia y la calidez de tu ternura.
En todo lo que hemos escuchado y orado te hemos sentido muy cerca,
y hemos podido percibir la necesidad de darte a conocer.
Danos tu Espíritu que nos haga ser buenos comunicadores,
con la claridad de la palabra y con la coherencia de los hechos.

No queremos acabar de romper la caña cascada,
ni apagar la mecha apenas encendida, ni que el amor sea fingido.
Ayúdanos a vencer el mal y hacer el bien, a amarnos con afecto.
Danos, Señor, un corazón limpio y transparente, de bienaventuranza,
un corazón limpio que nos haga capaces de verte vivo entre nosotros.

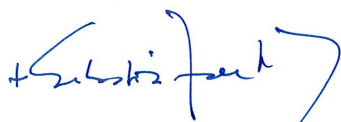
Danos una mirada sabia, llena de los dones del Espíritu Santo,
una mirada evangélica sobre el mundo y todo lo que tú amas.
Danos una voluntad firme que nos mantenga fieles y activos,
muy clarividentes a la hora de discernir los signos de los tiempos,
manifestación de tu Palabra y de tu paso entre nosotros.

Tenemos urgente necesidad de regeneración humana y espiritual,
que alcance el campo social, familiar, político, económico, ecológico.
Una regeneración de todas las relaciones humanas e institucionales,
que nos retorne la esperanza, la ilusión, el gozo de vivir y de actuar,
para recuperar a los angustiados, tristes, decepcionados y desanimados.

LA PREGUNTA
que cada día espera respuesta

Por eso, te pedimos que nos abras el corazón a la alegría del Evangelio,
a la novedad de tu acción en nosotros y al servicio de los hermanos.

Con la ternura del amor que nos une a personas y familias,
ponemos nuestra Iglesia de Mallorca bajo el amparo de la Madre,
y lo hacemos con especial atención hacia los más pobres y excluidos,
para que, a través de nosotros, llegue a todos la fuerza viva de tu amor.
Amén.



+ Sebastià Taltavull Anglada
Obispo de Mallorca

Mallorca, 12 de septiembre de 2019
Fiesta de la Virgen de Lluc

This image shows a single sheet of white paper with horizontal ruling lines. The lines are evenly spaced and run across the width of the page. There are no margins, text, or other markings on the paper.



—311—

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

ÍNDICE

Presentación	7
1. Desde el bautismo y la confirmación somos una misión en medio del pueblo	17
♦ Todos tenemos una misión. ¡Somos misión!	18
♦ La espiritualidad que hace de la diócesis la casa y la escuela de comunión (3-4)	19
♦ La propuesta es la de una espiritualidad de comunión para vivir la misión (5-10)	20
♦ ¡Por una Iglesia de todos, pueblo de Dios! (11-13)	23
♦ Cambio de época y signos de los tiempos (14-15)	24
2. Pongamos en práctica los dones recibidos, saber recibir y querer dar	33
♦ ¡Vayamos al Evangelio, vayamos a lo que es esencial! (16-17) ...	34
♦ Normalmente, ¿de qué hablamos entre nosotros? (18-21)	35
♦ ¿Podemos con la misma lengua bendecir a Dios y maldecir a los hombres? (22-24)	36
♦ Aseguremos este objetivo pastoral: la amistad con Jesús y el amor fraterno (25-26)	37
♦ Leer y meditar la Palabra de Dios, el Evangelio, desde el corazón y la vida diaria (27-28)	39
♦ ¿Qué hemos hecho de nuestro bautismo y de la confirmación? (29-32)	40
♦ Para cambiar el mundo, empezar por uno mismo y hacer fructificar los dones recibidos	42
3. Trabajemos en equipo, creemos comunión, no vayamos solos, relacionémonos en red	51
♦ Apuntémonos a esta impostergable renovación eclesial (38-42) ..	52
♦ Sintámonos contentos y felices, buscando el bien y la felicidad de los demás (43-45)	54
♦ Dejémonos acompañar, aconsejar, no es bueno que cada uno vaya por su cuenta (46-47)	55
♦ El acompañamiento de la familia y de la comunidad cristiana (48-49)	56

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

4. Las estructuras y los cargos están orientados al servicio del Evangelio y de las personas	65
♦ Las estrcturas sirven cuando hay una vida que las anima (50-53)	66
♦ Los cargos, orientados al servicio, pensando que es prioritario el bien de la persona (54-55)	67
♦ Un dinamismo evangelizador que actúa por atracción (56-59) ...	69
♦ Evitar la mundanidad espiritual: tentación frecuente y oferta disfrazada de éxito (60-62)	70
♦ Obispo, presbíteros y diáconos: una vocación al amor y al servicio del Pueblo de Dios (63)	72
5. Es esencial entrar de manera progresiva en el misterio de Cristo, encontrarse con Él	81
♦ El gozo inexpressable de vivir el encuentro con Cristo (64-66)	82
♦ La acción catequética debe promover y conducir al encuentro con Cristo (67-68)	83
♦ Catequesis y comunidad familiar: ¡Nunca una sin la otra! (69-70)	84
♦ Comunidad parroquial y familia: familia de familias (71-72)	85
♦ Itinerario para el encuentro personal con Jesús (73-76)	86
6. Es urgente leer, conocer, estudiar la Palabra de Dios y orar con ella	97
♦ Busquemos y dediquemos tiempo para conocer más el Evangelio y aprenderlo bien (77-81)	98
♦ Vayamos a la fuente del agua buena, evitemos las aguas contaminadas (82-84)	100
♦ La opción pastoral de crear grupos de <i>Lectio divina</i> (85)	101
7. Es esencial vivir en comunidad la Eucaristía y celebrar juntos el Día del Señor	109
♦ Participemos juntos en la Eucaristía, es el centro de todo, el alimento imprescindible (86-87)	110
♦ El sacramento de la caridad, la verdad del amor, la dimensión social de la Eucaristía (88-91)	111
♦ Perseguidos por reunirse y celebrar la Eucaristía, una prueba de valor y autenticidad (92-93)	113

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

♦ En la mesa de la Eucaristía tenemos un plato preparado y un asiento disponible (94-96)	114
♦ Laicos y laicas disponibles a asumir cargos directivos y de acompañamiento (97-98)	116
♦ La celebración de la Eucaristía y la práctica de la adoración (99-101)	118

8. Vivimos una nueva época, un tiempo nuevo que pide conversión personal y pastoral

127

♦ Una lección de vida: querer cambiar, una decisión personal e intrasferible (102)	128
♦ Decidámonos a corregir algunas inercias y deficiencias (103-106) ...	128
♦ El sacramento del perdón y el necesario coloquio sacramental (107-108)	131
♦ Con actitud sinodal —caminar juntos— vivir un fervor apostólico contagioso (109-110)	132
♦ Ante la proliferación y crecimiento de asociaciones, grupos y nuevos movimientos (111)	133

9. La parroquia es la Iglesia entre las casas, iglesia doméstica, familia de familias

139

♦ Debemos creer en la validez de la parroquia, trabajemos la pastoral de la proximidad (112-113)	140
♦ La parroquia es presencia eclesial en el territorio, espacio de celebración y caridad (114)	140
♦ ¿A qué debemos dedicarnos prioritariamente? (115-117)	141
♦ La parroquia alienta y forma a sus miembros, donde cada uno ejerce su propia responsabilidad en bien de todos (118-120)	142
♦ El Consejo parroquial, pluralidad de carismas y unidad de misión (121)	144

10. Orientaciones pastorales para una iglesia en salida y samaritana

151

♦ Ni actitudes prepotentes que crean distancia ni exigencias de rebajas que nos hacen poco serios (122-126)	152
♦ Lancémonos a la calle, cercanos a la gente, allí donde el Evangelio debe ser descubierto y anunciado (127-130)	154
♦ Arrraigados en nuestra tierra y en comunión diocesana, ¡por eso queremos ser una Iglesia en salida! (131-133)	155

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

♦ ¿Cómo ser una Iglesia en movimiento de salida, comprometida y presente entre la gente? (134-138)	157
11. La misión encomendada al laicado tiene lugar en el corazón de nuestra sociedad, entre la gente	165
♦ Jesús dijo a sus colaboradores “¡id!”, no dijo nunca “esperad a que vengan” (139-140)	166
♦ El estilo evangélico de los agentes de pastoral y de los organismos diocesanos (141)	166
♦ La doctrina social de la Iglesia, marco necesario de la formación laical (142-146)	167
♦ Los laicos y laicas viven la misión de la Iglesia en medio del mundo, inmersos en los asuntos seculares (147-149)	169
12. Tiempo favorable para el discernimiento, para la purificación y la reforma que necesitamos	179
♦ El Espíritu nos pide avanzar en el camino de una conversión personal y misionera (150-154)	180
♦ Acoger a los presbíteros dispensados del ejercicio del ministerio y contar con ellos (155-157)	182
♦ Somos una Iglesia que existe para el mundo, para encarnarnos del todo en él, como lo hace Jesús (158-160)	184
♦ Como hace la levadura, seamos presencia transformadora en la cultura y la enseñanza, la política y la economía (161-166)	185
13. Escenarios de siempre y campos nuevos que deben ser atendidos de forma urgente	197
♦ ¡Nuevos tiempos piden nuevas respuestas!	198
♦ Nuestro compromiso ecológico y el cuidado de los bienes de la Creación (171-174)	200
♦ Recuperar la verdad y la belleza de la lengua, de las fiestas populares y tradiciones religiosas (175-177)	202
♦ Piedad popular, manifestaciones religiosas, obrerías, cofradías y hermandades (178-180)	204
14. El clero, pastores según el corazón de Dios, delante, en medio y detrás del rebaño, ¡siempre al servicio de todos, atentos y velando!	213

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

♦ Bautizados, confirmados, elegidos y llamados, ungidos y enviados a ser buenos pastores y buenos sembradores del Evangelio (181-184)	214
♦ El presbiterio, espacio de fraternidad, lugar de la comunión eclesial para la revolución de la ternura (185-187)	216
♦ El ejercicio del ministerio, fuente de espiritualidad sacerdotal (188-189)	218
♦ Aprovechemos todas las ocasiones de encuentro de oración, de formación, de organización y de compartir mesa (190-195)	219
15. Mirada de afecto a nuestro Seminario y a la vida consagrada, y con la implicación que quiere Jesús	231
♦ Amemos el Seminario, es el corazón de la diócesis (196-200)	232
♦ Las vocaciones, un diamante en bruto (201-204)	234
♦ El don de la vida consagrada: una profecía de la radicalidad evangélica (205-208)	238
16. La alegría del amor: el matrimonio cristiano	247
♦ Celebrar y vivir el matrimonio cristiano: una vocación a recuperar y promocionar (209-211)	248
♦ Después del amor que nos une a Dios, el amor conyugal es la máxima amistad (212-213)	249
♦ En la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, ¡todos los días de la vida! (214-216)	250
♦ Acompañar, discernir e integrar la fragilidad humana (217-219)	251
17. Evangelizadores con Espíritu, que oran y trabajan llenos de confianza	259
♦ La Iglesia nos pide que seamos evangelizadores con Espíritu (220-225)	260
♦ Edifiquemos entre todos una Iglesia encarnada y, por ello, creíble (226-228)	262
♦ Con la conciencia creciente de ser discípulos misioneros, una Iglesia samaritana (229-230)	264
♦ La Catedral –la Seu– y el Santuario de Lluc, dos «pozos» diocesanos a la vera del camino (231-232)	265

Bautizados, confirmados y enviados

ENTRE DOS ABRAZOS Y COMO MOLINOS DE VIENTO
PLANTADOS EN ESTA TIERRA DE MISIÓN

18. Derechos humanos y deberes, libertad religiosa, cultura del encuentro, migrantes y refugiados 273

- ♦ Trabajemos la inclusión social de los pobres: entre nosotros hay nuevas pobreza (233) **274**
- ♦ Las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final (234-235) **274**
- ♦ A la defensa de unos derechos humanos corresponde el cumplimiento de unos deberes (236-238) **275**
- ♦ Contra todo abuso y discriminación: máxima prevención, protección y educación (239-240) **277**
- ♦ Abiertos a la acogida y al diálogo para hacer realidad la cultura del encuentro (241-243) **278**

19. ¡El deseo de llegar a la santidad, participación del Dios-Amor, que es santo! 289

- ♦ Santos de la puerta de al lado, o la clase media de la santidad (244-246) **290**
- ♦ Estilos femeninos de santidad (247-249) **291**
- ♦ Vivir el momento presente, llenándolo de amor (250-251) **292**
- ♦ La voluntad de Dios es nuestra santificación (252) **293**
- ♦ El aire puro de la comunión y el aliento del bueno en la misión (253) **293**

20. La pregunta que cada día espera respuesta 301

- ♦ ¡A trabajar con constancia, alegres, entusiastas, y no dejar de orar! (254) **302**
- ♦ La pregunta de Jesús que siempre resuena, va dirigida a cada uno: "¿me amas?" (255-264) **302**

Oración: Jesús, Señor, ¡aquí nos tienes! ¡te amamos! 308

Id y haced discípulos a todos los pueblos,
bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo;
enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado.
Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días,
hasta el final de los tiempos».

Mt 28, 19-20



Bisbat de Mallorca